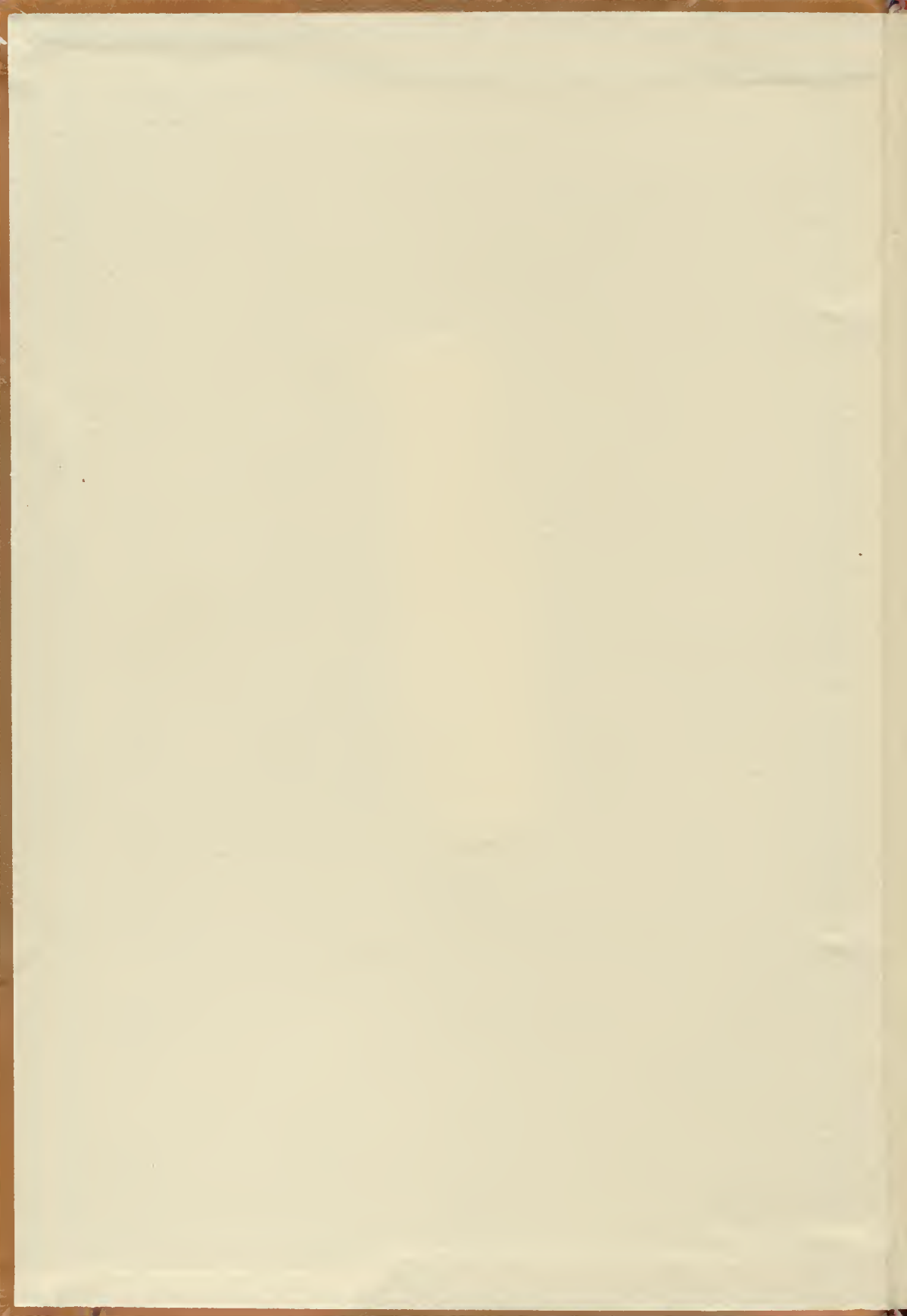


77







# HISTORIA DE TÁNGER

QUE COMPRENDE

LAS NOTICIAS DESDE SU PRIMERA CONQUISTA HASTA  
su ruina

ESCRITA

POR D. FERNANDO  
DE MENEZES

Conde de Ericeira, del Consejo de Estado y Guerra del Rey,  
D. Pedro II. Regidor de Justicia y Capitán General de  
Tánger

LA TRADUCE AL CASTELLANO

EL P. BUENAVENTURA DE  
la Misión Católica de Tánger



ESTA TRADUCCION AL ESPAÑOL SE PUBLICA POR LA REVISTA  
MAURITANIA DE LAS MISIONES FRANCISCANAS DE MARRUECOS

La edición portuguesa apareció en LISBOA OCCIDENTAL  
OFICINA FERREIRIANA EN

---

M. DCC.XXXII.

TIPOGRAFIA HISPANO-ARABIGA DE LA MISION CATOLICA  
TÁNGER-1940



# HISTORIA DE TANGER

DURANTE LA DOMINACION PORTUGUESA

por

**D. Fernando de Menezes,**

Conde de la Ericeira, del Consejo de Estado y Guerra del  
Rey D. Pedro II, Gobernador y Capitán General de Tánger.

Ofrecida al Rey D. Juan V, nuestro Señor

TRADUCCION DEL

**R. P. BUENAVENTURA DIAZ, O. F. M.,**

Misionero del Vicariato Apostólico de Marruecos.

Lisboa Occidental

Imprenta Ferreiriana

- 1732 -

---

Con todas las licencias necesarias.

---

TANGER.—Tipografía Hispano - Árabe de la Misión Católica.



~~16/17~~  
~~10/17~~

COMPRA

R. 182500

*[Faint, illegible text]*

*[Faint, illegible text]*

*[Faint, illegible text]*

*[Faint, illegible text]*

*[Faint, illegible text]*

*[Faint, illegible text]*

*[Faint, illegible text]*

*[Faint, illegible text]*

*[Faint, illegible text]*

*[Faint, illegible text]*

*[Faint, illegible text]*

*[Faint, illegible text]*



Señor

La **Historia de Tánger**, que ofrezco a Vuestra Majestad, escrita por autor tan digno y tan benemérito de la Patria, como el Conde de la Ericeira, D. Fernando de Menezes, cuyo original me facilitó el Conde, su nieto, aunque por aquél fué dedicada a los Gobernadores de Tánger, sus antecesores, me parece que, así como a V. M. pertenece, por Señor de aquende y allende el mar de Africa, el derecho de esta conquista, solo correspondía a V. M. la alta protección de esta Historia, en la que se immortalizan las acciones de tantos varones ilustres que, animados por once Reyes, obtuvieron con eterna gloria el triunfo de la Religión y con fama perdurable el de las armas de su Patria. Las de V. M., ya fueron terror de los Turcos de Europa y aun lo han de ser de los Moros de Africa, y en este Libro se hallarán datos e instrucciones para una guerra en la que, por la desigualdad del número, es preciso que el valor se una con la astucia, el esfuerzo con la destreza, y la fortaleza con la prudencia. Esta Historia será también suplemento a la del Señor Rey D. Sebastián, que estoy imprimiendo, y a la de Africa de Manuel de Faria y Sousa que, con las demás obras impresas y manuscritas de este autor, van saliendo a la luz bajo mi dirección, sin interrumpir el progreso de las crónicas antiguas que tienen merecido en la Real aceptación de V. M. el mayor premio, no dudando, de su rara benevolencia y amor a las letras, que V. M. admita benignamente un Libro en que la verdad, el orden y el estilo son tan excelentes como las demás obras en latín y lengua vulgar del Conde de la Ericeira; para que su memoria tenga en esta honra la mayor a que podía aspirar, y que yo puedo conseguir. Dios guarde la Real Persona de V. M. como estos Reinos y sus vasallos hemos menester.

MIGUEL LÓPEZ FERREIRA

## Carta - dedicatoria a los Gobernadores y Capitanes Generales de la ciudad de Tánger

Después que nuestro Reino de Portugal se redujo a la obediencia de sus Reyes y Señores legítimos y naturales, declarándose por ello la guerra a Castilla en todas sus provincias, los Hidalgos que antiguamente venian a servir de Fronterizos en las Plazas de Africa, habiéndose ocupado antes, como era justo, en la defensa del Reino, cuando se les mandó a los gobiernos de Africa, se encontraron sin las experiencias de esta guerra, en todo diferente de las demás.

Esta deficiencia que yo mismo experimenté, me obligó a procurar datos de los sucesos pasados, para sacar de ellos documentos y doctrinas con que pudiese suplir las faltas de experiencia y atender con mayor acierto a las obligaciones de mi oficio. Encontré tanta falta de ellas, por haberse llevado unas, por haberse horrado otras, y por haber caído en el olvido muchas, que me determiné a reunir las que pude y hacer de ellas esta memoria.

Me parece que no desagradará a los que me sucedieren en este cargo, a quienes ofrezco y consagro este pequeño servicio; y aunque la obra sea imperfecta y carezca de aquellas cualidades que pide la Historia, mi intento fué juntar estas memorias y hacer de ellas una información para los que vinieren, a fin de que no cayesen del todo en el olvido, y abriéndolas este camino, pudieran enmendar los yerros, aumentar la materia y librarse del trabajo que me causaron estos ensayos.

En premio de él, les ruego que no retiren de aquí este escrito, como sucedió a otros semejantes, por curiosidad o ambición de los que los llevaron consigo, sino que lo aumenten con los sucesos de su tiempo, para que queden de esta manera eternizados. También me parece oportuno añadir a estos ensayos algunas enseñanzas sacadas de las experiencias de esta guerra, que cada uno podrá admitir o desechar, conforme a su entender; mas, espero no dejarán

de conocer todos mi intención, que es solo encaminarlos al mayor acierto, al bien y alianzamiento de la ciudad y del pueblo que tienen a su cargo.

La principal obligación de los Gobernadores y Capitanes Generales de esta ciudad, es tratar de su conservación, conforme al compromiso de fidelidad y homenaje que respecto a ella adquirieron. Actualmente es esto como nunca preciso, por lo que debe ser mayor el cuidado, ya que las guerras y preocupaciones del Reino necesitan más de alivio que de carga; y, sobre todo, queda esta Plaza tan apartada de la metrópoli, que, si ocurriese—lo que Dios no permita—algún contratiempo, se haría esperar el socorro, y, acaso, llegase ya tarde.

Los enemigos son muchos y muy atentos a cualquier ocasión que les fuere favorable; por eso conviene estar siempre alerta, para que esta no se les presente, ni por descuido nuestro, ni por dejar de demostrarles valor y decisión siempre que fuere preciso. Que ni el miedo ni la temeridad nos perjudiquen, es lo que ha de procurar el que gobernar, atento sólo a lo que convenga hacer, sin dar oídos a infundados rumores e imprudentes apreciaciones. Sirva de ejemplo Quinto Fabio Máximo, de quien dice Marco Tulio que a todo particular criterio antepone la salvación de la República. Esto hicieron muchos varones insignes, y como los que llegan a semejantes puestos, ya tienen el valor acreditado, no necesitan de nuevas experiencias. Si consideraren bien las pérdidas que hubo en esta ciudad, verán que todas procedieron de falta de confianza y de orden.

No niego que convenga atemorizar a los moros y hacer algunas incursiones por sus tierras; pero deben hacerse con tanta seguridad y cautela, en particular ahora, que no pueda nadie creer que el personal corre el menor riesgo.

En otro tiempo muchos Generales no vacilaron en poner en peligro sus personas, por exigirlo así las circunstancias; pero hoy son tan poderosas las razones en contra de este proceder, que deben abstenerse resueltamente de tal empeño.

No estamos sólo rodeados de moros; lo estamos también de Castellanos, que son mayores enemigos y más atentos a mejorar su partido; y una Plaza sin Capitán es como cuerpo sin alma, incapaz de todo movimiento.

Las razones para las entradas en el campo enemigo, como dependen del informe de los espías de los nuestros o de las confiden-

cias de los moros, no siempre ofrecen garantía de seguridad y certeza, porque ni en el campo se sabe todo, ni merecen entero crédito las referencias de los contrarios, que con esta industria de falsas informaciones fueron causa de tantas muertes entre la gente de Mazagán, de la Maamora y de Larache, habiendo puesto también algunas veces a la nuestra en manifiesto peligro.

Háganse, pues, las diligencias oportunas para llegar a saber la situación del adversario y asegurar nuestro éxito en la empresa; y si por todo contase que los moros tienen guerra entre si o están descuidados, será imprudencia no aprovechar la ocasión. Aprobada ésta en Concejo, mándase al Adalid con la gente que pareciere necesaria, reservándose el General para la seguridad de la Plaza o cualquier otro suceso que pudiera sobrevenir.

De las salidas al campo, debe mostrarse solícito, pues de ellas depende el aprovisionamiento de la ciudad y el socorro de sus moradores. Para este efecto, elegirá el tiempo y la ocasión más seguros, sin atender a las incomodidades inherentes a ello, saliendo unas veces al romper el día y otras en su mayor fuerza. Atiéndase sólo a la seguridad de los Atalayas y de la demás gente, para lo que es muy eficaz mandar vigías que inspeccionen el campo, y cuando fuere necesario, taladores que corten las malezas, e instalando espías en lugares a propósito para observar mejor los movimientos del enemigo y prevenir con acierto sus intentos. Como éste se fija en lo que hacemos y se arma en proporción a lo que ve, conviene variar de táctica y procurar engañarlo.

Asegurándose el campo, débese tener a la gente recogida, y toda severidad con los desmandados es conveniente, porque no sólo se arriesgan ellos, sino que también comprometan a los demás, y el desorden de unos puede ser causa de la ruina de todos. También se debe permanecer en el campo todo el tiempo que fuere necesario, de tal manera que primero se cansen los Caballeros en trabajar, que el General en asistirlos. Con esta diligencia ganará crédito y se encontrará prevenido para lo que en adelante pudiera suceder.

Si hay ataque imprevisto, antes o después de estar ocupados los puestos, procurará el General que el personal se coloque bien en orden, sin que nadie se exponga, por el perjuicio que pudiera seguirse; y, siempre que lo pida el caso, se han de tomar las debidas precauciones para evitar segundos encuentros, arte de que se valen

mucho los moros, procurándose, con todo, darles siempre la cara y sostener las empallzadas, para que ni ellos cobren ánimo ni los nuestros lo pierdan. Esto se entiende, con tal que la retirada quede libre y el General pueda escoger el partido que mejor le pareciere.

En la paz y gobierno político, deben los Generales proceder con gran atención a la igualdad y justicia, procurando que ésta se observe en todos, sin distinción. En ella inclinense más a la piedad que al rigor, por la pobreza de la gente y por el trabajo con que viven. Cuando haya que imponer castigos, que siempre son necesarios, véase que se procede por el delito cometido y no por gusto que en ello se sienta. Tengan presente la opinión de Séneca, respecto a la aplicación de la pena en conformidad a la culpa, de tal suerte que sólo perezca aquél que, por incorregible, debe perecer. Cuiden, sin embargo, que no se pierda el respeto ni se disminuya la autoridad, que es en lo que consiste el alianzamiento del gobierno.

A los beneméritos y a los pobres, se les debe favorecer y remediar en lo posible, para que se animen a obrar mejor; y el remedio y aprovisionamiento de todos se debe procurar con gran cuidado, pues este Pueblo no tiene más amparo y auxilio que aquél que sus Generales le solicitan.

A los mercaderes, así naturales como extranjeros, ya sean moros o judíos, o de cualquier otra nación, se les debe favorecer mucho, por la utilidad del comercio y por el crédito de la justicia y autoridad de quien gobierna; y si vieren que el trato se les dificulta y no se castigan los agravios, cesará la correspondencia, principalmente siendo enemigos, a quienes sólo obliga el propio interés. No se deben, con todo, por este respecto, permitir, en particular a los moros, demasiadas libertades, porque como son soberbios y ambiciosos, lo que una vez se les hace por favor, quieren luego que sea obligación, y se siguen muchos inconvenientes, de los que después es difícil el remedio. Cuando cometan faltas, castíguense antes en las personas que en las haciendas, para que no juzguen ambición lo que en realidad sería justicia. Porque algunas veces se siguió este proceder, duran aún las quejas y lamentos. Sobre todo traten los Generales de tener siempre ante los ojos el servicio de Dios, el del Rey y el bien del Pueblo que tienen a su cargo; dar buen ejemplo con su persona y familia; desterrar vicios e introducir virtudes. Así, alcanzarán victorias de los enemigos de nuestra santa

fe, conservarán la Ciudad, ganarán crédito y reputación, y ascenderán a los cargos que por sus cualidades y procedimientos les fueren debidos. Si les pareciere que en este punto me alargué un poco, deben atribuirlo al amor que profeso a este Pueblo y al deseo de que todos obren con acierto. Reconozco que algunas veces en lo que advierto habré errado; pero, en este caso, la culpa sería más del entendimiento que de la voluntad. La intención y los deseos fueron siempre de atender con escrupulosidad a la obligación de mi oficio.

## PROLOGO

El Conde de la Ericeira, D. Fernando de Menezes, autor de esta HISTORIA DE TANGER, no dejó escrito el Prólogo, o por entender que en la dedicatoria a los Capitanes Generales de aquella Plaza, y en la introducción de esta obra, declaraba suficientemente los motivos que tuvo para escribirla, o porque la continuó en los últimos años de su larga vida y le faltó tiempo para cumplir esta precisa obligación que, sin ejemplo de los autores antiguos, se impusieron los escritores modernos.

Con la mayor brevedad posible, diré quien fué el autor, lo que es la obra y cuál puede llegar a ser su utilidad para la historia de Africa portuguesa.

Fué el Conde de la Ericeira, D. Fernando de Menezes, hijo primogénito de D. Enrique de Menezes, Señor de Lourizal, y de Doña Margarita de Lima. Por parte de su padre, era descendiente, por línea masculina, del ilustre tronco de los Menezes de la Casa de Cantanhede, y vigésimo primer nieto de Don Fruela II, rey de León; y, por su madre, de la excelentísima Casa de los Condes de la Atouguia.

Nació el 27 de Noviembre de 1614 y murió el 22 de Junio de 1699. Durante su larga vida de casi ochenta y cinco años, observó con tanta perfección las virtudes cristianas, morales, militares, políticas y cortesanas, que de él afirmaron sus confesores no haber pecado nunca mortalmente. Sus máximas eran las más sólidas y a propósito para obrar con acierto, hasta el punto de no dejarse dominar jamás de las pasiones.

En el año 1635 y en los siguientes, mostró tanto valor y ciencia en la guerra de Italia, que los mayores Generales de aquel siglo certificaron que la Nación Portuguesa había aumentado mucho su fama con tan valeroso soldado. Después de la proclamaclón del Rey

Don Juan IV, en cuatro campañas, en Alentejo, y en los gobiernos de la Marina, de Peniche y de Tánger, dió grandes pruebas de sus conocimientos respecto a fortificaciones y su dominio de las artes matemáticas de las que se compone la militar. En el valor imitó a sus generosos ascendientes, todos bravos soldados, siendo él, a su vez, dignamente seguido de sus hermanos y descendientes.

En la Política prestó muchos servicios, pues desde el año 1640 el Rey Don Juan IV escuchó siempre su opinión en asuntos de trascendencia. En el reinado de Don Alfonso VI se le nombró Consejero de guerra y su voto contribuyó grandemente a las victorias de máxima importancia que en aquel tiempo se consiguieron. Fué gentilhombre de cámara del Infante Don Pedro, único y verdadero sucesor de la Corona, cargo que desempeñó con indiscutible acierto y aceptación. La nobleza lo designó como diputado suyo en la Junta de los Tres Estados durante la regencia del Príncipe Don Pedro, quien, a su vez, lo escogió para uno de los cuatro Regidores que, sin Presidente, reformaron el Senado de la Cámara de Lisboa.

No aceptó, por justas causas, ni el gobierno del Algarve, ni el cargo de Intendente de Hacienda, que se le ofreciera primero que a su hermano el Conde Don Luis. Ultimamente, elevósele a la categoría de Consejero de Estado, funciones que ejerció por espacio de veinte años, hasta su muerte, con general aplauso de su sabiduría y prudencia en el manejo de los más importantes negocios del Reino.

Como hombre de ciencia, fué uno de los más significados de su época, no sólo en Nuestra Nación, sino también en el Extranjero. Poseyó a perfección la lengua latina, en la que ha escrito la Historia contemporánea del Rey Don Juan IV, un Compendio de la vida de la Reina D.<sup>a</sup> Maria de Saboya, un tomo de Discursos, Cartas y Versos. En dicha lengua tuvo por maestro al célebre Padre Fray Francisco de S. Agustín de Macedo.

En la italiana y española escribió mucho, en prosa y verso, y en la última, algunas Comedias. En la portuguesa imprimió la Vida del Rey Don Juan I, con excelente estilo, y dejó manuscritas varias Relaciones históricas de sucesos políticos y militares, Oraciones y Discursos académicos. Siendo Presidente de la Academia, se distinguió por su generosidad en favorecer a los amantes de las letras, por su amor al retiro para trabajar más tranquilamente, y por las muchas cartas que escribió sobre materias científicas.

Sabía muy bien el francés, compuso un Epítome de Filosofía y



varios Tratados de Matemáticas, en las que fué discípulo del Padre Ignacio Staford y Cosmander.

Fué muy erudito en ciencias y artes; grave, sincero, bien intencionado y compasivo; generoso sin prodigalidades, fidelísimo a sus Príncipes, y tan amante de su honra, que renunció muchos puestos, incluso títulos nobiliarios, por no querer admitir algunos medios que pudieran juzgarse menos decorosos.

Estuvo casado con D.<sup>a</sup> Leonor Felipa de Noroña, dama de la Reina D.<sup>a</sup> Luisa e hija de Fernando de Saldaña, Capitán General de la Isla de Madera, y de D.<sup>a</sup> Juana de Noroña, señora de tanta virtud como sabiduría, nacida el 1.<sup>o</sup> de Mayo de 1617 y fallecida el 2 de Marzo del 1689. Dejó una sola hija, única que tuvieron, D.<sup>a</sup> Juana Josefa de Menezes, Condesa de la Ericeira, que nació el 13 de Septiembre del 1652 y falleció el 26 de Agosto del 1709. Se casó con su tío, hermano de su padre, Don Luis de Menezes, Conde de la Ericeira, sujeto en quien concurren todas las perfecciones. Dado ya a conocer el autor de esta obra, voy a hacer lo mismo respecto a ella; y, previniendo algunos reparos, digo que es fácil justificar el que se anoten con tanta minuciosidad los sucesos de Tánger. Hay que tener en cuenta, en efecto, que en toda la guerra de Africa, sostenida por los portugueses, hubo mucha desigualdad entre los ejércitos combatientes, tanto por el número del personal como por el conocimiento del terreno. De aquí que sea preciso individualizar las acciones, para que se conozca el valor de cada uno, cosa que suele hacerse en las Historias, cuando se trata de Ejércitos iguales o equiparados bajo todos conceptos.

También se advierte, que el autor se detiene más en lo ocurrido en su tiempo, que en el de los Gobernadores que le precedieron. Esto no fué por amor propio, o por significarse, sino por la falta de datos, de que el mismo tanto se queja, pues aun las pocas noticias de Tánger que da Manuel de Faria y Sousa en su «Africa», no pudo utilizarlas el autor, debido a dos cosas: a que dicha «Africa» no estaba impresa cuando se hizo este libro, y a la avanzada edad del que lo escribió, que no le ha permitido aprovecharse de ellas. De unas y de otras, así como de las que se indican en el Prólogo de la Crónica del Rey Don Sebastián, podrá formarse la deseada Historia de toda el Africa portuguesa, añadiéndole los seis volúmenes de la Historia de Angola que el Conde de la Ericeira conserva manuscritos en su biblioteca particular.

VALE

## Licencias del Santo Oficio

*Aprobación del R. P. Don Antonio Cayetano de Sousa, Clérigo Regular de la Divina Providencia; Calificador del Santo Oficio; miembro de la Academia Real, etc.*

Eminentísimo Señor:

Mándame V. Eminencia que vea la *Historia de Tánger*, obra del Conde de la Ericeira, Don Fernando de Menezes, Capitán General que fué de aquella Plaza, y, después de varios cargos políticos, individuo del Consejo de Estado del señor Rey, D. Pedro II, que Dios tenga en su santa gloria.

Parece que, cuando el Conde de la Ericeira comenzó esta empresa, preveía el infeliz destino en que acabaría aquella ciudad, por esto se dedicó, en el tiempo que la gobernaba, a escribir los gloriosos hechos que en aquella realizaron los portugueses durante tantos años, para que, pasando de la tradición a la historia, se eternizasen las acciones de tantos grandes Señores, ilustres Hidalgos, y honrados y nobles Caballeros como en la misma militaron. Así, sus descendientes se esmerarían en ser imitadores de su gloria en la forma que fueron herederos de sus Casas. No hay como poner ante la vista de la nobleza y personas de calidad los actos heroicos de sus mayores para que, con digno estímulo, aspiren a la práctica de la virtud.

Este libro, Eminentísimo Señor, trae consigo la mayor recomendación en el nombre de su autor, porque su estilo es el de Tácite, a quien el Conde imitó con gran fidelidad. Aunque con menos reflexiones políticas de las que usó aquel gran Maestro de la Historia, no por eso deja de ser digno de toda estima. Evitó, asimismo, el defecto en que tantos otros han incurrido que, por expresar sus conceptos con muy bonitas palabras, hacen perder el gusto a la lectura, y, pretendiendo escribir una historia, no consiguen más que componer un panegírico o un elogio de su héroe.

Por tanto, la *Historia de Tánger* es en todo digna de tal y tan grande autor, como lo fué el Conde de la Ericeira que, ya componiendo en su propia lengua, ya en la latina, y siendo igualmente atildado en la prosa como en el verso, supo aplicar a cada materia su estilo.

En esta *Historia* observó un estilo preciso y claro: satisface y no cansa. Expone con agradable arte los sucesos entre sí muy parecidos y casi semejantes, cosa que, aun cuando parece fácil, tiene sus dificultades. No es de todos, en efecto, saber referir tantos acontecimientos, gratos unos, por el feliz éxito de las armas portuguesas, y tristes otros, por no siempre salir las cosas como sería de desear. En la guerra no suele ser siempre igual la fortuna. Las contrariedades advierten y enseñan a los Generales a prevenirse para lo futuro. Demuestran, además, cómo se pierden y cómo se aprovechan las oportunidades, para lo que no basta el valor, sino que también son necesarios la prudencia y el discurso o maduro juicio. Sirviendo de ejemplo algunos casos desafortunados, pueden obtenerse, en otras ocasiones, resultados prósperos y gloriosos.

Finalmente, esta *Historia* está escrita por uno de los más excelentes varones de nuestra patria, pues, contemporáneo el Conde de personas de gran relieve, fué la suya una de las mayores de su tiempo; en valor, ánimo, prudencia, sabiduría y religiosidad. Por ello mereció el respeto y la veneración de todos, tanto en los cargos militares como en los políticos, ejercidos unos y otros con suma independencia.

Su memoria será bendecida de los venideros, no sólo por el celo y amor con que siempre sirvió a la patria, sino también, por lo mucho que en la religión se distinguió, dadas las excelentes virtudes de que estuvo adornado.

Esto nos hace esperar que, en la dilatada historia genealógica de la antiquísima familia de los Menezes, que escribe el docto D. Luis de Salazar y Castro, ocuparán lugar preferente, entre tantos héroes como en el periodo de muchos siglos ennoblecieron los Reinos de Portugal y Castilla, el Conde de la Ericeira y su posteridad. Esta ilustre rama de los Menezes, que nuestros libros genealógicos distinguen con el título de Señores de Lourizal, era, por sí sola, más que suficiente para ilustrarla entre tan esclarecidos varones como en la paz y en la guerra la honraron con sus hazañas. En esta Casa, al valor heredado con la grandeza del nacimiento, se unieron la erudición y la afabilidad; prenda ésta última que en los

grandes señores es tan digna de apreciar como las mismas virtudes.

Termino diciendo, que este libro no contiene nada contra nuestra santa fe, ni contra las buenas costumbres, y que es, por tanto, dignísimo de que V. Eminencia dé la licencia que se solicita para imprimirlo, cosa que, de rigurosa justicia debe hacerse con las demás obras que dejó inéditas este excelentísimo autor. Tal es mi parecer.—Lisboa Occidental, en la Casa de Nuestra Señora de la Divina Providencia, a 12 de Marzo del 1731.

D. ANTONIO CAYETANO DE SOUZA, C. R.

*Aprobación del R. P. Mtro. Fr. Marcos de San Antonio, Calificador del Santo Oficio, etc.*

Eminentísimo Señor:

Por mandato de V. Eminencia vi la Historia de Tánger, que compuso el Conde de la Ericeira, D. Fernando de Menezes, como Capitán General que fué de aquella Plaza.

El nombre del autor es el propio elogio de esta obra, por no encontrar otro alguno que mejor pueda convenirle.

En este puesto que ocupó, lo mismo que en varios otros políticos del Consejo de Estado que supo desempeñar, así lo ha patentizado para siempre. Inspirando valor a todos en el manejo de las armas, todos en las cuestiones políticas deben sujetarse a sus dictámenes y consejos.

A fin de que no sucediese, como suele acontecer, que el tiempo borrara un nombre por tantos títulos acreedor a imperedera memoria, quiso pasar a este escrito. Así verá Portugal, hasta el fin del mundo y con sus ojos, los aciertos de tan preclara inteligencia y los actos de tan heroico valor. Componiendo esta Historia, sobre abrirnos el camino con la demostración de cómo se ganan y se pierden las batallas, nos enseña a todos el modo de hablar con elegancia.

Puede entenderse como aplicado, en cierto modo, al Conde de la Ericeira, D. Fernando de Menezes, lo que dice el Eclesiástico cuando alaba al Sol: *Magnus Dominus qui fecit illum et in sermonibus ejus festinavit iter*. Sea siempre ensalzado el Altísimo, pues creó en Portugal un héroe que, abriéndonos el camino para el esclarecimiento del juicio, lo deja al mismo tiempo franco en todas las direcciones de la milicia. Es en éstas un Josué para enseñar a obtener victorias, y resulta, respecto al entendimiento, un Demóstenes, del que, admirados, aprendan todos de su elocuencia.

En tan excelente libro, en el que abundan los consejos para el acierto, no se encuentra cosa alguna contraria a la Fé o a las buenas costumbres. Lo juzgo, por tanto, no sólo digno, sino dignísimo, de que salga a la luz. Siendo el autor excelentísimo, es justo se vea la excelencia de esta obra. Tal es mi parecer, salvo *semper meliori judicio*. Vuestra Eminencia mandará lo que fuere servido.—Gracia, Lisboa Oriental, 17 de Abril del 1731.

EL MTRO. FR. MARCOS DE SAN ANTONIO.

Vistas las informaciones, puede imprimirse la «Historia de Tánger» por el Conde de la Ericeira, D. Fernando de Menezes. Después de impresa, se nos la pasará de nuevo, a fin de confrontarla y dar la licencia para su publicación, sin la cual no podrá hacerse.—Lisboa Occidental, 17 de Abril del 1731.—FR. R. DE LANCASTRO.—CUNHA.—TEIXEIRA.—CABEDO.—SOARES.

### DEL ORDINARIO

Puede imprimirse el libro de que se trata, y, después de impreso, se nos le pasará de nuevo para confrontarlo y autorizar su publicación.—Lisboa Occidental, 29 de Abril del 1731.

GOUBEA

### DEL REAL DESPACHO

Manda el Rey nuestro Señor, que el Marqués de Valença, de su Consejo, vea el libro de que se trata en esta petición, y, consignando en él su parecer, lo remita a este tribunal.—Lisboa Occidental, 2 de Abril del 1731.

PEREIRA.—TEIXEIRA.—REGO.—

SEÑOR

Ejecutando con diligencia las órdenes de Vuestra Majestad, he leído con la mayor atención, en cuanto ésta puede juntarse con la más grande admiración, la *Historia de Tánger*, compuesta por el Conde de la Ericeira, D. Fernando de Menezes.

Aun cuando sea tópico demasiado vulgar el decir que bastaba el nombre de su autor para calificar la obra, no por eso he de despreciarlo, porque, si le falta la circunstancia de la novedad, tiene a su favor la razón de nunca haber sido aplicado con menos lisonja y mayor justicia.

El nombre del Conde D. Fernando, para ser ilustre y de gloriosa

memoria, no necesitó que llegase el tiempo de la muerte, ante la que los hombres dejan de ser envidiosos.

Durante su vida, tan larga como aprovechada, mereció siempre gran veneración en la Corte y la más deferente consideración de parte de los Príncipes, sin que para aquel obsequio y esta honra contribuyesen de un modo especial el esplendor y las virtudes de sus mayores. Bastábanle las suyas propias, adquiridas, ya en los peligros de las campañas, con desprecio de aquéllos y gloria de éstas, ya en los estudios de las bibliotecas, a las que pagó liberalmente con varias composiciones lo que había aprendido en sus volúmenes.

Todo este asiduo trabajo y todo este privilegiado y maduro talento fueron necesarios, para que el Conde Don Fernando escribiese esta Historia; porque, de otra suerte, era imposible a las fuerzas y lucidez del mismo talento ajustarse tan doctamente a sus leyes, más rígidas y severas que las de aquel legislador de quien se dice que no las escribiera con tinta, sino con sangre, y que en su nombre traía señalado el rigor de las mismas.

Y lo que más debe admirar a los eruditos es que, habiendo bebido el Conde D. Fernando, con sed insaciable, en las más puras y cristalinas fuentes de la poesía, tan a propósito y favorables para el engaño, no conservase el sabor y gusto de ellas, ni en esta Historia, ni en la del Señor Rey, Don Juan I, que escribió con igual acierto y autoridad.

La frecuente lectura de los más célebres maestros de la antigüedad le dió tal luz, acompañada de tanto conocimiento del decoro, que no puede apartarse de las reglas de los Salustios y de los Livios, a pesar de que la frescura de su ingenio lo condujera más fácilmente a producir las flores de la elegancia poética que a poner en sazón los frutos de la elocuencia histórica.

Estó mismo observó respecto a la pureza del idioma portugués, siendo el Conde D. Fernando uno de los pocos escritores, dignos de admiración, cuyo léxico debe servir de autoridad a nuestros diccionarios y académicos, pues la propiedad con que él habló la lengua materna, fué tan exacta que igualó a la de Cicerón en los siglos pasados y a la de Vieira en los presentes.

Y si yo tuviese autoridad para hacerme creer de mis lectores, una cosa les habría de pedir, entre tantas excelentes como a suplicarlas da lugar esta Historia: la imitación de la pureza del estilo, y lo castizo

de la frase y locución, ya que aquí, en esta obra, vemos unido lo más útil a los escritos con lo más fácil a los escritores.

A todo esto que digo a Vuestra Majestad, con aquella verdad que, si no la tuviera por costumbre, la tuviera por respeto y hasta como de agrado a su Real y soberana Persona, sólo se podrá hacer un reparo que, de alguna manera, oscurece mi Censura, y es: que no son tan únicas y singulares las excelencias y virtudes de este insigne y esclarecido varón, que no se hallen igualadas y como en competencia en los tres Condes de la Ericeira, que en nada le ceden como beneméritos, ya de la República Portuguesa, ya de la República Literaria.

Excuso individualizar, Señor, esta igualdad y competencia, eternizando V. M. la memoria de uno, con tener tanto con la de su Persona la Historia del Portugal Restaurado. V. Majestad hace, en efecto, que viva siempre el recuerdo de uno de sus restauradores, al mismo tiempo que distribuye con larga mano igual honra y benevolencia al hijo y al nieto de este gran Vasallo, de este gran Ministro y de este gran Capitán. Así se vió en las muchas ocasiones en que V. M. elogió el proceder del Conde D. Francisco, y en las que tuvo a bien consultarle, por su gran erudición, más rara por ser más venerada entre los naturales que entre los extranjeros, y por ser más venerada entre sus iguales de nacimiento que entre sus desiguales en capacidad.

En cuanto a la estima en que V. M. tiene al Conde D. Luis, habla bien claro el haberlo hecho, en pocos años, Virrey del Estado de la India, demostrando como altamente comprende y generosamente resuelve que en donde hay anticipado mérito debe haber anticipado premio.

Sin embargo, nada de esto disminuye sino que acrecienta, no debilita sino que corrobora, la fuerza y la verdad de mi elogio, porque el Conde D. Fernando fué el ejemplar, el maestro, el modelo y el director de todas las excelencias y virtudes de esta incomparable

familia. (1) Tengo, en consecuencia, por una de las prosperidades del reinado de V. M. que en él salga a luz un libro tan perfecto y conducente al interés y utilidad del bien público, máxime ocupándose la Real Academia en escribir la Historia, para que, así como nuestros hechos no imitan a los extraños, tampoco haya que imitar en su relato ajenos estilos.

Este es mi parecer, que juzgo será el de todos.

Lisboa Occidental, 10 de Mayo de 1731.

F. MARQUÉS DE VALENÇA

Vistas las licencias del Santo Oficio y del Ordinario, puede imprimirse. Luego de impreso, se devolverá al Tribunal para confrontarlo y tasarlo, sin lo que no podrá circular.—Lisboa Occidental, 2 de Junio de 1731.

PEREIRA.—TEXEIRA.—

- (1) El ilustre publicista, P. Samuel Eiján, franciscano de la Seráfica de Santiago, en su meritisima obra *«La Poesía franciscana en España, Portugal y América»* (Siglos XIII-XIX), trata de Sor Juana Josefa de Meneses, hija de D. Fernando de Meneses. Conde de la Ericeira, haciendo resaltar «el bagaje espléndido de su asombrosa cultura.» El P. Eiján cita sólo dos obras de tan insigne Religiosa franciscana, «El Imperio del Amor» y «Excitación del alma», si bien añade que «sus otras obras» no le consta hayan llegado a publicarse en forma. En la Enciclopedia Espasa, además de las indicadas, aparecen ocho, incluida alguna traducción. El erudito Franciscano, en su mencionado libro, hace alusión al autor de esta Historia, y nos dice que fué Hermano de la Ven. Orden Tercera de San Francisco, lo mismo que D. Francisco Javier de Meneses, uno de sus sucesores en el título condal. Uno y otro desempeñaron el importante cargo de Ministro de la Orden en Lisboa. D. Francisco—nos dice también el P. Eiján.—«cedió al claustro uno de sus hijos, llamado Fr. Antonio de la Piedad», de quien sabemos, por su mismo padre, que en la Corte de Madrid recibió de los Reyes y Príncipes, honras que no merece la humildad de su profesión Seráfica». Por esto de «profesión Seráfica» se ve evidentemente que «el claustro» al que perteneció Fr. Antonio de la Piedad, fué el claustro franciscano. No deja de ser, pues, una gloria para la Orden Franciscana, el franciscanismo de la por tantos títulos noble familia Meneses, Condes de la Ericeira.

(N. DEL T.)



# HISTORIA DE TANGER

## Libro primero

Aunque los portugueses igualan y aun superan a las naciones que en el mundo alcanzaron mayor aplauso como guerreras, reconocíente, sin embargo, grandes ventajas en la felicidad que tuvieron de encontrar escritores insignes que relatasen con elegancia las acciones que con valor ejecutaron.

Nació este perjuicio, o de persuadirse los antiguos, que eran tan grandes sus obras que nunca caerían en el olvido, o de apreclarse menos las virtudes en los siglos en que más fácilmente se las practica.

Por eso el tiempo, que nada respeta, nos usurpó las más interesantes noticias, dejándonos sólo unas memorias tan confusas y breves que, infiriéndolo de ellas, como de cualquier partecita de un cuerpo gigante, su grandeza, lo que alcanzamos, sirve únicamente para aumentar la pena de lo que perdimos.

No faltaron, empero, grandes ingenios que procuraron remediar este daño, pero todos manifiestan la misma queja, no pudiendo tener los modernos el crédito y la autoridad que con la distancia de los años se multiplica. Unos escriben lo que ven; otros, lo que oyen; aquéllos pueden tener malicia; éstos, malicia e ignorancia; además de que, la sinceridad con que escriben los antiguos, demuestra que los Príncipes querían las historias más llenas de verdades que de lisonjas, porque obraban de manera que podían ser elogiados sin peligro.

La ciudad nueva está situada en la línea más occidental de esta ensenada, en lugar acomodado y apacible entre Ceuta y Arzila, frente a Tarifa, en la costa de España, célebre por ser la primera plaza que ganaron los moros, por el acto heroico de Don Alfonso Pérez de

Guzmán el Bueno, y por la batalla del Salado, en la que los reyes de Portugal y Castilla obtuvieron sobre los moros la más insigne hazaña militar que hubo en España. (1)

Los aires de Tánger son benignos y templados, debido a lo que no molestan los fríos del invierno, ni los calores del estío. Las aguas, saludables y copiosas; el terreno, fecundo y abundante en todos los frutos y plantas que produce la Naturaleza, dándose, sin cultivo ni trabajo especial, lo que sin ellos, no se consigue en otras partes.

El campo es desigual; por doquiera se yerguen lomas que van a terminar en las sierras del Atlas Menor, cuyas ramificaciones cortan estas provincias. Sin embargo, ni las lomas ni las ni las sierras son ásperas y estériles. Las riegan varios ríos y fuentes, entrelazándolas frescos y agradables valles, con muchas hierbas y pastos, que las hermocean y fertilizan.

En las sierras se encuentran frutas, allí producidas por sólo la Naturaleza, tan suaves y gustosas como las que con mucho trabajo y cuidado se cultivan en los mejores vergeles.

Las sierras más nombradas son, por la parte de Levante, las de

(1) La victoria del Salado, río que corre dos kilómetros al oeste de Tarifa, y que desciende al mar por la ensenada de Lances, fué el 30 de octubre de 1340, y con razón se la considera una de las más decisivas de la Reconquista. Motivó la batalla el asedio que a dicha plaza pusieron los musulmanes de Marruecos y de Granada, mandados aquéllos por Abul-Hassán, y éstos por su monarca, Yussuf-Abul-Agiag. Al frente del ejército cristiano iban Don Alfonso XI, rey de Castilla, y su suegro, Don Alfonso IV, rey de Portugal. A pesar de ser muchos más los moros que los cristianos, pues eran 200,000 los primeros y sólo 80,000 los segundos, el rudo y encarnizado combate de hombre a hombre no tardó en decidirse a favor de las tropas de ambos Alfonsos, gracias, en gran parte, a la valentía y sabia organización de los hermanos Lasso de la Vega. Entre el inmenso botín recogido al enemigo, figuraban veinticuatro estandartes de la Media Luna, que los vencedores enviaron como obsequio al Papa Benedicto XII.

Xauen, en declive hasta el río Mogoga, que desagua en Tãnger Viejo; y, por la del Poniente, la sierra del Jarrobo, (1) nombre que toma de una aldea que hay en ella, y que luego se lanza al mar, a poca distancia de la ciudad. Entre ésta y la sierra, corre el río llamado de los Judíos, por algunos de ellos que en este lugar desembarcaron cuando fueron expulsados de España.

Es esta sierra — que los nuestros también llaman de San Juan — muy abundante en maderas y cañaverales altísimos. En ella se cogen uvas, membrillos, peras, bigos y hermosas granadas. Por la parte del mar, que la rodea hasta el Cabo Espartel, hay pescados y mariscos de todo género, en particular atunes, de los que antiguamente hubo una pesquería o almadraba. Vénse aún hoy las ruinas de un edificio que debió ser construido a este efecto.

Entre estos dos indicados ríos, hállanse la ciudad y el campo. Y, para que mejor se comprenda su situación, la explicaremos en la forma que lo hacen los mejores geógrafos.

Considérese la mano derecha sobre un plano; los dos dedos, pulgar e índice, separados cuanto es posible, de tal suerte, que sólo

---

(1) Entiendo se trata de *Xebel Habib*, también mencionado en otras historias y crónicas portuguesas de la época. Tomaba la sierra el nombre que indica el autor, de un algarrobo muy alto que había en su cumbre y que servía de guía a los navegantes. Existe aún en la región un aduar denominado *Harrub*.

Que yo sepa, no se conserva ninguno de los nombres que aquellos valientes lusitanos pusieron a montes, valles, aldeas y ríos de estos contornos, nombres correspondientes a varones ilustres o hechos bélicos del tiempo de la dominación. Hasta hace unos cuantos años, veíase próximo al mar, en el fondo del declive del Marshan, un edificio de aspecto de pequeña fortaleza antigua, al que llamaban «*Castillo de los Portugueses*».

En la actualidad, y hablando de los alrededores de Tãnger, sólo suena el «*Puente de los Portugueses*», sobre el río Mogoga, en las inmediaciones del Tãnger Viejo, territorio del Charf. Este puente, al que se le diera forma de tal en 1846, fué restaurado el año 1917, prestando ahora muy buenos servicios para el tránsito de peatones y vehículos. Gracias a él, son frecuentes y fáciles los paseos a Villa-Harris y Torreblanquilla, puntos de vista espléndida hacia el mar y los más a propósito para la contemplación del panorama que ofrece la ciudad por la parte Este.

las puntas se inclinen algo hacia el interior. Entre uno y otro se encuentra la ensenada que, como queda dicho, tiene la embocadura al Norte. El índice, que es el mayor, forma la línea de Levante, coronada de alturas. En la punta está Trásfalmenar; en la articulación del medio, las ruinas del Tánger Viejo; y, en la última, el Charf, monte elevado y puesto importante para los vigias del campo. Riéganlo, por la parte de Levante, el río Mogoga, y, por la de Poniente, otras aguas que corren por aquellas tierras.

El espacio que media entre uno y otro dedo, lo ocupa una playa, cubierta de algunos montones de arena, que viene rodeando la ensenada desde el principio del pulgar, línea menor y la más occidental, en la que está la ciudad. Ocúpala toda, terminando en un Castillo, por la parte Norte, que es la más alta. De este Castillo daremos, más adelante, particulares noticias, lo mismo que de otras fortificaciones de la Plaza.

El primer rey que tuvo fné el gigante Anteo, su fundador, y señor de toda la Lybia. Peleó con Hércules Lybico, quien lo venció. Retirado a esta ciudad, lo siguió Hércules, desafiándolo. Aceptó el gigante el desafío, siendo de nuevo vencido y, luego, muerto. Fingieron los poetas que, tocando Anteo la tierra, de la que era hijo, cobraba nuevas fuerzas, de lo que advertido Hércules, lo suspendió de sus brazos y lo apretó con tal fuerza, que le obligó a exhalar entre ellos su último suspiro.

Su sepulcro—como queda dicho—lo descubrió Sertorio cuando vino de España a Tánger, notando que el cuerpo media setenta codos.

De aquí pasó Hércules a España donde se conserva todavía su recuerdo en algunas fábricas y fundaciones antiguas. Algunos pretendieron que la tierra, por esta parte, se unía y continuaba con la de España, como la de Sicilia con Calabria.

Y, prosiguiendo su descripción, encontramos —puesta la mano, como queda dicho, con los dedos más largos — en la punta del mayor la sierra Jímera, fronteriza al monte de Gibraltar, que forma el Estrecho, de tres leguas, y, a su pie, Ceuta. Entre el indicado dedo y el índice, casi en igual distancia, Alcázar-Seguer, que en árabe significa «pequeño», con el río de su nombre. (1) Más próximo al indi-

(1) Hállase situado Alcázar-Seguer entre Tánger y Ceuta, como a 24 kilómetros de la primera, dirección Este, constituyendo la travesía por

ce, el río Benaisa, que desagua en Guadaleón. Entre el dedo mayor y el anular, está Teluán, distante legua y media del mar, en el que entra el río de su nombre, que hace un puerto capaz para pequeñas

fierra un paseo ameno y distractivo, en el que se ven todavía las ruinas del antiguo faro «El Menar».

Conócese en la historia del país por «el-Kazar Seguer», pequeño castillo o fortaleza, o «el-Kerim», o «el-Ketama», de su fundador, Abd-el-Kerim el-Ketámi, habiendo sido reconstruido, en 1192, por el almohade, Jacob El Mansur.

El rey de Portugal, Alfonso V, llamado por sobrenombre «el Africano», lo ocupó, al frente de unos 17.000 soldados, el 18 de Octubre del 1458.

Se tomó esta resolución, cuando, frente a Tánger el indicado ejército, adonde viniera con la idea de vengar el Monarca lusitano aquella otra infortunada jornada, en la que quedara cautivo su tío Don Fernando, acordaron en Consejo, los Generales y Capitanes, desistir del desembarco en dicha ciudad y dirigirse a la Fortaleza de que se trata. En la ocupación de Alcázar-Seguir, que fué muy reñida, por la resistencia que opusieron los moros, figuran los nombres de portugueses tan célebres, como el Infante Don Enrique, conocido por «el Navegante»; Don Fernando de Braganza, Gobernador que fuera de Ceuta; Juan de Silva, que después, bajo el nombre de Amadeo de Portugal, fundó en Italia la Orden de los Amadeos; Rodrigo de Mello, más tarde Gobernador general de Tánger, y Esteban Gama, padre del famoso Vasco de Gama. El mencionado día, al rayar el alba, salieron de la Plaza los moros, con sus mujeres, riquezas y alhajas, conforme a lo convenido por ambas partes, y en ella entró el rey Don Alfonso, con el Infante Don Enrique y todo el ejército victorioso. Lo primero que hicieron, fué dirigirse a la Mezquita Mayor, donde después de haberla purificado y bendecido con el título de la Purísima Concepción, se cantó un solemne Te Deum en acción de gracias, celebrándose luego la primera Misa, que todos oyeron con singular piedad.

El primer Gobernador lusitano de Alcázar-Seguir, fué Don Duarte de Menezes, tercer Conde de Viana, 2.º y 4.º Gobernador-Capitán General de Ceuta.

El Infante Don Enrique, hijo del rey Don Juan I, en carta fechada el 29 de Septiembre de 1460, pedía al Vicario de Santa Maria de Alcázar-Seguir, que cada sábado se celebrase en dicha Iglesia una Misa por su alma.

(N. del T.)

embarcaciones. Repliegase la costa, por una y otra parte, casi en forma piramidal.

De los orígenes, fundación y lugar que ocupa Tánger, hemos dado la noticia que se halla en nuestros autores. Para no tratar más de esta materia, referiremos los datos contenidos en una lápida, en letras arábigas, que, como las de los egipcios, significan mucho en pocos caracteres. Dicha lápida se encontró en un edificio curiosamente fabricado de maderas olorosas y bien labradas, que llaman Leres y se parecen mucho a las de cedro. Las paredes estaban cubiertas de azulejos, con primorosos trabajos en la superficie. En este edificio había una Mezquita, de la misma fabricación, con claustro, celdas y otras oficinas. Servía de Colegio o Seminario, en el que se enseñaban las ciencias de los moros, que eran, Filosofía, Astrologia y Medicina, en las que llegaron a ser insignes.

La piedra de referencia tiene siete pies de largo y dos de ancho. Estaba en el claustro, en el que se colocara, y hoy se conserva fuera de él. Hay en ella dieciocho máximas que, explicadas por personas inteligentes, contienen lo que sigue:

«Llor a aquél que nos dió la salvación y nos abrió la puerta del  
«Paraiso por nuestro Mahoma. Él nos será valedor en el día del Jui-  
«cio entre las manos de Dios Poderoso, en aquel día en que no nos  
«sirven parentesco, ni padre, ni hacienda, sino solamente nuestras  
«buenas obras.

«El nos aconsejó y dió esta ley verdadera, que Dios nos mandó  
«por nuestro profeta Mahoma, nuestro redentor, en una noche del  
«viernes, en el monte alto que se llama Sidreste.

«Almutuhat subió a los Cielos, y nosotros, con esta ley en la  
«mano, le seremos obedientes, y él se acordará de nosotros y nos-  
«otros de él, en esta lengua árabe.

«Vino entonces de los Cielos y dijo: Esto habéis de hacer pre-  
«sente al mundo: Tened entendido que moriréis; nosotros fuimos co-  
«mo vosotros sois, y vosotros, con el tiempo, seréis como nosotros; y  
«de todo lo que en este mundo tuviéreis de bienestar y de trabajos,  
«no quedará más que la imagen de Dios.

«Y esto habéis de procurar: haceros dignos de esta Población,  
«primer lugar que fué habitado en este Levante, en toda esta costa  
«del mar. Y fué habitado por treinta y cuatro mil vecinos, no todos  
«Gentiles, que adoraban al Sol cuando salía y se humillaban ante él  
«hasta que les llegaba al hombro derecho. Ocuparon esta ciudad  
«mil años.

«Después de esto, el rey de los Alamatamínes, que se llamaba «Asefos, vino con gran estrépito bélico, y fueron eercados los de esta «ciudad durante tres años continuos. Reinaron aquí trescientos se- «senta años y tomaron sólo esta ciudad, no el territorio que confina «con Gibialahod, que no quiso obedecerles, carteándose entonces «con el rey Anabalines, que venia para darle entrada en el reino.

«Viuieron los de este rey de los Anabalines a desembarcar en «Túnez, y luego que el rey de esta ciudad se hubo enterado del des- «embareo, huyó para las tierras de Selífite. Entraron con las puertas «abiertas y reinaron trescientos once años, y en el mismo tiempo de- «gollaron a ochocientos cincuenta de los de Gibialabot y su término, «por haber entregado el reino a los Anabalines, siendo traidores a «sí mismos.

«Después vino el rey Gidé, hijo de Estadón, gente nómada, que «no se fijaba donde nace el sol, e instaló su campamento en Túnez, «enviando un embajador al rey Anabalines, para que le entregase «las llaves de esta ciudad, en la que quería desembarcar. La contes- «tacion fué abandonarla enseguida, sin batalla.

«Mandó el rey Gidé que le llevasen a Túnez una vista de esta «ciudad, y mandó, igualmente, por todo el mundo, que le buscasen «un lugar a propósito y bien situado, porque quería cumplir un sue- «ño que había tenido, o sea, que su cuerpo estaba, en este mundo, «en el Paraíso terrenal. Después de esto, tres años permaneció esta «ciudad esperándole, hasta que volvieron a reimirse los hombres que «mandara por toda la tierra. Celebró Consejo, y tuvo por lo mejor «habitar lejos del mar, no encontrándose para ello ciudad que pueda «compararse con la llamada Aramadaline Alemón, en todo parecida «al Paraíso terrenal.

«Pasados tres años, se fué el rey Gidé, y, sabido esto por el rey «Anabalines, vino de nuevo con su mujer Sarra, entraron sin bata- «lla y reinaron quinientos años.

«En este tiempo, se casó una hija del rey Ester con un hijo del «rey Abdalá. Dióle como dote matrimonial esta ciudad, en la que vi- «vieron once años. En ella les nació una hija, a la que llamaron «Deasia. Desposáronla con un hijo del rey Garacón, llamado Aygón, «y le dieron como dote todo este territorio.

«Aygón reinó cuarenta años. Tuvo una hija, a la que puso por «nombre Tangerá. Esta, habiendo siendo ya casada, lo hizo segunda «vez con Hércules, su sobrino, hijo de su hermano, el cual Hércules

•reinó con su mujer Tangera en esta ciudad veintidós años. Tuvie-  
•ron un hijo, al que llamaron Solimán.

•En este tiempo, pasó Hércules a conquistar el Estrecho de Gi-  
•braltar, y Especio, su sobrino, hizo lo mismo respecto a las gentes y  
•dominios de los Alteos, gigantes que entonces reinaban y de los  
•que fué vencedor.

•Dejó Hércules a su sobrino Especio por rey en Especia. Como  
•su mujer Tangera llegase a saber que Hércules dejaba a su sobrino  
•por rey de Especia, levantóse, con su hijo Solimán, contra su mari-  
•do, y no quiso obedecerle. Entonces fué Hércules a edificar la ciu-  
•dad de Centa, para desde allí pelear contra su mujer e hijo. Solimán  
•pasó por Centa y tomó España a su primo Especio en batalla, e hi-  
•zo a toda la ciudad de Centa llave de España, porque por ella pasó  
•y venció a muchos reinos y todo el mundo. Y todos le obedecieron,  
•de Poniente a Levante. Reinó con su hijo ochocientos cincuenta  
•años. Después de esto, levantóse contra él uno de los romanos, que  
•llamaron Alcanse, quien, con gran número de hombres, le dió mu-  
•chas batallas, por mar y tierra. Le tomó todas sus tierras, de las que  
•sólo quedaron al Imperio Alalós y esta ciudad de Tãnger. Los ro-  
•manos hicieron un puente sobre el Estrecho de Gibraltar. Solimán,  
•luego que supo que el puente estaba hecho, huyó con toda su gen-  
•te. Los romanos poseyeron esta tierra trescientos años.

•Tuvieron un año de mucha hambre, y, pasados tres de la pose-  
•sión de esta tierra, llegaron atestaciones de la mezquita de la ge-  
•neración de los judios naturales de Jerusalén. Y abrazaron la Cruz  
•y convirtieron esta costa del mar, de los mismos romanos. Y la po-  
•seyeron bastante tiempo. Los convertidores de su mezquita tuvie-  
•ron toda esta costa ciento ochenta años. Después de este tiempo,  
•vino nuestro convertidor, el profeta Mahoma, hijo de Abdalá, que  
•comenzó por convertir, en la Meca, a los hijos de Abiahám. Y vino  
•a conquistar todas las tierras de los romanos, lo mismo que la tie-  
•rra de su mezquita. El último lugar que se convirtió a nuestra fe,  
•fué esta ciudad de Tãnger. El rey moro que ocupó estas tierras era  
•rey, hijo de rey, nieto de rey y rey de los reinos. No se sabe nada  
•de él; sólo nos es conocido su nombre, que era Jacob Almanzor, se-  
•ñor de Levante a Ponente, convertidor de la ley de Mahoma y ven-  
•cedor de todos los Imperios. Tuvo la corona sobre todas las coro-  
•nas, después de grandes batallas, de las que salió victorioso, con la  
•ayuda de Dios y de nuestro Mahoma.



«No fué judío ni cristiano, sino moro piadoso. El nos mandó hacer este letrero escrito en árabe y trasladado de un letrero escrito sobre piedra, en lengua caldea. Estaba este letrero en el Castillo de esta ciudad, y tenía escritas todas estas cosas que aquí se escriben, en esta piedra de mármol, para todos los que quisieran saber el recuerdo de las antigüedades de los pasados. Quien quisiere saber más, vaya a aquella piedra; porque de ella sólo copiamos lo que nos pareció más necesario, conforme a la capacidad de esta piedra. El citado rey Almanzor nos mandó hacer ochenta y seis piedras, iguales a ésta, para mandarlas por todo su reino, a fin de ser colocadas en las casas, como recuerdo. Y a quienquiera que esto entendiere, le rogamos pida a Dios, en su misericordia, por el que lo mandó hacer y el que lo hizo.

«Yo, Rotil Chara, hijo de Masode, hice esta casa, acabada por mi mano, en un año. Costó mi trabajo y gastos que me pertenecieron, trescientos madames.

«Yo, Jacob, hijo de Asem, carpintero, hice y acubé esta casa en dos años y doce días de Enero. Costó mi trabajo y precios de lo que convenia a mi obra, cuatrocientos sesenta y siete madames.

«Yo, Mar, hijo de Pelga, maestro de los azulejos, hice esta obra y la acabé en un año. Costó mi trabajo y lo que pertenecía a mi obra, cien madames.

«Firmaron este letrero, el Regidor y Gobernador de esta población; y yo, Amete, hijo de Abdald, lo hice a últimos de Agosto del año cuarenta y tres, después de los cuatrocientos de la venida de nuestro Mahoma».

Esta piedra es notable, por el primor con que está trabajada, resaltando las letras en blanco sobre campo verde, y por los datos que contiene, a los que cada uno dará el crédito que estimare conveniente. Lo decimos, porque aun cuando estos datos tengan su valor, nos consta que las historias de los moros están llenas de fábulas e invenciones, debido, ya al deseo y ambición de engrandecer sus cosas, ya a la falta de verdaderas fuentes de información.

Además de la piedra de referencia, encontráronse otras de los romanos, reveladoras de la antigüedad y grandeza de esta ciudad. La que nos pareció más digna de ser mencionada, es una que mandó colocar en el patio del Castillo, Don Fernando Marcarenhas, después Conde de la Torre, siendo Gobernador y Capitán General de esta Plaza. Tiene cuatro palmos de largo y dos y medio de alto, sin

incluir una moldura saliente que la guarnece. He aquí la inscripción que en ella se lee:

P. BESIO P. F. QVIR. BETVINIANO  
C. MARIO MEMMIO SABINO. PRAEF. CO  
HIR. AETORUM TRIB. LEG. X. G. P. F. PRAEF.  
ALAE. DARDANORVM PROCVRATORI IMP.  
CAESARIS. NERVAE TRAIANI. AVG. GERM:  
DACICI. MONETAE. PROC. PROVINC. BA=  
FICAE. PRO. C. XX. HER. FD. PROC. PRO=  
FIG. PROVINCI. MAVRETANIAE TINGITANA  
E DONIS DONATO. AB IMP. TRAIANO. AVG.  
BELLO DACICO. CORONAMVR. A. LIVALI=  
ARI HASTIS. PVR. VEXILLO ARGENTI=  
EXSACII. EXERCITVS

El sentido en sustancia, dejando algunas dudas para los curiosos de estas antigüedades, es que, los soldados del Ejército, coronados y premiados con lanzas y banderas, dedicaron este recuerdo a Publio Blesio, a Publio Flavio Quirino Betuiniano, a Cayo Mario Memmio Sabino, Prefecto del Ala de la Caballería de los Dardanos, procurador del Emperador César Nerva Trajano Augusto Germánico Dácico; procurador de la Moneda de la Provincia de la Bética, Procónsul vigésimo del tesoro de la Fè, Procónsul de la Provincia de la Mauritania Tingitana, premiado con dádivas por el Emperador Trajano Augusto en la guerra Dácica. Fuimos coronados por el Livialiar—cargo del que no encontré explicación— con lanzas puras—que creo sin hierro y con un guión de plata más fina.

Estas memorias acostumbraban a dedicar los antiguos soldados a sus Capitanes, como demostración de agradecimiento por las honras y beneficios que de ellos recibían. De este modo, unos y otros permanecen consignados en las páginas de la Historia.

La razón en que nos apoyamos para creer que la Provincia que en la piedra se lee «Baliſſicæ», con letras distintas, que no hemos querido alterar, debe ser «Bacticae», es por la poca diferencia que hay en las letras, y por ser Bética la actual Andalucía, denominada así, del río Betis, que es el Guadalquivir. Estando, además, la Bética tan próxima a la Mauritania, y no encontrándose el otro nombre, o sea «Baliſſicæ» en ninguno de los antiguos escritores, suponemos, con fundamento, que fué yerro o descuido del grabador.

Sin hacer más hincapié sobre este punto, paso a decir, que, a más de esta piedra, se ven otras con monedas y trabajos antiquisi-

mos, que demuestran la grandeza que tuvo esta ciudad y de la que solamente se conservan algunos vestigios. En mi tiempo se descubrió otra piedra, pequeña, de poco más de un palmo en cuadro, cuyo contenido es el siguiente epitafio:

D. M  
ANTONIVS PROCLINVS  
EQ. EX VEXILATIONE  
ALE FLAVIAE. EX  
SINGLARIBVS. VIXIT  
ANIS. XXXX. HIC. SIT. EST  
SIT. TIBI TERA LEVIS

Quiere decir: «Consagrada a los Dioses del Infierno. — Antonio Proclino, Caballero de la Bandera de Ala de los Singulares. Vivió cuarenta años. Está sepultado aquí. Séale la tierra leve».

Algunos barbarismos que en ella se ven, y la desigualdad de las líneas, que están en la misma forma que se representan, demuestran el poco cuidado de quien la escribió, que debía ser extranjero y no romano. Estos procedían en todo con gran esmero.

También se encuentran algunas piedras muy bien labradas, de las que traje una, que se conserva en la fuente de una de mis propiedades y que sirviera para guardar las cenizas de los difuntos.

Consérvanse, igualmente, los acueductos o canales para la conducción del agua, cuya construcción se ve bien a las claras ser romana. Es esta construcción tan fuerte, que no acabó aún con ella la fuerza del tiempo, que todo lo consume. Además, es de admirar que estos vestigios se conserven, estando estas Provincias sujetas a gente rústica, más inclinada a vivir en el campo que a mirar por que estos recuerdos no desaparezcan de las ciudades en que habitan, pues esta es la razón por que algunos de los indicados vestigios fueron totalmente destruidos y otros quedaron sin rastro del lustre y grandeza de que en un tiempo se revistieran. (1)

(1) Lo mismo dentro del perímetro de la ciudad, que en sus alrededores, hánse encontrado, en distintas épocas, bastantes vestigios romanos; y más se encontrarían, seguramente, si llegasen a hacerse excavaciones exprofeso, pues lo aparecido hasta ahora, lo fué al azar o por casualidad. El P. Castellanos, franciscano, en su *Historia de Marruecos*, 3.<sup>a</sup> ed., Tánger, 1898, cap. IV, págs. 46-47, dice que en las excavaciones ejecutadas en 1880, al abrir los cimientos para la construcción de la actual Iglesia de la Misión Católica, calle de los Siaghins, se en-

Para mayor claridad de la Historia, daremos alguna noticia de los principios de los actuales moradores de esta tierra.

\* \* \*

En el tiempo que Heráclio gobernaba el Imperio de Grecia, seiscientos veintidós años después de Redención, Mohamet, al que llamamos vulgarmente Mahoma, de nación árabe o sarraceno, hijo de un gentil y de una judía, comenzó a predicar su ley. Esta tiene algo de las anteriores a ella, y su autor, para ser más fácilmente creído, la presentó como inspirada por el Arcángel San Gabriel. Luego de hechos muchos prosélitos en la Arabia, ostentando los títulos de Profeta y Caudillo, dió principio al Imperio de los Moros, que ya lleva muchos siglos de existencia.

Fué en África donde mayores proporciones territoriales adquirió el nuevo Imperio, no tardando en cambiar sus adeptos el nombre de sarracenos por el de moros, derivado del de los antiguos moradores de la Mauritania.

En ella fundaron reinos desde que comenzaron a dividirse en fracciones, pues en un principio obedecían a un solo jefe que, como sucesor de Mahoma, era rey y pontífice, comprendiendo ambas dignidades el nombre de Califa.

Los reinos que quedaron en esta parte de la Mauritania fueron los de Marruecos, llamado por los romanos Adrumentum, y el de Fez, en cuyo distrito está esta ciudad. Estos reinos estuvieron unidos muchas veces, y otras estuvieron sujetos a aumento y disminución en cuanto al territorio, como sucede entre vecinos y competidores.

La ciudad de Fez fué edificada por Yoris, descendiente de Ali, que conquistó la Berberia. En recuerdo suyo tienen colgado su alfanje en la Mezquita, con gran veneración.

A la ciudad le dió nombre el rio que pasa por ella y se llamaba entonces Fez. La agrandó y hermoseó con edificios, Yusef Miramazohir, que fué vencido por el rey D. Alfonso en la batalla de Tari-

---

contraron el tronco de una figura humana labrada en mármol, que representaba una diosa, y un magnífico y espacioso mosaico, que parecía el pavimento del templo a la mismo consagrado.—H. de la Martiniere, en su libro «*Souvenir du Maroc*», cap. I, p. 14, hace mención de «une grande arche romaine», que aun existe en la parte norte de la Alcazaba, hacia el año 1840, y del «beau torse en marbre d'un Eros», descubierto en su tiempo, o sea, en los últimos años de la segunda mitad del siglo próximo pasado.

fa. Fué capital del reino, por estar enclavada en lugar!a propósito para hacer la guerra al rey de Tremezem, con el que andaba desavenido. Tuvo después de ésta, varios señores, pasando de unas familias a otras, hasta la venida de los Xorfás, que poseyeron ambos reinos, juntando las armas y la religión, a ejemplo de Mahoma.

También estos reinos dejaron de existir, por lo variable e inconstante que es la fortuna de los Imperios, y más todavía los de determinadas gentes. Ultimamente vino todo a poder del Benlucar, señor de la Zauhnya, provincia que cae entre Fez y Marruecos. Venió al último rey de Fez, sujetó a Salé y Tetuán, y entregó después el gobierno a sus hijos, quedándose él en sus tierras para mayor seguridad.

Hay en este Reino pocas poblaciones; la mayor parte son aldeas, resguardadas por montañas. Las más próximas a esta ciudad son Angera, Gnadares, Benegofate, Sidalhambra, Benamesuar, el Farrobo y otras. Entre ellas hay algunas que tienen ochocientos caballos armados, y otras, doscientos y trescientos, con lo que fácilmente juntan dos o tres mil, además de mucha gente de a pie. Antiguamente nos estaban sujetas casi todas y eran tributarias; hoy son las que nos hacen la guerra.

La tierra es fértil y abundante, lo mismo en todo género de cultivo que en ganado, en especial caballos, que se sustentan fácilmente por la abundancia de pastos. Crianse también en ella muchos animales feroces, como leonas, tigres, jabalies, etc.

Además de las aldeas, hay por allí esparcidos muchos aduares o aljaínas, que son reuniones de tiendas de lana de cabra. En ellas viven los moros con sus ganados, y las trasladan de un lugar a otro, según los tiempos.

Las provincias se gobiernan por alcaides, las aldeas por almocadens, las cabilas, que son distritos de las provincias, por xeqes, y todos contribuyen con algo al Rey o Cherif. A este género de tributos los llaman garramas y los recogen los alcaides.

En la guerra pelean con poco orden. Su mayor fuerza está en la caballería, de la que juntan fácilmente número excesivo. También se sirven de gente de a pie, pero sin disciplina. El modo de pelear es arrebatado y repentino, procurando siempre ocultarse y salir de las filas. El primer ímpetu es furioso. Si encuentran oposición o tienen pérdidas, desisten con facilidad. Las armas de que usan, son alfanjes y lanzas. Antiguamente traían ballestas con dardos, que cam-

biaron por carabinas, Industria de los granadinos expulsados de España, con lo que se hicieron más poderosos. Los ejércitos, tan fácilmente se reunen como se deshacen, por no estar retribuidos y ser su gente pobre, más apta para correrías y escaramuzas, que para emplazamientos. A ello contribuye también la falta de disciplina y de artillería, por lo que no pueden resistir mucho tiempo.

\* \* \*

Dadas ya a conocer las antigüedades y posición de Tánger y sus contornos, pasaremos a tratar de su conquista y demás cosas a que nos obliga esta Historia.

Para ello es necesario saber, que los reyes de Portugal, no contentos con sólo libertar las tierras de su reino de la tiranía de los moros, que tantos años las usurparon, resolvieron, con grande gloria suya, hacerles la guerra en su propias casas y provincias.

Dió a esto principio el rey D. Juan I, de buena memoria; y, cuando parecía tiempo de suspender la espada gloriosa con tantos triunfos, resolvió la conquista de Ceuta, a instancia de los Infantes D. Pedro y D. Enrique, deseosos de demostrar con las obras, que no degeneraran de su sangre. Mandó formar un gran Ejército y preparar una poderosa Armada, contra la opinión de muchos, que pretendían disuadirlo de la empresa, alegando razones políticas y sin fundamento. El rey, empero, con fiado en su buena suerte y en la justicia de la causa, y, queriendo también ejercitar a sus hijos en el arte bélico, llevó adelante su intento. (1)

Acometido que hubo a la ciudad, ganóla en pocas horas, contra la esperanza de los más, que juzgaban dificultosa la empresa. El Infante D. Enrique, que fuera su autor, significóse entre todos, siendo el primero que entró. Sostuvo la ciudad con poca gente, hasta que, socorrido de su padre, de sus hermanos y del Condestable, D. Bruno Alvres Pereira, se dispersaron los moros y se ganó la Plaza. Fué la primera que ocuparon en Africa las armas católicas, desde que en ella se establecieron los infieles.

(1) Dice el P. Samuel Eiján, O. F. M., en su excelente obra «*Franciscanismo Ibero-Americano*», 1927, Part. prim.<sup>a</sup>, cap. V, pág. 58, not. 1.<sup>a</sup>, que «el franciscano, Juan de Xira, impulsó a Juan I a la conquista de Ceuta (1415).

Ablerta la puerta a esta conquista, en tiempo que los reyes de España no podían acabar de sacudir de sus hombros el yugo de los moros, continuaron la obra sus sucesores, con próspera y adversa fortuna, ya que ésta a ninguna nación vinculó todas las victorias. Y así se proseguió hasta que, ocupados con otros descubrimientos, quedaron en suspenso las ventajas que ofrecía la conquista del África, fértil y vecina; situación ésta que es necesario resolver.

Lo que nos consta es que, muerto el rey Don Juan y sucediéndole el rey Don Duarte, quiso, con el ejemplo de su padre, continuar la misma conquista; pero, como no heredó su felicidad, fueron los sucesos contrarios, sufriendolo siempre todo con paciencia y constancia. Vió el reino afligido con la peste y otros infortunios, pronosticados con fines del cielo en la hora de su coronación. Quiso satisfacer los deseos del Infante Don Enrique, que ardía en celo de propagar la Fe y descubrir el Mundo, de lo que resultó a Portugal toda la gloria de sus conquistas. Deseaba continuar la de África y asegurar Ceuta, ganando Tánger, distante nueve leguas, con puerto más capaz y más vecino de las costas del reino para recibir socorros.

Lo contradecían muchos, entre ellos, el Infante Don Fernando, diciendo que la falta de gente y las necesidades del reino no permitían que se tratase más que de la conservación, por no estar olvidadas en Castilla las injurias pasadas; que no faltaría tiempo más oportuno en que se lograsen tan buenos deseos.

Pero fueron tan eficaces las instancias del Infante Don Enrique, que el Rey, más por no disgustarlo que por otra cosa, resolvió la empresa y mandó a su hermano, Don Fernando, que lo acompañase. Este se mostró tan solícito en la previsión como antes se había mostrado prudente en el consejo.

Previnose la Armada, en la que se embarcaron los Infantes con dos mil caballos y cuatro mil jinetes, no dando lugar a más la premura del tiempo, la repugnancia de la gente —como anunció cierto de mal suceso—, y la falta de dinero y embarcaciones, por negligencia de los que las procuraran, e impedimento de algunos Príncipes, que siempre temen algo de las preparaciones de los vecinos.

Llegaron a Ceuta, después de un próspero viaje, el 29 de Septiembre de 1437.

Los moros de Ben Ahmed, encontrándose con pocas fuerzas para resistir, mandaron su ofrecimiento de sujeción y tributo, que los Infantes admitieron como primicias y presagio de mayores progresos.

Aunque la poca gente, las dificultades de los caminos, la multitud de los moros, y la poca salud del Infante Don Fernando—que disimulaba, en cuanto podía, para que no se creyese que buscaba impedimento para la jornada que contralijera—, se juzgaban dificultades invencibles; el Infante Don Enrique, constante en su primera resolución, determinó seguir adelante, marchando por tierra con el Ejército, y su hermano con la Armada por mar.

Intentó el paso por la Sierra Jimera, áspero y dificultoso, pero que, vencido, quedaba el camino junto al mar más breve y seguro, con la proximidad de la Armada.

Para franquearlo mandó a Juan Pereira con mil soldados escogidos. Opúsosele Lahaale, sobrino de Tocin, alcaide de Alcázar Seguer, que, como queda dicho, está entre Tánger y Ceuta.

Las ventajas del lugar para los moros, por conocer el terreno, fueron causa de que los nuestros se retirasen con pérdida, recibiendo mayor ellos, que perdieron en la pelea a su capitán. Por esta razón resolvió el Infante seguir el camino de Tetuán, por más fácil, aunque más largo y menos seguro, por faltarle la proximidad de la Armada.

Mandó a Ruy de Sousa con trescientos caballos, y, no encontrando impedimento, marchó a la vanguardia del Ejército, gobernada por el Conde de Arrayolos, que desempeñaba el cargo de Condestable. Seguiale Don Fernando de Castro, gobernador de la Casa del Infante, acompañado de sus hijos, y encargado del ala derecha. La izquierda se entregó a Don Fernando de Castro, el joven; la bandera Real a Don Duarte de Meneses, que venía en nombre de Don Pedro, su padre, Alférez Mayor del Reino; la del Infante, a Ruy de Mello, y la de Cristo, a Juan Falcón. Seguian, una imagen de Nuestra Señora, un retrato del Rey Don Juan y otro del Condestable, esperando que estos objetos insensibles influyesen en el ánimo de los soldados. Seguía el Obispo de Évora con una Cruz del Santo Leño, al que acompañaban otros sacerdotes.

La retaguardia, en la que iba el Infante, cerraba el Ejército que, con este orden, marchó sin impedimento alguno cuatro leguas, entrando al día siguiente en Tetuán, abandonado ya por los moros. De aquí, subiendo por el valle de Anyera, se alojó en la Atalaya del León. Al pasar por muchas aldeas, ofreciente refrescos y comida. Sin contratiempo alguno juntóse, en la playa del Tánger Viejo, con el Infante Don Fernando, que allí le esperaba con la Armada.



Después de varias consultas, resolvieron pasar el puente del río que, como dijimos, riega aquellas ruinas. Ya a la vista de la ciudad, se alojaron en la parte superior, opuesta al Castillo, entre huertas y jardines, de los que hoy sólo se conserva el nombre en aquel lugar.

Fortificáronse con fosos y trincheras, atentos más a la fortaleza y comodidades del sitio, que a la proximidad y comunicación con la Armada. Mandárales, en efecto, el rey, con orden expresa, que de ningún modo dejasen de llegar al agua con los alojamientos, a fin de tener en cualquier incidente segura la retirada, además de la provisión de viveres y municiones.

Gobernaba la ciudad, Sala Ben Sala, el que perdiera Ceuta, capitán de valor y experiencia, con una guarnición de siete mil soldados, muchos de ellos granadinos, y todos los demás pertrechos necesarios para la defensa, habiéndole dado largo tiempo para ella la dilación de los nuestros y las noticias anticipadas del intento. Además de que, no pudiendo los Infantes cercar toda la ciudad, quedaba lugar para recibir socorros todas las veces que fuesen necesarios.

Sin embargo de tantas dificultades, resolvieron los Infantes atacar la ciudad. Diéronle furiosos asaltos, sin más fruto que muchos muertos y heridos de una y otra parte, víctimas entre las que figuraron algunos Hidalgos conocidos, que siempre son los primeros que se exponen a los peligros. Demostró la experiencia que las máquinas eran imperfectas, las escaleras cortas, y la artillería, que entonces se comenzaba a usar, de poco efecto. Para enmendar estos yerros, se hicieron venir de Ceuta los materiales y otras cosas, en particular artillería más gruesa.

Empleáronse, entre tanto, diez días en escaramuzas, en una de las cuales Don Alvaro de Castro, Alvaro Vaz de Almada, Gonzalo Rodríguez de Sousa y Fernán López de Acebedo, con setenta caballos, desbarataron una compañía de moros, matándoles cuarenta.

Llegada la noticia del cerco al rey de Fez, mandó reunir a toda la gente de guerra y pedir socorro a los reyes vecinos, de Marruecos, Vélez y Tafílete, quienes vinieron a ayudarlo en persona, por ser la causa común y los moros más unidos para defender su secta, que los católicos su religión.

Formaron un Ejército de setenta mil caballos con infinito número de gente de a pie, de la que mandaron parte delante, para anular a los sitiados, con orden de no hostilizar mucho hasta la llegada del grueso del Ejército.

Con diez mil caballos y noventa mil jinetes, se presentaron en son de batalla ante nuestros campamentos. Los Infantes resolvieron atacarlos antes que aumentasen, y, saliendo con mil quinientos caballos, ocho cientos ballesteros y dos mil infantes, fueron a desafiarnos.

Los moros, siguiendo la consigna que tenían, se contentaron con entretenerlos en escaramuzas, replegándose ordenadamente a la Sierra vecina.

Presentáronse al día siguiente con mayores fuerzas; los invistió el Infante Don Fernando con la vanguardia; y de tal manera lo recibieron, que se retiró con trabajo, y hubiera perecido, a no socorrerle el Conde de Arroyolos, que hizo tal impresión en los moros y tales estragos, que los obligó a huir con pérdidas y desorden, por haberle matado al Capitán. De los nuestros faltaron cinco, con lo que se retiraron contentos y animados; y, volviendo a pelear al día siguiente, rompieron sus líneas, los pusieron en fuga y los fueron siguiendo legua y media, matando a cuantos podían alcanzar.

Los de la ciudad acometieron al campamento, pareciéndoles habría en él poca resistencia; pero fueron rechazados con pérdidas, por Diego López de Sousa, que lo tenía a su cargo. Cobró el Infante Don Enrique tanta confianza con este éxito, que habiendo llegado ya los pertrechos que habían hecho venir de Ceuta, hizo atacar de nuevo la ciudad y acercarle una torre grande, de madera, guarnecida de arcabuceros y ballesteros, para entrar en el muro con puentes que desde ella se lanzaban y franquear el paso a los que hablan de subir por las escaleras y, entrando en la ciudad, romper las puertas.

El Infante Don Fernando, con el Conde de Arroyolos y el Obispo de Evora, tenían a su cargo la caballería que, formada en batalla, aseguraba el campo.

Dióse principio al combate con grande furia y resolución, pero aun resultaron las escaleras cortas, no bastando el primer yerro para enmendar el segundo. Sólo la del Mariscal igualaba a los muros, mas luego fué quemada, con la muerte de algunos que por ella subían. La torre de madera resultó también poco eficaz, debido a no poderla arrimar al muro cuando convenía, por lo que el Infante mandó retirar el personal, que sólo conseguía hacerse daño, dejando estas experiencias que tan poca esperanza de buen éxito le inspiraban; pero, como era de ánimo constante, determinó proseguir la empresa, para lo que mandó sacar de los navíos algunas máquinas

y las herramientas necesarias para rehacer las deterioradas, y poder así renovar los combates.

En cuanto esto se preparaba, cautivaron algunos caballeros a dos almogaveres — así llaman los moros a sus caballeros — quienes declararon como el rey de Fez, el de Vélez, el de Marruecos y el de Tafilete, con setenta mil caballos e infinita gente de a pie, venían en socorro de la ciudad, a la que llegarían aquel mismo día. Poco después comenzaron, efectivamente, a aparecer moros en tanto número, que cubrían los campos. Ante este peligro, mandó retirar el Infante a los barcos, al personal de los mismos; al campamento, a los soldados de a pie; y los de a caballo quedaron en batalla, con el Mariscal y Alvaro Vaz de Almada, en espera de la artillería. Juntáronse luego los moros de la ciudad con los de afuera; acometieron al Mariscal con grandes voces y algazara; y, no pudiendo éste hacerles frente, se retiró con trabajo. Hubiera sido vencido, a no haber llegado en su socorro el Infante, quien se batió con tal denuedo, que le mataron el caballo, y quedara muerto o preso, a no encontrarse allí un paje del Infante, su hermano, que le dió otro, en el que subió, a pesar de los moros, defendido por sus caballeros, particularmente por Fernan de Alvres Cabral, su guardia mayor, que murió en la refriega, justificando con su sangre la fidelidad que debía a su señor.

Retirado el Infante al campamento, los moros los invistieron por todas partes, pero fueron rechazados con muchos muertos y heridos. Más de dos mil soldados se refugiaron en las naves, estimando más la seguridad que la honra. Hubo, en cambio, otros que, de la Armada, se pasaron al campamento. Con esta diferencia obran los hombres: unos tan atentos a las comodidades, y otros, esclavos de la reputación.

El Infante Don Enrique, aunque interiormente sentía el alma muy afligida, por tantas dificultades, no se le conocía en el rostro. No faltaba a ninguna de las obligaciones de Capitán prudente y valeroso. Animaba a los soldados, reprimía las quejas de los que se juzgaban sin remedio, y a todos les decía que pusiesen en Dios toda su confianza, en la seguridad de que no había de desamparar a los defensores de su Fe. Que él, por su parte, no huiría el bulto a ningún trabajo o diligencia. Le causó, empero, gran impresión, el encontrarse con viveres para sólo dos días, y con el acceso al mar impedido, conociendo tarde el error del principio, en no instalarse de suerte que siempre tuviese segura la retirada.

Los moros, pareciéndoles afrentoso no desbaratar a tan poca gente, renovaron los asaltos con mayor furia que antes. Aunque siempre fueron rechazados con pérdidas, veíanse los cristianos oprimidos por más poderosos enemigos, que eran el hambre y la sed. Llególes a faltar el agua, que recogían de unos pozos próximos al campamento.

Como último remedio, resolvieron embarcarse aquella noche, rechazando a los moros que se lo impedían; pero, Martín Vieira, Capellán del Infante, indigno de llamarse cristiano y, mucho más, sacerdote, se pasó al enemigo, descubriéndole el proyecto, causa por la que éste no pudo realizarse. Conociendo los moros por este medio el extremo a que estaba reducido el Ejército católico, entraron en consulta sobre si sería más conveniente acabarlo de una vez o aprovecharse de la ocasión, ofreciéndole la libertad, en cambio de la ciudad de Ceuta, con lo que quedaban más seguras las provincias de Africa.

Aprobaron este consejo y, para efectuarlo con más seguridad de sus personas, se formaron a la vista del campamento, ostentando todo su poder. Antes de atacar levantaron una bandera blanca en señal de paz, y, llegándose a donde podían ser oídos, digeron que los reyes se compadecían de la situación en que se veían los cristianos, sin esperanzas de medio; y que, usando con ellos de piedad, los dejarían embarcar libremente, con tal que se les entregasen Ceuta, todos los moros prisioneros, las armas y las municiones del Ejército.

Pareció a los más que todo era admisible, y a los Infantes, que se podrían ajustar mejores condiciones. A este fin mandaron a Ruiz Gómez da Sylva y Payo Rodríguez, Escribano de Hacienda, para tratar con los moros este asunto; pero se retiraron pronto al ver que los moros cambiaban de opinión y acometían al campamento.

Fué el asalto tan obstinado y furioso, que faltó poco para que entrasen; mas los nuestros pelearon con tanto valor, en especial el Infante Don Fernando, con los de su Compañía, sobre los que cargó la mayor fuerza, que los moros se retiraron con grandes pérdidas; y viendo lo mal que les resultaban los asaltos, usaron de otro modo de guerra. Lanzaron por todas partes fuego en el campamento, a lo que puso remedio con trabajo la diligencia de los Infantes y de los demás Capitanes.

Pasadas siete horas, se retiraron los moros, dejando más de cuatro mil muertos. También hubo algunos entre los nuestros, lo mismo

que heridos. Por ello se resolvieron a reducir el alojamiento a menor forma, lo que se hizo en una noche. Así quedó más fácil para la defensa. Faltaba en absoluto la leña y los manjares. Una y otra cosa se suplieron con las maderas de las tiendas, y los manjares con caballos. Lo que más sentían era no haber agua, mal que estimaban sin remedio.

Trataron entonces de irse acercando al mar, mediante trincheras, para proveerse de la Armada o embarcarse en ella, cosa que, a haberse hecho al principio, hubiese evitado todos estos inconvenientes. Pero, temiendo entonces el no poder conseguirlo, y volviendo los moros a ofrecer las mismas garantías, añadiendo que el rey de Portugal hiciese la paz con ellos, se les concedió todo cuanto pedían, con tanta repugnancia y sentimiento de los Infantes, cuanto se deja comprender; pero no pudieron oponerse al común acuerdo.

Ajustadas las condiciones y firmadas por los principales de uno y otro Ejército, entregó Sala Ben Sala un hijo suyo para seguridad de la embarcación, y por él se le dió Pedro de Atalde, Juan Gómez de Avelal, Ruy Gómez da Sylva y Ayres da Cunha; y para entregarse Ceuta y lo demás a los moros, se les dió en rehenes al Infante Don Fernando, con tantas lágrimas y sentimiento de todos como pedía tan lastimoso espectáculo.

Procuraba el Infante consolar y animar a todos con palabras y demostraciones de alegría y constancia, pruebas claras de su espíritu real y generoso.

Afirmase que el Infante Don Enrique quiso ser él quien quedase, pero que no se lo permitieron, por ser el General de aquel Ejército.

Se le entregó a Sala Ben Sala, Gobernador de la ciudad, con algunos criados, para servicio de su real persona, que demostraron bien su fidelidad en los trabajos y miserias que después padecieron.

Hecho el contrato, mandó venir el Infante Don Enrique los navíos, para embarcar a la gente, pero no se lo permitieron los moros, que quebrantaron, como infieles y bárbaros, la fe pública y el Derecho de gentes. Volvieron a los combates, resistiendo los nuestros, y continuando el trabajo, llegaron al mar con las trincheras y pudieron recibir socorro de los navíos. Por fin se embarcaron a pesar de los moros, sosteniendo la retaguardia Alvaro Vaz da Almada y el Mariscal con los soldados más escogidos.

Este fin tuvo el primer cerco de Tánger que duró treinta y siete

días, veinticinco de los cuales atacaron los nuestros a la ciudad; después fué el campamento atacado por los moros. En él se perdieron de los cristianos quinientos soldados, y de los moros número infinito. Pudiera haber sido glorioso, aunque no se consiguiera el objetivo, por el valor con que pelearon los nuestros contra tantos y poderosos enemigos; pero todo lo deslució la entrega del Infante que, por no entregarse Ceuta acabó entre los moros, tan lleno de miseria y trabajo como de merecimientos y virtudes, acreditadas con tantos prodigios y milagros, que justamente se le debe el nombre de Santo, pues sufrió con paciencia un dilatado martirio.

El Infante Don Enrique se recogió en Ceuta con la Armada, llevando consigo al hijo de Sala Ben Sala y a otros moros principales que, conlados en el contrato, estaban con él; pero como se quebrantó por parte de ellos y les dejaba a su hermano, los llevó para mayor seguridad.

Pocos días después llegó el Infante Don Juan, del Algarbe, a donde ya tenía prevenido socorro; pero como ya no era necesario, regresó al reino, dejando en Ceuta al Infante Don Enrique para tratar de la libertad de su hermano.

Recibieron el Rey y toda la Corte estas noticias con el sentimiento que era natural; pero, consultado el negocio, se resolvió que no se debía estar por ello, así porque los moros fueron los primeros en quebrantarlo, como porque no se podía entregar sin orden suya expresa y consentimiento del reino, una ciudad de la Corona. Ofreciéronle en su lugar prisioneros y dinero, cosa que no admitieron los moros.

Murió luego el Rey y al poco tiempo el Infante en Fez. Rescatóse su cuerpo y está sepultado en Batalla, en la Real Capilla de su padre y hermanos. Al rey Don Duarte sucedió Don Afonso V, su hijo, de tan poca edad, que este impedimento y después las discordias intrínsecas y otros obstáculos, no dieron lugar en algunos años a que el rey tratara de la guerra de Africa a la que era inclinado. Por eso mientras que duró la tormenta perfeccionó lo relativo a la consecución de sus deseos. Determinó pasar contra los Turcos a instancias del Papa Calisto, lo que no habiéndose ejecutado por la muerte del Pontífice y la poca concordia entre los demás príncipes cristianos, resolvió aprovechar en Africa las preparaciones que tenía hechas. Fué su primer intento volver sobre Tánger y castigar a los moros de aquella Ciudad por los daños que les ocasionaran a sus tíos los Infantes; pero siguiendo el parecer de Don Sancho Conde de Odemira,

Capitán de Ceuta, quiso intentar primero la ocupación de Alcázar Seguer, para facilitar la empresa y asegurar los socorros.

El 30 de Septiembre de 1458 salió de Setubal con una poderosa Armada de más de 200 velas. Con próspero viaje llegó a Alcázar, que se rindió al primer combate, salvando las vidas y hacienda de los moros. Dió la Capitanía a Don Duarte de Meneses, quien demostró con su proceder el acierto de la elección. Se retiró a Ceuta, y sabiendo que el rey de Fez, que venia sobre Alcázar con grande Ejército, estaba en Tánger, lo desafió en batalla que el moro no quiso aceptar. Cercó, no obstante, a Alcázar, siendo rechazado por Don Duarte con grandes pérdidas y antes que le llegase el socorro que impedía la inclemencia del tiempo.

Por estar ya entrado el invierno se retiró el rey al Algarve, llevando siempre en la memoria la conquista de Tánger, de la que volvió a tratar pasados algunos años, constándole por la información de dos fidalgos, cautivos hacia poco tiempo en aquella ciudad, que se podía escalar fácilmente. Para este efecto en el año 1463 determinó pasar otra vez a aquella conquista. Mandó delante al Conde de Villa Real, Capitán de Ceuta, para que lo informase mejor del estado de la Plaza. Luego de llegar el Conde a Ceuta, ordenó al adalid Lorenzo de Cáceres y a Pedro Alfonso, que fuesen a reconocer la ciudad de Tánger. Estos efectuaron puntualmente la orden y encontraron el lugar bien dispuesto y sin temor de cambio. Mandó enseguida aviso al rey y quedó preparando la gente. Convino con el rey que el día que hubiese de llegar a Tánger con la Armada, vendría por tierra y en tiempo fijo para favorecer el asalto e impedir el socorro.

Detúvose, empero, tanto el rey en la preparación de la Armada que, saliendo en Noviembre se levantó tan furiosa tormenta que estuvo en peligro de perderla toda. La «Capitana», en que iba el rey desafiando el tiempo, llegó a Ceuta, donde fueron entrando después otros navíos casi del todo destrozados. Se perdió el de Don Alfonso de Vasconcellos y una caravela. Don Alfonso, con la mayor parte de la gente, se salvó con trabajo. El duque de Braganza llegó a Ceuta casi perdido y atribuyó el salvarse a Nuestra Señora de Africa, regalada a Ceuta por el Infante Don Enrique. Luego que el rey tuvo reunida parte de la Armada y reparada la gente, declaró su intento que hasta entonces tuvo oculto, y, para quedar más vecino de Tánger, pasó a Alcázar, cinco leguas distantes. Mandó a Luis Méndez de

Vasconcellos, que con doce bergantines bien equipados y guarnecidos de gente escogida, procurase escalar la ciudad en el silencio de la noche. Al mismo tiempo la combatería por la parte de tierra para entretener a los moros y facilitar el asalto.

Contradecía esta opinión Don Duarte de Meneses, desconfiando de la constancia del mar en tiempo de invierno, además de parecerle no podrían llegar unos y otros sin ser sentidos. Así sucedió, en efecto, porque hallando Luis Méndez alterado el mar, no se atrevió a desembarcar la gente, y los moros, que no estaban descuidados, con fuegos y artillerías, dieron señal de rebate y pidieron socorro. Y como esto era precisamente lo que el rey mandara hacer luego que entrasen sus tropas en la ciudad, la atacó con alborozo y alegría, mas el desengaño se convirtió en tristeza como sucede en los asuntos en que van la reputación y el gusto. No descubrió el rey estos afectos, sino que, con ánimo seguro y constante, dejó de vista la ciudad y se retiró a Alcázar, pasando luego a Ceuta, arrepentido de no haberse guiado por la opinión del conde Don Duarte, calificada de prudente con esta triste experiencia.

Sirvieron estas dificultades de incentivo al ánimo del rey para lograr el intento, y puesto que ya era notorio a los moros, mandó al Infante Don Fernando su hermano que hiciese de nuevo reconocer la ciudad, y encontrando que no le entrara socorro alguno y se podía escalar por la parte de tierra, lo avisase para ponerse a la empresa. Hecha la diligencia y no viéndose alteración alguna en los moros, resolvió el Infante acometer la ciudad sin dar cuenta al rey. Se le opuso Fernando Téllez, haciéndole ver cuán grave culpa era en él faltar a la obediencia que debía observar puntualmente para ejemplo de los demás; que, aparte de esto se encontraba con poca gente para la empresa y teniendo en ella, como temía, mal resultado, quedaba dos veces culpable.

Por el contrario, el Conde de Odemira, que por respetos particulares quería lisonjear al Infante, contradijo a Fernando Téllez, demostrando que la ocasión era oportuna e imprudencia el perderla; que el tiempo es precioso y que si siempre se debe aprovechar, mucho más en la guerra, en la que poco espacio hace lograr grandes empresas; que el buen suceso del que tenía cierta esperanza y el deseo que el rey tenía de ganar la Plaza, serian más merecimiento que disculpa, y sucediendo lo contrario, no había que recelar con tan justificados fundamentos.



Siguió el Infante este parecer al que estaba inclinado, pero no fué con tanto secreto, que no llegase antes al rey la noticia que la ejecución. Este envió luego, para detenerlo, a Vasco Martins Chichorro, Capitán de los Jinetes, con veinte caballos, y los siguió en persona con ochenta y algunos infantes, con tanta diligencia que antes de amanecer, por diferente camino, llegó a la vista de Tánger. No encontró al Infante, que yendo más despacio y viniéndosele la noche encima, regresó a Alcázar.

Hizo el rey lo mismo, reprendió al Infante, pidiendo el caso de demostración más severa, por ser el respeto y la obediencia los fundamentos del Imperio.

De aquí resultó quedar el Infante con los mismos deseos, lomentado por el Conde de Odemira, que lo ilusionaba con la esperanza de la gloria.

Quiso volver a la empresa por el mismo camino, como si fuese posible encontrar a los moros descuidados, habiéndosele descubierto tantas veces el designio.

Obtuvo con muchas instancias la licencia del rey, yendo en persona a Ceuta. Regresó a Alcázar sin dar cuenta del intento a Don Duarte de Meneses, de cuya prudencia temía, ya que cuando va en ello el dar gusto a los príncipes, todos los inconvenientes se atropellan.

El 19 de Enero de 1464, salió de Alcázar con la gente que le pareció bastante para ganar la ciudad, en un asalto repentino; pero veíase en todos tanta desconfianza y tristeza, que no se podía esperar buen resultado. Juntábase a esto la obscuridad de la noche y el aparecer en el cielo un cometa que, con aspecto melancólico y sanguíneo, estaba amenazando ruina. Cuando los hombres se obstinan en sus caprichos, no reparan en las señales prodigiosas con que la Divina Providencia los quiere apartar de los precipicios. Fijos los ojos en el indicado cometa, Gómez Freyre dijo como en sentido profético: «¿Qué va a ocurrir en tí, triste noche?» Los otros, adulando al Infante, interpretaban aquel prodigio como indicio de su gloria con la destrucción de los moros. Con esta diferencia de opiniones llegaron a los muros de la ciudad, y favorecidos de la obscuridad de la noche, acercaron las escaleras al muro con tanto silencio que, o no fueron oídos de momento, o se mostraron los moros descuidados, para ocasionarles luego mayor daño. Subieron con gran valor muchos hijosdalgos y aventureros, pero acudieron los moros y acomete-

tiendo con gran furia, los que habían entrado por el baluarte que queda entre el castillo y la puerta del campo, que se llamaba de Fez, trabóse entre unos y otros una gran pelea. Vinieron tantos moros y tan furiosos y desesperados, que los nuestros, sin valerles la resistencia, fueron desbaratados, lanzando a unos desde la muralla, matando a otros y haciendo cautivos a algunos, sin poder socorrerlos los de fuera, por tener los moros ganadas y rotas las escaleras. Quiso el Infante hacer una de trozos, con resolución de subir por ella y acudir a los suyos que perecían sin remedio, pues quería correr con ellos la misma suerte. Lo detuvieron el Conde de Odemira y el Comendador Mayor de Cristo, diciéndole que no quisiera aumentar la desgracia y que fuese Tánger la sepultura de tantos Infantes de Portugal, mostrándose ahora tan prudentes y cautelosos, como antes valientes y resueltos.

De los que subieron, que eran trescientos, murieron doscientos, entre ellos Don Gonzalo Coutinho, conde de Marialva, Don Rodrigo, su hijo bastardo, Don Jorge de Castro, hijo del Conde de Monsanto, Fernando de Sousa, señor de Rossas, Alvaro de Sousa, su hijo, y Gómez Freyre, aquel a quien el corazón pronosticó el suceso y otros muchos hijosdalgos y gente noble, que dieron nombre a aquel baluarte y que aún hoy conserva.

Entre los cautivos, que fueron cien, quedaron el Mariscal Don Fernando Coutinho, Fernando Téllez, Diego de Sylva, el pequeño, Ruy López Coutinho, Diego de Sylva, primer Conde de Portalegre, Gracia de Mello, Don Alvaro y Don Manuel de Lima, y otros que aparecen en las Historias.

Quedaron los moros muy alegres con este suceso, y para más hacerlo resaltar, buscaron entre los muertos a Don Duarte de Menezes, Conde de Viana, cuyo valor temían; pero uno de ellos, viejo y prudente, les dijo que no se cansasen, que el desorden de los cristianos demostraba bien a las claras que aque aquella empresa no había sido guiada por el Conde.

Se retiró el Infante a Alcázar tan triste y apenado como el caso lo pedía. Dió el aviso al rey, y puesto que sintió los mismos efectos, tuvo el caso encubierto hasta venir de Gibraltar para donde partía a instancia del rey Don Enrique de Castilla, en donde trataron algunos asuntos que no pertenecen a esta Historia. Regresando consoló y animó a los suyos, y para castigar a los moros, hizo personalmente algunas entradas por sus tierras, con próspero suceso, si bien en

la última se vió en aprieto y perdió al Conde Don Duarte de Menezes, que por salvarlo quedara sosteniendo en la retaguardia el ímpetu de los moros. Cayó entre ellos muerto y despedazado, con tanta alegría suya, porque lo temían más que a grandes ejércitos, como con lágrimas y sentimientos por parte de los nuestros.

Retiróse el rey con trabajo, demostrando en estas ocasiones más valor que prudencia, pues se comprometían en ellas su real persona y buen nombre, sin que la esperanza de la gloria correspondiese a las fatigas y el peligro.

Poco después regresó al reino, tan amargado de la desgracia de los pasados sucesos, como deseoso de restablecer la opinión con mayores progresos y emprender de nuevo el viaje a Africa, con tantas fuerzas que pudiese pedir cuentas a Tánger y a las ciudades vecinas de los daños recibidos. Mientras se preparaba, para no tener las armas ociosas, mandó al Infante Don Fernando su hermano, en una Armada con diez mil soldados, sobre la ciudad Anfa o Anfe, situada en la misma costa. No atreviéndose los moros a esperarlo, dejaron la Plaza llena de despojos y a la que, después de saqueada, la quemaron y destruyeron.

Estimó en mucho el rey el acontecimiento, pero no satisfizo los deseos que tenían por objeto la conquista de Tánger. Acabó de preparar la Armada y el Ejército, que constaban de trescientas ocho velas y veinticuatro mil soldados, además de la gente de mar y servicio; pero habiéndole informado Vicente Simoens y Pedro de Alcazoba que la conquista de Arcila—que reconocieron con pretexto de otros negocios—, no sería dificultosa a tan gran poder, y medio eficaz y seguro de ganar Tánger, resolvió la empresa. El 15 de Agosto de 1471 salió de Lisboa, acompañado del Príncipe Don Juan, su hijo, al que costó el permiso grandes instancias, y toda la nobleza y fuerzas del reino, llegando a Lagos, donde lo esperaba la gente del Algarbe y el Conde de Valenza, que para este efecto vino de Alcázar, de donde fué gobernador después de la muerte de su padre.

Salió con buen tiempo y llegó con toda la Armada a la vista de Tánger para disimular el intento, mas hizo luego vuelta a Arcila, distante siete leguas, de la parte Poniente. Llegó allí casi de noche y determinó que, en amaneciendo, saltasen a tierra Don Alvaro de Castro, conde de Monsanto, y Don Juan Coutinho, conde de Marialva, con la vanguardia del Ejército, al que él seguiría con el resto del personal y preparativos necesarios, para que la Plaza cayese el mis-

mo día, tan bien atacada que no fuese posible suministrarle socorro.

Observóse la orden, y los Condes, luego de amanecer el alba, procuraron que desembarcase la gente; pero encontraron el mar tan alborotado y la playa tan llenas de arrecifes y otros obstáculos, que con dificultad se podían vencer. Llegando el rey y el príncipe, ejercieron tal influencia con su ejemplo, que a pesar de las olas y de las piedras, todos procuraron, en competencia, ser los primeros en saltar a tierra. Consiguióse esto, mas costó la vida a más de doscientos que desgraciadamente se ahogaron.

Desembarcada la gente, algunos pertrechos y la artillería, sin contradicción de los moros, instalóse el rey sobre la ciudad, cercándola toda y fortificando los cuarteles con trincheras y fosos para impedir los socorros del campo, y mandó luego a tirar contra las murallas con dos piezas de grueso calibre, no dando lugar ni tiempo a continuar el tiroteo. Duró tres días la batería que arruinó dos trozos de la muralla. Viéndose los moros sin remedio, enarbolaron bandera blanca sobre la torre del castillo y pidieron seguro para capitular. Los soldados, sin embargo, impacientes y furiosos, viendo el temor del enemigo, acometieron la ciudad, con tanta resolución como desorden. Encontrando descuidados a los moros entraron en ella con poca resistencia. Mandó arrimar el rey por todas partes escaleras a la muralla, valiéndose antes los soldados, unos de las lanzas y otros de su ligereza. Subió mucha gente que, bajando a las puertas del muro y abriéndolas, entró el rey y el príncipe con todo el Ejército. Se retiraron los moros al castillo y a la mezquita, donde, queriendo defenderse, fueron combatidos y entregados. Mas como es poderosa la última desesperación, no dejó de costar mucha sangre la empresa, porque, a más de otros, murieron los Condes de Marialva y Monsante, con general sentimiento del rey y del Ejército, por sus cualidades y virtudes. Tal es la pasión de la guerra y de los asaltos, en los que la honra hace buscar a los nobles los mayores peligros. Los demás cumplieron también su deber. El rey mostró valor y prudencia, y el príncipe Don Juan se distinguió entre todos, dando pruebas en la primera edad del ánimo y juicio que calificó la experiencia.

De los moros murieron dos mil; cinco mil quedaron cautivos, entre ellos algunos principales. Encontróse en la ciudad rico botín, que el rey dió a los soldados, mostrándose liberal y prudente, dispo-

niendo y dando en ocasión tan repentina, órdenes tan oportunas, como si hubiesen sido meditadas de mucho tiempo atrás. El príncipe con los otros soldados dieron con honra la muerte a muchos de los infieles.

Luego que cesó el primer alborozo y se redujo la ciudad a algún sosiego, entró el rey en la mezquita principal, donde lo esperaban el Capellán mayor y los demás sacerdotes, entonando himnos y salmos. Encontrando el cuerpo del Conde de Marialva, hizo oración por él y arinó caballero al príncipe, al que dijo lo hiciese Dios tan buen caballero como lo había sido el Conde muerto que tenía delante. Se dedicó la mezquita a Nuestra Señora de la Asunción, y enseguida el Capellán mayor celebró una solemne misa, quedando dedicado al verdadero culto aquel lugar que antes sirviera a los ritos profanos de los infieles. Recibieron en él cristiana sepultura los Condes, con la solemnidad que entonces fué posible. El rey nombró Capitán de la Ciudad a Don Enrique de Meneses, Conde de Valenza, y es muy de sentir que esta Plaza se entregase después voluntariamente a los moros. Fortificada e íntegra como se les dejó, es hoy el lugar donde nos hacen más guerra. Ganada Arcila, ciudad antigua y noble, llegó la noticia a Muley Xequé, que la gobernaba con otras provincias de las que era Señor. Por encontrarse en la de Habát con sus hijos, debido a algunas alteraciones de orden público, no llegó a tiempo con el socorro que procuraba con toda urgencia. En Alcázar Kebir supo que la ciudad estaba ganada; sus mujeres y dos hijos pequeños, cautivos; y los tesoros que en ella tenía, perdidos y en poder de los cristianos.

Como se encontraba sin fuerzas bastantes para resarsir la pérdida, quiso con prudencia acomodarse al tiempo y mandó pedir licencia y seguro al rey para verle. Aunque se lo concedió liberalmente, no tuvo efecto por la facilidad con que los moros mudan de parecer y admiten recelos y desconfianzas. A más de que juzgaría indigno humillarse tanto al vencedor.

En su lugar mandó a personas de crédito, quienes, después de algunas dudas, convinieron con el rey en que quedase por señor pacífico de Centa, Alcázar Seguer y Arcila, con todos sus términos, lugares y aldeas, cuyos moradores, como súbditos y vasallos suyos, le pagarían tributo; que entre ellos durarían estos convenios y que habría treguas durante veinte años; y que, esto no obstante, les sería lícito a cada uno de los concertantes conquistar las ciudades y villas

cercadas, sin perjuicio de la gente del campo. Firmadas estas condiciones por el rey, el príncipe y Muley Xequé, éste regresó a la guerra en que estaba ocupado, llegando, con el tiempo, a ser rey de Fez.

Luego que los moradores de Tánger tuvieron conocimiento de las cláusulas de estos conciertos, y observando que quedaban excluidos, así como que Muley Xequé volvía a la guerra que antes le traía preocupado, se llenaron de temor y sin esperanza de remedio. Tenían como cierto que el rey, valiéndose de la ocasión, les pediría cuenta de las pérdidas e injurias pasadas. Por esto resolvieron abandonar la ciudad antes que a ello los obligase el rey victorioso y experimentasen el daño de sus vecinos.

Supo esto el rey y mandó enseguida a Don Juan, hijo del duque de Braganza, marqués de Montemayor, con bastante gente de a pie y a caballo, para ocupar la ciudad o impedir que los moros se ausentasen. No encontrándolos, entró en ella el 28 de Agosto de 1471, día dedicado al insigne Doctor de la Iglesia, San Agustín, pareciendo Providencia Divina que un Santo africano entregase esta ciudad, profanada por los moros, a un príncipe católico y portugués, y que siendo el reino de Portugal el menor de la Cristiandad, enarbolase las banderas de Cristo con sus Llagas Santísimas sobre las torres profanas y dilatase la Fe por las partes más remotas del mundo, por lo que podemos asegurarle duración y aumento.

Luego que el marqués Don Juan se apoderó de la ciudad, dió cuenta de ello al rey que, acompañado del príncipe, de la nobleza, y de la mayor parte del Ejército, entró en ella con afectos contrarios y diferentes: Alegrábase, por una parte, con la posesión de ciudad tan importante, que tanta sangre noble había costado, y, lo que es más, la vida y cautiverio del Infante Don Fernando, su tío, sin contar los gastos ocasionados; y, por otra, se entristecía de que se les hubiesen escapado los autores de tantos daños, a los que deseaba dar el castigo que merecían. Pero, volviendo en sí y reconociendo las gracias que a Dios debía por este beneficio, y que no eran menos gloriosas y más seguras las conquistas que daba el temor de los contrarios, que las que adquiría la fuerza de la espada, que siempre cuestan la mejor gente, apartó de sí todo el sentimiento y entró en la mezquita que encontró consagrada y dedicada al Espíritu Santo. Allí lo recibió el Prior de San Vicente, Obispo electo de la misma ciudad, con los cantos y ceremonias que se acostumbran en estos actos.

Pareciéndole después que la ciudad era grande y necesitaba de guarnición correspondiente a su defensa, la mandó disminuir, reduciéndola a mil vecinos, siendo así que antes tenía más de cuatro mil. Esto hacen los cambios de tiempo y de los Imperios. La fortificación quedó mal entendida y sujeta en su mayor parte a muchas alturas que la dominan; pero también entonces era mayor el valor que la industria, y la poca que tienen los moros para asaltar las plazas, es la causa principal de que se conserve fácilmente.

El colegio de que hemos tratado antes, se lo dió a los religiosos de San Francisco; de éstos pasó a los de la Trinidad para tratar de la redención de cautivos. Pareciéndoles después mejor sitio el de Ceuta, cambiaron con los religiosos de Santo Domingo, que lo conservan hoy.

En la ciudad dejó bastante guarnición, y, arregladas las cosas del mejor modo que estimó conveniente, regresó al reino el 17 de Septiembre, llegando después de próspero viaje, alegre y triunfante. Conste que estas dos reseñadas empresas las realizó en poco más de un mes. (1)

---

(1) Los primeros siglos del Cristianismo ofrendaron a Tánger su fruto de sangre de Mártires. Las *Actas* nos hablan de S. Casiano, su patrono, y del centurión S. Marcelo. «A la Alcazaba— dice H. de la Martinière, ob. cit., precede un terraplén, en el que antiguamente se ejecutaba a los reos de muerte. Un día en que la guarnición romana celebraba el aniversario del Emperador Maximiano, el centurión Marcelo arrojó a los pies de los soldados sus insignias, el cinto militar y demás armas, negándose a prestar el juramento a las Águilas imperiales. Se le condenó a muerte en este mismo lugar, y las «Actas de los Mártires» nos han transmitido su memoria». Como ciudad episcopal, Tánger debió serlo desde que en ella arraigó la religión de Cristo, aunque apenas haya noticias concretas de sus primeros obispos. La ocupación portuguesa restauró, por decirlo así, la Sede tingitana, para la que designó, como templo Catedral, la gran Mesquita, que hoy vuelve a serlo, de la calle de la Marina. La Catedral tenía su Cabildo, compuesto de varios Canónigos y Beneficiados, todos suficientemente retribuidos. La residencia del Prelato debió ser una de las casas que al primer Obispo, D. Nuño, y a sus sucesores donara, con su correspondiente huerta, el rey D. Alfonso V, «en la calle que viene de la puerta de Fez para la Playa», como puede verse en la «*Memoria histórica de los Obispos de Ceuta y Tánger*», del Dr. Leví M.<sup>o</sup> Jordán, traducida por un Misionero del Vicariato Apostólico de Marruecos.

Llamábase el Prior de referencia, D. Nuño Alvarez o de Aguiar. Era religioso de la Orden del Cister; pero, en la Bula en que se le nombró para el cargo de Prior del Monasterio de San Vicente, de Lisboa, expedida en Roma el 18 de Junio de 1465, se le impuso la obligación de tomar el hábito de San Agustín, que lo recibió de manos del Arzobispo de dicha ciudad de Lisboa, D. Jorge de Costa. Tres años después del indicado nombramiento, o sea, en 1468, fué designado Obispo de Tánger *in partibus Infidelium*, lo que explica el que haya acompañado al rey D. Alfonso y demás expedicionarios en la venida a esta ciudad, en la que, luego de ocupada por Portugal, pudiese comenzar a ejercer, como lo hizo, su cargo de Obispo efectivo.

Parece que su residencia en Tánger no fué larga ni continua. Por de pronto, en 1472 acompañó a la Corte, en calidad de Capellán Mayor, por varios puntos de la Metrópoli, entre otros, Lamego, donde consta confirió Ordenes sagradas, ostentando los títulos de Obispo de Tánger y de la Isla de Madera. En el Libro de Defunciones de Santa Cruz de Coimbra, aparece la de este Prelado en la siguiente forma: «*Declino septimo Kalendas Jul. = 15 de Julio = obiit D. Nuntius Episcopus de Tangere, Prior et Canonicus S. Vincentii. Anno Domini 1491*».

Muy cerca de un siglo, de 1472 a 1568, ocuparon los Franciscanos el Convento que en Tánger les facilitara el rey D. Alfonso V. Durante los noventa y seis años de su permanencia en esta ciudad, fué su Convento la Escuela o Academia, donde se educaban e instrúan los jóvenes lusitanos residentes en la Plaza. De 1552 a 1576, ocupó la Sede tingitana un franciscano ilustre, Fray Francisco Quaresma, natural de Serpa y Superior Provincial que habia sido de la de los Algarves. En su tiempo se unieron los Obispados de Tánger y Ceuta, quedando él como titular de ambos hasta su muerte.

N. del T



## LIBRO SEGUNDO

Después de referirnos, para mayor claridad de la Historia, a las antigüedades y conquistas de Tánger, daremos cuenta de los Gobernadores y Capitanes Generales que allí hubo hasta el presente, y de los sucesos que de cada uno hemos podido descubrir, ya que muchos, por negligencia de los antiguos, quedaron, con otras memorias, sepultados en el olvido.

Fué el primero, *D. Juan, Marqués de Montemayor*, hijo del Duque de Braganza, príncipe de heroicas virtudes y en todo digno de su sangre, con lo que dió a este cargo ilustre principio. No gobernó más tiempo que el de la permanencia del Rey en la ciudad, desde que de ella tomó posesión hasta que se fué, entregando entonces el Gobierno a *Ruy de Mello, Conde de Olivenza*, a quien el mismo Rey dejó encargado, con guarnición de cuarenta caballos, cientoseenta hombres de armas, cientotrenta ballesteros, cientoochentu hombres de a pie, diez artilleros y arcabuceros, diez escuchas, seis atalayas con municiones, víveres y demás pertrechos para cualquier suceso, con oficiales para el gobierno de la paz y de la guerra, según todo se declara en un Reglamento que el Rey mandó a Ruy de Mello en el año de 1472, y en el que, después de referir el número de personal que queda dicho, trata de lo que cada uno ha de ganar.

Por su antigüedad y para mayor claridad, y también para que se conozca la diferencia de los tiempos y precios de las cosas, pondremos aquí alguna parte tomada del «Libro da Barca», en que están los demás Reglamentos.

Los hombres de armas que andaban a caballo y de ordinario peleaban a pie, ganaban cada mes cien reis; los ballesteros, sesenta; los de a pie, cincuenta; los artilleros y arcabuceros, trescientos; los escuchas, doscientos; los atalayas, ciento de sueldo; de manutención de trigo, cuatro *alqueires* — 13 litros —; de vino, dos *almudes* y medio — 17 litros - ; de carne, una arroba; de pescado, dos pescadillas y

media; por cada caballo, de trigo, medio *alqueire* por día o tres cuartas de cebada, según antiguamente fué ordenado.

•Y ordenamos que vos, capitán, además del sueldo asignado, tengáis de entretenimiento de capitán por año, sesenta y ocho mil quinientos sesenta y ocho reis, así como para pan, vino y carne de vuestra persona, sesenta y dos mil novecientos veinte reis por año, que sube, por el precio de la Ordenanza de la dicha ciudad, a quince reis el *alqueire* de trigo; a mil reis el tonel de vino de cincuenta y dos almudes; a veintisiete reis y medio por cada arroba de carne, y cuatro reis y siete pretos — pequeña moneda de cobre—por cada pescadilla.

•Y ordenamos que los oficiales abajo escritos tengan cada año las pensiones que se siguen, además de sus haberes: Al contador, doce mil reis; al tesorero, seis mil cuatrocientos ochenta; al portero de cada uno de ellos, tres mil setecientos reis; al amojarife de los viveres, cuatro mil reis; al escribano del Almojarilado, mil quinientos; al geómetra, mil doscientos; a un tonelero, mil reis; a un médico, cinco mil reis; a un cirujano, tres mil reis; a un boticario, cuatro mil reis; a un alcaide, dos mil reis; a un herrero, dos mil reis; a un oficial de espingardas y pólvora, dos mil reis; a un carpintero, dos mil reis; a un albañil, dos mil reis; a un pregonero, tres mil seiscientos; al capataz, dos mil cuatrocientos; Adail, tres mil seiscientos; al administrador de los almacenes, dos mil quinientos; al escribiente de los mismos, dos mil quinientos; al herrador, dos mil cuatrocientos; a un calafate, dos mil reis, y a un listero, dos mil cuatrocientos».

Estas asignaciones, tanto las del capitán como las de los demás oficiales, se pagan hasta ahora en la forma de este Reglamento, el que continúa declarando la forma en que la gente había de ser pagada y la ciudad proveída; como también de lo que que los moros pagaban, puesto que había muchos tributarios; y también de todo cuanto se debía enviarse del reino, para que la gente estuviese satisfecha y la ciudad abastecida para cualquier suceso. Todo esto estaba a cargo del Intendente de Hacienda de Ultramar, en Africa, que residía en cualquiera de estas Plazas fronterizas. A estos Intendentes dió también el Rey Reglamento particular, del que, para mejor noticia, pondremos brevemente algunas cláusulas.

Es la primera, tener nota por escrito, hecha por los capitanes de las aldeas tributarias, los xejes de ellas, el número de habitantes y la forma del contrato, en virtud del que están obligados a pagar tri-

butos y otras rentas Reales. Los Intendentes cobrarán esto, y si los moros se resisten al pago, procurarán que los capitanes los obligasen por fuerza.

Si en alguno de los lugares hubiere más de lo necesario, lo pasarán a otro; y habiendo menos, se remediarán las faltas.

Los Intendentes actuarán como jueces en las causas de apelación referentes a los derechos Reales.

Habiendo de pasar de unos lugares a otros, les darían los capitanes gente bastante para ir seguros, y en cualquier punto que estén percibirán lo correspondiente a los hombres de armas con cinco caballos a su servicio, además del sueldo ordinario.

Con esto se proveía fácilmente a las Plazas sin dependencias lejanas y contratadores interesados, como sucede ahora, con tanto perjuicio de la Hacienda Real y del pueblo.

Desde que esto y otras muchas cosas se alteraron con el tiempo, quedó mayor la autoridad de los capitanes, pues aunque deben ajustarse en todo al Reglamento, en las materias de paz y de guerra resuelven con absoluta independencia.

Entre los otros oficiales, respecto a la Hacienda, tiene el primer lugar, el contador, que es también juez de la Aduana, y por él pasan todas las cuentas y gastos de la Hacienda Real.

En cuanto a Guerra, el de Adalid, antiguo en España desde que hubo guerra con los moros. A éste corresponde, en particular, el gobierno del Campo. Les llaman, en términos árabes, Almogaberes. Ellos mismos lo elegían, erguiéndolo luego bajo un arco con ceremonia militar; pero, habiendo cesado esta forma, hoy los eligen los Reyes, que escogen siempre las personas más autorizadas y beneméritas.

A más de los oficios que indica el Reglamento, se instituyeron otros y se modificaron también algunos. Por esto, pondremos las cosas cual se hallan en el estado presente, aunque con anticipación, para no volver a hablar de ellas y se entienda mejor lo que sigue.

Para la matrícula de los soldados, se instituyó un escribano; para los huérfanos, un juez; para la Administración de Justicia, un auditor letrado, con jurisdicción, que se manda del reino cada tres años y con el gobernador sentencia las causas criminales, hasta la pena de muerte en los casos de la Ordenanza.

En la Puerta del Mar hay un alcaide que la abre y la cierra con las llaves que le da el capitán, quien las guarda de noche; observa

quién pasa por ella y gobierna la parte de la Playa. La Puerta del Campo tiene un encargado del mismo oficio. Ambos son personas autorizadas y de confianza. A más de estas puertas, hay las de la Traición y la del Castillo que los capitanes confían a quien les parece.

A lo referente a todos estos oficios, así de paz como de guerra, provee el Rey, mediante el Consejo de Hacienda, previa información del General, sobre el que caen las responsabilidades, con derecho de destituir a los que faltaren a su obligación y dar cuenta de ello al Rey. También les corresponde, con asistencia del contador, notario y alcaide, despachar las informaciones de los caballeros con la información debida a sus servicios, en los que entran Hábitos, Dignidades, Encomiendas y Pensiones. Estas informaciones se dirigen, cerradas, al Consejo de Hacienda, que las eleva al Rey y les concede el favor que es servido. En la Corte hay un informador que corre con estos negocios y con todo lo demás que pertenece a la ciudad. Las provisiones se remiten por los oficiales de la Casa de Centa. Se les concedió, además, por dos Providencias, que pudiesen socorrer de modo efectivo con pensiones y trigo a las mujeres e hijas de los caballeros que mueren en servicio del Rey, queriendo su piedad evitarles la dilación y molestia que llevan consigo las solicitudes ordinarias. Mándansele, con todo, las informaciones, de las que, algunas se despachan, otras se dejan en silencio y quedan consignadas a este Almojarifado, pagándoseles, como a los demás, de las consignaciones de esta Plaza.

La guarnición se aumentó mucho, subiendo la caballería a trescientos caballos. Algunos se llaman enjaezados, porque antes tenían cubiertas de cuero, de las que sólo quedó el nombre. Les corresponden a cada uno treinta *alqueires* de trigo, que es doble ración. Se dan a las personas de más autoridad y servicio. No pasaban de veinticinco; hoy son cincuenta y seis; sirven con lanzas y cobran de sueldo trescientos cincuenta reis por mes. Hay otros con plaza de Gineta, que cobran el mismo sueldo y la ración ordinaria de quince *alqueires*, además de cuatro que a todos tocan para su sustento.

Además de éstos hay los arcabuceros, que tienen el mismo trigo y mil reis por mes; los gobierna el Anadel, que antiguamente gobernaba a los ballesteros y a la gente de campo, que son veinticuatro Atalayas; seis Exploradores que sirven de Atalayas del Cabo cuando se toma la Sierra; cuatro Almocádenes; otros tantos Alguar-

ciles, a los que corresponden los cuatro tercios en que se divide el campo; y un Almocaden del Rey. Todos están a las órdenes del Adalid.

La Infantería se repartió en cinco Compañías, a las que tocan cinco tercios de la muralla y demás obligaciones de guardas y vigías, en lo que ha de haber mil soldados. Conforme a la Ordenanza, están a cargo de sus Capitanes y Oficiales, y de un Sargento Mayor, que es siempre persona práctica y de experiencia, y de dos Ayudantes.

Los soldados en vez de la ración que tenían, cobran mil doscientos reis, siendo mosqueteros; siendo arcabuceros, novecientos por mes y cuatro alqueires de trigo. Algunos reciben más por no tener otros medios de vida. Los Capitanes perciben cinco mil doscientos reis y cuatro fanegas de trigo; el Sargento Mayor, lo mismo; los otros Oficiales, con sus diferencias. A más de este personal, hay los Vigilantes, con su Capitán, Condestable y demás Oficiales y mozos de a pie, que no tienen otra obligación que dar los avisos con la corneta.

Y para que conste mejor la obligación de cada uno, y se entienda con más claridad lo que hemos de referir, explicaremos la forma en que se hace la guerra, en todo diferente de la disciplina moderna.

Los moros, conservando sus antiguas y bárbaras costumbres, no observan el orden militar que se guarda en Europa, y, por falta de arte y pertrechos de guerra, ordinariamente no se ocupan de atacar las Plazas o formar Ejércitos disciplinados. Procuran impedir las utilidades del campo, como son la hierba y la leña. Algunas veces se esconden en hileras y, viendo la ocasión, salen con ímpetu; otras aparentan ser pocos, para que, atacándolos los nuestros, reciban ésto mayor daño del que supone un simple choque.

La principal fuerza para pelear la tienen en la caballería, en la que son muy diestros y en cuyo especial manejo llevan ventajas a todas las demás naciones. Cuando embisten, lo hacen con tal ligereza y decisión, que no queda lugar para elegir partido; pero si se resisten en el primer ímpetu o reciben algún quebranto, se retiran con facilidad. Como tienen conocimiento del campo y de las fuerzas de nuestras guarniciones, cuando se deciden a atacar es con garantía de éxito. La vacilación y la duda con que obramos nosotros, suele ser causa de perderse muchas ocasiones, pues atendemos sobre

todo a la conservación del personal, que es lo más importante. La experiencia nos fué enseñando el remedio y el asegurar el campo de manera que se pueda aprovechar sin peligro. Por esta razón se hicieron fuera de la ciudad trincheras o barreras de piedra que no puede pasar la caballería. Tienen senderos interiores con puertas, que se cierran, en los extremos. Otras hay por el medio, que sirven para contener mejor la furia de la caballería. Fórmanse, en algunos lugares a propósito y elevados, reductos y plazas para ejercicios de la Infantería. Aunque los moros deshacen algunas veces estas obras, se restauran con facilidad.

En la torre más alta del Castillo se yergue otra pequeña y cuadrada, en la que está un vigía o farolero con una campana con la que hace señal sobre lo observado en el mar o en el campo, y toca a alarma o tranquilidad con golpes diferentes. Hay en lo alto un mástil o asta con una especie de cesto o canasta sin fondo, cubierto de paño breado y sujeto en una roldana, por la que sube y baja. Cuando está en lo alto, es señal de que el campo que se ocupa, está seguro y custodiado por los Atalayas; y cuando baja al medio, indica que la gente debe recogerse.

Fuera de las empalizadas, en un monte de arena, hay otros tres mástiles con sus roldanas y cuerda, en cada una de las cuales se ata un manojo de heno. Están a cargo de dos vigías cuando se va al campo, y sirven para comunicar con la torre y señalar la parte de donde salen los moros, correspondiendo las tres antorchas a las tres partes en que está dividido el campo: Atalayita, Medio y Charf. El de los jardines está gobernado por otro farol, que llaman el nuevo, para diferenciarlo del viejo, que queda más distante, razón por la que se abandonó.

La obligación de los Atalayas es descubrir los cuatro tercios en que, de mar a mar, se divide el campo con todas las emboscadas y lugares peligrosos que hay en ellos. Van todos con tanto orden y a compás, que no se adelantan unos a otros, a fin de que, descubriendo algunos de ellos a los moros como de ordinario sucede, puedan los demás retirarse sin peligro. Los puestos que dejan y tienen descubiertos, los ocupan los compañeros y Exploradores, para mayor seguridad y vigilancia del campo. Se socorren unos a otros y se cambian después en los puestos, con lo que se reparta el trabajo y participan todos de las ventajas del campo.

Aunque es siempre grande el riesgo de los Atalayas, y los mo-

os de continuo les ataquen con arcabuces y gente de a caballo, en los puestos y emboscadas que, necesariamente, han de descubrir, es mayor en el Tercio de los Jardines y Atalayita, por la proximidad de la sierra, en que los moros se aseguran, y por los ríos, barrancos y emboscadas, que tienen más que los otros, a los que los Atalayas se van pasando, como en premio de sus merecimientos.

Lo mejor para asegurar a los Atalayas es, unas veces, con Exploradores de a pie o de a caballo, cruzar y estudiar el campo, para conocer, por las pisadas de los caminos y riberas, si entraron los moros; otras veces, con Espías que, estando de noche en los Tercios, cuando parece que no se ven moros, observan a los Atalayas fuera de las empalizadas y les aseguran las posiciones. Si se ve gente, se ocultan y no se pasa adelante. Cuando los moros la emprenden con algún Atalaya, éste huye a toda prisa, procurando escapársele, favorecido por los Exploradores y demás caballeros que van por los alrededores, y retirarse junto al Adalid, siempre que no tenga otra orden. También huyen los Atalayas de todo el conorno, para no quedar bloqueados.

Cuando al General le parece que conviene pelear con los moros y atacarlos, da esta orden al Adalid, que siempre tiene la vanguardia con la gente del campo y los Caballeros más jóvenes y bríosos, a los que llaman Almogaberes, en término arábigo, y él manda a los Exploradores y Caballeros de costa, que se aumentan en esta ocasión. Atacan a los moros, vuelven sobre ellos y los siguen hasta el puesto que se les ordena. Los asiste y acrecienta el número con más personal, y con el resto de la que tiene les da ánimo y entusiasmo. Lo mismo hace el General con la retaguardia, compuesta de gente más noble y autorizada. Refuézase, cuando le parece, con columnas de mosquetería. Pero, como esto es de importancia, por la incertidumbre de la fuerza del enemigo, lo más ordinario es que, cuando se ataca a los moros, se retire la gente a los campamentos o cerca de ellos, conservando los Atalayas, en todo lo posible, los puestos y obrando conforme lo exijan las circunstancias.

Esto lo explicaremos mejor en el Reglamento del Campo, que aparecerá al final de esta obra y podrá comprobar los sucesos particulares que en ella referimos.

Encuétrase otro Reglamento del año siguiente para el Contador, Juan Rodríguez, en el que se declara la forma que ha de haber en los asientos de los Caballeros y soldados; que no se admita a

ninguno que no pase de los dieciseis años, ni caballo que no haya sido antes aprobado por el Capitán; que en los libros de Contabilidad no aparezca ningún gasto sin su justificante, ni se haga cargo alguno sin ser firmado por el General, a quien como a primer oficial de la Hacienda Real se le pedirá cuenta, siempre que faltase alguna cosa a ella perteneciente, incurriendo en las demás penas que se le impusieren. Hay otras cláusulas y advertencias para el bien del gobierno, que no copiamos por no hacernos demasiado extensos. Sólo declararemos la forma en que se hacen los pagos de trigo, haciendas y dinero, con lo que se comprenderá mejor la forma cómo se gobierna la ciudad.

En el principio del año se abre un libro de cuentas, firmadas las hojas por el General, con declaración, al final, de las que contiene. En él se hace constar el personal efectivo de la guerra, tanto el de a pie como el de a caballo; se toma nota de los que faltan y se hacen constar los que vienen nuevos, declarándose las edades y lo que cobran. A los escribanos de Hacienda y Matrícula corresponde llevar libros particulares del personal, sueldos, pensiones y motivos especiales por los que se percibe algo.

El escribano del Almojarifado hace cada mes la distribución del trigo, con asistencia del Contador y demás oficiales, y por él se da a cada uno la ración que le corresponde por mes, o si no puede ser todo, lo que reciban a cuenta. A este reparto asiste el General cuando le parece, y, de ordinario, los otros oficiales, y acostumbra importar en el tiempo presente doscientos moyos cada mes, a lo que el contratador está obligado. Las haciendas se reparten en el almacén particular, cuyas llaves, como las de los otros, están en poder del General. Se hace el pago de ellas luego de estar vencidos dos o tres años, para que puedan arreglarse y vestirse. A este reparto asiste siempre el General con el Auditor y demás oficiales y se continúa hasta que todo el personal quede satisfecho. Unos oficiales preceden a otros. En la ciudad se alterna con la Infantería. En estas haciendas tiene el Contador cuarenta por ciento, además del trece de seguro y cinco de Consulado. Todo se sujeta al cambio que se hace en la Casa de Centa y aprueba Su Majestad por el Consejo de Hacienda. Se le conceden al Contador estos intereses, que paga la ciudad, por la obligación y riesgos de proveerla.

En ellos se descuentan a los moradores dos partes del sueldo. La tercera se paga en dinero en la Sala Grande del Castillo, asis-



tiendo el General con los oficiales. A todo esto asiste un hombre bueno que comprueba las cuentas.

Del tiempo que gobernó Ruy de Mello, Conde de Olivenza, no pudimos encontrar otras noticias, así por el poco cuidado con que escribieron los antiguos, como porque, estando en paz con los moros, y permaneciendo sujetas al Rey las ciudades vecinas, no habria sucesos dignos de memoria.

A Ruy de Mello sucedió en el Gobierno *Manuel de Mello*, su hermano, de cuyo tiempo tampoco nos quedaron otras noticias, por lo que las daremos sólomente de la forma en que se entrega el Gobierno, para que no falte esta circunstancia necesaria a la Historia.

En seguida que llega al puerto la persona que ha de suceder al Gobernador, el Capitán General de esta ciudad va a recibirlo al muelle, acompaña-lo de todas las personas principales. Manda a la infantería que cubra la calle hasta la puerta de la Catedral. Luego que desembarca el nuevo Gobernador, van ambos juntos a la Catedral y, llegando a la Capilla Mayor, hecha oración, presenta el nuevo Gobernador ante los oficiales de Hacienda, Guerra y Justicia, la Patente del Rey y una carta para su antecesor, en la que le exime del homenaje que todos hacen en manos del Rey antes de salir de la metrópoli. Leídos y reconocidos los documentos por un Escribano público, el Gobernador anterior entrega al nuevo el bastón de mando, simbolo de la autoridad; y, tomando las llaves de las puertas de la ciudad de manos de los porteros, las entrega también al nuevo Gobernador, quien las devuelve a quienes corresponde. Lo mismo se hace con las insignias militares en señal de obediencia y reconocimiento.

A esta ceremonia, si es por la mañana, sigue una Misa solemne. Suben después al Castillo, en donde el Gobernador saliente deja al entrante, y se retira a una casa particular en la ciudad, o al Castillo nuevo que cae sobre el puerto. Al día siguiente se toma nota de la gente de a pie y a caballo, a la que asisten ambos. Con esto queda el Gobernador saliente desligado de toda obligación, y trata de irse, procurando disponer del tiempo suficiente para que el nuevo Gobernador visite los almacenes, reconozca las murallas y la artillería, se dé cuenta del estado de la guerra y haga lo que estime más conforme con las obligaciones de su oficio.

A Manuel de Mello sucedió *Fernando Mascarenhas*, de cuyos hechos tampoco encontramos particulares noticias. Sólo consta de

una carta que le escribió el Rey, con fecha 21 de Octubre de 1485, en la que le llama Comendador de Aljustrel. Existe también otra carta de la misma procedencia, tratándose en ambas del buen gobierno de la ciudad, sin que en ellas haya nada de importancia y digno de la Historia.

A Fernando Mascarenhas sucedió *Manuel Pessanha*, de cuyos sucesos tenemos que decir que corrieron la misma suerte, con gran sentimiento nuestro, que deseáramos resarcir el descuido de los antiguos, que trataban más de realizar acciones heroicas que de escribirlas.

Entregó el Gobierno al Almirante *Lopo Vaz de Acevedo*, del que no sabemos más, que haberle retirado el Rey el gobierno, como consta por una carta escrita en Viana el 24 de Octubre de 1490, por falta en la Administración de la Justicia con la entereza a que estaba obligado. Cometiendo, en efecto, un criado de su casa un grave delito, lo dejó sin castigo, siendo así que éstos deben ser los primeros con quienes se haga justicia, para que los demás se atemoricen con el ejemplo y conozcan que quien gobierna no obra por respeto, sino que procura que los que le están más próximos sean los más observantes de la ley. Mal podría castigar sin escándalo a los extraños quien perdona a los familiares. Con esto vendría a ser la Casa de los Gobernadores más refugio de maleantes que escuela de gente honrada y benemérita. Fijense en este caso los que gobiernan, a fin de verse libres de los tristes efectos de la ira del Príncipe de la infamia y descrédito, que es para los honrados el más severo castigo.

Entró en su tiempo, en el Gobierno de Arcila, en lugar de Don Rodrigo Coutinho, muerto por los moros con la mayor parte de la gente, Don Juan Meneses, quien, observando que debido a ello se habían declarado en rebeldía los moros tributarios, determinó, en primer lugar, reducirlo por la fuerza a la obediencia y sumisión.

Pidió por carta socorro al Almirante, que le mandó al Adail Pedro Leitón, con cincuenta caballos escogidos. Reunióse en sitio señalado con Don Juan de Meneses, que había salido de Arcila con ciento cincuenta caballos. Marcharon con el silencio de la noche para que antes de ser sentidos pudiesen estar en la principal aldea de las sublevadas.

Sucedió que al mismo tiempo Barraja Almandarin con Musa y Acob, Alcaldes del Rey de Fez, venían con dos mil caballos y ocho-

cientos de a pie para destruir las mismas aldeas, por haber estado a nuestra obediencia.

Supo esto Don Juan, y queriendo tener más cierta la noticia, mandó algunos caballeros a informarse. Trajeron éstos dos moros, por los que supo Don Juan ser verdad lo que había oído y pidió luego consejo sobre lo que debía hacerse. Pareció a los más que convenía retirarse con toda diligencia, pues era más temeridad que valor el acometer con tan desiguales fuerzas un Ejército tan numeroso.

Sin embargo, Don Juan, que no acostumbraba volverse atrás en sus intentos, comprendiendo que obligado a una larga retirada y perseguido por el enemigo, se perdería sin remedio, lo mismo que la reputación de las armas, que era lo que más le preocupaba, resolvió embestido antes de que se pudiese apercibir y llegase a saber que lo tenía por vecino.

Dividió el personal en tres ejércitos. El primero lo confió a Pedro Leitón con los caballeros de Tánger, queriendo hacerles, como a huéspedes, el honor de los mayores peligros; el segundo lo confió a Don Juan de Meneses, su sobrino, hijo de Don Pedro de Meneses, conde de Cantanhede, que constaba de treinta caballos; el resto lo reservó para sí. Después de advertirles lo que debían hacer, les aseguró de que la justicia de la causa, el servicio de Dios, la defensa de la Fe y la suerte de su Rey prometían la victoria; que aquellos moros venían más a recibir el castigo por el insulto pasado, que hacerles daño; y que, aunque algunos muriesen en defensa de la Fe, no podrían aspirar a fin más glorioso.

Animados los soldados con estas razones, los mandó atacar con tanta confianza, que se juzgó augurio de victoria.

Viendo los moros esta decisión, despreciando el número desigual de los nuestros, se pusieron en orden de pelea. Quisieron, al principio, formar tres batallones; pero cambiando de consejo vinieron todos justos a atacar a los cristianos, creídos de que iban a acabar con ellos al primer ímpetu. Salió a recibirlo la primera tropa, que sostuvo con extraordinario valor, durante un gran espacio, toda la furia de los bárbaros. Atemorizada, sin embargo, ante su multitud, comenzó a retirarse poco a poco. Socorrióla Don Juan el Joven, quien, atacando por un lado a los moros, cobraron nuevo aliento los tangerinos, que sostuvieron con igualdad la pelea.

Parecióle a Don Juan tiempo oportuno para acometer con lo

restante de la fuerza, y lo hizo con tanto valor y fortuna, que los moros, después de alguna resistencia, comenzaron a ceder. Apretándolos el capitán y animando a los suyos con la palabra y el ejemplo, puso, por último, en fuga a los moros, a los que se persiguió unas dos leguas, sin darles, si querían, tiempo de volver la vista atrás.

Murieron muchos, cayeron cautivos otros, fueron saqueados los Arrayaes y se recogió una gran presa, que Don Juan y todos estimaron mucho, por no haber costado una sola muerte en presa tan grande.

Con la fama de la victoria se sujetaron las aldeas rebeldes, y pidiendo con humildad perdón, pagaron los tributos debidos, con lo que Don Juan se retiró a Arcila, y el Adail Pedro Leitón, a Tánger, con la parte que le tocó de los despojos y la gloria del suceso, que es el mayor premio para los honrados.

Lo recibieron el Almirante y demás compañeros con aplauso y laudable envidia. Aunque nos parece que aquellos hombres así estimulados no dejarían de realizar grandes obras; como de ellas no tenemos noticias concretas, necesariamente hemos de dejarlas en el silencio con gran sentimiento nuestro.

Al Almirante le hizo merced el Rey Don Manuel, de la Villa Jurumeaha, para suavizarle la pena de retirarlo del Gobierno por la causa atrás indicada, queriendo así satisfacer, por una parte, a la justicia, y por otra, a sus sentimientos.

Le sucedió el *Conde Prior, Don Juan de Meneses*, del que no encontramos más datos que dos cartas del Rey sobre asuntos de Gobierno, escritas por Fernando da Silva en 18 y 21 de Mayo 1512.

*Don Enrique, de Meneses*, su hijo y sucesor, tuvo la misma suerte, dejándonos la pena de haberse usurpado a tan noble apellido, la gloria que pudiera resultarle de los actos que realizaron sus generosos descendientes. De las que llegaron a nuestro conocimiento y del valor y suerte con que se obraba en aquellos tiempos, podemos inferir la grandeza y esplendor de las que perdimos.

A Don Enrique sucedió en el Gobierno *Don Rodrigo de Castro, Conde de Monsanto*, de quien nos consta que a instancias de Don Juan de Meneses, que por segunda vez volvió al gobierno de Arcila con mayores fuerzas, junto con él su caballería, yendo en persona y acometiendo ambos de repente las aldeas vecinas que no nos estaban sujetas.

Aunque los moros intentaron defenderse al principio, fueron deshechos y desbaratados; murieron muchos en la pelea y fueron hechos cautivos ciento ochenta.

Cinco caballeros vieron huir a siete a pie con sus mujeres. Siguiéronlos, pareciéndoles que no podrian hallar sentencia; pero como la desesperación aumenta las fuerzas, se defendieron los moros con tanto valor que mataron tres caballeros y murieron todos los moros en la pelea.

Viendo una de las moras en peligro al marido, arremetió furiosa contra el caballero que peleaba con él y lo asió con tanta fuerza, que lo matara el moro, a no haberlo socorrido dos compañeros que ya estaban libres con la muerte de sus enemigos.

Recogióse, además de los cautivos, gran presa de caballos y ganados, con lo que los Generales veníanse retirándose en buena orden; mas, como ya en este tiempo había llegado el temor, Alcázar El Kebir, plaza importante y bien guarnecida, salieron de ella los moros, dirigidos por su Alcaide, con mil doscientos de a caballo. Llegando a la vista de los nuestros, que se retiraban de presa, acometieron con gran furia a la retaguardia, gobernada por Don Juan de Meneses. Peleóse durante largo espacio de tiempo, sin dejar los nuestros el camino ni tampoco echar a andar más de prisa, no atreviéndose los moros a atacar en forma. Esperaban ellos aumentar su número con los socorros que les llegaban y contentándose los nuestros con conseguir su intento.

Viendo Don Juan que los moros cobraban confianza y se acercaban más de lo que a su reputación convenia, volvióse contra ellos tan a tiempo que dejó muertos a cincuenta. Irritados con este mal suceso, juntáronse de nuevo con señales de atacar. Avisó Don Juan al Conde Don Rodrigo, que iba delante, tuviese a bien hacer alto y, renniendo las tropas dar batalla a los moros, pues confiaba en Dios les daría una gran victoria. Respondióle el Conde que no convenia a un buen Capitán tentar la suerte y echar a perder los éxitos que tenían conseguidos, superiores a los que pudieran esperar; que si los moros atacasen, pronto estaba para la pelea, pero que si no lo intentasen, de ningún modo convenia exponerse al peligro, estando ya tan próximos a Arcila, donde podian refugiarse sin tardanzas. Aprobó Don Juan este parecer como más prudente, y sospechando los moros de lo que se trataba y temiendo la última experiencia de nuestras armas, se fueron al campo, y los capitanes,

dividido el botín, se retiraron alegres a sus respectivas plazas. Algunos días después supo Don Juan de Meneses, por un moro, que el Rey de Fez había salido con doce mil caballos para entrar de repente en el campo de Tánger, y, o ganar la ciudad, si encontrase ocasión oportuna, o, al menos, destruir el campo, que entonces se cultivaba con esmero, teniendo en él los nuestros muchas propiedades, que aun hoy conserva los nombres, y hacer en el personal el mayor daño que le fuese posible.

No había tiempo para mandar por mar el aviso, ni por tierra podía pasar, estando los caminos ocupados por los moros, Don Juan hizo señal con la artillería, para que, oyéndose en Tánger, se pusiese atención; pero, no fiándose de esta sola diligencia y sabiendo que un caballero de Tánger dejara en Arcila una perra parida, mandó le pusiesen al pescuezo una carta en una caja de cera, por razón del río de Tagadarte y otros que debía pasar. Con estas noticias, ya próxima a la noche, ordenó que la condujesen a la playa y le pegasen duramente, con lo que salió furiosa y llegó a Tánger antes del amanecer, a pesar de las siete leguas que median entre una y otra ciudad.

Leídas las cartas mandó Don Rodrigo poner a todos en armas, y luego comenzaron a aparecer en el campo las tropas del Rey. Salió Don Rodrigo para impedir el daño que recibían los labradores y no se perdiesen los ganados que no habían podido recogerse por falta de tiempo.

Cargaron tanto sobre él los moros que estuvo en gran peligro de perderse; peleó en ancho campo más de dos horas, y después de matarle un hijo suyo y ocho caballeros y él mismo haber recibido en el rostro una lanzada, se retiró a las trincheras.

Viéndose Don Rodrigo gravemente amenazado, hizo frente a los moros con los mejores caballeros, y obligándolos a retirarse, tuvo lugar de refugiarse con su gente en la ciudad.

Fué el último Lopo Martins que, cerrando media puerta, quedó sólo con la lanza en la mano, impidiendo que por la otra entrasen muchos moros que lo pretendía. Gritándole repetidas veces desde dentro que cerrase del todo la puerta, respondió con acto generoso que no permitiría Dios que él causase tanta infamia a los portugueses. Confirmando las palabras con las obras, sostuvo la lucha con los moros hasta que fué socorrido por muchos a quienes diera ánimos este ejemplo. Con ello los moros se retiraron con pérdida considerable, aumentada por el daño que recibían desde la muralla.

Detivose el Rey de Fez cuatro días en el campo, combatiendo a la ciudad por todas partes; mas no pareciéndole posible el ganarla y que encontraba mayor resistencia de la que le habían dicho, levantó su campamento y se fué contra Arcila.

Como ya Don Juan estaba prevenido y queriendo en persona reconocer el campo con veinte caballos, comprometiéndose más de lo que conviene a un General, llegó al riesgo de perderse con todo el personal que viniera en su socorro, si bien con su valor y fortuna salió del peligro. Nosotros dejamos las particularidades de este acontecimiento, por no pertenecer a nuestra Historia. De Don Rodrigo de Castro, Conde de Monsanto, no descubrimos más memorias, teniendo por cierto que en su tiempo han ocurrido hechos dignos de escribirse. Sólo consta, que cuando vino, trajo una Provisión en la que el Rey le daba a él y a sus sucesores particulares órdenes para el mejor gobierno de la ciudad.

Al Conde Don Rodrigo sucedió *Don Juan de Meneses*, Conde de Taronca, a quien el Rey Don Manuel había encargado antes una poderosa Armada, que en favor de los Venecianos mandaba contra el Turco, a instancia del Sumo Pontífice y de aquella República.

No contentándose este príncipe con hacer la guerra a los inlieles en toda el Africa y en la mayor parte del Asia, hacia ostentación de su celo y poder a las puertas de su territorio.

El Turco, atemorizado con estos y otros socorros, desistió de su intento, y regresando a Lisboa el Conde Don Juan con la Armada, lo mandó el Rey al Gobierno de Tánger, del que aquella Casa fué muchos años propietaria, conservándose aún hoy sus armas en los lugares más públicos.

Luego que llegó, supo por cartas de Don Juan de Meneses, que aún gobernaba Arcila, que el Rey le mandaba hiciese la guerra a Alcázar El Kebir, que significa Palacio Grande, lugar fundado junto al río Lukus o Lixu, que después de largo curso entra en el mar Atlántico en Larache, por Almanzor, emperador de Marruecos y Jalifa, que entre nosotros corresponde a Sumo Pontífice.

El río es grande y crece tanto con las aguas del invierno que inunda el pueblo. No hay en él fuentes, y el río y las cisternas suplen esta falta. Es pueblo rico por su comercio. Antiguamente florecieron en él Estudios de Filosofía y demás ciencias que aprenden los moros. Tuvo un suntuoso hospital en el que se curaban de varias enfermedades los pobres y extranjeros.

La región es fértil y abundante en árboles y frutos de la tierra, en particular trigo. A este pueblo lo tenía fortalecido y guarnecido el Rey de Fez desde que perdió Tánger y Arcila, de los que dista siete leguas, e inquietaba a los cristianos con correrías y continuos asaltos. Hoy está desmantelado y sin guarnición. Será siempre célebre por el recuerdo de nuestras ruinas.

Constándole al Conde esta empresa, salió de Tánger con doscientos caballos y se juntó con Don Juan, que traía doscientos cincuenta, y ambos se fueron en dirección a Alcázar.

Llegaron a un puente que debían pasar, y, siendo oídos de algunos moros que los esperaban, dieron la voz de alerta. Tocóse a arma en la ciudad, reunió el Gobernador a toda la gente de guerra, amaneció con ella fuera de la ciudad, ocupó un promontorio vecino, y, formándose a su modo, dió señales de querer pelear con nuestras tropas.

Preguntó el Conde a Don Juan qué le parecía de los moros. Contestó que consiguiera lo que deseara; y, poniendo cada uno de los capitanes a los suyos en buen orden, y animándolos con las obras y las palabras, asegurándoles la victoria, se avalanzaron sobre los moros, quienes, mudando de intento, trataban más de cansar a los nuestros y entretenerlos con escaramuzas, que llegar a un combate decisivo. Pero, viendo que los cristianos iban flechados contra ellos y resueltos a atacarlos, se fueron retirando poco a poco, ocultándose detrás del indicado promontorio, camino de la ciudad.

Llegaron los nuestros y, conociendo la retirada de los moros, los atacaron con tal bravura y decisión, que, mezclándose con ellos, llegaron hasta las puertas, dejando ciento ochenta muertos. Cerraron los moros las puertas con tanta prisa, que muchos de ellos quedaron fuera, por no permitir que los cristianos entrasen junto con los suyos.

Viéndose excluidos sin remedio, volviéronse contra los nuestros, llevados de la desesperación, y renovaron con mayor furia la pelea, en la que resultaron heridos algunos de los nuestros, entre ellos un hijo del Conde, en el rostro. Estos fueron socorridos sin tardanza, librándolos de la muerte. Los moros quedaron totalmente deshechos.

Retiráronse los capitanes con el mismo orden, siguiéndolos el Gobernador de Alcázar con noventa caballos hasta el paso de un puente, distante media legua. Lo pasaron sin obstáculo alguno y



formándose a la otra parte del río, esperaron a los moros, que no querían pelear con tan desigual partido, ni acercarse tanto, que los nuestros tuviesen facilidad de acometerlos, con lo que los capitanes continuaron la marcha. Los moros, que iban engrosando sus filas por momentos, llegaron a tener mil trescientos caballos, pasaron el río y comenzaron a molestar a los cristianos con escaramuzas, sin querer llegar a una ruptura, en espera de ocasión de mejorar la suerte.

En esta forma continuaron hasta el paso de otro puente, donde creían que se desordenarían los nuestros. Sucedió lo contrario, porque los capitanes hicieron pasar la gente con tan buen orden y sostener con tanto valor y disciplina el impetu de los moros, que, sin daño alguno, se encontraron los nuestros de la otra parte del río. Formados en batalla esperaban al enemigo que, no atreviéndose a pasar, abandonó el campo. Los nuestros se retiraron alegres con la victoria, que estimaron más porque no costó ni una sola vida.

Pocos días después volvieron a juntar sus tropas los dos capitanes, pareciéndoles que con ellas iban seguros a las más difíciles empresas. Determinaron deshacer, en el silencio de la noche, algunos aduares de los moros, que son una reunión de tiendas tejidas de lana de cabra. Sin más sostén resisten las inclemencias del tiempo, y, armándolas en forma circular, recogen dentro a sus familias y ganados. Para librarse del frío, de los leones y de otros animales feroces, las rodean de hogueras que arden toda la noche. A este modo de pueblos llaman también aljaimas.

Estaban estos aduares junto al río de Alcázar, poco distante de la ciudad. Sin embargo, antes que los nuestros llegasen a ellos, tuvieron aviso del intento por un holandés fugitivo, con lo que se puso en salvo la mayor parte de los moros. Aun encontraron más de ciento cincuenta y dos, de los que muchos fueron muertos y los restantes cautivos.

Juntáronse, con todo, los moros en gran número y, peleando contra los cristianos, en la retirada les causaban molestias y presentaban obstáculos, de los que se libraron, volviéndose hacia ellos cuando les parecía tiempo oportuno.

Eran siempre mayores las pérdidas de los moros, por venir los más con pocas armas defensivas y no usar entonces las de fuego, de las que hoy resulta tanto perjuicio a la cristiandad.

En uno de estos ataques estuvo a punto de perderse Don Pedro

de Sousa, por comprometerse más de lo conveniente; pero, socorrido por los compañeros, se salvó del peligro, costando la vida a cuatro de ellos, que pelearon en esta ocasión con gran valor. A pesar de los moros, retiráronse los más con la presa a Arcila, y el Conde Don Juan, con la parte que de ella le tocaba, a Tánger.

Los otros hechos realizados en tiempo del Conde Don Juan, no llegaron a nuestro conocimiento.

Le sucedió *Don Garcia de Meneses*, que llamaron el *de Evora* para diferenciarlo de los otros, sin que nos quedasen más memorias de los sucesos ocurridos en su tiempo.

Entregó el Gobierno a *Don Duarte de Meneses*, su hermano, de quien encontramos que, juntándose con Don Juan Coutinho, Conde de Redondo, Gobernador de Arcila, en 13 de Mayo de 1529, tuvieron con los moros un caso que llamaron el de Algorfa, sin que nos dejase otra noticia más que la presunción de que debió ser próspero, pues quedó eternizado en unos escritos antiguos.

Viniendo después el Rey de Fez a cercar Arcila, con un poderoso Ejército de veinte mil caballos y cien mil de a pie, la socorrió con gran peligro. Por ser acción en la que se encontraron el capitán y soldados de Tánger, haremos de ella una breve reseña.

Resentido el Rey de Fez de las repetidas injurias recibidas de nuestras armas, ganándoles plazas marítimas, talándoles los campos, haciendo tributarios nuestros muchos lugares suyos, destruyéndoles otros y trayendo a nuestro campo continuas presas de cautivos y ganados, determinó emprender alguna acción que en parte restableciera el crédito perdido.

Sabiendo que Arcila, que gobernaba Don Vasco Coutinho, Conde de Borba, tenía poca guarnición, la sitió con las fuerzas que dijimos.

Fueron tan fuertes los primeros asaltos, que, cayendo en uno de ellos herido el Conde, y no pudiendo los pocos soldados sostener en todas partes la furia de los moros, animados con la presencia de su Rey, entraron en la ciudad.

Retiróse el Conde, con dificultad, al Castillo, con la gente que pudo, dejando la otra al enemigo, que ejecutó en ella bárbaras crueldades.

Defendió el Castillo con valor, aunque la falta de víveres lo tenía reducido al último peligro. En esto apareció Don Juan de Meneses con una gruesa Armada,

Habiendo ido éste a ganar Azenur, por orden del Rey Don Manuel, y no consiguiendo el intento, recorría aquella costa, y luego de oído el aprieto de Arcila, quiso socorrerla.

Juntósele Don Duarte de Meneses con la mejor gente que tenía, y aunque la resistencia y las dificultades fueron grandes, todas las venció el valor y prudencia de los dos capitanes, quienes, a pesar del tiempo y del enemigo, mandaron la gente a tierra y, rompiendo las líneas de los moros, introdujeron en el Castillo soldados y municiones.

Al fin, viendo el Rey de Fez que no podía esperar buen resultado, levantó el cerco con grande pena y muchas pérdidas.

Afirmase que, antes de esto, vino disfrazado entre los criados de un moro que, por ser conocido de Don Juan de Meneses, lo quiso visitar, para ver con sus ojos a Don Juan y Don Duarte, cuyos nombres eran formidables en la Berbería, por no irritar a los cuales, mandó apagar el fuego que ya comenzaba a arder en la ciudad.

Llegó la noticia del aprieto en que estaba al Rey Don Manuel y saliendo de Evora, el mismo día, sin descansar, llegó al Algarve y con él todos los hidalgos y mejor gente del Reino. En poco tiempo formó un Ejército y Armada, para ir a socorrer en persona su Plaza.

Sabiendo, empero, el buen resultado que tuvieron sus dos capitanes, dió a Dios muchas gracias, y les significó cuánto estimaba tan señalado servicio.

Mandó reconstruir la ciudad y reforzar la guarnición de tal manera que se viese libre en adelante de semejantes peligros.

Obsequió a todos, sin excluir a algunos capitanes del Emperador Don Carlos, de los que era el principal Pedro Navarro, célebre por su talento y ciencia militar, y que por servir al Rey, quiso encontrarse con los demás en este socorro.

Don Juan y Don Duarte se retiraron, uno a su Plaza y el otro en la Armada, a Lisboa, dejando al Conde de Borba tan agradecido, como que les debía el restablecimiento de la honra y la libertad, después de encontrarse su persona y familia sin esperanzas de remedio.

Llegado a Tánger Don Duarte de Meneses, en donde fué recibido con el aplauso que pedía tan grande victoria, supo luego que Baraja y Ahmandarin, capitanes del Rey de Fez, pasaban, de los campos de Arcila a los de Tánger, para perjudicarlos, y tomó consejo sobre la forma en que se les había de resistir.

Descubriéronse luego los enemigos por los incendios que hacían

en las sementeras que aún no estaban recogidas, pero, como no se sabía con certeza el número y era de noche, se pasó toda ella con las armas en la mano. Para saber mejor el designio de los moros, mandó Don Duarte a exploradores que los espiasen.

Los esperó al amanecer, armado, a la puerta del Campo con toda la gente.

Dieron aviso que los moros estaban detrás de los oteros, en los que había atalayas; que la multitud era grande, de a pie y a caballo, y que sería temeridad acometerlos con fuerzas tan desiguales.

Sin embargo, Don Duarte, viéndose con doscientos caballos y trescientos infantes, valerosos y bien armados, determinó salir afuera, y, pasada una altura, reconoció la fuerza de los enemigos y que se iban retirando poco a poco, para apartar a los nuestros del auxilio y proximidad de la ciudad.

Signiólos Don Duarte con la gente bien ordenada, animándola siempre con razones eficaces y con aquellas apariencias de temor que veían en los contrarios, aunque sabía que eran fingidas.

Así caminaron media legua. Pasaron los moros y, dando grandes gritos, presumieron que sería bastante para desanimar y desmoralizar a nuestros soldados. Baraja, sin embargo, que de ellos tenía experiencia, les dijo que no se debía pelear con las voces, sino con las armas; que no eran hombres los que se vencían con gritos, y que desearía saber si los que gritaban eran más valientes que los demás.

Diciendo esto, mandó atacar a su caballería, a la que recibió el Adalid Pedro Leitón con sesenta caballos, que lo acompañaban en la vanguardia. Con ellos sostuvo el primer impetu, aunque la multitud de los moros procuraba impedirlo, queriendo ponerlos en confusión y desorden.

Incitaban muchos a Don Duarte que se apresurase a socorrerlo, pero como tenía gran confianza en la prudencia y el valor del Adalid y de la gente que tenía consigo, no se opuso en ir para no perder el orden y disposición que llevaba, lo mismo que para encontrar al enemigo desordenado y confuso.

Enseguida que le pareció tiempo oportuno, atacó con la caballería por una parte, mandando que la infantería hiciese lo propio por la otra. Se peleó más de una hora, sin conocerse ventaja en ninguno de los bandos, procurando cada uno de los capitanes hacer cuanto de él dependía para alcanzar la victoria.

Los moros, empero, perdiendo, según costumbre, el ardor del principio y aumentándose en los nuestros con el calor de la pelea y los estímulos de la honra, en ellos eficaces, atacaron de tal manera que los pusieron en fuga.

Almandarim, que había hecho poco caso de las advertencias de Baraja, diciendo que las voces bastaban para tan pocos portugueses, fué el primero que comenzó a huir con cien caballos. Lo siguió el Adalid, que lo hubiera cogido, vivo o muerto, si su gente no se entretuviese en matar y hacer cautivos a los moros de a pie que huían sin orden y podían ser alcanzados más fácilmente.

Baraja mostró valor y prudencia, porque, viendo a los suyos atemorizados con la huida de los compañeros y que ya no era posible restablecer la pelea, se fué retirando con el mejor orden.

Fué en su seguimiento Don Duarte más de tres leguas y, viendo que entraba en una Sierra cuyo camino era áspero y estrecho, y que la noche se echaba encima, recogió a su gente con dificultad. Murieron, de los moros, seiscientos; se hicieron cautivos doscientos cuarenta, entre ellos el capitán de la vanguardia de Almandarim, el alférez de Baraja y otras personas nobles; se les tomaron las banderas, las tiendas y un rico botín. Baraja estuvo en grande peligro, por haberse caído del caballo, pero, dándole otro un caballero, se salvó en él.

De los nuestros murieron cuatro, y tres quedaron heridos. Don Duarte de Meneses, alegre y triunfante, se retiró a la ciudad, y fué a la Catedral con toda su gente a dar gracias a Dios por tan insigne victoria, en su nombre alcanzada contra los enemigos de la Santa Fe.

Pasado algún tiempo, Don Juan Coutinho, que gobernaba Arcila, determinó entrar en las aldeas del Farrobo, para evitar el daño que de ellas recibía. Se juntaban algunas veces los moros para este efecto, confiados en la aspereza de la Sierra y dificultades de los pasos, en los que, como naturales del país, estaban muy prácticos, a más de su ligereza y desenvoltura, en que nos llevan mucha ventaja para las indicadas circunstancias.

Como el Conde Don Juan se encontraba con menos fuerzas de las que le parecían necesarias para esta empresa, avisó a Don Duarte de Meneses, que se le unió sin dificultad, con la gente de Tánger, en la noche señalada. Antes de amanecer llegaron al pie del Monte, a una aldea que se llama Aljubil. Viéndolos los moros, se pusie-

ron a la defensa y, valiéndose de las ventajas del sitio, acometieron a los nuestros, que los recibieron con el valor que acostumbran, enardecidos por las palabras y ejemplos de sus capitanes.

Atacó por una parte Don Duarte con su gente, y por la otra Don Juan, emboscado en el río que, cortando aquella Sierra, desemboca en el mar, entre Tánger y Arcila, en el punto llamado Tajadarte.

Hicieron los moros, al principio, alguna resistencia, pero, viéndose apretados, se retiraron a unas trincheras construidas en la altura de la Sierra. En ellas, a pesar de todo, fueron atacados con tanta violencia que, ganadas, y después el lugar, que no tenía otra defensa, se pusieron los moros en fuga hacia la parte contraria. Siguiéronlos los nuestros cuanto lo permitía la dificultad de la Sierra, y dejaron en la pelea y alcance muchos muertos y heridos.

Saquearon y quemaron la aldea, y ocupando todo el monte, hicieron lo mismo con otras y algunos templos antiguos y casas suntuosas que en él había.

Los moros no se atrevieron a hacer otra experiencia de nuestras armas.

Así, destruido todo el monte, se retiraron los capitanes a sus Plazas, cargados de honra y de botín.

Estos y semejantes acontecimientos obligaron al Rey Don Manuel a desear, cada día más, el hacer guerra a los moros por todas partes y restituir a la Iglesia Católica los lugares que injustamente poseían.

Con este piadoso intento, mandó preparar una Armada de sesenta naves, que encargó a Diego López de Siqueira, para que, recibiendo en Arcila cincuenta caballos y otros tantos en Tánger, y juntándose en Ceuta con Don Pedro Meneses, fuesen ambos sobre la ciudad de Targa, que cae a la parte de Levante, poco más de diez leguas, sujeta al Reino de Fez y más vecina que las otras Plazas a aquella ciudad que le da el nombre.

Mas, como los capitanes se desavenieran, no queriendo ninguno ceder al otro, como de ordinario sucede cuando hay más de una cabeza, se malogró la preparación, fué sin fruto el gasto, y ni aún siquiera se llegó a intentar la empresa.

Restituyó Diego López a las guarniciones el personal de cada una y, junlándose en Arcila con Don Juan Coutinho, hicieron los dos una gran penetración en el territorio, de la que no nos toca dar cuenta, por no encontrar en ella gente de Tánger, del que sólo escribimos.

Después de esto, Don Duarte, que no sabía estar ocioso, unióse otra vez con Don Juan Coutinho, y, entrando por los campos de Alcazarquibir, los llenaron todos de muertos, robos e incendios. Con un botín grandísimo se retiraron poco a poco.

Tocóse a rebato en Alcázar y salió el Alcaide con mucha gente. Luego que llegaron a la vista de los nuestros, pusieronse unos y otros en orden de batalla. Como el botín era tan grande que impedía la marcha, se tiró lo más inútil. Viendo los nuestros que los moros no se decidían a atacar, y que, por otra parte, no les convenía perder tiempo, se fueron marchando poco a poco.

Los moros los seguían a larga distancia, guardándoles, como siempre, mucho respeto. Se retiraron a Arcila con lo mejor del botín, demostrando prudencia en haberse desprendido a tiempo de lo que no pudieran conservar sin peligro. Dividido lo que quedó, volvióse Don Duarte a Tánger, donde le recibieron con los aplausos que se debían a tantas victorias.

Y como en este feliz tiempo nuestras armas no sabían estar ociosas, y se obraba con menos miramiento del que después se fué introduciendo, determinó el Conde Don Juan Coutinho hacer una nueva entrada en la Berbería.

Conociendo cuánto le importaba llevar consigo caballeros de Tánger, dió cuenta del intento a Don Duarte y le pidió su ayuda. Mandóle cien de a caballo y, por su capitán, a Andrés Enriquez.

Se juntó con el Conde Don Juan y, saliendo al cerrar de la noche, quiso caer sobre una aldea de moros antes que rompiese la mañana; pero, errando los guías el camino, llegó ya muy salido el sol, por lo que, viéndole los moros, la mayor parte se puso en salvo. A pesar de todo, murieron dieciséis, quedaron cautivos cuarenta y cuatro, y el lugar quemado y destruido. De nuestra parte, sólo perdimos tres hombres.

Retirábase el Conde, con el botín, por diferente camino, que juzgaba más cómodo y breve; pero Pedro López de Acevedo, con seis caballeros, que se detuvieron más de lo necesario, ignorando esto, siguieron el primer camino, en el que fueron acometidos por los moros, que no pierden ocasión. Como éstos eran muchos, mataron en seguida a Pedro López y a algunos de los otros. Corrió a socorrerlos el Adalid, que no estaba distante, y vióse en igual peligro, por ser el lugar áspero y desconocido, con lo que tenían gran ventaja los moros. Acudió el Conde con la gente restante y libró a los

suyos del aprieto en que estaban, aunque no sin dificultad. Luego que salió al campo, supo por los atalayas que gran multitud de moros concurría de todas partes, para impedirle el camino. Reunió la presa y comenzó a marchar con pausa y buen orden. Aunque algunas veces los asaltaron los moros, hizolos retirar siempre con pérdidas. Con todo, fué grande el peligro y estuvo a punto de perecer, pero de todo lo libró su valor y prudencia, lo mismo que la del capitán de la gente de Tánger, que en esta ocasión obró maravillas.

Así, a pesar de los moros, se retiraron a Arcila con el botín, y después a Tánger los de esta ciudad, con la parte que del mismo les tocaba.

De los sucesos de Don Duarte de Meneses no encontramos otras noticias, pero de éstos podemos inferir que su gobierno fué glorioso y que serían semejantes los que nos robaron la injuria del tiempo y el descuido de los antiguos.

A Don Duarte sucedió *Don Enrique de Meneses*, su hermano. Aunque en el catálogo de los capitanes que encontramos en esta ciudad, ocupa otro lugar, nos parece más seguro seguir la opinión del Obispo Osorio en la Vida del Rey Don Manuel, autoridad a la que se debe mayor crédito.

Aplicóse Don Enrique, en sus principios, al estudio de las letras, y por no conformarse con su inclinación, lo cambió después por el ejercicio de las armas, tan propio de su familia, en la que encontraba gloriosos ejemplos.

Nos consta que hizo incursiones de mucha importancia en la Berbería, y que tuvo con los moros muchos encuentros y batallas, siempre con prósperos resultados, aunque nos quede la pena de no encontrarlos referidos con las particularidades y circunstancias que deseáramos. Sólo de uno quedó memoria como más importante.

Tuvo Don Enrique noticia de que el Alcaide de Tetuán quería entrar en el campo de Tánger con gran fuerza de tropas, para hacerle daño y aun mayores deseos de pelear con él. Su ánimo generoso no le permitió esperarlo dentro de murallas ni tolerar que los moros hiciesen daño sin oponerles resistencia. Salióles al encuentro con la mayor parte de la gente que tenía, e instalándose con buen orden en la parte por donde le pareció que había de entrar el enemigo, lo esperó tres días. Viendo que no se manifestaba se retiró a la ciudad. A poco de llegar, supo que los moros penetraban y que ya, a lo lejos, se veían.



Salió luego en su busca, y aunque el número era muy desigual procedió con tanto valor y prudencia que, sin valerle a los moros el mayor número y la resistencia que hicieron al principio, obligados por las palabras de su Alcaide, despreciativas para los nuestros y llenas de promesas de victoria para ellos, huyeron, al fin, cobarde y vergonzosamente.

Siguiólos Don Enrique muy de cerca, durante largo espacio de tiempo, malando los nuestros a muchos de ellos y haciéndoles algunos prisioneros. Lo próximo y obscuro de la noche impidió que pereciesen todos.

Por dos razones fué insigne esta victoria: la primera, por el valor y pujanza del Alcaide y desigualdad de las fuerzas; y la segunda, porque, habiéndose criado Don Enrique en el estudio de las letras, no se esperaban de él tan gloriosos progresos en las armas. No siempre es cierta, sin embargo, esta opinión, porque aunque los ánimos apocados se acobardan con los estudios, los generosos crecen y se perfeccionan con ellos.

A Don Enrique sucedió *Don Alvaro de Abranches*, de cuyos hechos encontramos pocas memorias, o porque los moros, cansados de la guerra y continuas pérdidas, no se atreverían a inquietar esta frontera, o porque no serían tan grandes para escribirlos autores que no tratan de ello expreso y se contentan con referir aquellas acciones más importantes, cual conviene a la obligación y autoridad de la Historia. Sólo encontramos que Muley Abrahén, que debía ser Rey de Fez, aunque no lo vemos declarado, es cierto que se vió con él en el puerto del Alcorán, donde tenía armada una tienda. Hubo siempre entre ellos amistad y buena correspondencia, que debió ser la causa de que no hubiese en su tiempo acontecimientos dignos de ser consignados. Sólo consta que el Rey lo mandó a llamar, no sabemos por qué motivo, y que por este tiempo hubo en Africa tanta hambre, que infinitos moros, obligados más por la necesidad que por espíritu religioso, pedían el bautismo y se sujetaban voluntariamente a nuestra obediencia. Luego, empero, que cesó el aprieto, volvieron, como bárbaros e inconstantes, a sus antiguos ritos y costumbres.

Hasta orden del Rey, Don Alvaro dejó el gobierno a *Gonzalo Mendes Sacoto*, Adalid Mayor del Reino, en 26 de Septiembre de 1533. Aquella misma noche, estando para salir Don Alvaro, se tocó a rebato, por haber subido los moros el muro, sirviéndose de una

escalera colocada junto a la puerta de la Traición. Acudió mucha gente, en particular Don Jorge de Abranches, hijo de Don Alvaro, quien, atacando a los moros, que eran sólo dos, resultó con una lanzada, y Domingo Gonzalves con dos puñaladas.

Los moros, llevando un negro, volvieron a bajar, sin más daño que dejar la escalera. En esto se ve cuánto importa y cuán perjudicial es el descuido de los centinelas; y la obscuridad y confusión de una noche; y que a los moros más le falta disciplina y arte, que valor y decisión, pues solos dos se atrevieron a entrar en una Plaza tan grande y bien defendida, dejando en ella señales de su valor. Llevando un cautivo, tuvieron serenidad para saber salvarse.

En 11 de Octubre del año siguiente, se juntó Gonzalo Méndez con Don Juan Coutinho, que aun gobernaba Arcila, en Portalfreiije, que queda a igual distancia de una y otra Plaza. Aunque debió ser para alguna incursión o hecho importante, no encontramos de ello otra memoria.

Consta también, que en 13 de Octubre del año siguiente, entró en Tánger el Conde Don Juan Coutinho, permaneciendo hasta el día siguiente, que se volvió para Arcila al anocheecer. No encontramos de esta visita otro recuerdo. Tenemos por cierto que el Conde no habrá salido de su Plaza sin grave motivo, sin bien la confianza de aquellos tiempos y el desprecio con que se trataba a los moros, de los que la mayor parte eran nuestros súbditos o vasallos, disculpaba estas resoluciones.

Saliéndose de Tánger una noche a buscar a un esclavo, que se había huido, se encontró a Mohamet, moro del Conde que venía a entrar en la ciudad, como otras veces lo hacía, y, sin ser sentido, se retiraba con algunos robos, causando admiración que los pudiese conseguir y luego entrar de nuevo en la Plaza sin ser oído de los centinelas. Todo debía proceder de las causas que dejamos arriba indicadas. Se le prendió al moro, constando del intento, y no encontramos se le haya dado otro castigo.

Gilete, que dejó su nombre a un pozo situado fuera de las trincheras, se fugó para los moros con una mujer que tenía por amiga, siendo efecto del pecado precipitar de un exceso en otros mayores.

Del tiempo que gobernó Gonzalo Méndez Sacoto, no encontramos otros hechos que referir. Consérvase su apellido en un bosque de corcho, que llaman de Sacoto y queda entre la Sierra de Benamagras y el río de Porto-largo. No sería esto sin causa; antes nos

parece debió haber para ello algún señalado motivo, que, con otros muchos, quedó igualmente olvidado.

Le sucedió *Don Duarte de Meneses*, que el 4 de Octubre de 1536 tomó posesión del gobierno. Vino con su servidumbre y familia, y Don Juan, su hijo mayor, para ejercitarse en la guerra, con la enseñanza de su padre. Trajo también otros hidalgos fronterizos, que se educaban en estas escuelas y con estos ejemplos, fuera del ocio y vicios de la Corte, a que está tan expuesta la primera edad.

El primer hecho que de él encontramos, fué poco venturoso. Supo que algunos almogaveres se introducían en el campo, y mandó a Ayres de Sousa, en 9 de Febrero de 1537, que les hiciese frente con cuarenta caballos. Salieron los moros de Benamaqueda, los embistió Ayres de Sousa, huyeron los moros y fueron los nuestros en su seguimiento hasta el puerto de Nofiza, dos leguas distante, sin considerar los inconvenientes de tanto interés con fuerzas tan flacas. Esperaban los alcaides con mucha gente, y, saliendo con hrios, encontraron a los nuestros diseminados y a los caballos sin aliento. Aunque éstos procuraron resistir, fueron fácilmente deshechos. Murieron los más peleando como valerosos caballeros, entre ellos Ayres de Sousa, Luis de Atalides, Lorenzo Correa y otros. Quedaron cautivos Lopo de Sequeira, Antonio de Sequeira, Gaspar Antunes, Juan de Guevara y Jorge da Sylveira, sin que nos conste se haya salvado alguno.

La noticia de esta desgracia produjo en el General y en toda la ciudad el sentimiento que se supone, por ser muchos de los caballeros casados y de los más principales y escogidos, cual sucede siempre en semejantes ocasiones. Ojalá ésta sirva de ejemplo para obrar con prudencia y no fiarse demasiado de la fortuna, que no vinculó todas las victorias a ningún pueblo.

El mayor peligro de esta guerra es el de las largas carreras y poco el fruto que se saca de ellas. Cuando se intenten, porque algunas veces son necesarias para contener a los moros que de ordinario pelean así, conviene primero explorar el campo, tener noticia cierta de la fuerza del enemigo y seguirlo con orden, reservando siempre el General una parte de la gente, y la otra el Adalid, para favorecer a los que siguen a los moros, que son siempre los de mejores caballos.

Los atalayas tienen la obligación de acechar de una y otra parte, y dar la voz de alerta si ven algún choque. Pasándose del límite

propuesto, se hará retirar a la gente; si se manifestasen ataques se procederá conforme lo exija el caso.

Algunos días después pasó Don Duarte a Ceuta, en romería a Nuestra Señora de Africa, como lo tenía prometido. Regresó con él Don Nuño Alvarez de Noronha, que gobernaba aquella Plaza, con intención de pasar ambos a Arcila a ver al Conde Don Juan. Impidiósele el tiempo, que era de agua y frío, resultando estas visitas bien excusadas en quien tiene una Plaza a su cargo, y no tendrá disculpa si en su ausencia ocurriese algo malo.

Tuvo después aviso del Conde Don Juan, que determinaba penetrar en Berbería y que quisiese reforzarlo con algún socorro.

En 14 de Junio de este mismo año, le mandó Don Juan su hijo con parte de la gente. Recorrieron ambos el campo de Alcázar, sin encontrar oposición. Cogieron quince moros y a un negro de Lopo Méndez, que se le había huido, cuatro caballos, dos yeguas y setenta jumentos. Dividido el botín, se retiraron a sus respectivas Plazas.

Pocos días después, mataron los moros a dos caballeros de los nuestros, cuyas circunstancias nos son desconocidas.

Don Duarte pasó a Arcila, en donde se detuvo quince días. Pasados algunos, vino a visitarlo el Conde Don Juan y le detuvo ocho. Luego salieron de monte tres caballeros: Fernando de Tomar, Ruy Gómez y Francisco Gonzalves, a quienes cogieron los moros, restituyéndolos luego, lo que demuestra que debía haber alguna paz o convenida alguna tregua. El jueves, a las 9 de la mañana, día 6 de Diciembre de 1537, nació en Tánger Don Duarte de Meneses, hijo de Don Juan, que después fué Conde de Taronca y Virrey de la India, del que en adelante se hará mención, por haber sido Gobernador de esta ciudad. En este tiempo se trataba de paz con los moros y se tomaron sobre ello algunos acuerdos, según queda indicado atrás. El 7 de Mayo del año siguiente de 1538, vino a Arcila Muley Abraham y los confirmó con Don Juan Coutinho, Conde de Redondo, incluyendo aquella Plaza con las demás de esta frontera. Habiendo matado, días después, a un moro, el caballero de esta ciudad, Ruy Gómez, al que encontró descuidado en el campo, con la seguridad de la paz, fué preso, y, convencido de la culpa, se le cortó la cabeza en la plaza pública, para ejemplo de los otros.

Del gobierno de Don Duarte no encontramos más noticias. Como parece que en él hubo más paz que guerra, no ocurrieron sucesos dignos de la Historia.

A Don Duarte sucedió a *Don Juan de Meneses*, su hijo, siendo esta Capitanía propia y hereditaria de aquella Casa.

Le entregó el gobierno el 1.º de Enero de 1539, y, deteniéndose hasta Marzo, salió para Lisboa.

Se pasó este año sin cosa digna de mención, debido a la paz y buena correspondencia que había con los moros, contentándose, unos, con pagarnos el tributo y cobijarse bajo nuestras armas, y logrando, otros, la seguridad de lo que poseían en lugares más lejanos.

Como esta paz no estaba en armonía con las inclinaciones de ambas partes, no duró mucho tiempo, ni se logró sin sobresaltos porque ni los nuestros dejaban de hacer algunos robos y daños a los moros, ni de recibirlos de parte de ellos, principalmente en los campos en que había muchas sementeras y crias de todo género de ganado, con casas sólidas, en que se recogían los pastores, y otras de recreo, lo mismo de los Generales que de varios particulares, como en tierra propia, de la que se quería conservar la posesión y el dominio adquirido con las armas.

Ocurrió que los moros encontraron en el Tánger Viejo a Gilete y otros dos que, después de haber huído a la Berbería, regresaban con algún ganado robado, para reconciliarse. Los mataron a todos; fin muy correspondiente a sus principios.

Más tarde, cinco castellanos, que servían entre nosotros, robaron y mataron a Rabi Hay, en el camino de Xauen. Dos de ellos, que se encontraron, murieron ahorcados. Los moros, sin embargo, no satisfechos, mataron a algunos de nuestros hombres que andaban por el campo. Con estos acontecimientos se irritaron más los ánimos, hasta el extremo de escribir el Rey de Fez una carta en la que daba por anuladas las paces, y que de allí en adelante hubiese guerra, carta que se leyó públicamente en la Catedral el 7 de Octubre de 1543.

Con esto, los capitanes de estas fronteras volvieron a sus antiguas ideas. Paréceles a los espíritus guerreros y generosos, que el valor, lo mismo que la espada, se embota y entorpece si le falta el ejercicio.

En confirmación de ello, el 11 de Noviembre del mismo año, se unió Don Juan de Meneses con Don Manuel Mascarenha, que gobernaba Arcila. Entraron juntos por tierra de los moros e hicieron ciento treinta prisioneros, y cogieron mil cabezas de ganado grueso.

sin encontrar resistencia alguna. Dividido el botín, se retiraron a sus Plazas, demostrando a los moros que ellos eran los más interesados en la conservación de la paz, que no quisieron durase más tiempo.

Pocos días después, volvieron a entrar los moros en la ciudad, por el mismo sitio que la otra vez, junto a la puerta de la Traición. Arrimando una escalera a la muralla, subieron por ella, sin ser oídos; llevaron al centinela que allí vigilaba, y bajaron, dejando la escalera. No bastó el primer error para enmendar el segundo, y si los moros tuvieran fuerzas y se supieran valer de la ocasión, pudieran fácilmente ganar la ciudad en el silencio y obscuridad de la noche.

Debido a esto se hizo una muralla, desde el Castillo hasta el mar, con una torre en medio, para asegurar esta parte y dejar dentro un parapeto, que se arruinó con el tiempo, de donde resulta que de más expuesta a los embates de las olas.

Por este tiempo llegó a esta ciudad Don Francisco Coutinho, con su mujer y familia, desterrado por el Rey Don Juan, hasta que le perdonase. De aquí pasó a Arcila. No sabemos la causa, ni lo que hubo para este castigo.

Con esto se dan por terminadas las noticias que encontramos del gobierno de Don Juan.

Le sucedió *Francisco Botelho*, que tomó posesión del gobierno el 3 de Marzo de 1546. Don Juan salió para el Reino a los pocos días.

El capitán Francisco Botelho, como hombre prudente y maduro, comenzó a tratar con interés de la seguridad de la Plaza y conservación del personal, como tienen mandado los Reyes, y de darles campos y tierras para hierba y leña, que de inquietar a los moros, haciendo incursiones en la Berbería.

Sin embargo, llegando a saber que su prudencia era mal interpretada de los soldados, de los que, unos, deseaban las luchas para su honra, y otros, para sus intereses, supo disimularlo, hasta encontrar ocasión oportuna en que volver por su crédito.

No se le hizo esperar muchos días. Constándole por un judío, que los moros estaban en el campamento de Seguedelim, sin dar a nadie cuenta mandó tocar de noche la trompeta en medio del más profundo silencio.

Congregóse el público, extrañado de la novedad, y el capitán, guardando el mismo silencio, mandó a los almocadenes le condujesen hacia aquella parte.

Enseguida que llegó fué en persona a reconocer el campamento. Volvióse entonces a los suyos y les dijo que ahora vería si los que hablaban tanto en la ciudad obraban conforme a ello en el campo; que aquéllos eran los moros que venían a buscar, y que sería el primero que había de atacarlos; que los que obrasen como caballeros, tendrían premio y honra, y los que hiciesen lo contrario, castigo e infamia.

Dando luego espuelas al caballo, lo siguieron casi todos, animados por su ejemplo. Pelearon con tanta decisión que, encontrando a los moros atemorizados y confusos con la obscuridad de la noche, el sonido de las trompetas, las voces y el ruido de la pelea, fueron éstos ahuyentados sin oponer apenas resistencia. Murieron muchos, otros quedaron prisioneros, con gran número de caballos y otros despojos. Con este éxito el Capitán se volvió a la ciudad, alegre y triunfante, convenciéndose el pueblo cuánto se engañara en formar un juicio tan diferente de lo que enseñó la experiencia.

En Julio del año siguiente se reunió Francisco Botelho con Don Francisco Coutinho, que gobernaba Arcila. Hicieron ambos incursión en la Berberia, recorrieron el territorio, mataron a algunos moros, hicieron cautivos a trece, y, repartido el botín, regresaron a sus Plazas.

Volviéronse a reunir en Enero de 1548, y, obtenido un gran botín, después de un feliz éxito como el anterior, se volvieron a sus Plazas. En adelante gobernó Francisco Botelho con tranquilidad, sin que nada ocurriese digno de ser mencionado, y así terminó su mandato.

Tuvo por sucesor a *Don Pedro de Meneses*, que, llegando el 14 de Noviembre, tomó posesión del gobierno el 18 del mes siguiente. No sabemos la causa de esta dilación, que suponemos habrá sido enfermedad u otro impedimento, si no fué cortesía con su antecesor. De todos modos, no suele ser corriente, ni mucho menos, semejante retraso.

Ausentándose Francisco Botelho, al día siguiente comenzó Don Pedro a ejercer el gobierno con general satisfacción. Se mostró en todos sus actos digno de sus ascendientes y apellidos, de los que tenía en estas fronteras tantos recuerdos como ejemplos.

Queriendo significarse en alguna acción, penetró en tierras de moros con toda la caballería y alguna infantería. Luego que llegó a los campos de Benamesuar, aldea rica, los mandó recorrer, quemar y

desolarlos todos, llegando a las mismas casas del indicado lugar. Como el daño fué grande, los moros no se atrevieron a hacer resistencia, y sólo trataron, los que pudieron, de ponerse en fuga. Con esto Don Pedro, sin perder un solo hombre, se retiró, no sin gran botín, aunque nada se diga en las memorias antiguas, de las que sacamos el relato.

Pocos días después dió principio la evacuación de Arcila, ordenada por el Rey Don Juan III, en vista de las dificultades del puerto y gastos de la guarnición, sin darse cuenta de que el buen nombre es el principal interés de los príncipes y el más seguro fundamento de los Imperios. No era, en efecto, justo entregar a los infieles una Plaza que sus antecesores le ganaron con tanta honra y peligro. Para todo encuentran razones los príncipes, no faltando quien atienda más a la lisonja que a la verdad.

Ejecutada la orden del Rey, la mayor parte de los habitantes se retiraron a Tánger entre el 18 y 26 de Agosto de este año de 1549. El tiempo demostró después el yerro de este acuerdo, por lo que se volvió a ocupar Arcila. Más tarde se abandonó definitivamente, como veremos más adelante.

También se mandó evacuar Alcázar-Seguer, con poco tiempo de diferencia, como Plaza poco necesaria y de muchos gastos. Quedando a la intemperie, no volvió a ser ocupada, ni por cristianos ni por moros. Hoy sólo se ven de ella algunas ruinas.

Desembarazado de estas ocupaciones, Don Pedro se aplicó con mayor cuidado a la guerra de los moros, y, queriendo ocasionarles en sus tierras alguna molestia, penetró en ellas. Capturados tres moros y gran rebaño de ganado, sin oposición alguna, regresó a la ciudad. Hizo lo mismo a los pocos días con idéntico resultado. Se retiró con otro moro cautivo y ciento treinta cabezas de ganado. Con esto dió a los suyos tauto gusto y ánimo, como a los enemigos terror y espanto.

Al principio del año siguiente de 1550, entró en Tánger Luis de Loureiro, que había gobernado Arcila y otras Plazas, con la gente de guerra que le quedó, dispersada la demás. Pasó luego a Alcázar-Seguer, donde reunió nuevo contingente. Hecha la revista de los soldados, despidió a muchos, quedando algunos de guarnición en este punto. Salió luego para el Reino a dar cuenta de la comisión que se le había encargado. Tales son las variedades del mundo: que unos trabajan por destruir lo que otros se cansaron en fabricar.



Resentidos los moros de tan continuas pérdidas, se reunieron cinco Alcaldes, con gran ostentación de fuerzas, y penetraron en los campos de Tánger. Después de tres días de descanso, los recorrieron con mucha furia y buen número de personal. Se les hizo oposición y notable daño con la artillería, sin nosotros recibirlo mayor, que el haber muerto un joven, de accidente casual, y resultar dos soldados heridos.

Poco satisfechos los moros de lo obtenido, el 16 de Junio del mismo año volvieron a probar fortuna.

Mandó el General reconocer el campo después de visperas y que pasaran los atalayas el río Mogoga, contra los que salieron los moros de los oteritos. Manuel de Morales, uno de ellos, cayó y fué muerto. Llegaron los moros al río, y, no pudiendo pasarlo, buscaron el puerto, dilación con la que se salvaron los demás atalayas.

Acudió el General y mucha gente al toque de rebato, con más prisa y confusión que orden y disciplina. El Adalid, con alguna gente, acudió a los Tres Faros y, arremetiendo contra los moros, le mataron a dos de los principales. Encontrando los moros la oposición de la Infantería, se retiraron hacia la Fuente de Lejos custodiada por el General en persona, que allí estaba para defender la vaquería, que la otra parte de los moros quería llevar.

Trabóse una gran pelea entre unos y otros, en la que Don Pedro dió grandes pruebas de valor y prudencia, porque, no sólo dispuso la gente de la mejor forma que pedía la brevedad del tiempo, y sostuvo el campo con número tan desigual, sino que, comprometiéndose él mismo, para ejemplo de los demás, derribó a muchos moros muertos y heridos.

Se encontró con uno que tenía fama de valiente, y fué tan fuerte la lucha entre ambos, que los dos cayeron en tierra. Acudieron los nuestros con prontitud en ayuda de su General, unos para levantarlo y otros para defenderlo, Habiéndosele escapado el caballo, diéroule otro hábil. Subió a él, y, dirigiéndose hacia los moros que lo tenían allí rodeado con todas las fuerzas, los hizo retirar, cayendo al suelo veinticinco, a los que se les cogieron los caballos.

Retirando a la gente para que no se comprometiese más de lo que era justo, vino una saeta de la que cayó casi muerto. Lo recogieron los nuestros entre sí y entraron en la ciudad con la tristeza que pedía espectáculo tan lastimoso. Se le aplicó el remedio a las heridas, porque, además de la que dijimos, tenía una lanzada peligrosa. No

valieron nada los socorros humanos, pues falleció a los cuatro días, con el consuelo de ser en defensa de la Fe y servicio de su Rey, y en ocasión de la que salió victorioso.

Resultaron también algunos caballeros heridos en esta misma pelea, que fueron Lorenzo Vaz da Veiga, Tomé Lobo, Fernando de Contreiras, Manuel Rodríguez, corneta, Luis Machado y otros, de los que no consta haya muerto alguno. Perdiéronse más de 17 caballos, entre ellos el del General y el del Adalid, que actuó en este caso con valor y acierto. De este suceso quedó el nombre a la Vuelta de Don Pedro. Llevaron a Lisboa su cuerpo y consta por persona de mucho crédito que lo acompañó que la cera que ardió los once días empleados en el camino, no disminuyó nada de su peso, indicio cierto de que Dios quiere mostrar el premio que tiene reservado para los que pierden la vida en defensa de su Fe. Por la muerte de Don Pedro de Meneses se eligió para gobernar la guerra a Juan Alvarez de Acevedo, que servía de contador. A la viuda de Don Pedro se le guardaron todas las consideraciones debidas a su rango. A los pocos días se marchó al Reino acompañada de sus parientes.

Continuó el gobierno absoluto *Juan Alvarez de Acevedo*, sin encontrar en él hecho alguno digno de memoria hasta el 25 de Marzo de 1552. En este día hubo una gran batalla con los moros. Sólo se sabe en concreto que los nuestros fueron dispersados y que murieron algunos hidalgos y personas nobles, entre las que figura *Gracia de Sousa*, *Vasco Gómez de Mello*, *Jerónimo Pacheco*, el capitán *Manuel Marreiros*, *Ayres Pinto*, *Alvaro de Siqueira* y otros. No es posible hacer la guerra sin acontecimientos adversos; pero es penoso el oficio de los capitanes que sólo se califican por los prósperos. Debido a esto el Rey no tardó en mandarle sucesor, si bien más tarde en tiempo del Rey Don Sebastián gobernó Ceuta con entera satisfacción.

Le sucedió *Luis de Loureiro*, que en 19 de Noviembre del 1552 llegó a Tánger. A los tres días le entregó el gobierno su predecesor y se fué para el Reino.

Comenzó a gobernar *Luis de Loureiro* con la satisfacción y experiencia que tenía adquirido en muchas ocasiones y gobierno de que siempre salió acreditado.

Sin embargo, como la fortuna es inconstante, no tuvo en éste la felicidad que merecía. El 13 de Marzo del año siguiente mandó al Almocaden *Juan de Meneses* con treinta de a caballo para favorecer

a los Atajadores que había mandado fuera a descubrir y asegurar el campo. Encontraron algunos moros y acometiéndolos mataron a uno de los de más viso. Pareciéndole que no eran más se empeñaron en seguirlo contra la orden que llevaban. Tuvo el General aviso y mandó tirar ocho pesas para que la gente se retirase. Viendo que no obedecía, salió fuera para favorecer a los suyos que veía en peligro. Llegó hasta la Atalaya alta, donde se detuvo, ocupando con los atalayas los puestos a lo largo. Viniendo la noche los retiraron y los atalayas se recogieron, sin esperar que lo hiciese el General, como estaban obligados.

Con esto los moros, que eran muchos, tuvieron tiempo de mejorar su situación, llegando parte de ellos al Meimoun que cae delante. Viéndolo el General que tenía ya recogidos a los Atajadores y gente que había mandado en su favor, como el Adalid, atacó a los moros, que eran más de ciento a caballo, y los dispersó y puso en huida con grande daño. No obstante, en el mismo punto descendieron o bajaron dos banderas con gran número de gente. Como venían de refresco y encontraron a los nuestros cansados y divididos, los acometieron por todas partes. Volvieron también y se les juntaron los que iban huyendo, y aunque el capitán hizo cuanto debía, fué vencido y muerto con la mayor parte de los que tenía consigo, que antes quisieron perder las vidas con su General, que conservarlas con infamia y deshonor. Murieron cincuenta y nueve, cuyos nombres omitimos por temor de ser prolijos y por lástima. Cristóbal Lobo y Sebastián Banha cayeron cautivos. El resto del personal se retiró con el sentimiento que pedía tan gran pérdida, siendo la mayor la de la persona del General Luis de Loureiro, que después de haber gobernado con grande opinión de valiente y sensato, Alcázar, Arcila y Mazagán, y de haber alcanzado de los moros muy insignes victorias, murió entre ellos, más por el desorden y desobediencia de los suyos que por el valor de sus enemigos.

Por muerte del capitán, se juntó el pueblo y eligió en su lugar, hasta orden del Rey, a *Don Fernando de Meneses*, hijo bastardo de Don Duarte, que gobernó seis meses, en cuyo tiempo no debió suceder nada digno de la Historia, pues de nada encontramos recuerdo.

Le sucedió *Luis de Silva de Meneses*, a quien el Rey mandó ocupar este puesto, del que tomó posesión y comenzó a ejercerlo con entera satisfacción. Sin embargo sólo nos consta de su fin lasti-

moso, porque determinando penetrar con la mayor parte de la gente en la Berberia y llegando a Portalfieixe, cuatro leguas distantes de la ciudad y menos de dos del Farrobo y otras aldeas, le trajeron un moro que se cogió, huyendo otro. Declaró que los Alcaldes estaban en el campamento vecino con gran poder, hacia el que iba, lo mismo que el compañero, a llevar viveres, de los que se le tomaron algunos.

Parecióle al General y a otros que era industria del moro para evitar el daño que tenía a los suyos. Siendo lo más acertado según, en casos dudosos, la resolución más segura: mandó al Adalid recorrer el campo en larga distancia, y él se quedó esperando con la demás gente, con poca precaución y cuidado.

Supieron los Alcaldes por el moro que llegó, el designio de los nuestros, y por otros espías que estaban por allí esperando se confirmaron en ello. Entraron en consulta si convendría acometer primero al Adalid, ocupado con el botín, o al General. Dijo uno de ellos que primero convenia romper el pote y después el tiesto, pues acostumbran a explicarse con semejantes metáforas, no sin elegancia y agudeza. Signióse esta opinión y encontrando al General sin vigias a lo largo y a la gente descuidada, comiendo con tanta tranquilidad como si no estuviera en las tierras del enemigo, lo atacaron y vencieron casi sin resistencia. Quedó el General muerto en el campo con casi todos los que tenía consigo. Atacaron después los moros al Adalid que, peleando con valor, se salvó con algunos de los mejores caballos. La mayor parte de los otros murieron o los cogieron. Esto demuestra que en esta guerra se debe considerar mucho el peligro y compromiso de estas incursiones, porque las noticias son inciertas, los enemigos muchos, el interés poco y la pérdida, sobre todo la reputación, irremediable.

Los Reyes encargan estas Plazas a quien las defiende y asegura; pero la prudencia humana tiene sus límites y a los hombres les parece que si no ganan honra sin peligro ni se satisfacen los soldados sin despojos, como no pueden preveer todos los accidentes, son los fines dudosos, por más que se examinen los fundamentos. Lo que no tiene disculpa es despreciar los avisos, dividir las fuerzas y estar para cualquier suceso sin la prevención necesaria.

La nueva de tan lastimoso suceso, que fué a 29 de Abril de 1553, causó en la ciudad el terror y sentimiento que merecía por perderse con el General la mayor parte de la gente y los caballeros y

soldados antiguos que tenían alcanzado tantas victorias. No resolviéndose a elegir capitán, entregaron las llaves de las puertas a Pedro García, capitán de Infantería, que las tuvo cinco días con las apariencias de gobierno.

Pasada aquella primera suspensión, el pueblo eligió por Gobernador a *Pedro Alvarez Correa*, que servía de Sargento Mayor, cargo tan antiguo y tan autorizado en la ciudad, que todos obedecieron voluntariamente al titular. Muerto éste a los cinco días, se eligió en su lugar a *Diego López de la Franca*, que gobernó hasta que el Rey tuvo a bien proveer este cargo. De su tiempo no nos quedó ninguna otra noticia.

Le sucedió *Bernardino de Carvalho*, a quien la Reina Doña Catalina, que entonces gobernaba por la menor edad del Rey Don Sebastián, ordenó que acudiese a Tánger, donde los moros en poco tiempo le habían muerto tres Generales. Dijole que de su prudencia esperaba el remedio de aquella Plaza y la enmienda de los yerros que ellos habrán cometido. Le añadió que las fuerzas eran bastantes para conservar y defender; pero no para penetrar en las tierras de los moros, que eran muchos y se juntaban con facilidad. Bernardino de Carvalho besó la mano a la Reina por la merced que le hacía y confianza que en él depositaba. Aceptó sin replicar ni poner dificultades, con lo que otros cansan a los príncipes, vendiéndoles la obligación de vasallos y queriendo, cuando de ellos necesitan, que los premios se anticipen a los merecimientos.

Llegó a la ciudad y con su presencia y socorros alivió el sentimiento de las pasadas pérdidas.

Ejerció el gobierno con moderación y prudencia. Trató más de seguir la orden que se le diera que los rumores del pueblo y deseos de los soldados. No nos dejó noticia de muchos acontecimientos dignos de la Historia.

Consta que corriendo un día a los moros, mandó decir al Adalid, por Jorge Vieira «el Sordo», que retirase a la gente y no se comprometiese sin nueva orden, y reconocer mejor el intento y fuerzas del enemigo. Pero como el mensajero, por el defecto que tenía percibió lo contrario, le dijo al Adalid que arremetiese contra los moros que en forma de media luna se venían acercando.

Los atacó con tan buena suerte que los puso en huida sin apenas hacer resistencia alguna.

Viendo el General el empeño y que ya no era tiempo de reme-

diar el desorden, dió la voz de ¡*Santiago!*, y socorriendo a su gente, que seguía a los moros, alcanzó sobre ellos una gran victoria.

Así sucede muchas veces: que se acierta errando y se consiguen éxitos que no se pretendían; pero es muy arriesgada esta experiencia. Los que reciben las órdenes deben entenderlas bien y aun pedir que se les repitan, y, si es posible, que se las den por escrito.

Aunque Bernardino de Calvalho trataba de conservar a su gente con todo el cuidado, no dejó de experimentar también una gran desgracia.

Vino una caravana y encontrándolo impedido de una pierna, el Alfoaqueque dió a los Alcaldes que era ocasión de hacerle daño. Reunieron el personal, corriendo al campo en ocasión que el General, por encontrarse ya mejorado, había ido a ver una nave que estaba en el puerto. Acudieron los soldados al toque de rebato, saliendo, como entonces era costumbre, a guarnecer las trincheras. Pero, como iban sin orden y divididos, y los moros tenían ganados los puestos, los atacaron y dispersaron casi sin resistencia. Murieron más de quinientos soldados; sólo se salvó la caballería, y esto con dificultad.

Llegó la noticia al General, que no pudo hacer más que sentirla y evitar que en adelante no ocurriesen semejantes desórdenes. Es de creer que ésta que reseñamos la hubiese prohibido a no haber salido de la Plaza o hubiera ordenado que, en su ausencia, no se abrieran las puertas.

Del tiempo que gobernó, que fueron cerca de diez años, no encontramos otras noticias. Aun estas mismas que vamos escribiendo se descubren con dificultad, por la ambición y malicia de algunos que las llevaron e hicieron desaparecer. Parecía ser descrédito propio la gloria ajena y que resaltarían más sus acciones faltándoles la comparación de otras mayores, en el supuesto de que las escribiesen.

Quedó en su lugar Diego López de la Franca, por segunda vez y por elección del pueblo, hasta que llegó *Lorenzo Pires de Tavora* y tomó posesión del gobierno el primero de Abril 1564. En su tiempo hubo paz con los moros, y valiéndose de ella fortificó por orden del Rey Don Sebastián, el Castillo con los baluartes y los terraplenes más a lo moderno; la obra quedó imperfecta y después no hubo interés en acabarla.

De su gobierno, que duró dos años, no nos dejó ninguna otra cosa que referir.

Volvió a quedar por sucesor Diego López de la Franca, a quien sucedió *D. Juan de Meneses «El Clavero»*. En su tiempo se retiró a Tánger, por orden del Rey Don Sebastián, Don Antonio Prior de Crato, hijo bastardo del Infante Don Luis, que volvió a gobernar después.

De lo que sucedió en tiempo de Don Juan apenas se sabe nada. Sólo encontramos que vino a decirle un moro que en el campo estaban treinta de acaballo, que estaban en la *velada* del Jardín, que saliese a dispersarlos, y que él, para mayor seguridad, quedaría viendo el destrozo de los suyos en la torre más alta del Castillo.

Dióle crédito Don Juan, y yendo a los moros los mandó atacar. Huyeron y se les persiguió hasta alcanzarlos. Salió de refuerzo un poderoso Ejército, y estando los nuestros desprevénidos con la confianza del aviso, y cansados los caballos con tan larga carrera, mataron a unos e hicieron cautivos a otros de los que iban delante.

Se retiraron los más en la mejor forma posible. Llegó un moro a lo elevado del Jardín y dijo en voz alta que si hiciesen daño al moro cautivo habían de quemar, a la vista de la ciudad, a todos los cristianos que tenían prisioneros.

Ante esto, Don Juan, que mandara quemar al moro, compadecido de las lágrimas de las mujeres y de los hijos de los cautivos, no quiso ser causa de que aquellos caballeros pagasen la pena de su confianza, por lo que suspendió el castigo, si bien llevó después consigo al moro y se lo dió secreto y prolongado.

Sirva este caso de ejemplo a los que vinieren para no dar entero crédito a los avisos de los moros.

Aunque deben procurarse estos avisos con todo cuidado y el Rey lo encarga en su reglamento y manda se le dé a cada uno hasta quince *patacas* y los Generales se pueden extender conforme a la importancia de las noticias, que los más prudentes procurarán siempre con toda diligencia e industria, deben mandar después a reconocer el campo a hombres prácticos y estudiarlo por medio de exploradores y tomar informes, si fuese posible, que es el medio más seguro. En esta forma se obra con menos riesgo los alcances y entradas. Del gobierno de Don Juan no encontramos más memoria. Duró desde el quince de Julio de 1566 hasta el primero de Agosto de 1572.

Volvió a quedar por sucesión Don Diego López de la Franca, como en otras ocasiones. Conocía el pueblo, por lo que éste podía fiarse en él la disposición de la guerra y de la paz. Sentimos no nos

haya quedado de él más particular información. Habrá sido sin duda la causa el proceder con más cuidado que las personas que el Rey manda y trataron como de propiedad el gobierno. Lo entregó a *Ruy de Soussa de Calvalho*, hermano de Bernardino de Calvalho, al que volvió a suceder por pasar éste al reino con licencia del Rey, o por falta de salud o por otro negocio importante.

Volvió brevemente Ruy de Soussa. Ocurriendo de allí a poco tiempo salir al campo, se acercaron los moros en son de batalla. Retiró su gente a los campamentos en los que peleó valerosamente contra los moros. Murió en Mayo de 1573, para que a costa de tanta sangre noble y de muchas vidas y haciendas, se conserve la ciudad de Tãnger, sin más fruto que quitársela a los moros y hacerle guerra, con esperanza de abrirse paso la conquista de estas provincias, que no fuera dificultosa ni de poca utilidad por su abundancia, si en los principios no hubiéramos querido abarcarlas todas, y uniendo en una de ellas las fuerzas, sacaremos el manantial para hacer la guerra a costa del enemigo. Socorriéronse unas plazas a otras, pero como el poder estaba tan dividido y nos empenamos en otras conquistas más remotas, cesó el fervor de esta guerra y quedamos sólo con los gastos de las Plazas.

Por muerte de Ruy de Soussa volvió a quedar Don Diego López de la Franca, que entregó el gobierno a Don Antonio Prior de Crato, hijo del Infante Don Luis. Quiso el Rey, con persona tan significada, dar mayor autoridad a este puesto. Como en su ánimo traía siempre la conquista de Africa, mandó persona que pudiese informarle con mayor seguridad y secreto.

Del tiempo de su gobierno, que no fué largo, no encontramos acontecimiento bélico que quedase en recuerdo, o porque los moros no se atrevieran a irritar a un príncipe, o porque él no quisiera poner en contingencia la reputación. Sólo nos consta que tuvo aquí a su hijo Don Cristóbal, que después, siguiendo la suerte de su padre, murió desterrado en Francia.

Le sucedió *Don Duarte de Meneses*, Conde de Taranca. De éste nos consta que estando cierto de que había un aduar que llamaban de Ali Mazodi, lo mandó espiar muchas veces por Almocadenes prácticos. Por ellos supo había en él doscientos de a caballo, sin contar las mujeres y niños. Determinó tomarlo y saliendo con toda la gente, no se encontró vivienda alguna en el lugar en que los Almocadenes las habían visto, por la facilidad con que estos bárbaros se



mudan para lograr mejores pastos, ya que su principal fuente de ingresos y riqueza está en sus ganados.

Sentido de esto el General, mandó a los Almocadenes recorrer el terreno en todas direcciones. Descubrieron por los fuegos en otro sitio media legua distante el aduar de referencia. Diéronle aviso que lo recibió con alborozo. Dispuso la gente y atacó a los moros. Estos, cogidos de repente y de noche en que el miedo es más eficaz, particularmente en ellos, que duermen sin recato y guarda, y no habiendo dispuesto antes lo que se ha de hacer en la ocasión, tratan en ella más de ponerse en salvo que de hacer resistencia, fueron dispersados, se les hicieron muchos muertos y más de ciento cincuenta cautivos, sin contar gran número de caballos y otros bagajes y despojos. El Alcaide huyó descompuesto y tuvo por fortuna el escapar del peligro.

Mandó llamar el Rey Don Sebastián a Don Duarte para tratar con él lo referente al Africa, teniendo ya deliberado, para nuestra ruina, empeñar su real persona en aquella conquista.

Dejó entretanto a Pedro de Sylva con el gobierno, al que volvió enseguida. Como el Rey ardía en deseos católicos de hacer guerra a los infieles, llevado de un ardor juvenil y de la opinión de algunos que más atendían a sus propias conveniencias que al bien público, se embarcó arrebatadamente en algunas galeras. Con pocas fuerzas y autoridad, que es el principal eje del Imperio, llegó a Tánger, disfrazando esta imprudencia con el pretexto de que sólo venía a visitar las Plazas de Africa, informarse más particularmente de las cosas, alentar a los súbditos y atemorizar a los enemigos.

Sirvió Don Duarte con la satisfacción en que lo empeñaba un favor tan grande como era venir el Rey a su propia casa. No se olvidó de darle informaciones y noticias, y a veces, consejos, con la verdad y entereza a que era obligado. Como el Rey se gobernaba menos por ello que por su apetito, salía al campo a cazar con toda confianza como si estuviese en Almeirim. Mandó hacer algunas incursiones, de las que no encontramos suceso alguno del que haya quedado recuerdo.

Atemorizado el Rey de Fez con estos principios, reunió tanta gente que cubría los campos; pelearon los nuestros contra ellos, sirviendo la presencia del Rey de estímulo al valor natural; mas como era tan desigual el número, le fué necesario valerse de las defensas de la ciudad y alrededores, que hicieron con la artillería considera-

ble daño en los moros. Asistía el Rey desde la torre más alta del Castillo, donde veía la pelea y la retirada de los moros por el perjuicio que recibía. Alegróse mucho con el éxito, queriendo la fortuna lisonjearlo en estos comienzos para empeñarlo después en mayores ruinas.

Sucedió que un caballero le trajo en esta ocasión un moro entregado. Los que estaban a su lado le dijeron que si todos eran como aquél poco necesitarían para vencerlos, a lo que respondió el caballero que esto lo verían en el campo.

Pasados algunos días, obligado el Rey por las instancias del Reino, del que saliera casi escondido, se retiró, dejando algunos Reglamentos para el mejor gobierno de la ciudad. Encarga en ellos con particular cuidado la asistencia a las viudas, a quienes los moros mataron sus maridos, y que sus informes se envíen en primer lugar. Para librarse más tarde de esta dilación se autorizó a los Generales, extendiéndose esto a sus hijas, mientras el Rey, a quien se da cuenta, no ordene lo contrario.

Llevó consigo el Rey a Don Duarte de Meneses, meditando la empresa de Africa que traía en el ánimo desde sus primeros años. Con la vista de los moros y de la fertilidad de las Provincias se iba más incitado que satisfecho, y no quiso que en el consejo y ejecución le faltase la persona de Don Duarte.

Recayó por segunda vez el gobierno en *Don Pedro da Sylva*, de quien no sabemos más que el haber sucedido en su tiempo la lastimosa pérdida del Rey Don Sebastián. De ésta daremos una breve noticia, así por encontrarse en ella caballeros de Tànger, como por ser obligación de la Historia el fiel relato de los hechos, lo mismo prósperos que adversos.

Obstinado el Rey en pasar al Africa sin poderlo disuadir los consejos de los prudentes con la falta de sucesión y otras razones forzosas, ni los prodigios del Cielo, que con más eficacia podían advertirlo, sólo deseaba algún pretexto que disculpase esta su resolución.

Se lo ofreció nuestra desgracia. Echado del Reino de Marruecos y Fez, que entonces estaban unidos, el Xerif Mulay Mohamed, por Mulay Moluca, pasó a Lisboa, a pedir al Rey su auxilio, para que se le restituyese la Corona que le habían usurpado, ofreciendo grandes ventajas. Prometiósese el Rey, y, no sólo el socorro, sino ayudarle con su propia persona y todas las fuerzas del Reino.

Formando un Ejército, menos numeroso y disciplinado de lo que convenía, auxiliado por alguna gente que le mandó el Rey Don Felipe II, con el que se entrevistó en Guadalupe, y, en particular, de toda la nobleza del Reino, llegó a Arcila con una fuerte Armada.

Desembarcado el personal y alojado la mayor parte fuera del pueblo, en algunos alrededores, volvió a Tánger, e hizo salir la caballería para el Ejército, con algunos soldados. Dió la misma orden a los de Centa, que se disculparon con razones aparentes, pues no hay ninguna que pueda justificar la desobediencia y exención del peligro, cuando entra en ello la persona del Rey. Para castigarlos con la infamia, no quiso usar de otros medios. Parece que ya desde entonces se iban preparando para lo que en nuestros tiempos ejecutaron, siendo la única Plaza de toda la Corona de Portugal que quedó para Castilla con el título de rebelde.

Con estas y otras dilaciones gastó el Rey dieciocho días, pareciéndole que el Xerif convocaría grandes socorros, puesto que antes asegurara que la querían seguir la mayor parte de los moros.

Viendo, empero, el poco resultado y constándole que Mulay Moluca se acercaba con un poderoso ejército, determinó salir a su encuentro, con la poca provisión de abastecimiento que se le prometía con la victoria. Cerca de Alcázar vió al enemigo que, alojado junto al río, con un ejército, en el que había setenta mil caballos y noventa mil infantes, entre ellos muchos turcos y renegados de todas las naciones, acampó junto a otro río, a media legua de distancia.

Parecióle a los más que no convenía pelear con tan desigual contingente, no constando el ejército del Rey más que de mil caballos y catorce mil infantes, aunque afirmaban las informaciones que el Moluca se estaba muriendo, y que, con su muerte, divididos los moros, la mayor parte de ellos seguiría al Xerif.

Como el Rey no conocía el temor y despreciaba las victorias que no debiese a su espada, llamando cobardía a la prudencia y gobernándose sólo por su opinión, resolvió la batalla, sin valer para nada las indicaciones de Don Duarte de Meneses, a quien encargó el gobierno del Ejército. Díjole Don Duarte, que ya que quería pelear, le diese licencia para atacar de noche a los moros en sus alojamientos, pues que la experiencia, que de ello tenía, le aseguraba la victoria, sin mucho derramamiento de sangre.

Tomado este acuerdo el 4 de Agosto de 1578, formó el ejército

y pasó el río, queriendo él solo hacer el oficio de todos los Capitanes. Salieron a recibirlos los moros, y, aunque era tan desigual el partido, inclinóse al principio a nuestro lado la victoria. Abrió brecha la fiereza del escuadrón de los aventureros y de las primeras tropas de la caballería de la vanguardia, arremetiendo contra la resistencia de los moros, en particular del escuadrón de los turcos y renegados, en el que tenían la mayor confianza. Llegados junto a una litera, en que estaba el Moluca, espirando, según unos, o ya muerto, como dicen otros, alcanzaron completa victoria.

Oyóse entonces una voz, no se supo de quién, aunque se cree fué un castellano, que dijo: «¡Retirarse!»; cesó el ímpetu, causó confusión y dió ánimo a los moros, que ya habían huido, para que volvieran sobre los nuestros. Como éstos no fueron socorridos por las tropas y escuadrones de reserva, pues el Rey les mandara que no se moviesen sin orden suya, luego que hicieron en los moros gran estrago, fueron dispersados y deshechos. Lo mismo sucedió a los otros escuadrones, desamparados de los primeros, sin valerles la resistencia que todos hicieron en cuanto les fué posible. De aquí que, rodeados de moros por todas partes, y, más que por nada, vencidos por la sed y el cansancio, por el excesivo calor y no teniendo retirada segura, el Ejército quedó completamente arruinado.

Los caballeros de Tánger, que habían peleado con el valor que debían a las continuas prácticas militares, siguieron la misma suerte. Murió la mayor parte de ellos, entre los cuales figura Jerónimo de Freites, que era su Adalid y había ganado gran fama en muchas ocasiones.

Antonio de Lordello, viendo caída en tierra la Bandera Real y muerto el Alférez Mayor, la levantó de nuevo y la sostuvo hasta que, abrazado a ella, perdió su vida, como consta de un documento auténtico conservado por sus sucesores.

Del Ejército murió la tercera parte, los demás quedaron cautivos y fueron pocos los que se salvaron. Del Rey nada se supo de cierto. Algunos afirmaron que era su cuerpo uno que está sepultado en Belém. Otros creen que se ahogó en el río. Ello dió motivo a que se le esperase mucho tiempo.

Entre los cautivos quedó el Duque Don Teodosio, de trece años de edad, quien mostró en aquella primera prueba que el valor suplía en él la falta de años y era digno de la sangre de sus gloriosos ascendientes. El Rey Don Felipe consiguió su rescate del Rey de

Marruecos y lo tuvo como en prisión, hasta que se apoderó del Reino, del que era el Duque legitimo sucesor.

La victoria costó a los moros mucha sangre. Murieron más de dieciseis mil, huyendo otros tantos al principio, con uno de los Xerifes, que sucedió en el Reino a Muley Moluca.

Este final tuvo la batalla de Alcázar, que bastó a obscurecer en un día las glorias adquiridas en Africa durante tantos años. Más se perdió por la demasiada ambición de gloria de un Rey moro, que no permitió actuase la prudencia de los capitanes, que por falta de consejo en éstos y de valor en sus soldados.

Cuando la Divina Providencia tiene decretados semejantes castigos, no se ven claros los medios para el remedio y todo se encamina al precipicio.

No dejó, empero, de demostrar su clemencia el Señor, pues consta que Santa Teresa de Jesús, que entonces florecía por sus grandes virtudes, vió coronados de gloria en el Cielo a todos los que murieron en defensa de la Fe.



### LIBRO TERCERO

Después de la pérdida del Rey Don Sebastián, cuya noticia llenó a todo el reino de luto y pena, cambiaron todas las cosas y tomaron forma muy diferente.

Entró a gobernar el Cardenal Don Enrique, viejo y sacerdote, con virtudes más de religioso que de príncipe, y ello fué causa de que en los pueblos aumentase la desolación. Faltaban herederos manifiestos, y esto motivó la aspiración de muchos a la Corona. Por muerte del Cardenal vino a caer en el Rey Don Felipe II, más por su industria y violencia, que por razón o derecho, al que nunca quiso sujetarse. Es, en efecto, claro que debía precederle la señora Doña Catalina, duquesa de Braganza, e hija del Infante Don Duarte, mientras el Rey Don Felipe lo era de la emperatriz Doña Isabel, su hermana.

El duque Don Teodosio, su hijo, se encontraba en Castilla sin fuerzas, debido a lo que cedió su suerte hasta que tuviese ocasión de restituir a su Real Casa la usurpada Corona.

Entre tantas variedades y sucesos, los capitanes en Africa atendían más a la conservación de sus Plazas que a la guerra con los moros, insolentes con tan grande victoria, de la que resultó revelarse los que antes estaban sujetos, inquietando continuamente nuestras guarniciones.

En Tánger, del que sólo nos ocupamos, sucedió a Pedro da Sylva, *Jorge de Mendoza Cazón*, que gobernó con prudencia y trabajo. Además de encontrarse sin la mayor parte de los caballeros y soldados antiguos, faltaban caballos en que montar otros, y, lo que era más para sentir, no había viveres, llegando a padecer la gente hambre extrema. Hasta el tiempo se conjuró contra él, no permitiendo

en muchos meses que llegasen los socorros que, con el sucesor, estaban preparados en el Puerto de Santa Maria. De su gobierno no encontramos otro dato que el de haber durado desde el 7 de Septiembre de 1578 hasta el 25 de Julio de 1581. Fué el último que mandaron a esta Plaza los Reyes portugueses antes de la unión de las Coronas.

Le sucedió *Don Francisco de Almeida*, por orden del Rey Don Felipe. Gobernó con gran acierto y a gusto de todos. Dejó de sí muy grata memoria.

Fué recibido con grande alborozo, por traer abundancia de víveres, de los que había tanta escasez, que las personas se sustentaban de hierba del campo. Animó y consoló a todos; restauró la caballería, ya que al principio sólo tenía noventa caballos. No obstante, sostuvo con ellos la guerra y alcanzó de los moros señaladas victorias. Daremos aquí razón de las que pudieron llegar a nuestro conocimiento.

Estando en el campo el capitán Don Francisco con su gente, salió de la parte de Tánger el Viejo, el Almocadem, Ali Acoitun, que persiguió a los nuestros con gran número de moros. Salióle al encuentro Don Francisco y, después de una larga pelea, regresaron los moros a las costas. Los siguieron los nuestros largo espacio, mataron a muchos, hicieron seis cautivos y apresaron gran número de caballos, con lo que se retiraron alegres y victoriosos.

Quisieron los moros vengar esta afrenta. Reuniéronse en extraordinaria multitud, dirigidos por Xidede, Almocadem de fama, y persiguieron a los nuestros desde la parte de la Sierra, pareciéndoles que, cambiando de sitio y capitán, se les mudaría también la suerte.

Como Don Francisco era el mismo en todas partes, tuvo en esta ocasión más glorioso éxito, porque, no sólo deshizo a los moros, matándoles muchos y poniendo a los más en vergonzosa huida, sino que, a más de esto, cogió prisioneros a ocho, entre ellos a su Almocadem. Lo trajo a la ciudad como en triunfo. Los tangerinos se alegraron de ver rendido y esclavo a aquél, cuyo nombre atemorizaba a todos. De esto se conserva la memoria en las ruinas de una torre situada en el lugar en que se obtuvo la victoria.

No desistían los moros, con tantas experiencias, de tentar la fortuna y, volviendo después a reunirse doscientos diez de a caballo, dirigidos por el Almocadem Benjumar, fueron deshechos y se les persiguió cuatro leguas. Murieron once de ellos, otros quedaron cau-



tivos, entre ellos Almísure, moro principal. También se les cogieron muchos caballos.

Como se irritaban cada vez más con las pérdidas, quiso vengárselas el Alcaide de Alcázar, para lo que reunió mayor número de fuerzas. Vino al campo donde lo esperaba Don Francisco, que supo suplir con el valor e industria la desigualdad del número. Peleó dos veces en los campamentos, valiéndose de la Infantería, de la Artillería y de las ventajas del lugar, y en ambas obligó a retirarse al Alcaide con pérdida considerable. Vino después el Almocadem Baga-ba, que quedó cautivo con otros muchos, a más de los muertos y de los caballos que se les cogieron. Lo mismo le ocurrió al Almocadem Susem, que fué muerto en los Pomares, con muchos de los suyos. Quedaron siete cautivos; los demás huyeron en completo desorden.

Volvió después al campo el Alcaide de Alcázar con mil quinientos de a caballo. Pareciéndoles que lo habían oído, se armó en los campamentos el personal del Adalid Melchior da Franca. Salió fuera con los que lo acompañaban el 8 de Febrero de 1588. Lo atacaron los moros entrando en los campamentos. Los defendió el Adalid con grande valor, hasta que lo socorrió el capitán con los demás caballeros e infantes. Condujéronse tan bien, que obligaron a los moros a retirarse con grande pérdida. Saliendo al campo, los fueron persiguiendo hasta echarlos fuera. En la retirada les cogieron muchos caballos y mataron a varios moros, entre ellos Abrahem Fulful, que era de los principales.

A los pocos días volvió el Alcaide a atacar a los atalayas, a quienes socorrió el Adalid y a éste el capitán con la demás gente de a caballo y toda la Infantería. Trabóse entre unos y otros gran pelea, cuyo final fué retirarse los moros con las pérdidas de costumbre. Dejaron en el campo muchos hombres y caballos muertos, cosa que no pudieron ocultar como suelen hacerlo.

En las memorias que encontramos de estos sucesos no consta que hubiese pérdida de nuestra parte, y aunque es de creer no sería sin costar alguna sangre, pues en una de las peleas en los campamentos resultó herido el capitán en un brazo, tenemos por cierto que en su tiempo no hubo quiebra o pérdida considerable, de la que siempre queda algún recuerdo. Es de exceptuar lo que sucedió una noche, en que algunos moros cautivos del General, saliendo de la mazmorra, atacaron a los centinelas y se echaron por la muralla abajo. Tocóse a rebato según costumbre, acudió la gente y, sabién-

dose la causa, se abrió la puerta de la Traición para coger a los moros. Salió la caballería a fin de apresarlos antes que pasasen el Río de los Judíos y ganasen la sierra. Como en ella estaban los Almocádenes de los moros esperando este suceso, que tenían maquinado y del que les advirtió el ruido del rebato, pasaron el río y esperaron a los nuestros en la emboscada grande. Llegaron a ella los nuestros con más confianza que orden, y, siendo atacados de repente, el sobresalto y la confusión, aumentada con la obscuridad de la noche, fué causa de ser dispersados casi sin resistencia. Siguiéronlos los moros y, como el sitio es áspero, cayeron muertos algunos de los nuestros, quedaron otros cautivos y muchos perdieron los caballos, salvándose por la ladera del mar, que les pareció más segura.

Procuró remediar el Capitán el desorden, pero no le fué posible. Pudiera haberlo prevenido, no permitiendo que se abriesen las puertas ni que saliese la caballería a aquellas horas. No hay prudencia tan grande que en algunos casos no se descuide. Sirva esto de ejemplo para saber cómo hay que proceder en adelante.

Del gobierno de Don Francisco de Almeida no encontramos más acontecimientos que reseñar. De su conducta dejó entera satisfacción. En la guerra procedió con valor, y con prudencia en la paz. A sus súbditos los trató más con amor de padre, que con severidad de señor. Los animó y consoló de las pérdidas sufridas, rehizo y aumentó la caballería y elevó las armas casi a la primera reputación.

Con licencia del Rey para dejar el gobierno, que duró hasta el año 1590, lo entregó a *Elchior du Franca* y *Simón López de Mendoza*, que lo desempeñaron, sin encontrar nosotros sucesos dignos de referir, hasta que el Rey mandó nuevo General.

Fué éste *Ayres de Saldanha*, que llegó el 17 de Junio de 1591. Luego que los moros supieron su venida, se reunieron, como es costumbre, para hacer ostentación de su fuerza. Ocupado de allí a algunos días el campo del Charfe y Meimon, lo recorrió el Alcaide de Alcázar con dos mil caballos.

Hizo el Capitán reunir a la gente en las empalizadas, con buen orden, y, peleando en ellas durante bastante tiempo, obligó a los moros a retirarse con considerable pérdida, recibida de la artillería y demás armas de fuego, sin que de nuestra parte hayamos tenido más daño que dos caballeros heridos.

Luego que los moros dejaron el campo, se retiró el Capitán, muy alegre por lo próspero que le fué el primer suceso.

Sentido de ello el Alcaide, volvió de allí a siete días a recorrer la Sierra, y por encontrarse algunos caballeros extraviados, tres cayeron cautivos y uno muerto, sin poder ser socorridos, que este es el daño que ocasiona la ambición de una yerba un poco mejor, en lo que no reparan los hombres criados en esta guerra. Como ocurre esto con relativa frecuencia, por exponerse a semejantes peligros, a ello deben atender con particular cuidado la prudencia del General y la vigilancia del Adalid.

Reunida la gente, se peleó con los moros, que recibieron pérdidas de importancia. Uno de los principales Almocádenes quedó muerto y otro cautivo, sin contar el gran número de heridos. La pelea fué grande, retirándose, por último, los moros, casi deshechos del todo. De los nuestros resultó herido Luis Alvarez Pereira, que servía Encomienda, y murió después, efecto de las heridas.

Sentido el General de haberle cogido los moros dos escuchas y dos exploradores, que siempre están expuestos a estos peligros, por lo que importa mucho asegurar el campo, quiso castigarlos con alguna entrada de consideración.

Supo que en Guadaleón había presa y el campo estaba seguro; mandó al Adalid el 21 de Agosto del mismo año, con toda la gente de a caballo, y entre ella sus hijos y sus más próximos parientes, que eran Don Juan de Vasccncellos, Jorge da Sylva, Blas Teyes de Meneses, Manuel de Sousa y Pedro César. No fué el General en persona, o por impedimento o por entender, como es cierto, que así atendía mejor a las obligaciones de su oficio.

Llegando el Adalid de noche a donde se le ordenaba, sin ser sentido, recorrió aquello por la mañana y, juntando la presa, se retiró a la ciudad con ciento ochenta y siete cabezas de ganado grueso, siete yeguas y tres moros, no encontrando en el campo quien le hiciera oposición.

Llegó la noticia a Alcázar. Quiso vengarse el Alcaide y reunió mucha gente de a pie y a caballo, con la que recorrió la Sierra. Encontró tan dura oposición, que sin hacer daño y con la pérdida de algunos moros, se retiró poco satisfecho de este suceso.

Constó más tarde al Capitán que algunos Almogaberes entraban en el campo, dirigidos por Golife, Almocadem de valor, al que mandó le armasen emboscada en las Portelas. Huyeron los moros, a los que siguieron los nuestros hasta la salida de Angera. Cautivaron a uno, mataron a otro y les cogieron ocho caballos. Con todo, que-



daron heridos algunos de los nuestros, por ser los moros prácticos y valientes y las distancias tan largas, a propósito para el desorden. Hubo después varias escaramuzas que por pequeñas y parecidas no vale la pena particularizar. Baste saber que, en la mayor parte de ellas, a pesar de pelear los moros con la ventaja de más personal, siempre fueron rechazados con pérdidas, sin haber habido de nuestra parte ninguna de que quedase recuerdo.

En Abril de este mismo año llegó a Tánger el Adelantado de Castilla, a rehacer de soldados tres galeras que traía, siendo este el fruto que cogemos de la sujeción a nuestros enemigos que trataban de quitarnos las fuerzas con tanto cuidado como nuestros Reyes de aumentarlas. Vió en este día dos escaramuzas con los moros, que es la mayor fiesta que se puede hacer a un huésped soldado, ya que los castellanos más quisieron ser testigos que compañeros del peligro. El General hizo al Adelantado, lo mismo que a sus acompañantes, el agasajo y favores posibles, con lo que se fué alegre y satisfecho.

Pocos días después, viniendo de España en una fragata el capitán Francisco Botelho, atracó de noche en el Río de los Judíos, por no poder vencer el tiempo y la mar. Encontró allí dos barcos de moros a los que atacó con tan buen acierto y suerte, que dejándole los moros el primero en que saltara, lo tomó con siete de ellos, además de un muerto. Los demás huyeron con el otro barco. Fué desigual el partido respecto al barco ganado, pues éste tenía catorce bancos y los cautivos. Entró en la ciudad, donde fué recibido por el General y moradores con el agasajo y aplauso que merecía acción tan generosa.

En este mismo día los moros hicieron cautivos a otros dos escuchas, lo que pocas veces ocurre, por haberlos mandado a partes diferentes, lo que se puede evitar mandando a uno sin saber del otro.

Viniendo después el Alcaide de Alcázar realizadas con mal éxito algunas escaramuzas, quiso satisfacerse en arruinar las empalizadas, cortar los trigos y árboles y dar de noche algunas baterías a la ciudad, que sólo sirvieron para inquietar a los habitantes, causándole mayor molestia el daño del campo y el trabajo de rehacer las empalizadas, que se pudieron asegurar con un fuerte y algunas torres que sirviesen de atalayas; pero ni entonces era grande el arte ni hoy permite atender a estas obras la premura del tiempo. Sirva la advertencia para cuando se ofreciere ocasión.

Ocurrió en este tiempo huir de noche dos judíos, que estaban convenidos, por el muro del río. Dió a esto lugar un soldado castellano que estaba de centinela. Constó la culpa, murió ahorcado y la cabeza se le puso a la puerta del mar para terror y ejemplo de otros.

Los moros no dejaban, entre tanto, de entrar e inquietar el campo con pérdida de algunos atalayas, cuyo oficio es siempre arriesgado por la obligación que tienen de descubrir a los moros y exponerse al peligro.

Sufrían este mal los nuestros, en particular los fronterizos que, como jóvenes y nobles, juzgaban descrédito en sí lo que es prudencia en el capitán. Así lo demostró la experiencia, porque saliendo el 17 de Octubre de 1592 los moros del Palmar con un atalaya y viendo los nuestros que eran sólo treinta, los atacaron, yendo en la delantera Antonio de Saldanha, hijo mayor del capitán, con los demás fronterizos. Volviendo los moros les mataron y cautivaron a algunos. Quiso recogerlos el capitán, pero no fué posible. Salieron cien de a caballo que estaban de refuerzo en el Otero de los Tintes; como encontraron a los nuestros divididos, cansados los caballos, y el capitán, que tenía mayor fuerza, no quiso comprometer todas las suyas, fueron deshechos los que iban delante. Antonio de Saldanha, Jorge da Sylva y Pedro Cêzar, con otros once caballeros, quedaron prisioneros, trece muertos, a más de otros heridos. Era tan reducida la fuerza de los moros que no se atrevieron a resistir a éstos, ya unidos y descansados.

Estas son las variedades de la guerra y los inconvenientes de los alcances en que todos corren sin término, en el recelo de lo que puede suceder, y se juzga más valiente el que va más delante, pero cuando llega la ocasión ya no puede remediarse. Por esto en estas materias se debe obrar con gran cuidado y cautela, procurando saber primero la fuerza del enemigo, y cuando se resuelva investirlo, el Adalid debe llevar un grueso de gente para socorrer y dar ánimo a los que siguen a los moros y ayudarlos si hubiere refuerzo. El General debe llevar otro para socorrer al Adalid, reforzado también con alguna Infantería. Débese igualmente ordenar que no se pase cierto límite y que los atalayas vayan por delante descubriendo las emboscadas por todas partes para que, viendo a los moros, toquen a rebato, y en pareciendo tiempo al General hará retirar a la gente con avisos y órdenes repetidas.

El año siguiente de 1593 continuaron las corridas y escaramu

zas sin más suceso digno de memoria que la pérdida de algunos atalayas, que nunca se puede totalmente evitar. Al final de él hubo en la ciudad un motin tan grande que estuvo en riesgo de ocurrir grande daño. Obedeció a alojarse en ella quinientos soldados castellanos para embarcarse en la flota de Indias. Tuvieron algunos de ellos disputas con un sargento de tierra, empeñándose muchos, de una y otra parte, en favorecer a los suyos. Casi todos concurrían incltados del amor natural y de la competencia y oposición que tienen entre sí las dos naciones. Como era el rumor grande y mayor el recelo, acudió de prisa el General. Obró tanto con su autoridad y prudencia que pudo calmar el tumulto sin más pérdida que la de un castellano muerto y el soldado herido.

Pasados algunos días mandó el General arrancar piedra al pie de la Torre para algunas obras. Dos soldados encontraron dos ollas de oro. Las entregaron al capitán a quien pertenecían por permisión del Rey, que a todos da lo que les toca. A los soldados, por descubrir las, les hizo merced de doscientos mil reis, con lo que quedaron alegres y satisfechos.

Entre tanto no desistían los moros de bajar e inquietar el campo, siendo este uno de los gobiernos en que fué más viva la guerra.

Estando el General en el campo bajó de la sierra el Almoçadem Golife con cuatrocientos de a caballo. Llegaron los delanteros a la puerta nueva. Le hicieron carga algunos soldados y derribaron a dos moros muertos, con lo que los demás se retiraron. Es costumbre suya empezar con furia y aplacarla luego que encuentran oposición.

En el principio del año siguiente volvieron a bajar dos veces. En ambas llevaron algunas vacas del rebaño, que encontraron separadas de las otras.

Volvió de nuevo el Alcaide de Alcázar con ochocientos de a caballo y algunos de a pie a emboscarse en la Torre de las Ventanas y en el pantano de San Juan. Ocupado el campo por los nuestros, veinte de a pie se mezclaron con ellos por los prados y, asaltándolos, mataron a un criado del General e hicieron cautivo a Maximiliano da Sylva. Salió el Alcaide de la emboscada con todo el grueso de su Ejército, siguió a los nuestros, que se retiraban, hasta la empalizada de la Forcadinha. Como estaba guarnecida de mosqueteros, les dieron tan buena carga que quedaron muertos seis caballos, a más del resto del daño de que no hubo noticia. Sentido de él los moros volvieron a derribar las empalizadas que les detiene la

furia y cobijar al personal; pero como son de piedra suelta se restauran con facilidad.

Hubo después de esto otras escaramuzas, que por ser de menos importancia se dejan. Sólo no pasaremos en silencio lo que fuere digno de ser advertido para remediarlo.

En Junio de este mismo año estaban los atalayas en el Alcorán y su alrededor, que es lo más estrecho que se acostumbra tomar, mejorándose con ello los moros, cosa que admira mucho estando tan adentro. Mataron a un hombre y llevaron dos cautivos, a más de un caballo y el ganado del contador. No eran los moros más de ciento; pero la cautela con que se obra y la presunción de que ignoramos su poder, les da semejante atrevimiento, del que a veces salen bien castigados.

En el principio del año siguiente de 1595 tampoco faltaron escaramuzas y peleas, sin que encontremos casos dignos de referir hasta que, en Abril, bajando los moros de la Sierra con gran poder, llegaron a la llanura de la Abobada, en donde se les hizo oposición con la gente junta y reunida. Trabóse una fuerte escaramuza, en la que Lorenzo Correa, hermano de Andrés Díaz de la Franca, embistió a un moro de los más valientes de Alcázar. Dió con él en tierra y le socorrieron los suyos. Lorenzo Correa, después de pelear con gran valor, quedó muerto sobre él, y lo mismo le sucedió al estribero del General, que quiso socorrerlo. Otros caballeros que intentaron lo mismo cayeron heridos, así como sus caballos. Los moros se retiraron con mayores pérdidas, pero no desistieron de bajar e inquietar como es costumbre. Causa admiración que sin paga ni interés se expongan a tan continuo trabajo y peligro, sólo por odio de nuestra ley y celo de su falsa superstición.

Se pasó este año con otras peleas semejantes, con pérdida de ambas partes, aunque leve de la nuestra, siendo siempre mayor las de los moros, por la ventaja que les llevamos en armas y disciplina.

En la entrada del año siguiente de 1596, bajaron de la Torre de las Ventanas, y encontrándose a su pie Alfonso Martins, por haberle escapado el caballo, se apeó un hijo suyo y le dió el que él montaba. Quedando entre los moros, fué hecho pedazos; pero estimó menos una vida caduca que una gloria eterna, que justamente debe a esta acción tan generosa, que puede competir con las que realizaron los antiguos con mayores aplausos. Poco después fueron las galeras sin hacer leña con guarnición de soldados. Ocho moros que los sin-

tieron, liados en las asperezas de las tierras, se atrevieron a saltarlos, y cayendo sobre ellos de repente, hirieron con una flecha al capitán Francisco Botelho y a otros soldados, a más de dos que cayeron muertos. De los moros murieron dos, siendo de elogiar su valor y atrevimiento.

No dejaban entre tanto de continuarse las escaramuzas. La más digna de memoria fué el 27 de Junio. Estaban los nuestros trabajando, y los moros ocultos entre las yerbas, los saltaron. El contador Andrés Díaz de la Franca y Diego López de la Franca, estuvieron en peligro por haberles matado los caballos, lo mismo que le sucedió a otros caballeros, que también cayeron heridos y dos atalayas. Los moros, que no pasaban de doscientos, se retiraron sin recibir daño alguno. La división y confusión del personal y, sobre todo, el descuido de los atalayas, causa estos desórdenes, a los que ni la experiencia de tantos años ni la autoridad de los capitanes puede remediar del todo, ya que en parte se aplicó, ocupándose más puestos y haciendo salir a la gente que estaba retirada.

Pasados algunos días tuvo el General diferencias con el Adalid Simón López de Mendoza. Lo suspendió del cargo, que conlío al contador Andrés Díaz de la Franca, hasta que, perdonando al Adalid, lo restituyó al puesto y a su gracia, cuya falta era para él el mayor castigo.

Por este tiempo también el Almocadem Ancino tuvo diferencias con el Alcaide de Alcázar. Temió que lo hiciese matar y se refugió con otros moros en esta ciudad. El capitán lo recibió con muchas honras y favores, para que sepan los moros que entre nosotros hay tanto valor como cortesía y que han de encontrar en nuestras almas fiel abrigo cuando de ellas quieran ampararse. Llevábalo consigo al campo y en todo le demostraba amor y confianza. Permaneció cinco meses, cumplidos los cuales pidió licencia para irse, y el capitán le demostró que no podía concedérsela sin autorización del Rey, al que había dado cuenta y cuya respuesta esperaba en breve.

No se satisfizo de ésta el moro, interpretándola con su natural malicia en perjuicio suyo. Para librarse de estos recelos, se arrojó una noche con un criado por la muralla y se puso en salvo. Lo sintió el capitán, que hubiera tenido gusto en mandarlo de otra manera.

No dejaba, sin embargo, de aplicarse al campo, principal ejer-



cicio de estas fronteras. Tomó en Junio de 1597 la Lomba y Benamaqueda. Vino de repente una niebla y cerrazón tan obscura, que no dando antes lugar a retirarse los atalayas, y valiéndose de ellas los moros, atentos siempre a la ocasión, salieron con ciento cincuenta caballos de Tánger el Viejo y cautivaron a ocho de los atalayas de aquella parte, quedando un caballero mal herido.

Afirmase que estuvieron los moros perdidos y que el General mandó tres veces al Adalid que los atacasen, lo que no quiso hacer. Ni nos consta de las razones que para ello pudiera tener, ni del castigo que se le haya impuesto, a fin de que no quedase sólo en la memoria tan mal ejemplo.

Volvieron a armarse los moros en las empalizadas, quedando con este suceso próspero más insolentes. Hirieron a un atalaya que salió a descubrirlos y retiráronse a la Sierra. Bajó a él el Alcaide de Alcázar con ochocientos de a caballos. Llegaron doscientos a la empalizada nueva y el Alcaide se quedó en el Palmar con los restantes. Peleóse con valor de una y otra parte. Los moros salieron perjudicados, y de los nuestros quedaron dos heridos y un caballo muerto.

De allí a pocos dias volvió a bajar el Alcaide de Alcázar con mayor fuerza. Como tuvo el mismo éxito deshagó su cólera en los campamentos, echándolos por tierra. Luego mandó decir al General que deseaba entrevistarse con él para tratar algunos asuntos de importancia.

Le contestó que lo estimaría y que podía hacerlo con toda seguridad. Presentóse entonces el Alcaide con sus tropas, que constaban de novecientos caballos y gente lucida, pues acostumbran los moros traer al campo las mejores galas con muchas banderas y guiones, atabales y trompetas, que con sonido bárbaro y guerrero hacían mayor demostración de aparato y grandeza, cosa que los moros aceptan con todo cuidado en estas ocasiones.

Dejó el Alcaide la mayor parte de la gente con los instrumentos fuera de los campamentos, y acompañado de sus hijos y parientes y de los principales almocádenes, llegó a Alcorán, donde lo esperaba el General Ayres de Saldanha, con las personas principales. La demás gente la tenía con las armas para mayor autoridad y para lo que pudiera suceder.

Recibió al Alcaide y a su acompañamiento con toda cortesía y el agasajo que era justo. Se trató de la paz o tregua por algún tiem-

po, pero no ajustándose las condiciones, se despidió el moro, y las cosas quedaron como estaban.

Le dijo el General que le diese aquellos dos días campo seguro, lo que el moro le concedió liberalmente, con más crédito suyo que nuestro, porque, o se debe asentar una paz firme y segura en la forma que a la ciudad conviene, o mostrar a los moros que no se necesita de ellos, y que los campos se han de tomar con las armas en la mano.

De estos dos días se aprovecharon todos largamente, saliendo al campo hasta las mujeres y los niños que, con poco recato, entraban en la Sierra y en otras partes remotas y arriesgadas. Como los moros no pierden ocasión, se llevaron a tres hombres que encontraron desparramados.

Se quejó el General al Alcaide, quien con muchas disculpas mandó restituirlos en seguida, asegurando no haber tenido culpa en este exceso.

Ante esto, dênse cuenta los que concertaren algo con los moros, que no deben fiarse de ellos, ni salir al campo sin la misma disposición y cautela que en tiempo de guerra, en la que los desastres son más disculpables. Fiarse de los moros, obrar con descuido y dejar que se desmande el personal, es el yerro más digno de ser sentido y el que merece más severo castigo.

Como la paz no se ajustó, volvieron a continuar las escaramuzas, sin más pérdida que algunos atalayas, exploradores y escuchas. Aunque éstos están siempre expuestos al peligro, Ayres de Saldanha tuvo menos fortuna que sus antecesores en conservarlos. La causa habia sido la vigilancia de los moros que, sabiendo la necesidad que tenemos, los puestos que se descubren, las partes en que se aseguran los tercios, y los puestos y los caminos que se exploran obrando en ellos con porfía, cogen a los que se mandan a sus obligaciones. Tampoco dejaron de recibir los moros pérdidas en hombres y caballos. Este es el fruto de la guerra que los hombres, como cansados de la vida, procuran con tanta ambición y ansia.

En el año siguiente de 1598 continuó la guerra con la misma variedad de acontecimientos, sin haber ninguno que nos parezca digno de ser referido. Como son iguales y de ellos no se saca enseñanza alguna, servirían más de molestia que de aprovechamiento.

En dicho año falleció el Adalid Simón López de Mendoza, con general sentimiento de todos, por haber demostrado en todas sus ac-

ciones valor y prudencia. Si en alguna no siguió las órdenes de su General, más había sido por culpa de quien las intimó, que de su desobediencia.

Los moros no dejaron de inquietarnos. Es tan entrañable el odio que nos tienen, que les obliga a vencer los mayores trabajos y a no reparar en las inclemencias del tiempo. Así, el once de Agosto, salieron con un atalaya del Otero de Vinten que, no pudiendo salvarse de otro modo, se fué a caballo, se lanzó al mar y se retiró en una barca. Llegaron los moros a la puerta de los Jardines, se les opusieron los nuestros y les mataron algunos, entre ellos el Alnocadem Zaleli, a más de muchos caballos. Hubó también algunos heridos de nuestra parte.

Con estas y otras semejantes peleas, se acabó el indicado año y principió el siguiente con la misma forma de guerra.

La ocasión más importante fué el 3 de Mayo, en que saliendo los moros de la sierra con grande Ejército, llegaron a la Puerta nueva. Le hizo una carga la Infantería y de ella quedaron dos muertos y otros heridos, a más de caballos, con lo que se retiraron sin otro efecto.

Los sucesos del tiempo que gobernó Ayres de Saldanha, se complementan con los de su sucesor, fortuna que sólo ellos tuvieron entre los muchos sujetos que rigieron los destinos de esta ciudad. En ella existe la opinión de que administró justicia en la paz, procedió sin escándalo y trató a todos con benevolencia y blandura. Si en la guerra tuvo poca suerte, debe atribuirse más a la diferencia de los tiempos, pues en los suyos estaban los moros tan soberbios y ufanos, como en otros miedosos y abatidos, que a falta de arte y prudencia, con las que trató más de conservar lo que tenía a su cargo, que de comprometerlo con manifiesto peligro.

En las peleas que tuvo le mataron treinta y seis hombres, hicieron cautivos a setenta y uno, entre ellos a su hijo, que se rescató después de muchos años, y a Pedro César, Jorge de la Sylva, murió en el cautiverio. Los moros perdieron veintiseis, entre ellos algunos principales, a más de otros de quienes no hay noticias; quedaron cautivos doce y sólo se les hizo una incursión. Fué de él tan bien servido el Rey que, pasando a la Corte, lo mandó de Virrey a la India, en donde falleció con general sentimiento de aquel Estado.

A Ayres de Saldanha sucedió *Antonio Pereira López de Bencado*, que entró en Tánger el 22 de Agosto de 1599. Tomó de allí a pocos días posesión del gobierno, y Ayres de Saldanha se fué en las

galeras en que aquél habla venido. Pasadas estas ceremonias, trató de aplicarse con todo el cuidado posible al desempeño de las obligaciones de su oficio. Mejoró de armas a los caballeros y soldados y puso todo en buen orden, para demostrar que no debía sólo este puesto a la fortuna, como algunos presumian, sino también a sus méritos. El primer suceso de que encontramos noticias, fué en Noviembre del mismo año. Supo por una embarcación que un navio de moros andaluces pasaba de España a Africa con mujeres y niños; mandó preparar en seguida un bergantín y al capitán Felipe Jácome, con gente escogida y con orden de que diese caza al navio, al que alcanzaron en Guadalcón, cerca de tierra. Lanzáronse a ésta cuatro de los moros y los demás se rindieron.

Yendo el capitán en dirección a Ceuta, por ser el viento contrario, encontró en el camino otro bergantín de turcos. Aunque era mayor se puso en huida; los siguieron los nuestros y los turcos se lanzaron a tierra, dejando íse al bergantín, del que se apoderaron los nuestros. Con ambas presas entraron éstos en Ceuta. Luego que el tiempo lo permitió, volvieron a Tánger, en donde fueron recibidos con los agasajos que el acontecimiento pedía.

La presa fué de mucha importancia, porque, además de las embarcaciones y personal, se encontró mucho dinero y otras prendas y ropas que el capitán recogió sin distribuir las entre los que las ganaron. Esto ocasionó una queja general, por ser el premio incentivo de la virtud, y estos ejemplos más perjudiciales a la reputación en el principio del gobierno. A más de que a los capitanes sólo toca la quinta parte, que es lo que les conceden los reyes. Lo restante es de los soldados, que lo ganaron con trabajo y peligro.

Poco días después supo el capitán, por espías ciertos, que en Guadalcón había mucho ganado, y mandó preparar a la gente, declarando que salía en persona, como lo hizo, con toda la caballería y quinientos infantes. Guiaba la gente el Almocádem, Francisco de Meneses, que ya había hecho de espía, pero por ser noche oscura, la tierra áspera y oculta, dudó el Almocádem qué camino seguir, empleando el tiempo en esta duda, llegó la mañana y sentido el General de este yerro, mandó regresar a la gente.

Se le opuso el Adalid Diego de Mendoza, que había sucedido a Simón López, diciendo que ya que estaba comprometido y no era contrario, mandase hajar al campo, que él le aseguraba botín, y se libraría del disgusto de malograr la primera ocasión.

Admitió el general el consejo y mandó bajar cien caballos hasta el río de Ben Aissa. No descubriendo presa, cuando regresaban sin esperanzas de ella, descubrieron más tarde en la Sierra del Piñón una cantidad de ganado, que el General mandó recoger, valiéndose de cincuenta caballos. Sin encontrar oposición se retiró a la ciudad con trescientas reses.

Pasado el primer año sin acontecimiento alguno digno de memoria, lo mismo que los primeros meses del siguiente de 1600, bajaron los moros el 22 de Agosto a un atalaya y mataron a Pascual Fernández, que quiso socorrerlo con otros tres caballeros. Le cayó el caballo y quedó entre los moros. Perdió la vida a la vista de su General, peleando con gran valor.

No quiso Antonio Pereira quedar con disgusto en la primera ocasión, y así mandó al Adalid que atacase a los moros, y a Don Pedro Mascarenha y a Diego Leite, que servían encomienda, se metiesen entre ellos para que con su valor y ejemplo se animasen los demás. Hicieron todos lo mismo y el General les dió ánimo con todo su poder.

Los moros, que no eran más de doscientos, se pusieron en fuga. Los siguieron los nuestros al alcance. Mataron catorce, cautivaron nueve, tomaron dieciocho caballos, a más de otros que de una y otra parte cayeron muertos, por ser mucho el calor y larga la carrera. No se dividió el botín porque con él se suplió la pérdida de caballos que tuvimos.

El 9 de Septiembre del año siguiente determinó el General hacer otra incursión en la Berbería. Dióle ocasión para ello la guerra y hambre que había entre los moros.

Constándole por espías bien informados que había presa en Greguis, marchó en aquella dirección con trescientos caballos y quinientos infantes.

Llegó al punto determinado sin ser oído y mandó al Adalid Diego López de Mendoza, que recorriese el terreno con cien caballos, acompañado de su hijo Ambrosio Pereira y otros fronterizos.

Llegaron a unos aduares de moros, de los que mataron a muchos y cogieron a cuatro, sin contar trescientas cabezas de ganado, muchos caballos, yeguas y jumentos. En orden se retiraron a donde estaba el capitán, que luego mandó la marcha. Se recogió el botín en medio de la Infantería; la Caballería en la vanguardia y la retaguardia, y los atalayas, descubrían el campo por todas partes.

Tocóse a rebato en las aldeas, se juntaron los moros de a pie y de a caballo para impedir la dirección de los nuestros en el paso del río de Ramel. Llegados a éste observaron que el número de moros aumentaba y que algunos de los de a pie se desmandaban.

Manuel Marques, caballero de valor, pidió al General diez caballos, con los que se comprometía a hacer un buen lance en los moros. Se los dió el General, con orden de que no se comprometiese. Los atacó y mató a seis, perdiendo a Antonio Diaz Quatris, que se habia separado de los demás. Salieron algunos de los de a caballo y lo mataron antes de poder ser socorrido. Se volvieron los nuestros contra los moros y mataron a dos en venganza del compañero.

Se los hizo recoger el General y los reprendió de haberse excedido en la orden recibida.

Como los moros aumentaban y el calor era grande, sentíanse la fatiga y la sed, en particular la gente de a pie; pero ni por eso se dejaba de pelear con el mismo valor, dando continuas cargas al enemigo.

Para aliviarlos, mandó el capitán que se cogiese a hombros a los más cansados. Como fué él el primero que cogió así a un soldado, dió con ello ejemplo a los demás.

Los moros, que serían seiscientos de a pie y ciento de a caballo, no se atrevieron a acercarse mucho ni a retirarse a los sitios en que habían sido perjudicados en las escaramuzas, en particular de la mosquetería, y se retiraron.

El General con todo el botín entró en la ciudad antes de la noche. Fué de todos recibido con gran aplauso.

Poco días después salió del río de los Judios un galeote de moros. Mandó el Capitán a preparar en seguida dos que, dándole caza hasta la Mezquita, tomaron la embarcación, salvándose en tierra los moros.

Salieron a socorrerlos otras tres que tenían en Guadaleón y que obligaron a los nuestros a retirarse de prisa y ponerse a salvo en España, por no haberles parecido prudente aventurarse a la pelea con tan desiguales fuerzas.

Al mismo tiempo se luchaba también en el campo. Estaba en él el Adalid y lo atacaron los moros, que entraron por la puerta de la Laje y llevaron cuarenta vacas del rebaño, que no pudieron retirarse.

Acudió el General al rebato y detuvo a la gente empeñada en recuperar el ganado, por parecerle que los moros no se atrevieran a tanto sin contar para ello con fuerza suficiente, y porque ya tenía noticia de que estaba en el campo el Adalid de Alcázar, descubierto de allí a tres días al penetrar en la huerta de Panseco con trescientos caballos; tomó un atalaya y llegó hasta las puertas del campamento. Acudió el Adalid Diego de Mendoza y se trabó una de las mayores escaramuzas que no se habían visto en mucho tiempo. Se fueron los moros y lo siguió el Adalid, animado por el General y la gente restante; mas, pareciéndole que se comprometía y la fuerza de los moros aumentaba, se retiró hasta la fuente del Almirante. Lo mismo ordenó que hiciese el Adalid hacia los campamentos.

Al mismo tiempo embistieron los moros por todas partes y se descubrieron dos mil de a caballo, seiscientos fusileros de Alcázar y Larache, y más de dos mil bárbaros con bestias y dardos.

Como la mayor parte de los de a pie salieron de la Sierra y no encontraron resistencia, por acudir nuestra gente a la parte opuesta donde era el rebato, llegaron hasta el Alcorán, que defendía Esteban de San Martín, capitán valeroso y de la Casa del General.

A pesar del enemigo, sostuvo el puesto y con cargas de mosquetería le hizo grande daño. Sin embargo llegaron a atacarlos, pero los nuestros se defendieron con las espadas y piedras, obligando a los moros a retirarse. Dejaron tres muertos y llevaron a muchos heridos.

Los demás no estaban ociosos en los otros puntos, porque en todos se peleaba con igual furia, ya que los moros vinieran resueltos a ganar las empalizadas, mezclarse con los nuestros, seguirlos hasta las puertas y entrar con ellos en la ciudad si les fuese posible.

El General acudió a todas partes con tanto valor y prudencia, y dió tan buenas órdenes, respecto a lo que se debía hacer, que los moros no lograron ninguno de sus intentos. Llegaron, no obstante, a juntarse sus banderas con las nuestras en las empalizadas, pelea porfiada que duró más de tres horas.

Fué el final retirarse los moros, dejando en el campo ciento cuarenta muertos y mayor número de heridos, sin más pérdida de nuestra parte que la de un soldado muerto y otro herido.

Procedieron todos con valos y acierto, en particular la Infantería, a la que tocó la defensa de los campamentos y la mayor fuerza de la pelea. No dejó de socorrerla la Caballería, que en todo supocum-

plir con su deber. Se asegura que en este mismo día, que fué el 2 de Octubre de 1601, faltó del Puerto de Santa María la imagen de Nuestra Señora, encontrada después con el manto lleno de sangre. Lo que podemos creer, es que, de cualquier manera que haya sido, asistió a los que peleaban contra los enemigos de la Fe de su Hijo Santísimo y que por su intercesión alcanzaron tan señalada victoria.

Acabada la lucha, vinieron cuatro moros nobles a visitar al General de parte del Alcaide y pedirle licencia para recoger sus muertos, gracia que le concedió de muy buena voluntad y cortesía. Para mayor terror mandó echar salvas con cargas cerradas, y, al despedirlos, les pidió un cautivo por el rescate, que el Alcaide le remitió.

Se continuó la guerra en la misma forma, sin faltar correrías y escaramuzas, como es en ella ordinario. La más importante fué el 15 de Marzo del año siguiente. Ocupado Benamaqueda entró el Alcaide con gran fuerza y encontrándose la gente desprevenida, hizo cautivos a dos hombres, uno de ellos cirujano, mató al otro y se retiró sin daño alguno, pareciéndole al General que no convenía tentar tantas veces la fortuna.

A fin de dejar de ocuparnos de tantas peleas, referiremos algunas cosas notables que sucedieron en este año.

En Alcázar, siendo Alcaide Hamet Belcox, parió una mula, hecho que afirmaron personas de crédito, testigos de vista. Aún cuando se vieron en otras partes casos semejantes, juzgáronse siempre prodigiosos, como fuera de las leyes de la naturaleza.

En esta ciudad de Tánger un soldado mató a traición a otro que estaba durmiendo después de haber hecho la guardia. Constó el delito, prendióse al culpable y fué ahorcado en el mismo lugar en que cometió el crimen.

Poco después tuvo aviso el General de que en la playa de la Mezquita se vieron dos barcos de moros. Mandó preparar con diligencia dos galeotes que les dieron caza. Cogieron uno, cuyo personal se salvó, y se escapó el otro por ser más ligero.

De allí a algunos días vinieron por la playa cuatro castellanos escapados de un barco de Málaga, cuyo intento era armar a los moros de Alcázar Seguer; pero chocó contra una roca, ya de noche, próxima a la Mezquita, y no pudo salir de allí. Dijeron que diez compañeros que sabían nadar salieron a tierra y quedaban emboscados; otros cuatro quedaban sobre la roca por no saber nadar, y que se ahogarian luego que creciese la marea; y que ellos se aventuraron a



traer esta nueva y pedían al General les enviase socorro sin pérdida de tiempo. Entre tanto los cuatro de la roca fueron vistos de los moros. Uno de éstos se echó al mar y mató a uno de aquéllos, por no tener armas, debido a la desgracia ocurrida, y quería obligar a los demás a ir a tierra y darse por cautivos, con amenazas de matarlos si no lo hiciesen. Veíanse los pobres entre dos angustias, porque, si obedecían, morían ahogados, y si resistían, a manos de los moros, como su compañero, y, para que fuese mayor el aprieto, el mar crecía y tenía ya cubierta la mayor parte de la roca.

Entretenían al moro, que tampoco no acababa de resolverse, y pedían a Dios misericordia. Como ésta no falta nunca a quien la implora con fe viva, cubrióse luego el mar de una niebla espesa y con ella, sin ser visto, llegó una barca de la ciudad, que, con otras, había despachado el General con suma diligencia. Llegó a acercarse tanto que, viéndola el moro, se echó al mar, en donde lo cautivaron los nuestros, quienes, a su vez, se echaron sobre él.

Recogieron los castellanos así a los de la roca, como a los que estaban en tierra, y salvaron la embarcación, que pudo salir a flote con la subida de la marca. Retiráronse a la ciudad, en donde el General los festejó por tan venturoso suceso. Los castellanos regresaron a su tierra alegres y satisfechos.

En el principio del año siguiente de 1603, quiso hacer el General otra incursión en Guadaleón, a instancia de un morisco suyo, que decía ser práctico en la tierra y se le ofrecía para conseguirle un gran botín. Guiado por él salió con todo el personal, pero se encontró luego confuso ante la obscuridad de la noche y peligros del camino. Gastóse el tiempo sin provecho alguno y con mucho trabajo. Viendo el General que llegaba la mañana, regresó poco satisfecho y disgustado por haberse comprometido sin sólido fundamento.

Luego de esto salió de aquí Don Juan de Castillo Branco, que servía de fronterizo, en una barca de Tarifa, pues había cumplido los tres años, que es el tiempo en que acaba la Encomienda. A fin de asegurarle mejor el trayecto, que suele estar infectado de moros, mandó el General dos bergantines al puente de Trasmalmenar con orden al farolero que tocase a rebato si viese alguna embarcación de moros. Ya en marcha la barca, salió del Cabo una de moros que siguió a la nuestra. Se hizo señal y salieron los galeotes, que le dieron caza, al mismo tiempo que otra barquichuela de pescar huía del barco de los moros y poniéndole la proa la hizo volcar, recogiendo

los moros dos hombres que se acercaron a los remos. Como los galeotes se le acercaban, dejó la barca de Tarifa y se puso en salvo, por ser ligera. Regresaron los galeotes cercana ya la noche y vieron que en el mar algo se movía, y llegaron a saber que eran otros cinco hombres puestos sobre la quilla de la barca de pescar. Como estaban casi sin aliento, los salvaron y retiráronse luego sin otro efecto.

Más tarde supo el General que el hijo del Alcaide de Alcázar, Sidi Habet Carim, penetraba en el campo con mil caballos, y preparóle en las puertas la batida, con la Caballería e Infantería, para que, siguiendo los atalayas y no encontrando oposición, entrase por ellas y, cerrándolas luego, con unas cuerdas tiradas desde lejos, se desharatasen fácilmente los moros que hubiesen llegado a entrar. Por no demostrar tanto interés los moros y haberse parado en la Lomba del Adalid, no tuvo efecto esta estrategia.

Descubriéronse los moros con sus banderas y atabales, y lo mismo hizo el General con su gente bien ordenada. Mandó tocar las trompetas y tambores, y provocaron a los moros a la escaramuza. Como éstos no la aceptaron, mandó decir al hijo del Alcaide, que lo estaba esperando, pues ya de mucho tiempo antes habíase dado cuenta de su venida. Respondió el moro que se haría encontradizo con él cuando le pareciese bien. A esto siguieron varias escaramuzas, que no relatamos por haber sido de poca importancia.

Por este tiempo llegaron al General algunos avisos de que Muley Ahmed, Rey de Fez, sentido de las pérdidas que cada día recibían sus súbditos por nuestras armas, formaba un grande Ejército para cercar a Tánger con todas las garantías de éxito. Aunque no le dió entero crédito, pues conocía bien la falsedad de los moros y la facilidad con que acogen semejantes noticias, quiso prepararse como estaba obligado a hacerlo, máxime encontrándose falto de municiones y víveres.

Debido a esto, despachó luego al Adalid, Diego de Mendoza, con cartas para el Duque de Medina Sidonia y para el Rey, en las que les pedía socorro.

A los cuatro días le remitió el Duque municiones y víveres, escribiéndole al General, que si la noticia fuese cierta, él mismo vendría en persona a ser su soldado. Constó después ser falsos estos rumores, con lo que cesó el cuidado, y el General, libre de tal preocupación, se dedicó a la guerra con la diligencia que acostumbraba.

A la entrada del año siguiente de 1604, deseó otra vez volver a

Guadaleón, sentido de no habersele logrado estos intentos. Mandó a seis hombres prácticos que con cuidado espiasen a los moros, la presa y los caminos.

Pasados tres días empleados en estas diligencias, dijeron que los moros de a pie eran muchos, que no faltaban ganados y que los caminos, aunque con dificultad, se podrían vencer.

Con esta información, se determinó el General a probar suerte. Mandó preparar toda la caballería y quinientos infantes para el cerrar de la noche. Luego que estuvo todo listo, hizo de la Infantería tres divisiones: la primera se la encargó al capitán Jorge Cayado, para que reforzase la vanguardia que, con cien caballos, llevaba el Adalid; seguía el capitán Alfonso López Barbudo, y luego la persona del General con el resto de la caballería, cerrando la retaguardia Esteban de San Martín con otra línea de mosqueteros, que en estas tierras ásperas y cubiertas son de mayor efecto que la caballería.

En esta forma se marchó hasta el río de Guadaleón, que el Adalid, con quien iba el hijo del General, pasó con toda su tropa, quedando el General sobre el río con el resto de la gente.

Una vez que hubo amanecido, dió el Adalid en un aduar que los espías habían visto. Encontró sólo a tres moros, que no se quisieron rendir, y murieron peleando con obstinación bárbara. Manuel de Goes quedó tan mal herido, que falleció poco después.

Penetraron en la tierra y se cogió a un moro y más de cien cabezas de ganado grueso, con muchas yeguas y jumentos.

Se tocó a rebato, acudieron los moros y ocuparon una vereda, comprimida y estrecha, por la que forzosamente habían de pasar los nuestros.

Se acometió a todo riesgo y se venció con dificultad, por la ventaja con que los moros peleaban en aquel sitio, en que eran más prácticos y andaban más ligeros. Con todo, resultaron heridos muchos de los nuestros, y al mismo General le clavaron dos saetas que, por ser fuerte, no lo pasaron. La infantería fué la que más obró, por exigirlo así aquel lugar. De los moros murieron diez, sin contar los tres primeros, algunos de ellos de los principales. Los nuestros se salvaron todos, y el General, luego que hubo entrado en la ciudad, ofreció a San Sebastián, como abogado de ellas, las saetas que aún llevaba clavadas, lo que hizo en acción de gracias por haberlo librado de aquel peligro.

De allí a pocos días, quisieron los moros vengarse de la mane-

ra que les fuese posible. Asaltaron en el Farol Nuevo a dos atalayas: uno de a pie y otro de a caballo; el de a pie se escapó, pero el de a caballo desapareció por descuidado. Lo sintió tanto el General, por haber dos años que no le habían cogido cautivo ningún hombre, y por el daño que le podía resultar de semejantes descuidos, que estuvo resuelto a rescatarlo y ahorcarlo luego en el mismo Farol; pero, a ruegos de muchos, se contuvo, dándose por satisfecho de haber atemorizado a los otros con esta duda. Otro soldado cayó cautivo en la Sierra, en la que entró sin darse cuenta, cayendo en ello después de estar ya prisionero.

Tuvo noticia al poco tiempo, por dos moros de información, que estaban para entrar en el campo cuatrocientos de a caballo. Estos penetraron, en efecto, pero no hicieron más que retirarse con cuatro muertos y varios heridos.

El 6 de Mayo de este mismo año nació en casa del Alnocádem, Cristóbal Pessanha, un monstruo tan notable, que es digno de que quede en recuerdo. Una gata parió un ser cuya cabeza era de cerdo, las mejillas de hombre, en la frente tenía un solo ojo, las manos y los pies de mono y las uñas de león. Al mismo tiempo, dos gatos perfectos, y con ellos, dos ratones, que es la mayor maravilla.

Algún tiempo después, un moro vino a vender dos cristianos, que el Alcaide Hamet Benali llevara consigo cuando huyó de esta ciudad. Pagólos el General, y volviendo el moro junto a los otros dos, que lo esperaban en el campo y que con él habían robado al Alcaide los cautivos, le cogieron el dinero y lo mataron luego, en premio de la diligencia; de lo que se desprende la poca confianza que se debe tener en los moros, pues siendo traidores a los suyos, no pueden ser fieles a los extraños, en particular a los cristianos, a quienes aborrecen con odio infernal.

Por este conducto supo el General que el campo estaba seguro. Aparte de esto, mandó informarse de ello, constante que así era. Sin embargo, por no saber de la presa ó por otros motivos, no se resolvió a hacer la entrada y se contentó con aprovechar el campo, que es el principal ejercicio de los que gobiernan.

En este mismo tiempo se encontró en el Río de los Judíos un navio sin gente. Por suponerse que era de cristianos, se mandó echar pregón aquí y en el Algarve, a fin de que viniese a recogerlo su dueño, en la confianza de que se le entregaría. Justificó un individuo del Algarve que era suyo y que lo largara a los moros, sal-

vándose él con el personal. Se le restituyó con solo la obligación de pagar el trabajo a quien lo tomó.

No aparecían entre tanto los moros en el campo ni se pudo tomar informes a pesar de haberlo intentado dos veces. La última se mandaba tomarlos en el campo de Arcila por el Almocáden Gaspar Ribeiro; pero, llegando al río de Tagadarte para pasar tres barcas, no lo permitió el tiempo y se retiró sin resultado.

Quiso después quemar la Sierra y, pareciéndole que los moros se armaban en la Atalayita, luego que llegó al Atalaya a la cima del Palmar, mandó a un arcabucero que estaba allí cerca dispararse la espingarda y diese a rebato, con lo que salieron los moros, creídos de que los que tiraban eran algunos de los suyos, de los que acostumbra tener en las cuevas para este efecto. Viéndose engañados, se retiraron corridos.

Pasados algunos días, quiso coger leña en la Sierra, y ocupados los puestos y la Infantería de guardia, saltaron los moros a dos soldados que se habían extraviado. Uno cayó muerto y el otro murió de las heridas. A los moros no se le pudo causar daño alguno, por la dificultad con que se trepa por aquellas breñas.

Súpose después por un escucha, que vió la batida, que entraron en el campo sesenta de a caballo. Mandando descubrirlos, llevaron al atalaya sin poderlos atacar como deseaba, para tomar informes. Corrieron de la Sierra, armándose en el Sector del Medio, donde se oyera habían de salir; mas, perseverando en el mismo intento, súpose por otro escucha, que en el Charf se armaban ciento de a caballo. Estos se descubrieron después de haber penetrado. Para asegurar que no hubiese choque, mandó reconocer de noche, por cuatro exploradores, las desembocaduras y pasos del río. Dijeron que no había más gente y que no había salido la que entrara.

Mandó ocupar llanos y cuestas con los Atalayas para favorecerlos y comprometer en lo posible a los moros a que se retirasen, sin tocarse a rebato. Así sucedió y, siguiendo a los moros el atalaya a las cuestas, lo retiraron. Viéndose los atalayas atacados por los moros se volvieron contra ellos y derribaron a uno. El adalid se puso a su favor y el General lo fué siguiendo con el resto del personal.

Pusiéronse los moros en huida hacia la Sierra, perseguidos de los nuestros hasta alcanzarlos. Mataron nueve e hicieron cautivos a cuatro, sin más perjuicio de nuestra parte que un herido sin gravedad. El General llegó hasta la Sierra de Francisco de Meneses, que

está en el interior, los otros caballeros llegaron más adelante, y la Infantería quedó en el Palmar. La aspereza del lugar impidió que no se perdiesen más moros y fué la causa de no permitir el General que se les siguiese persiguiendo hasta alcanzarlos.

Al principio del año siguiente de 1605, mandó el General a Ceuta al capitán Antonio Pimentel en un bergantín, para visitar de su parte a D. Alfonso de Noronha, que gobernaba aquella Plaza, y darle las gracias por los socorros de víveres que le había mandado, a más de otros que se perdieron en una tormenta.

Hecha la diligencia, al regresar el bergantín encontró uno de moros, al que embistió y cogió, salvándose la gente. Fué festejado por el General como era justo. Aplicando el cuidado a la guerra de los moros, supo por uno que se vino a convertir, que había entre ellos grande hambre, y en el campo gente y ganado, que buscaban las yerbas con pocas guardias y vigías, por no sustentar los hombres y muchos menos los caballos; que se atrevía a entregarle al Almocádem Hamet Benali Cadime y otros, dándole para esto gente suficiente.

No quiso el General fiarse sólo del moro, aunque se lo agradeció y quedó satisfecho del aviso. Para más asegurarse de la verdad, mandó al Almocádem, Antonio Fernández Preto, con treinta de a caballo, que atacase a los exploradores de los moros, que venían según es su costumbre, a asegurar el campo, y que, tomando alguno, le mandase un hombre a la piedra, que hiciese señal.

Se emboscó el Almocádem en el puesto de la Forcada, y el General quedó entre las puertas, con el resto de la gente, esperando el resultado. Apareció un explorador de a caballo, lo siguieron los nuestros hasta el río de Porto Largo, en donde lo cogieron con cuatro más de a pie. Se hizo la señal, salió el General a favorecerlos con toda la gente y llegó el adalid hasta la piedra. El General en el puesto de la Tranquerita hizo recoger a la gente, por ser tarde, que a más de los moros, de los que solo dos vinieron vivos, traían nueve caballos, muchas yeguas y potros. Satisfecho del resultado, regresó a la ciudad, sin querer hacer mayor experiencia, aunque la ocasión parecía oportuna.

Volvió a mandar, luego después, a Safa, al Almocádem Sebastián Fernández Couto, con veinte de a caballo. Cogió a tres moros en yeguas, que certificaron lo mismo.

Con estas noticias resolvió el General, con los del Consejo, pe-

netrar en la Berbería. Uno de los cautivos le ofreció, si se le diese libertad, entregarle un aduar con veinte personas y grande presa de ganado. Se la prometió el General, que quiso llevarlo por guía, atado y seguro. Volviendo a examinarlo, encontró tan largo el camino, que no se podía andar en una sola noche, como era necesario. Debido a esto desistió del intento, para el que lo tenía todo preparado, y dió licencia a los Almocádenes para probar fortuna con sesenta caballos.

Llegaron a la celada de los Alamos donde salieron el Almocádem Cristobal Pesanha y Sebastián de Segura, a descubrir el campo. Entretuviéronse tanto, que les pareció a los otros que estaban perdidos, y, temiendo ser asaltados, se retiraron, sin más fruto que la tristeza de faltarles los compañeros.

Con la misma pena salió fuera el General y, después de algún tiempo, el atalaya del Charf hizo señal, conforme a la orden que todos tenían, que los Almocádenes habían aparecido y que habían sido festejados al mismo tiempo que reprendidos, por el cuidado con que deben obrar todos en semejantes ocasiones.

Cómo todas éstas confirmaban más la flaqueza de los moros, resolvió el General por sí mismo ocasionarles mayor molestia. Así, retirado del campo el 22 de Marzo, mandó pregonar que todos estuviesen prontos para salir luego que fuese de noche. Llegada la hora repartió el personal, reforzando la caballería con cuatrocientos infantes. Confió la vanguardia al Adalid Diego de Mendoza, con sesenta de a caballo, entre ellos su hijo y otros fronterizos, y una línea de mosqueteros. El resto de la gente lo reservó para sí.

El Almocadem Cristobal Pesanha llegó al río y subió luego a Safa, con doce de a caballo, para descubrir y asegurar el campo. Hizo alto en el puerto del Furadouro, el Adalid, a su vista, con orden de no penetrar si de Safa no le hiciesen señal, pero, si no se la hiciesen hasta las diez horas, continuase la aventura.

Avisaron los de Safa que vieran cuatro moros y esperaban que se juntasen más para salir. Llegaron los otros y Cristobal Pesanha penetró con su gente y obligó al Adalid a favorecerlo. Se cogieron los moros y, dándose cuenta de que estaban divididos, dijo uno de ellos que había cerca una gran presa. Penetró el Adalid hacia aquella parte, llevándolo por guía, y recogió doscientas treinta cabezas de ganado grueso, trescientas del menudo, ocho machos, dos mulas y treinta jumentos. Todo esto y veintiocho almas entraron en la

ciudad sin contratiempo ni perjuicio. Valió toda la presa nueve mil cruzados.

Aunque en el campo Antonio Pereira tuvo siempre buena fortuna, fuéle esta siempre contraria en la Sierra. Habiéndola tomado con todas las guardas y diligencias que es costumbre, el 22 de Abril de este mismo año, asaltaron los moros a la infantería, mataron tres soldados y dos caballeros; otro quedó cautivo, y de los moros hubo un muerto.

Poco después, recibió la noticia de que le estaba nombrado por sucesor Nuño de Mendoza. Con este motivo traslado a Tarifa su mujer y familia, con lo que pudo recibir a su sucesor con más desahogo.

Por haberle escrito el Rey que le mandase noticias recientes de lo que pasaba en la Berberia, comisionó luego a los Almocádenes, Francisco de Meneses y Sebastian Fernandez Couto, con orden de tomar a todo riesgo algunos informes sobre el particular. Con cuarenta de a caballo fueron, al amanecer, a la Monta de Mañamede, y, recorriendo el río de Ben Aissa, cogieron a un moro que le dijo era suyo el campo y no había en él impedimento alguno. Valiéndose de la ocasión, llegaron a las puertas de Anyera, seis leguas de la Ciudad, en donde cogieron a una mora con un hijo, dos niñas y dos moros, que certificaron lo mismo. Cogieron también doscientos setenta cabezas de ganado grueso, con lo que se retiraron y fueron recibido del General como esta acción merecía. Lo que más estimó fué el poder dar luego al Rey nota exacta de lo que con tanto interés le encargara.

El 11 de octubre de este mismo año, estando el General con su gente en el campo, sobrevino de repente una tormenta tan terrible, con obscuridad, agua y truenos, que retirándose todos de prisa, cayó un rayo sobre Galaz Fernández, junto a la Torre del Almarge. Le mató el caballo, le quemó las armas y el vestido, incluso la camisa, sin otro daño alguno, cosa milagrosa y muy conforme a la piedad Divina, que quiere demostrar con estos ejemplos el cuidado que tiene en amparar a los que, en cumplimiento de su deber, pelean en defensa de su santa Fé.

Después de esto, vino una caravana con veinticuatro cristianos cautivos que se habían rescatado, con lo que constó más las grandes hambres y guerras que había entre los moros. La causa de estas calamidades era la muerte de Muley Hamet, rey de Fez, pues sus hijos Muley Xequé, Muley Buferez y Muley Zidan, pretendían el tro-



no y lo destruiran, divididos en parcialidades. Venia en la caravana un criado de Muley Xequé, llamado Reta, con cartas para el General, en las que elogiaba mucho su valor y modo de proceder. Con estas venian otras para el Rey, en las que le pedía favor y ayuda contra sus enemigos, y le ofrecía toda su satisfacción y buena correspondencia.

Admitióla el Rey con pretexto de piedad, de la que siempre supo servirse para aumentar su Imperio y desimular sus designios.

Así las cosas, tuvo el General aviso de que estaba cerca su sucesor; salió al campo y ordenó al Adalid que mandase a los atalayas lo necesario para favorecerlos, con orden expresa de no comprometerse. Salieron del Meimun algunos moros con el atalaya; lo recogieron seis caballeros y, viendo a los moros cerca, trataron de entretenerlos. Se les juntaron otros de la playa que hicieron retirar a los moros. Por decir un criado del General que él y el adalid venian en su socorro, aunque sin tener orden, la emprendieron contra los moros y fueron siguiéndolos por el Meimoncito. La gente del Adalid quiso favorecerlos, pero él les mandó, de parte del General, que no lo hiciese. Con todo, algunos en un descuido se le fueron. El Adalid, para recogerlos, descendió de la Abolada al Palmarecito, con lo que obligó a interesarse más a los que seguían a los moros, sabiendo que venían en su ayuda. Llegando al Espalhafato, donde salieron doscientos moros de a caballo que al ver a los nuestros, pocos, con los caballos cansados y sin orden, los atacaron y siguieron, matando a unos y cautivando a otros, hasta el Meimoun, sin ser socorridos, ni bastar las razones y diligencias del contador Andrés Díaz de la Franca. Este se excedió a si mismo, diciendole al General que socorriese a sus caballeros, con los que había obtenido tantas victorias; que los moros eran pocos y que con sólo verle en actitud de animarlos, se pondrían en fuga. Añadió que aún cuando fuesen más de los que parecía, tenía lugar para retirarse, pues no era necesario comprometerse mucho. No pudiendo convencerlo, ni aun siquiera a que hiciese dar en tierra con los tres faroles, junto a los que estaban, para que las piezas de rebate hiciesen retirar a los que seguían a los moros, se fué enfadado al Adalid, y como lo encontró también constante en seguir la orden que tenía, trabajó con algunos que los siguieron en recoger a los que se retiraban, con lo que contribuyó a que se salvaran muchos. Dió también algún apoyo al Adalid con quien el contador tuvo diferencias, pero, como siguió la or-

den no fué suya la culpa. Se retiraron los moros dejando muertos a Francisco Correa, Felipe Fernandez, Roque de Andrade, Luis Fernandez, Simón de Fonceca y Luis Gonçalves. Llevaron cautivos a Juan Rodriguez Mairros, Alfonso Diaz, Francisco Ferreira Banhar, Francisco Fernandez y Manuel Ravello.

El General no mostró sentimiento, para demostrarse severo en la observancia de sus órdenes. Parece que sólo estaba obligado a hacer todas las diligencias para que los suyos se retirasen, que daba tiempo después para castigar a los más culpados, aunque dejarlos perecer sin remedio a manos de los moros, fué acción contraria al proceder de un tan gran capitán, cuyo animo no debía admitir afectos tan vulgares.

Con este acontecimiento terminó el Gobierno Antonio Pereira López de Berredo, al que llegó por el favor de Miguel de Moura, a quien su padre lo dejara encomendado, y de D. Cristobal de Moura, que obtuvo la gracia del rey D. Felipe con la ruina y esclavitud de su patria.

En él procedió a gusto de todos, deseando más parecer severo que piadoso, a fin de que con el temor de los súbditos conservase su respeto. En las circunstancias demostró valor y pendencia, y tuvo la suerte de encontrar a los moros con hambre y guerra, lo que le dió ocasión de conseguir tan grandes empresas. En su tiempo, murieron, de los nuestros, veinte, y cayeron cautivos, treinta y dos. De los moros murieron ciento once y se tomaron cautivos sesenta uno, sin contar las presas que atrás quedan referidas.

A Antonio López de Berredo le sucedió *Nuño de Mendoza*, que tomó posesión del gobierno el 22 de Septiembre del 1605. Antonio Pereira pasó a Tarifa en los bergantines en que viniera su sucesor. Este ya en los principios de su gobierno dió muestra de valeroso y prudente, y de otras virtudes dignas de su sangre, por él perfeccionadas con todas las ciencias políticas y militares, adquiridas en la lectura de los libros y en el ejercicio de la guerra de Flandes, donde estuvo algunos años.

Para informarse del estado de la Berbería deseó tener noticias y, estando en el campo supo por una embarcación que en la Sierra habia moros de a pie. Mandó atacarlos con toda la gente y los moros se pusieron en huida, excepto uno que, por menos ligero, quedó cautivo, salvándose los demás. Por este cautivo supo que en lo Balleta estaban juntos och ocientos caballos para hacerle la guerra y

asegurar sus campos. La experiencia confirmó esta afirmación, por que, de allí a unos pocos días, se internaron con gran furia. Juntó el General la gente en la planicie de la Abobada y peleó con los moros favorecido por la mosquetería de los campamentos y la artillería de la ciudad, con lo que obligó a los moros a que se retiraron como lo hicieron con grandes pérdidas. Lo mismo ocurrió otras veces, quisieron tentar la fortuna, sin que en ninguna de ellas recibiese daño alguno nuestra gente, pues el cuidado y vigilancia del General atendía a todo.

Pesarosos los moros de estos malos acontecimientos, reunieron mayor fuerza y con la gente de Muley Sidan, hijo del Rey de Fez, vinieron a buscarlo. Aunque era tan desigual el partido, esperó el General a los moros en la Adnana nueva con el mejor orden que fué posible. Trabóse entre unos y otros gran pelea, en la que los moros resultaron perjudicados, en particular de parte de la mosquetería de los campamentos, que era la de más efecto.

En esta pelea se significaron algunos cabaleros, sobre todo Domingo Martín, que, metiéndose entre los moros, arremetió contra uno de ellos y ambos vinieron al suelo. Acudió a socorrerlos personal de una y otra parte, pero el moro quedó muerto, a pesar del esfuerzo de los suyos, y el nuestro se salvó. Después de largo espacio que duró la pelea, se retiraron los moros sin hacernos más daño que dejar a un caballero con dieciocho lanzadas y a otro con una pedrada, de lo que ambos se salvaron.

Pasados algunos días volvieron a pelear los moros con los nuestros varias veces. Siempre se retiraron aquéllos con pérdidas, sin constarnos que de nuestra parte se recibiese alguna. Sólo en una de estas peleas, que fué la mayor y en la que los moros tenían más gente, murió luchando con gran valor un criado del General y su cochero recibió una bala de poco peligro.

Después de estas peleas y de retirarse de ellas los moros, por lo poco que hacían y el mucho daño que les ocasionaban, determinó inquietarlos el General en sus propias tierras. Para hacerlo con más seguridad, mandó al Almocádem Mateos Pays, con nueve de a caballo a Safa de Auyera para recibir informes. Salieron el 17 de Julio del año siguiente de 1606 y se recogieron con tres moros. Los felicitó el General y por ellos supo que no había nadie que le impidiese el campo.

Trató, en primer lugar, de aprovecharse de él y de la Sierra, lo

que siempre se ejecutó con gran orden y disciplina, razón por la que nos consta que no hubo desastres. Cierta de que a la Sierra de Benamagras venían algunos moros a castrar las colmenas, mandó atacarlos por los almocádenes Cristóbal Pesanha, Sebastián Fernández Conto, Manuel de Oliveira Pita y Antonio de Froes, con ochenta y ocho de a caballo. Cogieron a un moro y se retiraron sin perjuicio, tratando más de molestar de esta manera a los moros que de comprometer la reputación y las fuerzas con una entrada en la Berberia, sin muy seguros fundamentos. Observando el mismo proceder volvió a mandar el 31 de Enero de 1608 al Almocádem Gaspar Ribeiro a Safa de Anyera con cuarenta y cinco de a caballo, quienes por no haber visto moros ni presa se retiraban ya; pero, llegando cerca del puesto de la Forcada, descubrió al Almocádem de Benagorfate y al Xequé de Beneguiden, que con sesenta de a caballo los estaba esperando. A pesar de la ventaja a favor del enemigo y por no haber otro remedio, se determinaron los nuestros a pelear. Valiéndose también de la industria, dejaron algunos abatidos como en celada y los más fueron resueltos en busca de los moros, que hicieron lo mismo, y por ser todos buenos caballeros, se trabó entre ellos una valerosa pelea.

La ventaja de los moros estaba en el número y la de los nuestros en las armas, si bien el mayor ánimo lo recibían de saber que sólo en ellas consistía el remedio. A ninguna de las partes se inclinaba la victoria, cuando los nuestros, que estaban en la celada, salieron de ella con gritaría y ruido. Causaron tanto temor a los moros, que creían era mayor la fuerza, dieron media vuelta y se fueron. Siguiéronlos los nuestros, que mataron e hirieron a los que les fué posible alcanzar. El General, luego que oyó el toque de rebato, salió con toda la gente en socorro de los suyos. Como ya se venían recogiendo victoriosos no pasó aquél el río de Tángar Viejo, donde realzó al Almocádem Gaspar Ribeiro y a todos los demás, con la satisfacción que pedía tan airoso resultado. Hizo una carrera con el Almocádem, por ser ésta una de las recompensas que más estiman los pundonorosos. Al mismo lo llamó a Centa el Duque de Caminha, que le hizo grandes favores y entre otras cosas le regaló un hermoso caballo.

En esta ocasión se cogieron dos moros, a más de los muertos y siete caballos, muchas armas y otros despojos, sin recibir los nuestros mayor daño que quedar dos levemente heridos. Se reti-

ró el General a la ciudad y toda ella celebró con aplausos día tan venturoso.

Poco después volvió a mandar al Almocádem Francisco de Meneses con veinticinco de a caballo al río de Benaissa para recibir informes. Estos se los dieron al General, recibidos de dos moros que dieron al General noticias más particulares de la Berberia. Con ellas y con otras diligencias, de las que constó que no había en el campo quién le pusiese obstáculo, determinó penetrar él personalmente con toda su fuerza para atemorizar a los enemigos.

Así, el 1.º de Marzo de 1608, mandó prevenir a toda la gente y al comenzar la noche salió con doscientos setenta y tres de a caballo. La vanguardia la encargó al Adalid Jorge de Mendoza Pessanha, reservándose para sí el resto del personal. Entró sin ser oído en los campos de Anyera y Benaulente. A hora oportuna mandó actuar al Adalid, quien, con los corredores, cogieron a dos moros, algunos caballos, yeguas y jumentos, setenta cabezas de ganado grueso, sin contar el menudo, mucha ropa y otros despojos. Con todo esto se retiró a la ciudad, sin encontrar moros que le impidiesen el camino. Volvió a mandar más tarde al Adalid a Gibelfaras, campos de Tetuán, con doscientos de a caballo, quien se retiró con dos moros, dos yeguas y tres jumentos, por no encontrar más presa o por ser antes sentido, o porque el temor de los moros era causa de andar tan oculto, que no se atrevían a traer sus ganados a campos tan remotos.

Como con estos prósperos acontecimientos se le aumentaba al General la confianza y no le sufría el ánimo estar ocioso, volvió a mandar a los Almocádenes Cristóbal Pessanha, Manuel de Loureiro y Mateos Pays atacar a los exploradores de los moros que venían al Otero con cuarenta y seis de a caballo, en donde cogieron dos con sus caballos y armas, que trajeron al General.

Poco después volvió a mandar a los Almocádenes Francisco de Meneses, Cristóbal Pessanha, Sebastián Fernández Couto y Mannel de Oliveira, con setenta y tres de a caballo. Estos, atacando a los moros en la Sierra de Benamagras, cogieron cuatro, por los que constó que el campo estaba seguro, debido a lo que el General resolvió entrar otra vez en la Berberia. Salió con toda la gente de a caballo y doscientos infantes el 7 de Noviembre. Mandó recorrer los campos de la aldea de Greguis, adonde se recogió gran presa, compuesta de cuatrocientas seis cabezas de ganado grueso, doscientas

del menudo, tres yeguas, un macho, un jumento, siete personas y muchos despojos, por valor de más de once mil ducados.

Quisieron los moros tomar alguna venganza de tantas injurias y vinieron a buscarlo al campo con suficiente fuerza. Salieron con un atalaya del Tánger Viejo. Mandó el Adalid que los atacasen, y no atreviéndose los moros a oponer resistencia, se dieron a la fuga con tiempo. Dejaron un muerto y un cautivo, sin contar los heridos. Los nuestros los siguieron hasta los límites, y la ventaja que los moros les llevaban por el número de los hombres y la ligereza de los caballos, fué causa de que no hayan tenido mayores pérdidas.

• Dos veces volvieron a ir, por orden suya, a Benamagras y a Benaisa, los Almocádenes, que siempre regresaban con moros cautivos. En su tiempo Muley Xequé trató de entregar Larache al Rey Don Felipe. Tratado por el General este asunto, al que su antecesor había dado principio cuando lo vió que estaba a punto, avisó al Rey, quien mando al Marqués de San Germán con las galeras y algunos tercios de Infantería a dicha ciudad para tomar posesión de ella.

Aunque no faltó Mujey Xequé, con las órdenes necesarias y por temor de los suyos, se pasó a España, en donde estuvo algún tiempo; con todo, el Gobernador de Larache no quiso entregarla, hasta que después tuvo efecto, como adelante veremos.

Ocupada la sierra con los atalayas del Cabo y demás puestos, según era costumbre, penetraron los moros y se llevaron cuatro exploradores que estaban en los puntos determinados. No pudieron salvarse y ésta fué la pérdida más importante que hubo en su tiempo, si bien resulta de poca consideración comparada con las que tuvieron otros. Ninguna diligencia puede evitar que no perezcan algunos de estos hombres, siempre arriesgados y expuestos a los mayores peligros. La principal felicidad de esta guerra consiste en prepararla de suerte que sólo reciban algún daño los atalayas y hombres del campo, cosa esta que la experiencia de tantos años enseña que no puede evitarse del todo.

Tales fueron los acontecimientos que pudimos averiguar del tiempo que gobernó Nuño de Mendoza, del que se guarda excelente recuerdo en esta ciudad, por haber procedido en todo con valor justicia y prudencia. Trató siempre al pueblo con suavidad y amor, con lo que evitó que hubiese queja o malestar. Obligó a todos a proceder con rectitud y a practicar las virtudes, y esto lo hizo con el ejemplo, que es el medio más eficaz.

Fué primero Conde de Val de Reys, del Consejo del rey en Portugal y del de Guerra en los Estados de Flandes, Presidente de la Mesa de la Conciencia y, últimamente, Gobernador del Reino, cargos todos que desempeñó con igual acierto.

A Nuño de Mendoza sucedió *D. Alfonso de Noronha* que tomó posesión del Gobierno en Marzo de 1610. Encontró a los moros muy peleados entre si y divididos en parcialidades.

Pretendía el Reino, como queda dicho atrás, Muley Xequé, al que se lo disputaban sus dos hermanos. Viéndose con inferior partido, quiso valerse del apoyo que antes solicitara del rey D. Felipe. Este deseaba sacar partido de tales discordias, como acostumbraba, y mandó que se diesen al moro cien mil cruzados y se le ofreciese todo el socorro y ayuda para sus propósitos, y seguro para entrar en Tánger o en cualquiera otra plaza de estas Fronteras. Como dicho moro ya había vuelto de España, mandó también el rey a su familia y tesoros, con obligación de entregar Larache, como aquél había prometido.

Después de varias negociaciones y diligencias, que el General puso en practica con toda la prudencia y sabiduria que de él se esperaba, vino a tener efecto este asunto y Muley Xequé mandó a esta ciudad a tres hijos suyos y muchos Alcaldes con el mejor de sus tesoros, y entregó al General la Plaza de Larache, recibidos los cien mil cruzados que le entregaron Juan Cassino y el Capitán Malaca-Estos, por orden del Rey D. Felipe, atendían a este asunto y corrían con los gastos de su familia y criados. Le mandó también el rey un hermoso coche y otras joyas y regalos, pareciéndole que aun así compraba barata una plaza tan importante, situada entre Arcila y la Mamora, en la desembocadura del rio Lucus, con puerto capaz para grandes embarcaciones y muy a propósito para los asaltos de los corsarios, de lo que resultaba grande perjuicio a las Costas de España. Mandóla guarnecer por castellanos, fortificarla y defenderla por artillería. Así se conserva aun hoy dia.

Los hijos de Muley Xequé volvieron a la Berbería, y él, aborrecido de los suyos, fué muerto a traición en este campo y despojado de muchas joyas y riquezas. El tesoro que tenia en esta ciudad se lo entregó a sus hijos, aunque se dice que algo de ello se quedó en manos de los que los tuvieron a su cargo.

El principal y más viejo era Muley Abdellah que sucedió a su

padre en el reino de Fez. No vino con los otros, que eran pequeños, a esta ciudad a recibir este tesoro, como el rey mandara, y todo el tiempo que gobernó D. Alfonso tuvo este respeto de paz. Se aprovecharon los campos sin recelo y entraron de la Sierra tantas maderas, que se rehicieron la mayor parte de las casas.

En este tiempo, por parecer había más sosiego, mandó el rey a Antonio Pereira López de Berreiro a visitar las Plazas de Africa de la Corona de Portugal, con orden y autoridad para reducir los gastos superfluos y hacer observar los reglamentos antiguos. Como dejaba insinuarse en la gracia del Príncipe, acepto la comisión y se presume fué idea suya esta diligencia.

Llegó a Tánger, comunicó al General las órdenes y el intento que traía de disminuir la guarnición y cortar la ciudad desde la puerta del campo hasta la puerta del mar, a fin de poderla defender con menos gente.

Opióse a ello el General con la eficacia que debía, demostrándole como esta ciudad se conservara siempre con grande reputación; que se perdería viéndola los moros cortada y abatida; que si los reyes de Portugal siendo menores no lo hicieron, se oponía mucho al crédito de un tan gran monarca semejante revolución; que de Portugal salían los gastos y para ello no había repugnancia en el reino.

Pero, como Antonio Pereira no desistía, comenzó a haber diferencias entre unos y otros, y el pueblo estaba alterado, convirtiendo en odio y aborrecimiento el amor y respeto que tuvo a Antonio Pereira durante el tiempo que aquí gobernó.

Escribió el General al rey y a los ministros sobre esta materia demostrándoles cómo Tánger era la ciudad más noble e importante de Africa por razón de su antigüedad y posición; que los reyes de Portugal la ganaron con mucha sangre y gastos; que con ella se sustentaban los caballeros y soldados que peleaban continuamente contra los infieles; que eran muchas las mujeres e hijos de los que por este motivo habían perdido la vida; que cortandose la ciudad y disminuyéndose la Guarnición, crecería el ánimo en los moros y faltaría en los cristianos; que cesarían las entradas, de las que resultaban a los moros tantos perjuicios; que no se lograrían los campos, de los que se sustenta la ciudad; y que por último no vendrían a gobernarla personas de autoridad, y que todo sería tristeza, desconsuelo y miseria.

Lo contrario escribía el reformador, queriendo llevar adelante



su intento y ganar ante el rey y los ministros crédito de celoso. Decía que los gastos eran muchos y poca la utilidad; que las guerras de la Monarquía, otras empresas y conquistas de mayor consecuencia, no permitían por ahora atender al Africa; que cuando se quisiese tratar de élla, bastaba tener ocupados los puertos y seguras las Plazas; que cuanto mayor era el Imperio tanto más tenía a que atender, granjeándose émulos y enemigos con su propia grandeza; que por esto se debía de cortar lo superfluo para atender a lo necesario; y que siendo el principal objeto de conservar Tánger, que los moros no se apoderasen de ella, esto podría hacerse con poco gasto, resultando imprudencia la inversión de dinero que se hacía, puesto que, reducida la Plaza a menor forma, sería su defensa más fácil y segura, y también más a propósito para cualquier designio. Oyó el rey unas y otras razones y mandó se consultase sobre ellas a personas de gran prudencia y conocimiento de la ciudad, en particular a D. Francisco de Almeida, que la gobernara tan a satisfacción de todos. Confórmose el rey con el parecer de este señor y resolvió que no se alterase el estado de las cosas.

Llegó esta orden a D. Alfonso quien, antes de publicarla, mandó repicar las campanas, disparar la artillería y hacer todas las alegres manifestaciones que fuesen posibles. Declarada la causa, llegó a noticia de Antonio Pereira que quedó corrido y confuso. Tal es el fruto que de ordinario se saca de semejantes comisiones.

Concluida la visita que había hecho, de lo que dejó un libro con muchas disposiciones severas sobre la edad y número de los soldados, las casas y familias de los Generales y otras materias conformes a los reglamentos y ordenanzas antiguas que encontró alteradas, salió para Ceuta, que también venía a visitar.

Sobreviniéndole una tormenta, perdió un bergantín de los dos que llevaba, en el que se ahogó la mayor parte de la gente, y entre ella alguna de la principal que con licimiento lo iba acompañando.

Después de algunos días en que trató de dar cumplimiento a su comisión, retiróse poco satisfecho del fruto que sacara de este trabajo. Como era de la categoría de los de espíritu generoso, fué tanta su pena, que falleció al poco tiempo, víctima del indicado disgusto.

Del tiempo que gobernó Don Alfonso de Noronha, por ser pacífico, no encontramos otras noticias. En todo él sirvió de Adalid Jorge de Mendoza Pessanha; la ciudad estuvo bien proveída, en particular de cosas de la Berbería, que los moros vendían en abundancia

como en tierra propia; con ellos se entabló una diferencia a la que acudieron algunos caballeros, y porque los moros se subían a mayores, acudió el General y puso todo en sosiego.

Con este General prestó su servicio Don Miguel de Noronha, su hijo mayor, que después fué Conde de Linares, y gobernó esta ciudad, según adelante veremos. En ella residió Don Alfonso hasta Junio del año 1614.

Le sucedió *Don Luis de Meneses*, Conde de Tarouca, que murió a los pocos meses en esta ciudad, víctima de natural dolencia. El tiempo que gobernó, que fué de Junio a Octubre, continuó la paz y sosiego, con que no nos dejó más recuerdo que el sentimiento de disfrutarlo tan poco tiempo, así por las esperanzas que de él había, como por el afecto y veneración que la ciudad tiene a su casa y apellido, pues de la primera fué la capitania, cargo que desempeñaron también muchos de sus descendientes. Se celebraron las exequias, más solemnes por las lágrimas del pueblo que por las pompas y aparato. El cuerpo fué trasladado al reino para recibir cristiana sepultura en la tumba de sus mayores.

En lugar del Conde fué elegido por el pueblo *Don Luis de Noronha*, su yerno, que con él viniera. Quedó gobernando hasta Agosto del siguiente año de 1615. Debido a la tranquilidad de que se continuaba disfrutando, no encontramos nada digno de memoria; sólo nos admira que persona tan calificada no haya continuado más tiempo al frente del gobierno que el pueblo le confiara.

A Don Luis de Noronha sucedió *Don Juan Coutinho*, Conde del Redondo, que tomó posesión del gobierno en Agosto de 1615.

Aunque la paz con los moros no estaba del todo asentada y firme, continuaba buena correspondencia de una y otra parte. Los moros fueron los primeros que faltaron a ella. Recorriendo un día el campo cautivaron a dos atalayas del Charf, y al General, que más tarde fué a la Sierra con guardia, le hicieron prisioneros a otros dos jóvenes que se desviarán. Quiso el General recuperarlos y mandó espías al río de Benaisa. Constándole por ellos que había grande presa, ordenó a Gaspar Ribeiro, Almocádem del Rey, que actuaba de Adalid en ausencia de Jorge de Mendoza, que con toda la gente de a caballo penetrase por aquella parte.

Salió el Adalid en el silencio de la noche, y encontrándose con los moros que al mismo tiempo acababan de entrar en el campo también por el mismo camino, los atacó y dispersó, poniéndolos,

por último, en huida. Dejaron un muerto, a más del daño, cuya intensidad se ignora. Gracias a la obscuridad de la noche no recibieron mayor castigo.

Viendo el Adalid que era oído y que por todas las aldeas se tocaba a rebato, se retiró, conforme a la orden que tenía, con sentimiento de los caballeros, quienes deseaban sacar más provecho de esta operación; pero como la mayor seguridad de las entradas es la ignorancia del enemigo, siempre que llegare la noche y hubiere rebato, conviene retirarse, según lo hicieron en todo tiempo los capitanes de más valor y experiencia.

Gobernaba el Conde con general aplauso de todo el pueblo, por la piedad y amor con que, sin diferencia, trataba a los grandes y a los pequeños, cuando recibió orden del Rey para pasar de Virrey a la India. Salió el 22 de Diciembre del siguiente año de 1616, dejando a todos con el sentimiento de no haberlo logrado más tiempo, por el afecto y amor que de todos se conquistara. Murió después en la India con la misma opinión, porque, cuando las virtudes son naturales, no se mudan con los climas, sino que, cuando los lugares son más grandes, tanto es mayor su ejercicio.

Dejó el gobierno a Andrés Diaz de la Franca, por orden del Rey. En él procedió a satisfacción de todos, mas por haber sido poco el tiempo de su gobierno, no dejó acontecimiento digno de memoria.

Entró a gobernar *Don Pedro Manuel*, que fué después Conde de la Atalaya. Comenzó a ejercer el 1.º de Julio de 1617, a gusto de todos. Hizo guerra activa a los moros, se aprovechó con prudencia de las ocasiones que se le ofrecieron, y para ganar reputación desde el principio, constándole que los moros estaban divididos, a primeros de Agosto mandó al Adalid Jorge de Mentloza Pessanha, con doscientos veinticinco de a caballo a los campos de Sidi Alxambra.

Entrando en ellos sin ser oído, despidió a los corredores, dándoles ánimo con el grueso de la gente, corrieron los campos, atacaron a los moros que encontraban, de los que mataron a dos e hicieron prisioneros a seis. Cogieron cinco caballos, algunas yeguas y otro ganado grueso y menudo, con lo que el Adalid se retiró sin encontrar oposición.

Tuvo después noticia el General de un barco de moros, lo mandó seguir en las fragatas por los Almocádenes Manuel de Loureiro y Gaspar Gómez, con veintidós almogáberes. Lo alcanzaron en la pla-

yita de Don Juan, lo hicieron embarrancar en tierra, donde se salvaron los moros, y le trajeron el casco con otros despojos.

Pesarosos los moros de estas pérdidas, reunieron fuerzas y penetraron en el campo, en el que se encontraba el General, apoderándose con gran furia del Sector del Medio. Volvióse contra ellos el Adalid y les mató algunos, con lo que los hizo retirar sin comprometerse más, por no tener orden para ello. Quiso el General cargar contra los moros, pero se le opuso el contador Andrés Díaz de la Franca, quien le dijo que se diese por satisfecho de haberle dado las espaldas el enemigo sin ocasionarle pérdida alguna, cosa que pudo haber hecho a propósito y tener en la celada algún grande refuerzo. Le pareció bien el consejo al General, aunque Gaspar de Arouca, caballero de gran valor y que sólo quería pelear, dijo con pasión que los moros siempre tenían padrinos.

Llegó luego la noticia a Diego López de la Franca, que estaba con el Adalid, y como era en él tan grande el valor y la moderación como la desconfianza, dirigiéndose adonde estaba el General, arremetió con una lanza a Gaspar de Arouca. Traspasóle con ella la garganta y lo dejó muerto en tierra, con tanta tranquilidad como si nada hubiese hecho. Lo prendió el General y tuvo el fin que veremos más adelante.

Volvió después el General a mandar al Adalid Jorge de Mendoza, en Abril de este año de 1618, con la caballería, a los campos de Greguís. Los recorrió sin oposición, cogió cautivos a cinco moros y tres moras, a más de un caballo, un potro y treinta y ocho cabezas de ganado grueso y otros despojos, con lo que se retiró.

Más tarde mandó el General a los Almocádenes que fuesen a Safa, con nueve de a caballo, a tomar informes. Se retiraron con un moro y un caballo, luego de constarles el estado de la Berbería. Volvió a mandarlos al principio de Enero con treinta y ocho de a caballo al río de Benaisa. Como regresasen sin botín, hicieron guerra en la Assomada, donde mataron a un moro e hicieron cautivo a otro que trajeron al General.

Por él y por otros avisos le constó que los moros estaban retirados y no había oposición alguna en el campo. Conforme a esto determinó penetrar personalmente en la Berbería. Mandó reunir la gente y salió el veinticinco de Enero con doscientos noventa y dos de a caballo y trescientos treinta y cuatro infantes. Penetró en los campos de Anyera, mandó recorrer el terreno; de cuatro moros que

se encontraron quedó uno muerto y tres cautivos. Se retiró a la ciudad sin oposición, trayendo consigo doscientas cabezas de ganado grueso, cien del menudo y quince jumentos. En esta ocasión fué por Adalid Jorge de Mendoza Pessanha, y en ella actuó como en todas las demás: con entera satisfacción de todos, según acostumbraba. Aunque los moros no dejaron de penetrar algunas veces en el campo y recorrerlo, sin embargo no encontramos hecho alguno de que quedase memoria.

Como el General no los dejaba estar quietos, trató de molestarlos el año siguiente, por lo que en Mayo mandó al Almocádem Manuel de Loureiro, con veintiocho de a caballo, a los campos de Sid Alxambra. Mató en ellos a un moro, hizo cautivos a cuatro y cogió cuarenta bueyes de arado, con el que se retiró a la ciudad sin perjuicio alguno. Como el General conocia la flaqueza de los moros y lo muy quebrantados que los traian estas pérdidas, quiso aprovechar la ocasión y seguir la suerte que se le mostraba próspera. Por ello en Agosto del mismo año mandó al Adalid Jorge de Mendoza, con doscientos dieciséis de a caballo, a Alguriche, campo de Menamesuar, en donde estaba acechada una gran presa. Dió con ella el Adalid y cayeron seis moros muertos y veintidós cautivos, se cogieron cuatrocientas cabezas de ganado grueso y quinientas del menudo, con lo que se retiró el Adalid.

Herido de estas pérdidas el Alcaide de Alcázar, Cassime Assino, reunió doscientos de a caballo y cientotrenta de a pie, y entró con ellos en la Sierra para recorrer el campo.

Mandó el General dos exploradores que, cortando la Sierra, encontraron huellas de gente de a pie, de lo que dieron cuenta al General. No encontraron las huellas de los caballos, o por haber entrado en sus costas o por el campo como de ordinario sucede.

Quiso el General batir a los moros de a pie, y para ello el 11 de Noviembre de 1619, mandó entrar en la Greda, antes del amanecer, a treinta de a caballo, y al Adalid le ordenó que saliese con poca gente para obligarlos más. El General quedó con el resto de la Caballería en el rellim de los Pomares, la mayor parte oculta, y la Infantería en el viñedo. Tuvo aviso que los moros estaban en el rio y los mandó despejar por la parte de arriba. Atacaron al atalaya, que resultó ileso, y el General los mandó atacar, lo que hizo el Adalid y su gente con buen resultado. Pusiéronse en fuga los moros de a pie y como los nuestros los persiguiesen por el

interior de la Sierra, acudió al apuro el Alcaide con la gente de a caballo. Como viese el General que la suya estaba apurada y que no había tiempo de elegir otro partido, puesto que conoció al Alcaide por su bandera, lo atacó gritando ¡Santiago!, al mismo tiempo que animaba a todos, asegurándoles la victoria.

El Alcaide intentó resistir al principio, pero como viese que los moros no podían sostener el ímpetu de los nuestros, volvió las espaldas y se puso en fuga.

Le siguieron los nuestros, le cogieron la bandera, siendo Domingo Carvalho el primero que se apoderó de ella, y continuaron atacándolos hasta el Frailecito. Mataron muchos moros en la jornada, dos quedaron cautivos, se les cogieron otras dos banderas, veintitres caballos, muchas armas y otros despojos, entre ellos la montura y silla del mismo Alcaide, que se salvó mezclándose por la Sierra con el resto del personal.

El General llegó a San Juan, y la Infantería se colocó sobre la misma roca. La pérdida que tuvimos fué sólo de un hijo del capitán Manuel Fernández de Figueredo, al que mataron los moros en una zanja sin ser visto de los demás. Decimos que fué pequeña pérdida con respecto a las circunstancias y a la victoria, una de las más insignes y gloriosas que se obtuvieron en estas fronteras. Era el lugar de los más escabrosos y los moros presumían mucho por su ligereza y conocimiento que tienen del terreno, en lo que nos llevan gran ventaja.

Quiso el General aprovecharse de la fortuna, y al final de este año penetró personalmente en la Berbería con doscientos setenta de a caballo y quinientos cuarenta infantes. Recorrió los campos de Greguis, en los que dejó muertos dos moros. Se retiró a la ciudad con cinco cautivos, ciento treinta cabezas de ganado grueso, cien del menudo, seis caballos, cinco yeguas, nueve jumentos y otros despojos.

Con estos y otros acontecimientos, que por pequeños no quedaron en recuerdo, se pasó el año siguiente, en el que no encontramos nada que referir, hasta que el 8 de Febrero de 1621 determinó el General mandar otra vez al Adalid Jorge de Mendoza, con doscientos treinta y tres de a caballo, a los campos de Sid Alxambra y Guadarez. Recorrió el terreno y quedaron muertos muchos moros; se hicieron veinticuatro cautivos y se tomaron trescientas ochenta cabezas de ganado grueso, con lo que el Adalid se retiraba sin más pérdidas que la de Gaspar Marqués, que, entrando en una casa, lo mataron

jos moros. Uno de éstos le cogió las armas y el caballo, y así armado se reunió a los demás que acudían a la llamada con el intento de esperar a los nuestros cuando se retirasen.

Luego que llegaron a la Lamba de los *Pardillos*, descubrieron los moros a los atalayas que venían delante. Los corrieron con gran furia, pues incitaba el odio natural el botín que les llevaban. Como eran más de quinientos entre los de a caballo y los de a pie, fiados en la ventaja, esperaban la victoria y tomar venganza de las injurias pasadas.

Sin embargo, el Adalid, que traía a la gente bien ordenada, viendo el interés y que en el valor y en las armas consistía el remedio, mostrábase alegre y confiado en el semblante. Animó a todos y les dijo que aquél era el día que hacía muchos años deseaba; que todos peleasen con la constancia que debían, que esperaba en Dios les daría la victoria, y que aquéllos eran los mismos enemigos de su Santa Fe, que tantas veces habían deshecho.

Dicho esto, atacó a los moros, como hicieron los demás, y aunque los moros pelearon algún tiempo, por último se pusieron en fuga. Dejaron muchos muertos, algunos caballos y otros despojos, entre los que se recuperaron otra vez los de Gaspar Marqués y su caballo. Murió el moro que lo había cogido. Dicen que era de marca, y en el mismo día le mataron a dos amos. De nuestra parte no hubo más pérdida que la muerte de Manuel Barreto.

El Adalid se retiró con todo el botín, y fué recibido de su General y de toda la ciudad con las alabanzas que se le debían por tan honroso éxito.

Estos fueron los principales acontecimientos de su tiempo. Don Pedro Manuel gobernó de tal suerte que entre tantos sucesos prósperos no se encuentra alguno adverso. Esta es la mayor felicidad de los que sirven en la guerra, en la que la pérdida de un día deslustra muchas veces la gloria adquirida en muchos años. Este capitán dejó muy grato recuerdo y grandes ejemplos, tanto de valor como de prudencia, que deben imitar sus sucesores. En premio de tan buenos servicios pasó al gobierno del Algarve, que desempeñó también a satisfacción de todos.

Dejó el gobierno al Contador *Andrés Díaz de la Franca*, cuyo proceder lo hacían digno de él. El poco tiempo que ejerció tan importante cargo, fué la causa de no haber ocurrido durante él cosa alguna digna de ser registrada en las páginas de esta Historia.

Le sucedió Don Jorge Mascarenhas, que había estado cautivo en Argel. Vino de gobernar Mazagán, con su casa y familia. Se encontró con tres navíos de los turcos, contra los que peleó con valor. Dos navíos que lo acompañaban se pusieron en fuga. Como quedó solo y no pudo rendir a los turcos, después de matarle un hijo y herido a Don Francisco Mascarenhas, que era el mayor, a más de otra gente muerta y herida, le lanzaron fuego. Al verse arder sin remedio, se rindió y se puso en salvo con gran trabajo, quedando con su mujer, familia y personal en poder de los enemigos. Se le rescató por treinta y dos mil cruzados, a lo que contribuyeron el Rey y los Padres de la Redención, quienes se condujeron muy bien en este asunto.

Para recobrar tantas pérdidas, y por su talento y bellas cualidades, lo mandó el Rey al gobierno de Tánger, ciudad en la que entró el 13 de Marzo de 1622. Había embarcado en Tarifa, donde por ser el tiempo contrario, se perdió un barco que traía de caballos que se ahogaron todos con el escudero y otro personal.

A los pocos días de haber llegado, haciendo en el campo el pago a los soldados, vió que no aparecían moros y, sin pensarlo más, se decidió a penetrar en la Berberia. Así lo hizo luego, sin encontrar oposición alguna. Los moros estaban distraídos, con lo que pudo recorrer con tranquilidad el terreno y hacerse con un gran botín.

En Julio del mismo año entraron los moros y pareciéndole que eran pocos, los atacó con gran decisión; pusiéronse en fuga y los siguió hasta el río, dejando la Infantería en el Pozo de Alvaro Diaz. Murieron muchos de los moros; algunos se cogieron. Recorrieron después los nuestros el terreno y se retiraron con muchos potros, yeguas y otros despojos.

Pasado algún tiempo después de esto, salió al campo y en él dejó a su hijo Don Francisco y a sus hermanos Don Pedro y Don Fernando, y él se retiró a despachar. Pasaron entretanto los moros del Tercio del Medio, llegaron hasta los algibes y se retiraron de nuevo. Acudió el General al toque de rebato y como ya no viese moros, mandó seguir adelante con orden de atacar a los que se encontrasen.

Desde Benemacada se vieron algunos de a pie, se dirigió hacia ellos nuestra gente y se pusieron en fuga, en la que perdieron seis y se hicieron cuatro cautivos, entre ellos un Cassiz, que se rescató en ciento cincuenta reces, lo que demuestra que no había precio fijo, como se acostumbra en los mercados.



Para remediar estos males penetró algunas veces en el campo el morabito Laêxe con mucha tropa. El General, empero, hizole siempre frente, sostuvo con reputación las peleas y obligó a retirarse de ellas a los moros con considerables pérdidas. Luego que se marcharon y comprendió que el campo estaba seguro, determinó dejarse caer en la aldea de Sid Alxambra, a la que se dirigió con todo el personal de a pie y de a caballo. Había ordenado que los soldados rodeasen la aldea con estacas y malezas, y al romper el día atacasen a las casas, a lo que le animó el entusiasmo de los demás. Sin embargo, llegado que hubo al río de Algurixe, cambió de opinión y dió orden que la gente de a caballo atacase de noche a la aldea, pues temía ser oído antes de que llegase la Infantería.

Atacaron los nuestros por varias partes, pero como era de noche y la tierra áspera, fué grande la confusión. Oyó una mora el tropel, dió rebato, pusieronse en armas los moros, a los que animaban veinte almogaberes de a caballo. Venían éstos a una boda y como eran más prácticos en la tierra, dieron contra los nuestros, quienes comprendieron que los moros los atacaban con toda su fuerza. Como la obscuridad de la noche no permitía distinguir nada, se dispersaron y huyeron. Los moros mataron a tres caballeros, hicieron cautivos a otros tres e hirieron de mala manera a Juan Alvarez de Barbudá. Todo era confusión y desorden. Quiso remediarlo el General, pero no le fué posible, por lo que procuró recoger el personal y retirarse poco a poco.

Los moros, insolentes con la victoria, veníanlo siguiendo y molestando, y aunque la mañana descubrió a los pocos que eran y muchos aconsejaron que se les armase una celada, en la que una vez caídos se dispersarían y se les cogería gran botín, según lo que estaba a la vista, y se restauraría también la reputación, el General, rabioso por lo ocurrido, continuó en el plan de retirarse. Así lo hizo hasta que llegó a la ciudad, arrepentido de no haber esperado al día siguiente para atacar a la aldea como le persuadieran el Contador Andrés Diaz de la Franca y otros varones prudentes. No siempre se acierta y los casos de guerra están sujetos a estas variedades.

El jefe de Anyera pidió al General seguro para traer sus ganados al Tánger el Viejo. Se lo concedió con declaración que no traería otros. Constóle después que con el ganado del jefe andaban algunos de otras partes, lo cogió y se retiró con todo. Se quejó el jefe de que quebrantara el seguro, a lo que contestó que mandase ver el

ganado y recoger el que tuviese su marca, que era sólo el comprendido en el seguro. Así se hizo y el resto quedó allí. Mostró en todo gran actividad y diligencia y que era digno del lugar que ocupaba y de otros más distinguidos que ocupó después.

Estuvo en paz algún tiempo con los moros, durante el que entró en esta ciudad mucha madera de la Sierra, con la que se repararon las casas de los moradores. Había Zoco en la plaza, vendiase todo lo que era necesario, de lo que había en abundancia; pero, como los moros son inconstantes, no fué la paz duradera.

Estaba el General cogiendo leña en la Sierra, asaltaron los moros de a pie a algunos que estaban separados, perdióse uno de ellos y con esto el General, viendo que los moros le quebrantaban la paz y pareciéndole que con ella estarían descuidados, sin advertirlo primero ni pedir antes satisfacción, como parecía más justo, el 3 de Febrero de 1623 penetró tierra adentro con doscientos noventa y dos de a caballo. Llegó a Safa y a los campos de Greguis, cogió veintiséis moros y moras, ochocientas cabezas de ganado grueso, más de mil del menudo, quince jumentos y otros despojos, con lo que se retiró a la ciudad.

De allí a pocos días mandó al Adalid Jorge de Mendoza, con doscientos cuarenta y siete de a caballo, a los campos de Siguidelin, de donde se retiró con siete moros, cinco yeguas, siete jumentos y otros despojos.

El 17 de Abril del mismo año volvió a mandarlo con doscientos cincuenta y ocho de a caballo al Soareirinho, donde cogió veinte moros, nueve caballos, quince yeguas, seis jumentos y otros despojos. Es de admirar que los moros se pusiesen tan cerca sin suficiente guardia, pues sabían la vigilancia del General y recibieran tan grandes pérdidas en las ocasiones pasadas. Entonces sabían poco, ya que el conocimiento lo acrecentaron con el tiempo.

El General no sabía estar ocioso y como encontraba oportunidad, mandó a los Almocádenes Manuel de Loureiro, Mateos Pais y Cristóbal Pessanha, a la Alburixa en los campos de Menamessuar, con setenta de a caballo. Cogieron nueve moros, ciento treinta cabezas de ganado grueso y se retiraron sin daño.

Pesarosos los moros de tantas pérdidas, entró el Laéxe algunas veces en el campo y aunque lo recorrió acompañado de fuerzas, fué siempre rechazado, demostrando el General en estas ocasiones de guerra gran valor y extraordinaria prudencia.

El 8 de Septiembre del mismo año se descubrió en el mar un barco de moros. Mandó el General seguirlo por el Alcaide Mayor, Andrés Díaz de la Franca, quien lo hizo embarrancar y lo cogió después con un moro, salvándose los demás en tierra.

Al principio del año siguiente penetró el General con doscientos setenta y dos de a caballo en los campos de Greguis, de donde se retiró con dos moros, ciento noventa cabezas de ganado grueso, seis jumentos y otros despojos.

El 5 de Marzo del mismo año pasó del Otero el Xéque Lanhar, con treinta de a caballo. El General lo mandó atacar, los moros se pusieron en huida para la Sierra de Benamagras, los persiguieron los nuestros, obligándolos a ocultarse. Hicieron cautivos a siete, entre ellos al Almocáden, además de veintidós caballos con otras muchas armas y despojos.

A cuatro hijos suyos y a Alfonso de Lucena, que servía de fronterizo, que se condujeron en esta ocasión y en todas las que se les presentaron, conforme a lo que debían a su sangre, mandó dar cuatro partes, una menos que al Adalid, lo que no encontramos en ninguna de las otras excursiones. Parece, en efecto, justo que las personas de calidad tengan alguna diferencia, aunque ésta la procuran sólo en las demostraciones de valor, único en que deben apetecer reconocida ventaja, sin que por ello disminuir la gloria correspondiente a los caballeros pobres, por los mismos adquirida con riesgo de sus vidas.

Estos fueron los acontecimientos que pudimos encontrar del tiempo que gobernó Don Jorge Mascarenha, que fué poco más de dos años. Aunque fueron tan prósperos como de dichos documentos consta, no dejaron de demostrarse algunos poco satisfechos y de formular quejas al Rey sobre materias que no nos parece conveniente explicar y de lo que resultó anticipársele sucesor. Sin embargo, ocupó después los mayores puestos del reino. Fué Conde de Castello Novo, Marqués de Montalvan, vedor de Hacienda y Gobernador del Brasil, que redujo a la obediencia al Rey Don Juan. Ultimamente murió preso, sufriendo con igualdad de ánimo las variedades de la fortuna. Le sucedió *Don Miguel de Noronha*, Conde de Linares, que en tiempo de Don Alfonso, su padre, sirviera en esta frontera. Entró en ella en Julio de 1624, tan de repente que llegó de noche sin haber avisado antes a Don Jorge, al que no era muy afecto y a quien encontró entretenido en una comedia que le hacian sus criados. No

obstante, fué en seguida a recibir al Conde y le entregó el gobierno con las ceremonias acostumbradas, obedeciendo como fiel vasallo las órdenes de su Rey. El Conde le respondió con las mismas demostraciones y castigó severamente a algunos que lo quisieron li-sonjear, desluciendo las acciones de su antecesor.

Esta es la obligación que incumbe a todos los que tuviesen este gobierno, para que se guarde con ellos el mismo estilo, pues mal se podrá quejar de que se le falte al respeto quien no hizo guardar el que se debía a su predecesor.

Trató luego el Conde de dedicarse con todo cuidado a la guerra, por no saber estar ocioso, dada la altivez y generosidad de su carácter.

Para tener noticias de la Berbería, mandó a los Almocádenes Manuel de Lorenzo, Luis de Almada, Gonzalo Vieira y Antonio Ferreira, a la Fuentefigueira, para espiar un navío y le comunicasen lo que allí encontrasen. Encontraron dos moros y los trajeron para entregarlos al General, que estimó la acción en su valía por ser de tan pocos y por saber por los moros el estado de la Berbería. Pareciéndole que no era tiempo de comprometerse más, procuró sacar el mayor provecho de los campos, a lo que fué siempre muy inclinado.

Con todo, no dejaron de penetrar muchas veces los moros, si bien es cierto que siempre encontraban resistencia y se retiraban con pérdidas.

Estando en el campo el 15 de Abril del año siguiente, fué el atalaya a ver el Barrocal, del que salieron los hijos del Xate de Angera, con setenta de a caballo. Mandólos atacar el Conde y los moros se dieron a la fuga, sin dejarlos de perseguir hasta los campos de Angera. Quedaron muertos cinco moros, cuatro cautivos y once caballos, a más de otras muchas armas y despojos.

Y por parecerle que lo ocurrido a su antecesor en Sidi Alxambra exigía satisfacción; enterado de que el campo estaba seguro, mandó a aquella parte trescientos de a caballo y trescientos cuarenta infantes. La emprendió con los moros, de los que mató diez, hizo cautivos a dos y cogió seis bueyes de arado, con lo que se retiró alegre y satisfecho por haberle resultado tan bien aquella hazaña.

Quejosos los moros por estas pérdidas, reunieron gran fuerza y penetraron en el campo con novecientos de a caballo, persiguiendo a los nuestros. El Adalid Jorge de Mendoza se retiró al Palmar, con

parte de la gente, hizose fuerte en él y sostuvo el puesto. El Conde General lo socorrió, avanzando hasta la huerta con el resto de la caballería e Infantería.

Los moros atacaron tres veces al Adalid y de todas los obligó a retirarse con pérdidas, pues le animaba la gente del Conde General, en particular la Infantería, que con cargas continuas, hizo en los moros daño considerable. Obligados por él se retiraron los moros, sin atreverse a atacar al Conde, que los esperaba en el campo. Así se retiraron y los nuestros hicieron lo mismo, alegres por sucesos tan prósperos que estimaron más por no haber costado vida alguna. El 26 de Marzo del año siguiente volvió a entrar el Conde a la Berbería, para lo que le prestaron gran servicio las noticias de un moro principal que había ganado con la largueza e industria que demostraba en todas sus acciones. Este moro era tan escrupuloso en su secta que, cuando venía a la ciudad con caravanas, no entraba en ella por temor a que le llegase el aliento de los cristianos. El Conde salió a buscarlo, lo trajo consigo y le dió muchas patatas, sin querer nada en cambio de ellas. El moro, que era de nobles sentimientos, se vió tan obligado que de allí en adelante fué su confidente y con avisos y hogueras lo informaba de cuanto ocurría en la Berbería.

Con estos y otros fundamentos, volvió a penetrar con doscientos setenta de a caballo; lucharon en la Puente de Gosmar; los nuestros mataron nueve moros, cogieron a dos, y el Conde mandó arruinar aquella Puente, que servía a los moros para pasar el río en tiempo de invierno. Lo rehicieron después, aunque con menos perfección.

Volvió poco después a penetrar en los campos de Benaulente, donde los nuestros mataron a muchos moros, hicieron cautivos a diecisiete y se retiraron.

En Septiembre del mismo año recorrió de nuevo los campos de Angera con doscientos setenta y nueve de a caballo. De los moros murieron muchos y se cogieron seis con doscientas sesenta y cinco cabezas de ganado grueso, ciento cuarenta del menudo, un caballo, cuatro jumentos y otros despojos.

Por el mismo lugar entró otra vez en el año siguiente del 1927. Recogíase con la presa de cuatro moros, sesenta y siete cabezas de ganado grueso, dos caballos, dos yeguas, una mula, trece jumentos y otras cosas, cuando encontró el río del Tánger el Viejo tan creci-

do que no pudo pasarlo. Mando entonces a la ciudad por la Infantería, la alojó junto al río, y él, con el botín y la demás gente de a caballo, quedó de la otra parte hasta bajar la marea y disminuir las aguas que tanto habían crecido por la mucha lluvia.

Animaba a todos, sufría alegremente las incomodidades y despreciando la inclemencia del tiempo, sin tomar descanso alguno, veló toda la noche, guardó el botín e hizo que los moros no lo asaltasen. Del mismo modo se condujeron todos llevados de tan gran ejemplo. Así se pasó hasta el amanecer, y ya bajado el río, porque el ganado del botín no quería pasarlo, mandó a buscar algunas vacas de la ciudad que le sirvieron de guía. Retiróse tan satisfecho de la incomodidad, como otro del descanso, y para que ni en la paz lo tuviese, se aplicó con gran diligencia a obras públicas.

Por parecerle baja la Torre principal del Castillo en que está la mayor parte de la artillería, y estimar que desde ella no se descubriría bien el campo, hizo levantarla en la forma en que hoy se ve. Lo mismo hizo con la de la Señal en la que está el farolero, gracias a lo que hoy presta mejor servicio para la vigilancia. Como era necesario mucho terraplén para llenar la muralla nueva, trabajaba en ella con toda la gente. Los caballeros llevaban la tierra en los caballos y el Conde General era el primero que cargaba el suyo. Lo conducía con una vara con tanta alegría y desenfado, que nadie sentía el trabajo ante este modo de conducirse el jefe.

Sin embargo, la experiencia demostró que la obra no fué bien calculada, pues la artillería, como queda más alta, hacer menor efecto, y la muralla, por salir de su proporción y no tener espacio suficiente, abrió por el ángulo con el peso de la tierra todo lo que será difícil remediar.

Quiso también reformar alguna artillería, por no encontrarla en buenas condiciones. Para ello mandó venir oficiales e hizo nueva fundición. La madera necesaria le trajo de España y de otras partes. No obstante, la indicada fundición no resultó buena, por falta de capacidad en los que la hicieron.

Supo el Conde General que en el campo se veían algunos leones y quiso también ejercitar con ellos su valor. Encargó a los atalayas que luego que viesen alguno le diesen cuenta de ello, para lo que les prometió un premio.

Descubrieron uno en la cueva de la Aldea, y el General fué a buscarlo con grande confianza.

Sin querer que le ayudase nadie lo atacó, y al tiempo que el león quiso saltar, lo pasó con la lanza y lo dejó muerto. Fué ésta una acción generosa, aunque arriesgada para quien ocupaba un puesto como el suyo; pero, los hombres que aspiran a la gloria y al aplauso, no reparan en estos inconvenientes; les sirven de incentivo las mayores dificultades.

De allí a algunos días se descubrió otro león. Muchos dudaron en exponerse al peligro y sólo Francisco Leote se cayó al suelo tan largo como era. No perdió, empero, el ánimo, tiró de la tralla y embistió al bicho que, dejado el caballo, se abrazó con él. El Conde, que así lo vió, dijo en alta voz: ¡Muere, hombre, muere, que mueres con honor! Dió de espuelas al caballo, mató al león y libró del peligro a Francisco Leote, que quedó mal herido, si bien se repuso después. Continuaron matándose leones con tanta frecuencia que se vendían en la plaza como carne ordinaria.

Picado de esto Don Francisco de Meneses el Barabas, que servía de fronterizo, cuando venía de una incursión, se apartó con algunos hombres del campo y mató a otro león que encontrara en el camino. El Conde lo sintió por haberlo hecho sin orden suya y porque no quería que su proceder, no siendo único, quedase menos glorioso, por lo que lo prendió y castigó a los que lo acompañaron, cual lo pedía la buena disciplina.

No dejaba entretanto de continuar la guerra y hacer a los moros todo el mal que podía, con lo que andaban muy atemorizados y abatidos. Para tener de ellos mejor conocimiento, en Enero de 1627, mandó a los Almocádenes Mateos Pais y Pedro Omena de Oliveira, con diez de a caballo, al rio de Ramele, de donde se retiraron con dos moros, un potro y una yegua. Además, el Conde supo lo que deseaba saber. Sin embargo no se movió, pero hizo producir a los campos y cogió leña en la Assemada, lo que pocos hicieron. Una vez le asaltaron los moros a tres exploradores, de los que desaparecieron dos. Quiso castigarlos, se fué al campo el día 8 de Marzo, se corrieron del Otero el Almocadem y el Alcaide de Benaharos con cincuenta de a caballo, y el Conde los mandó perseguir por el Adalid. Pusiéronse los moros en fuga y los siguió a todo galope hasta la boca del Chanchao. Murieron el Almocadem y el Alcaide; quedaron cautivos nueve moros y se les cogieron veinte caballos, además de muchas armas y otros despojos.

En Septiembre del mismo año mandó a los Almocádenes Antonio Rodríguez Ruybo y Manuel Peichoto, con doce de a caballo a Gibelharo, de donde se retiraron con dos moros de a pie. Vinieron por la Sierra, bajaron por el Otero de Vintem, dieron de todo esto cuenta al Conde General, a quien pareció buena la ocasión para coger leña, por creer que no había moros, puesto que los Almocádenes no encontraran a ninguno que les impidiese el camino. Sin embargo, penetrada la gente en la Sierra, los moros de a pie, que por estar de la otra parte del mar no fueron vistos de los Almocádenes, arremetieron contra los nuestros, dándoles muchas cargas. El Conde los obligó a retirarse, pues no quiso comprometerse con los moros en tierra tan áspera. Se demostró que ninguna diligencia era suficiente para asegurar del todo la Sierra.

Para demostrar el General a los moros que en todas partes los había de molestar, fingió que quería penetrar por tierra en la Berbería. Reuniéronse los moros ante este recelo, y entonces él hizo venir embarcaciones de los vecinos puertos de España. A fines de Septiembre embarcó setecientos veinte hombres en veintinueve embarcaciones a cargo de los capitanes Manuel Alfone de Araujo y Juan Tavares, y los mandó dirigirse a Alcázar Seguir, en donde le constaba que vivían algunos moros. Asaltaron las casas al amanecer y como los moros se defendiesen en ellas, pusiéronles fuego, de lo que murieron treinta y cuatro quemados y se hicieron veintisiete cautivos, además de otros muchos despojos.

Como el mar es inconstante, cuando quisieron embarcarse, estaba tan alterado por el cambio del viento, que no pudieron hacerlo sin dificultad. Siéndoles imposible dirigirse a la bahía de Tánger, acudieron a refugiarse, con trabajo y riesgo, a varios puertos de España. Debido a no dejarlos salir la tormenta en algunos días y en la ciudad se ignoraba lo ocurrido, hubo en todos gran intranquilidad, particularmente en el Conde General, como autor que fuera de la empresa. Pero luego que la gente regresó aprovechando los primeros días de bonanza, trocóse todo en alegría y aplauso.

En medio de estas felicidades de la guerra no dejó de sentir el Conde General algunos disgustos en la paz. La causa principal de éstos fué Diego López de la Franca. Encontrándose este señor con Don Fernando de Noronha, hijo mayor del Conde, niño entonces de pocos años que iba aprender al convento, inclinóle Diego López la cabeza en ocasión que se dirigía al campo. Don Fernando no lo ad-



virtió, pues iba leyendo la lección, no quitándole por tanto el sombrero. Diego López lo llevó tan a mal que le echó la lanza y con el canto de ella le hizo daño en un brazo. Se quejó Don Fernando a su padre y se alborotaron los criados de la casa y otros muchos que servían al General. A Diego López se le juntaron los parientes. La cosa se puso tan mal que llegó a temerse un serio disgusto.

El General, sin embargo, rigiéndose más por la prudencia que por la pasión, quiso usar mejor de los poderes de ministro que de los que le correspondían como particular. Se presentó en persona, impidió el alboroto, prendió a Diego López, y, cargado de cadenas, lo remitió al Limoeiro, prisión principal de Lisboa. Dió cuenta al Rey y a los ministros del exceso que Diego López cometiera y que él dejara de castigarlo por atender con puntualidad a las obligaciones de su oficio, puesto que por ser parte, no quería ser juez.

Diego López, que estuvo preso mucho tiempo, luego que fué puesto en libertad, mató a otro hombre, por lo que volvió a ser de nuevo preso en el Limoeiro. Mató a otro hombre y por ello y los delitos anteriores, fué degollado. Así acabó un hombre de tanto valor. El miedo que a todos infundía llegó a deslucir en él sus otras buenas cualidades que merecían hacerlo digno de mejor suerte.

Además de lo expuesto, tuvo el Conde algunas diferencias con Fernando de Mascarenha, que gobernaba Ceuta y le sucedió después, por haber alguna oposición entre las dos familias. Llegaron a escribirse mutuamente algunas cartas más pesadas de lo permitido entre tan grandes personas. Estas diferencias desaparecieron con el tiempo, como era de esperar.

Durante su gobierno no dejó de haber algunas pérdidas y desastres. Entre éstos sucedió que mandando a Torre Tavares a España en una barca con nueve hombres, encontró surtos en Bolonha dos barcos de Tetuán, y pareciéndoles que eran amigos no se guardó de ellos, por lo que lo tomaron cautivo con toda la gente, de la que sólo se salvó un individuo.

En el campo también se perdieron otros, como sucede de ordinario, pues no se puede hacer la guerra sin esta pensión. Con las mujeres usaba el Conde de liberalidad y grandeza, la que manifestó de un modo especial en la falta de pan que en su tiempo ocurrió muchas veces. Durante la indicada falta alimentó a la mayor parte de los niños y a los pobres, a su costa. Dió socorros particulares a los caballeros pobres y beneméritos.

Granjeóse tanto crédito con este su modo de proceder, que el Rey lo nombró virrey de la India. Como le mandó orden para salir y dejar sucesor, nombró a *Galas Fernández da Sylveira*, a quien entregó el Gobierno el 14 de Mayo de 1628, dirigiéndose él a España.

Galas Fernández da Sylveira gobernó hasta el 18 de Julio. En su tiempo vinieron hacia acá los moros y tuvo con ellos, fuera de las *tranqueiras*, una gran pelea en la que procedió con valor y los obligó a retirarse con pérdidas. Muchos de los principales no lo acompañaron, por parecerles que no convenia obedecerle, sin darse cuenta que la obligación de los súbditos es seguir la voluntad del Príncipe y anteponer los intereses públicos a las pasiones y respetos particulares.

Entregó el gobierno a Don Fernando Mascarenha, que llegó el 18 de Junio del mismo año de 1628 y fué recibido con grandes fiestas y regocijo, en particular de la familia de los Francas, por las diferencias que había tenido con el Conde su antecesor.

Comenzó a ejercer el General su gobierno con la satisfacción que de él se esperaba, dando en todas las ocasiones muestras de valor y prudencia. Esta le fué muy necesaria para la grande guerra que le hizo el Morabito Laexe, pues se internó muchas veces en el campo con numerosa tropa. Hízole el General oposición y lo obligó a retirarse con pérdidas, pero tan poco dejó de recibir algunas, como ocurre de ordinario en la guerra, que en ninguna parte vinculó las victorias. Fué una de éstas, por cierto que de las principales, un día de San Gonzalo. Tomado campo y alrededores de la Alda, encomendó a los Almocádenes que obligasen al personal a andar con mucho cuidado porque tenía noticia de que el Morabito penetrara más de lo conveniente. Como ni esta advertencia fué bastante, algunos se desmandaron. Salieron los moros de la Sierra, y los del medio; por ser el viento grande no oyeron el toque a rebato. Debido a esto, todo el personal de la Atalayita y algunos que cogían yerbas en la Celada de las Higueras, quedaron fuera. Acudió el Adalid, quien, echándose sobre los moros, los detuvo para que fuese mayor el daño.

Lo animó el General y obró con el valor y la prudencia que le eran habituales.

En esta ocasión se encontró Don Jorge Manuel, que servia la Encomienda y desempeñó muy bien las obligaciones que le imponía su sangre. Metiéndose, en efecto, entre los moros hizo en ellos

grande estrago. Cayóle muerto el caballo y saltando de él peleó conforme a lo establecido hasta que le socorrieron.

Cristóbal de Fonseca le obligó a subir en su caballo, con lo que lo libró del peligro, poniéndose él a riesgo de perderse; vieron los moros el daño que recibían y se retiraron, no sin dejar a diez hombres muertos y llevarse seis cautivos. Mandaron decir después al General que hiciese retirar los muertos, para lo que le daban seguro. Contestó el General que lo haría cuando le pareciese; que el campo era suyo y estaba dispuesto a defenderlo lanza en mano.

Irritóse el Morabito de la arrogancia de tal respuesta y prometió impedirlo. Para ello, de allí a poco tiempo, volvió a penetrar en el campo con grande ejército, que se afirmó pasaban de veinte mil moros. Alojáronse a la vista de la ciudad, sitiándola por completo. Eran muy continuas las cargas y baterías de una y otra parte. Sin embargo, en ellas fué siempre mayor el daño de los moros.

Hizo el General que se guarneciesen bien todos los puestos y cubrir los artilleros y todo lo demás que estimó prudente el sabio capitán. Pidió con brevedad socorro a Portugal y a Castilla, de donde vinieron galeras con personal, municiones y otros pertrechos. Se hizo lo mismo desde el Algarbe y con igual diligencia.

Vieron los moros tan bien socorrida la ciudad y el poco efecto de su ejército sin artillería ni otros medios de expugnar Plazas, creyendo, por otra parte, que tenían conseguido su objeto, que era demostrarnos que podían enseñorearse del campo todas las veces que quisiesen; después de quince días de permanencia en él se retiraron, no sin dar antes a la ciudad un golpe con el personal repartido por toda la distancia que hay de mar a mar.

Retirados los moros se aprovechó del campo el General, proveyendo a la caballería, falta de yerba durante los indicados días. Para dar algún castigo a los moros, mandó al Almocaden Pedro Omem de Oliveira, con cinco de a caballo y sesenta y cinco de a pie por mar. Desembarcaron en la Mezquita, cogieron a un moro y pusieron fuego al trigo, que por ser a fines de Julio estaba en las eras, y excusado es decir lo pronto y bien que ardió con grande perjuicio de los moros.

Para ocasionarle mayor terror determinó penetrar en la Berberia en persona, como lo hizo después de todas las espías y diligencias necesarias a último de Octubre de 1631. Su Adalid, Lorenzo Correa da Franca con doscientos cincuenta y ocho de a ca-

ballo, recorrió los campos de Benaissa. Murieron tres moros, se les cogieron ciento setenta y siete cabezas de ganado grueso y un potro, con lo que se retiró el General sin impedimento alguno.

Al año siguiente volvió a mandar al Almocaden Pedro Omem con cuatro embarcaciones, de las que saltaron a tierra treinta y cuatro hombres, quienes atacando a los moros en la Punta de Trásfalmemar mataron a uno e hicieron tres cautivos.

Pesaroso el Morabito de estas pérdidas volvió a penetrar en el campo con deseos de vengarlas. Entre su gente, que era mucha, vinieron cuatrocientos escopeteros de Tetuán, en los que tenía más confianza, pues los otros apenas hacían uso del fuego.

Llegó al campo cuando estaba allí el Adalid. El General veíase precisado a guardar cama con cuatro sangrías. Así y todo montó a caballo y acudió al toque de rebato. Lo mismo hicieron los hijodalgos fronterizos, que eran Don Francisco de Soussa, hoy Conde del Prado, Don Diego de Portugal, que dejaba a su hermano Don Alvaro sangrado de una caída, Don Francisco de Acevedo, Nuño Alvarez da Costa y los demás caballeros, todos con la puntualidad que acostumbraba.

Llegó el General a la *tranqueira*, empalizada nueva, y como viese que los moros andaban en *porfia*, escaramuzando con los nuestros, hizo defender el campo y reforzar la pelea para ver su estado. Salió a la planicie, dejando en la boca de la empalizada al Alcaide Mayor, Andrés Díaz de la Franca, con orden de no dejar salir por ella a nadie. Sin embargo, Don Diego de Portugal, luego que vió al General alejado, cosa que había hecho a propósito, llegó con disimulo a la boca de la empalizada, dió de espuelas al caballo y se salió por ella.

Acudió a detenerlo el Alcaide Mayor, pero, mientras tanto se les escaparon por la otra parte Don Francisco de Soussa y Don Francisco de Acevedo.

Metiéronse todos entre los moros, pelearon con el valor que les era habitual. Un moro tiró en tierra a Don Diego con una lanza de ataque. Lo cogió en una fuente por debajo de la *borda del capace-te* y cayó muerto.

Acudieron los nuestros a socorrerlo y los moros a despojarlos, con lo que se trabó una de las mayores peleas que hubo en estos campos. Como remate de ella se recogió el cuerpo, y el Adalid, Correa de la Franca, hizo retirar a la gente a las posiciones, porque los

moros eran muchos. Se les tenía ganado el campo, y el General, con la pérdida de Don Diego, no quería recibir más daño. Cuando estaban casi todos retirados, vino el Adalid, Francisco Pereira, y con grande interés quiso recogerlo, momento en el que una bala lo dejó muerto.

Se fueron los nuestros. A más de Vicente de la Sylva, murieron Pedro Rodríguez y Pedro de Figueiredo. Algunos caballos resultaron heridos y otros se perdieron.

Los moros sufrieron grandes pérdidas, en particular, de la Infantería, de guardia en las posiciones y en algunas líneas de la empalizada de las Canas.

El General y todos los demás regresaron con la pena de la pérdida de dos personas tan principales, particularmente, la de Don Diego de Portugal, cuyo valor competía con la sangre y daba pruebas de obtener en adelante los más grandes triunfos. Todo le parecía poco a su gran ánimo y decía respecto a los moros que no era acreedor a grandes aplausos quien sobre ellos alcanzaba victoria. A estos bríos y presunción vino a dar fin uno de los más miserables, porque cuando ha de suceder una desgracia, todos los medios contribuyen a ella. Tenía Don Diego un lienzo debajo del casco y sólo levantarlo fué bastante para que penetrara la punta de la lanza, cuyo hierro le fué rozando por la parte de adentro. Su muerte se le ocultó algunos días a su hermano Don Alvaro, que se encontraba enfermo.

El General dió cuenta al Rey, quien mandó retirar a Don Alvaro para asistir y consolar a su madre. Este y su hermano Don Jorge murieron más tarde ahogados en el Tajo cuando trataban de socorrer a un criado. Así quedó extinguida una de las familias más nobles del reino.

Por segunda vez volvió a entrar el Morabito con mucha gente y su hijo salió de la boca de la frontera con seiscientos de a caballo, quedando él con el resto de la reserva.

Llegado a la empalizada nueva el General la emprendió con los moros, a los que, puestos en huida, los fué siguiendo hasta el bosque de cañas salvajes, en donde uno de ellos cayó, si bien pudo salvarse entre los suyos, perdido el caballo.

El hijo del Morabito estuvo casi caído y se perdiera ciertamente a no haberlo sostenido los suyos.

Al mismo tiempo que el Morabito salía de la Lomba del Otero,

fué el General a recoger, espada en mano, a su gente, faena que le ocasionó un balazo en un dedo.

Sin embargo de esto retiró a la Caballería dentro de las posiciones, mandó cerrar las empalizadas y que quedase oculta la Infantería, a fin de que cuando llegasen los moros a tiro de mosquete le hiciesen carga y se retirasen en orden y sin confusión. Que él, en caso necesario, la socorriera con el resto del personal, como se ejeculó, porque, llegado que hubieron los moros cerca de las posiciones, la Infantería le dió carga muy a salvo suyo, con lo que les hizo grandísimo daño.

Después, desfilando por las extremidades, vuelta siempre la cara al enemigo, éste no se atrevió a arremeter de nuevo.

No obstante llegando todo el grueso ocupó las posiciones, y el General, en vista de que era mucha la gente, se retiró poco a poco a la ciudad, mandó guarnecer la muralla y que la Artillería no estuviere entre tanto ociosa.

En esta ocasión obró el General con grande acuerdo, lo mismo que el Alcaide Mayor, Andrés Díaz de la Franca, que servía de Adalid, pues uno y otro dieron órdenes en extremo prudentes.

El Morabito, que no descansaba, volvió a entrar en el campo del Charf, de Meimom de los Tercios de la Plaza, de la Sierra y del Medio, y esto con grande furia; pero la gente, instruida en otras ocasiones que convenia estar alerta, se retiró a tiempo.

El Adalid, a su vez, hizo algunos ataques a los moros, hasta que el General lo obligó a retirarse a las posiciones, junto a las que cayó Francisco Gonçalves, Atalaya, víctima de una bala en la cabeza. En venganza de esto Antonio Marques y Domingo Rombo derribaron a un moro, con lo que la pérdida quedó igual. Los moros se retiraron y el General se recogió.

Tuvo el General noticia que Laochea estaba sitiada y en gran aprieto, y le escribió al Duque de Medina Sidonia rogándole le procurase el socorro. Determinó mandárselo con la mayor brevedad posible y desde luego salieron en socorro sesenta hombres que allí estuvieron cuarenta días por haber el Laexe imposibilitado el escuadrón de seiscientos hombres. Mandó como cabo del personal a Don Juan de la Costa, que, con Don Manuel de Castro Ayres de Saldanha y Alejandro de Soussa, servían de fronterizos. Dicho sujeto demostraba ya en estos comienzos el talento que después confirmaron los sucesos, siendo Conde de Soure, gobernador de las armas de

Alentejo y embajador en Francia. A su prudencia se confiaron los más importantes negocios de este reino.

Llegó Don Juan con el socorro a la Mamora. Se encontró con otro procedente de Castilla, y como ni uno ni otro pudiesen entrar por razón del temporal, venció esta dificultad. Con sentimiento de los castellanos entró el primero en la Plaza. Dejó depositados los abastecimientos que llevaba y se volvió a su debido tiempo después de haberse conducido a entera satisfacción de todos.

Así se pasó algún tiempo, sin haber más que las ordinarias correrías y escaramuzas que por carecer de importancia no quedó de ellas recuerdo alguno.

Supo el General, en Julio de 1635, que en la Sierra había moro de a pie y que en el Charf se preparaban otros de a caballo. Como quiso asegurar primero la Sierra al ver que los moros de a pie se manifestaban, los mandó atacar y puestos en fuga los siguieron los nuestros durante largo espacio. Dejaron algunos muertos y también heridos. Los demás se salvaron en las breñas. Se dirigió hacia abajo, mandó ocupar el campo y descubrir el Charf con cuidado y a buena costa. Salieron de él los moros con el Atalaya. Los nuestros los atacaron conforme al orden que tenían, y aunque los moros hicieron alguna resistencia, al verse perseguidos tan resueltamente, se pusieron en fuga.

Los siguieron los nuestros, a cargo de cuya delantera iba Don Manuel Carlos Mascarenha, hijo mayor del General, a quien acompañaba Don Rodrigo de Castro, entonces Ironterizo y hoy Conde Mesquitella y gobernador militar de la provincia de Trason Montes.

Llegaron hasta el puerto de la Alfarroveira, mataron a muchos y los más se salvaron, gracias a la ligereza de los caballos, de los que nos quedaron cinco y otros despojos.

Al ir nuestra gente en persecución de los moros se manifestaron otros que venían a socorrerlos. Pudieron hacernos daño por estar los nuestros cansados y a distancia unos de otros, pero no se atrevieron, por ser pocos y ver que el General estaba reforzado. Pusiéronse en fuga como los anteriores, y los nuestros se retiraron.

Don Rodrigo de Castro vino a ser herido de un golpe que un moro le dió sobre el casco al pasar el río, y aunque no fué cosa de importancia, hubo que aplicarle muchas sangrías y bastantes remedios. Sostuvo con el Morabito otros altercados. Luego que supo que le tenía preparado algo en la Sierra, mandó poblar el ruedo del

Charf y emboscar la mayor parte de la gente en el Cano quebrado. Hizo tocar a rebato antes de que salieran los moros de la Sierra, para que acudiendo las de Tánger el Viejo y llegando con los caballos cansados, recibiesen daño. Se acercaron los moros de esta parte y como viesan que los nuestros no peleaban con los otros de la Sierra, no se decidieron a nada. Con esto la preparación no tuvo efecto y sólo sirvió para descubrir el intento del enemigo.

En otra ocasión salió por la Puerta de la Traición, llevando por delante al Adalid Andrés Díaz de la Franca para asegurar primero los puestos. Cuando un Atalaya iba a descubrir el Charcon, se levantaron setenta moros de a pie, le dieron una paliza tan grande y lo hirieron de tan mala manera.

Descubriéronse al mismo tiempo más de cuatro mil moros que ocupaban las posiciones. El Adalid hizo echarse a tierra al personal por las muchas balas que llovían. El quedó expuesto a ellas un largo rato hasta que el General lo mandó retirarse. Desde la muralla hizo dar cargas a los moros que en su tiempo hicieron la guerra más viva que hasta entonces se experimentara, y fué conveniente todo su valor y prudencia para sostenerla con honra.

No se satisfizo sólo con defender la Plaza que tenía a su cargo, sino que acudió también a otras que padecían aprieto.

Por lo mismo, una vez que le constó que la Mamora estaba falta de abastecimientos, la socorrió tres veces. En una de ellas estaba, en razón de la peste, reducida a tales términos que, a no haber sido por los abastecimientos y regalos que le mandó, se hubiese perdido. Supo que en el mar se veía una nave de la India, en la que venía el Conde de Linares, que, desviándose por algunas razones de entrar en Lisboa, traía rumbo a Málaga. A pesar de las pasadas diferencias, lo mandó visitar con muchos refrescos y algunas personas prácticas en estos mares para que lo sirviesen, a lo que el Conde correspondió con la estimación que era justo. Llegado que hubo a la ciudad y hechas las salvas de costumbre, la ciudad le respondió con toda la artillería y con muchas engalanaduras, dispuestas de antemano sobre la muralla. En esto, como en todo lo demás que se le ofreció en su tiempo, demostró bien la capacidad de su juicio. De este su modo de proceder le resultó tanto crédito que hasta los moros tenían depositada en él toda su confianza.

Sucedió que el Morabito Laexe privó del gobierno de Tetuán a Abdalá Necasis, que se retiró a Ceuta. El Xate de Angera y Monfa-



dal se retiraron a Tánger, en donde fueron muy bien recibidos y tratados por el General todo el tiempo que allí residieron. Al regresar a sus tierras lo hicieron altamente satisfechos del tratamiento recibido.

El Rey se lo agradeció y lo tuvo por particular servicio. También se lo estimó mucho el Duque de Medina Sidonia. Así consta por las cartas que ambos le dirigieron, encargándole que favoreciese a los que buscaren su amparo. También le aconsejaban que procurase sostener entre los moros las parcialidades para que estuviesen divididos, con lo que se debilitarian y así nuestras Plazas recogerían el fruto de las discordias.

Además de esto trató de reparar la ciudad. Levantó los muros que estaban caídos en muchas partes. Acudió también a otras obras públicas muy necesarias e hizo levantar muchas veces los parapetos que el Morabito destruía. Rehizo las cañerías del agua y, en resumen, acadió a todo con gran cuidado y solicitud.

Por tener ajustado con el Xate que ninguna caravana viniese sino por su camino, y que si lo hiciese por cualquier otro sería castigada, ocurrió que una numerosa caravana entró en la ciudad sin observar este requisito. Mandóla embargar y someter a juicio. Como se decretó que estaba perdida, la confiscó. Aunque en esto se procedió con justicia, los moros formularon grandes quejas, de lo que resultó que el comercio quedó interrumpido muchos años, con perjuicio del rendimiento de la Aduana y de los mercaderes de la ciudad.

Esto nos demuestra que en esta materia se debe proceder con mucho miramiento, porque los moros reputan tiranía lo que a nosotros muchas veces nos parece razonable. Además como estas caravanas vienen confiadas en nuestra palabra y seguro, parece justo guardar a ello fidelidad, aunque haya motivos bastantes que justifiquen otro procedimiento.

Estos fueron los principales acontecimientos del gobierno de Don Fernando Mascareñas, que después fué Conde de la Torre, del Consejo de Estado y Gobernador del Brasil, puestos en los que se condujo con igual acierto, prudencia y a satisfacción de todos. Lo que le granjeó mayor crédito, siendo tan gloriosas todas sus acciones, fué el haber reducido la Fortaleza de San Juan a la obediencia del Rey Don Juan, en donde el Rey de Castilla lo tenía preso en recompensa de tantos servicios. Pero no estuvo preso de su Rey natural, al que perseveró fiel hasta el fin de su vida, acabada en Lisboa,

tan lleno de años como de gloria y triunfos, dejando sucesores que supieron imitarlo.

Gobernó Don Fernando de Mascarenha hasta el año de 1637. Recibida la orden para salir antes de llegar el Conde de las Sarzedas, que le estaba nombrado por sucesor, entregó el gobierno al Alcaide Mayor Andrés Díaz de la Franca. Este lo ejerció a gusto de todos, y por ser poco el tiempo, no ocurrió cosa alguna digna de ser referida. Don Fernando Mascarenha salió el 15 de Enero.

Sucedióle Don Rodrigo da Sylveira, Conde de las Sarzedas, en el que concurrían todas las cualidades que lo hacían digno de este cargo. Comenzó a ejercerlo el 15 de Abril de 1637. Se dedicó en seguida y con gran diligencia a la guerra de los moros. Por estar éstos divididos y faltar el Morabito, le dieron lugar a muchas ocasiones de las que supo aprovecharse.

En el pueblo se granjeó ya desde el principio grandes simpatías por haberle traído veinte mil cruzados en dinero y cuarenta mil de fondos que se les debían atrasados, cosa que ni antes ni después ha ocurrido. Dicha cantidad, con ser tan grande, la hizo repartir con toda igualdad, sin reservar parte alguna para otros gastos. En esto demostró bien a las claras su entereza y justicia, a la que otros faltaron en este particular con causa menos justificada.

Con esto se animó mucho la gente, reparó los trajes que estaban gastados y se dispuso con mejor ánimo para los trabajos y peligros de la guerra.

Para conducirse en la guerra con más seguridad y conocer mejor el estado de la Berberia, el 13 de Julio de 1637 mandó a los Almocádenes Francisco Pays y Manuel Gómez, con setenta y uno de a caballo al río de Ramele. Se retiraron con dos moros y un caballo servido así el deseo del Conde, a lo que también contribuyó el talento del mismo, pues supo valerse de todos los medios más eficaces. Enterado de que la Plaza de Larache estaba falta de abastecimientos se los facilitó, en lo que se condujo como fiel ministro.

Tenía mucho cuidado con los campos y procuraba con severidad que se guardasen las órdenes y la gente anduviese bien disciplinada y con moralidad.

Con todo los moros no dejaban de penetrar algunas veces con diversos resultados, que no se relatan por carecer de importancia. Para molestar a los moros mandó desde el campo a los Almocádenes Diego Correa y Pedro Homem, con veinte de a caballo al río de

Benaissa, en los campos de Angera. Cayeron de repente sobre los moros que estaban descuidados; mataron a uno y cogieron a una mora parienta del Xate de Angera. Acudieron los moros a libertarla y porque no quiso rendirse la mataron. Trajeron un moro y una niña, con lo que se pusieron en salvo. Si la fuerza hubiese sido mayor habrían recibido este día los moros una pérdida muy grande. Pero, los acontecimientos no se adivinan, sobre todo los que se realizan de repente y sin espías y las diligencias necesarias.

Quisieron los moros tomar alguna venganza, y armando el 6 de Noviembre de 1637 a los Almocádenes de Arcila y el Farrobo en el Maimoun con cincuenta de a caballo, salieron con el Atalaya, que los descubrió sin peligro. Mandó el Conde General dar con ellos al Adalid Jorge de Mendoza. Pusiéronse los moros en huida, los nuestros los siguieron hasta la boca de Chauchau, mataron a dos moros de importancia, les cogieron cuatro cautivos, entre ellos un hijo del Almocader Solimán Cadime, ocho caballos y otros despojos, a más de algunos caballos que mataron a los moros, sin recibir los nuestros más daño que en los caballos, de los que se perdieron ocho por cansados y otros quedaron maltrechos.

En el principio del año siguiente de 1638 supo por unos moros de caravana, pues había abierto los puertos en seguida que comenzó a gobernar, hasta entonces cerrados, que en la Sierra entrara una cuadrilla de a pie. Determinó hacerle frente; salió por la Puerta de la Traición, donde quedó preparado con la mayor parte de la gente, mientras mandaba al Adalid que fuese a descubrir, y a los Almocádenes Francisco Pays y Diego Correa, que uno bajase por la Foreadiña con treinta de a caballo, y al otro con veinte por entre las Torres. Dióles la orden de que si el Atalaya descubriese a los moros o le hiciesen señal desde el Otero de Vintem para que se retirasen los Almocádenes, corriesen a impedirles el paso, uno por la Greda a la otra parte del río y el otro descendiendo por la Rocha hasta tomar la Playa chica.

Mandó al Adalid que los socorriese y él quedó para lo mismo con el resto del personal, lo mismo de a caballo que de a pie. Ordenó a los Atalayas que luego que se tocase a rebato en los Pomares proveyesen a la Atalaya pequeña y a los demás puestos de aquel contorno.

Hizo señal a los suyos el Otero de Vintem que se armaban en el Terrojón, a fin de que se retirasen. Como quiera que esta dispo-

sición indicaba novedad, allá se fueron en seguida los Almocádenes. Francisco Pays, que iba por la Greda con los suyos, llegó el primero a los moros. Estos, confiados en el lugar, se burlaban de él, pero al ver que los atacaba decididamente y que el Almocaden Diego Correa les cortaba el paso por la Playa chica, desde lo alto de la Torre del Carpio, y que la demás gente trataba de acorralarlos, se pusieron en fuga.

Los nuestros los alcanzaron, mataron a dos, hicieron ocho cautivos, se les cogieron muchas armas y otros despojos. Los más se salvaron en la breña y nuestro personal se retiró sin daño alguno.

En Marzo del mismo año mandó el Conde General a los Almocádenes Pedro Homem y Diego Correa, con cincuenta de a caballo, a los campos de Benauleute, de los que regresaron con un moro, dos caballos, diez yeguas y veinte cabezas de ganado grueso. Se retiraron ya de noche y algunos vinieron delante con esta noticia, que produjo alguna impresión.

Mandólos el Conde a buscar a sus compañeros y él mismo salió con la demás gente para socorrerlos si fuese necesario, pero, poco después, llegaron todos y el Conde se retiró con ellos.

Determinó el Conde continuar probando fortuna, ya que ésta se le mostraba tan favorable. Resolvió penetrar personalmente en la Berbería, y el 6 de Abril salió de la ciudad con doscientos treinta y cuatro de a caballo. Amaneció en el río junto a Safa. Esperó en el Furadouro de abajo a que llegase la hora de mandar recorrer el terreno, colocando entretanto espías en los árboles más altos. A las diez horas del día, dijéronle que dos moros de a caballo venían de nuestro campo y habían de descubrir al personal. Hizo reunir a éste y armarlo contra los moros. Corrieron los nuestros, Juan Fernández Caravela y Don Juan Duarte, y cogieron a uno de ellos; el otro se salvó. El Conde hizo venir al cautivo a su presencia y le declaró que en el Tercio de la Atalaya chica quedaban ciento veinte de a caballo y que allí habían entrado por el puerto de las Piedras.

Con esta noticia resolvió el Conde General venir a buscarlos por su camino y luego que llegó al pozo de Alvaro Díaz, mandó a los Almocádenes Francisco Pays, Pedro Homem y Diego Correa, con treinta de a caballo al Otero, mientras él quedaba con el resto del personal oculto.

No vinieron luego los moros que se preparaban en el Cural, pero como comenzasen a descender algunos de los nuestros y a ma-

nifestarse el Conde con el grueso del personal, como no queriendo persuadirse del todo que los moros se armasen en nuestro campo, salieron a los primeros que venían delante.

Reconocieron la fuerza ya descubierta, dieron vuelta atrás y se pusieron en fuga hacia el otro lado de la Sierra.

Los nuestros, aunque de lejos, los siguieron y penetrando tras de ellos por la Sierra, cogieron cautivos a dos, ocho caballos, toda la ropa y muchas armas, sin más pérdidas que la de un caballo de Antonio Couto, que mataron los moros.

Fué día glorioso y pudiera haberlo sido más a haber dado el Conde entero crédito al aviso y siguiendo la opinión de los hombres más prácticos, armara a los moros con veinte de a caballo y los mandara delante. Esto haría creer que se retiraban los moros con algunos de los suyos y saldrían entonces los otros, cayendo así en la emboscada con los caballos cansados. Esto causaría la pérdida de los demás. Pero no todo se acierta y la propia presunción hace que se malogren muchas ocasiones, pues los grandes hombres no quieren que se acierte por las opiniones de otros y sólo se satisfacen con las suyas.

En el fin de Agosto de este mismo año mandó el General a los Almocádenes Francisco y Manuel Gómez Pinto, a espiar el Cabo, pues vinieran con la noticia de que en él quedaba un bergantín de los turcos que parecía de Corso. Sabido esto mandó por tierra a Francisco Tavares de Araujo con treinta de a caballo, y al Adalid Jorge de Mendoza López, por mar en dos barcos largos y tres barcas, para que por una y otra parte atacasen a los turcos.

Al romper de la mañana llegaron al lugar, que era en la ensenada del Fraile, en que los Almocádenes vieron el bergantín. No lo descubrieron, pero lo encontraron pasando a la otra parte. El Adalid lo atacó, mandando tocar las trompetas y tambores y todos los demás instrumentos de guerra. Diéronles una gran carga de mosquetería y les lanzaron balas de fuego.

Como los turcos estaban durmiendo y descuidados, no tuvieron tiempo de tomar las armas, ni hicieron la resistencia que podían, pues eran ochenta y seis, y su embarcación mucho mayor que las nuestras.

Gracia a éstos se pudo llegar a ellos, siendo los primeros Gaspar Gonçalvez Side y Luis Serrado. Los turcos se defendieron al pie del mástil, pero después de algunos muertos y heridos y otros que

se lanzaron a tierra, cogidos luego por los de a caballo, quedaron los nuestros señores del bergantín. Lo trajeron a esta ciudad, con dinero, muchas armas turquesas y otros ricos despojos. De nuestra parte no hubo más pérdida que la de dos caballos y algunos hombres levemente quemados.

De los turcos quedaron cuarenta y siete que se vendieron y los demás murieron en la pelea o de las heridas en ella recibidas. Fué este uno de los acontecimientos más venturosos que hubo por mar en esta ciudad. Si los turcos hubiesen oído a los nuestros y se pudiesen en armas con las ventajas que tenían, o no se hubiera logrado o nos hubiera resultado muy costoso.

Lo mismo de parte del General que de la ciudad fué celebrado como era justo con salvas de artillería y otras demostraciones de júbilo. Entre éstas ocupa lugar preferente la acción de gracia que el Conde otendó a Dios y a Nuestra Señora del Destierro, cuya ermita se construía entonces, como a principales actores.

Al Adalid y a los demás les agradeció lo que hicieron, premiando a cada uno conforme a su mérito. El botín lo hizo repartir con la igualdad con que acostumbraba hacerlo.

De allí a pocos días vinieron los moros al campo con doscientos de a caballo. Atacaron con treinta en el Meimoun y dejaron cuarenta en el Almocobar y el resto en el Otero.

El Conde salió al campo, mandó descubrir los puertos y las costas a los tanques, para que los moros, si saliesen, dieran con ellos. Los primeros pasaron del Meimoun con el Atalaya que los declaró. Las costas los atacaron y el Adalid y el Conde General los favoreció con el resto de la gente. Los moros se pusieron en marcha y lo mismo hicieron los del primer encuentro, para demostrar que no tenían más fuerza.

Con esto se interesaron más los nuestros en perseguirlos con el desorden que en las corridas se acostumbran. Dividiéronse en el seguimiento de los moros, que también se esparcieron, huyendo unos para Benamaqueda y otros para el Otero. Siguió a éstos el Conde y luego que llegó cerca de la Celada en que estaba el último recuento con poca gente y los caballos cansados, Pedro da Costa, Atalaya, que iba delante, descubrió a los moros. Viendo que ya no había remedio y que si tomaba la vuelta los moros los seguían. Luego que éstos reconociesen la poca gente que el General traía, podían ocasionarnos grande daño, los atacó, invocando el nombre de Santiago.

Levantó la voz por el General y aseguró que allí estaban los moros. Estos, dándose cuenta de tanta valentía, creyeron que caía sobre ellos toda la fuerza y pusieron en vergonzosa fuga, siendo su cabo Ali Gailan, gobernador de Arcila, padre del que hoy desempeña el mismo cargo.

Llegó el Conde con el Guión al Otero, y al ver que los moros huían, fué en su seguimiento con la demás gente que se juntaba, hasta la Sierra de Benamagras. Allí ocuparon posiciones y se hicieron fuertes. Perdieron sólo dos que quedaron cautivos, y dos caballos, sin contar otros que resultaron heridos.

Hubo quien opinó que, a hacer venir a la Infantería y a haber atacado a los moros en aquella posición, se hubieran perdido los más. Por ser tarde y estar el personal cansado, a más de juzgarse dificultosa la empresa, desistió de ella el Conde y se retiró a la ciudad alegre con la victoria y de no haberse sabido aprovechar los moros de tan buena ocasión cómo la suerte les deparara. En este trance resultaron mal heridos el Almocaden Manuel Duarte y el Atalaya Antonio Fernández, si bien uno y otro pudieron continuar disfrutando de su libertad.

En el principio del año siguiente de 1639 penetró el General en la Berbería con doscientos treinta de a caballo. Recorridos los campos de Benaulente, se retiró con un moro, doscientas cuarenta y nueve cabezas de ganado grueso, ciento cuarenta del menudo, catorce caballos y treinta y dos yeguas. Con todo esto regresó a la ciudad sin encontrar oposición alguna.

Los moros entretanto no dejaban de guerrear en el campo, en particular Abraham Mosoba, Almocaden del Farrobo, hombre valiente, de inteligencia y muy diestro en el manejo de la espingarda. También se hizo célebre en pelear contra los Atalayas y escuchas, de los que mató e hizo cautivos a muchos.

Por todo esto deseaba el Conde General tomar de él alguna venganza, lo que no le fué posible hasta que no le llegó su hora, como veremos adelante.

En Julio de este mismo año mandó el Conde a los Almocadenes Francisco Pays y Francisco de Azanbuja, con veintidós de a caballo, a la Sierra de Benamagras, en donde cogieron un moro, que valió más que un gran botín. Otro se escapó, metiéndose luego en una cueva. Supo defenderse, alborotando las abejas de una colme-

na que molestaron mucho a los nuestros. Como les resultaba tan dificultosa la subida, desistieron del intento. En esto se ve cuánto hace la necesidad y cuán industriosa es para buscar armas en su defensa.

Era el moro que se cogió, Asus, natural del Farrobo, que fué después el mayor y más atrevido ladrón que hubo en sus tiempos. Al fin se convirtió y acabó sus días en la forma que expondremos. Hecho cautivo, el Conde mandó persuadirlo, sirviéndose de Francisco López, intérprete que actuó siempre en su oficio, y nada más que en él, con la fidelidad y secreto que convienen. Le quedó por sobrenombre Mazaloto, que es lo mismo que persona vil. Así le pusieron los moros y por este mote era más conocido que por su nombre y apellido. El moro prometió dar dos presas: una en Portafreiche y otra en Greguis. Le bastó al Conde sólo esta noticia para ir a Portafreiche, llevando por guía a Asus. Luego se supo que éste no iba con buena intención. Parecía que los nuestros serían oídos, con lo cual se nos perjudicaría y él se pondría en salvo. A ello contribuyó el éxito, porque aunque nada de esto tuvo efecto, los nuestros no vieron presa alguna y sólo sacaron de la jornada trabajo y peligro.

Con todo el Conde no desistía de molestar a los moros en todas partes. Por ello determinó, en Agosto de este año, mandar a los Almocadenes, Francisco Pays y Sebastián de Segura, con cincuenta de a caballo, a los campos de Tetuán, a habérselas con una caravana que venía de Fez a Tetuán con mucha riqueza.

Salieron antes de la noche, entraron en Diamons, detuvieron en el río del Freicho a una caravana que venía del Farrobo para Angera, la que les comunicó que la otra caravana había pasado ya. Esto no impidió que se apoderasen de la que tal noticia les comunicara y que constaba de tres moros y cuatro cargas. La trajeron al río, quedó con ella parte del personal y la otra pasó adelante en busca de la caravana grande. De ésta llegaron a coger una carga de poca importancia, dos moros, a más de otro que quedó muerto, y con ellos tres caballos, ocho yeguas, tres jumentos y cuarenta y cinco cabezas de ganado grueso, botín con el que se retiraron.

En Septiembre del mismo año volvió a entrar el Conde General personalmente en la Berbería, por consejo de Asus, con doscientos treinta y dos de a caballo y ciento ochenta y ocho mosqueteros. Pasado el río llegó con toda la gente al Farol del Xeve, aun de noche, donde despi lió luego al Adalid, para pronto de amanecer ins-



peccionar los campos de Gregnis y Sitalgambra. Así lo hizo; cogió tres moros, ciento treinta y tres cabezas de ganado grueso, dos yeguas y dos caballos.

Acudieron los moros a rebato, y el Almocaden Golife hizo juntar toda la gente que pudo, de a caballo y a pie, y vino en seguimiento de los nuestros. Estos se retiraron con la presa, sosteniendo algunas escaramuzas con los moros. El Adalid envió a Manuel Duarte y a Francisco López a que diesen conocimiento al Conde de lo ocurrido y cómo los moros lo apretaban. Mandó luego al personal que se pusiese alerta y oculto, para que, llegados los moros más cerca, se les pudiese atacar y desbaratar, que era el principal objeto de esta jornada.

Los moros, empero, que aumentaban cada vez más, cercaron tanto al Adalid que, después de haberle matado a Gonzalo Valdés y herido a Gaspar de Alburquerque y Antonio Díaz Cid, le fué necesario volver hacia ellos algunas veces. En ellas les dejó cuatro muertos y herido al Almocaden Golife, al que le cogieron la escopeta. Y porque, a pesar de todo, los moros lo cercaban cada vez más y la retirada era de casi una legua, mandó el Adalid otro recado al Conde para que lo socorriese en seguida. Así lo hizo sin pérdida de tiempo, y luego que los moros se dieron cuenta de nuestra gente, se retiraron. Lo mismo hizo el Conde a la ciudad, sin encontrar algún otro impedimento.

En la entrada del año siguiente 1640, falleció el Adalid Jorge de Mendoza López. Le sucedió el Contador Ruy Díaz de la Franca, que ocupaba ambos cargos y era de todos muy benemérito por sus bellas cualidades y natural talento. Por ser ello así, en todas las ocasiones que se le presentaron procedió a completa satisfacción, en particular en las escaramuzas que al principio de su gobierno se sucedieron unas a otras, aunque por ser ordinarias no se refieren.

La de mayor importancia fué la del Palmar. Vino una caravana y con ella una mujer cautiva que luego fué rescatada. Por ella supo el Conde que en la caravana venían algunos almogaberes y que los Almocádenes quedaban en sus casas.

Confirmaron esto dos exploradores que aquella noche llegaron de Benamagras. Dijeron que en la caravana vieron algunos de a caballo y a lo largo unos fuegos que les llamaron la atención.

A esto se añadió el decir un moro que los Almocádenes tenían la gente pronta para aumentar la caravana. Lo mismo advirtió al

Conde el capitán Manuel Da Sylveira. Hizo el Conde poco caso de la advertencia, pues le parecía que los moros no podrían renmirse tan de prisa y que algunos almogaberes vendrían delante. En este supuesto determinó hacerles frente, para lo que salió al campo al amanecer y mandó a Francisco Tavares de Araujo por lo bajo de la costa al Terció de la Atalaya Chica, con orden de que si los moros entrasen arremetiesen contra ellos. Al Adalid mandó que los socorriese y que él haría lo mismo con el resto del personal. Luego que el Atalaya llegó al Palmar, salieron contra él veinte de a caballo.

Francisco Tavares los atacó, y los moros se retiraron poco a poco, sin que los nuestros dejasen de perseguirlos con todas las fuerzas hasta la boca de dicha Atalaya. De ésta salió su grueso que constaba de quinientos caballos. Arremetieron los nuestros que iban delante y los hicieron cambiar de dirección.

El Conde General, que había llegado al Palmar con el Guión y la Infantería a la Huerta de la Sierra, viendo tanta fuerza, se encontró apurado. Juan de Pazos, que llevaba su Guión, para asegurarlo y entender que el General lo mandaba poner en salvo, se retiró apresuradamente a la empalizada nueva. Lo mismo hicieron los demás con el desorden y confusión que causan estos accidentes repentinos. Lo propio hizo el Conde, que ya no pudo evitar lo que había ocurrido. La Infantería tuvo que trabajar más, si bien pudo retirarse a los campamentos sin pérdida alguna.

Los moros, valiéndose de la ocasión, hicieron presa en los nuestros. Mataron y cautivaron a algunos de los que encontraron delante, e hicieron mucho mayor daño si el Adalid no arremetiese contra ellos en el Palmar y los hiciese detener.

Retiróse al pozo del Gilete, cuyo puesto sostuvo, recogida en él la gente y obteniendo la libertad algunos caballeros que habían caído. De los nuestros se perdieron cuatro, que quedaron muertos, sin contar tres que los moros llevaron cautivos, entre ellos Lopo Fernández López, por haberle caído el caballo. Era éste hombre de gran valor, como lo demostró la experiencia en todas las ocasiones en que actuó.

El Conde reformó la gente en la Piedra de Don Diego, y los moros se formaron en la Loma del Adalid. Hubo opiniones para ir a buscarlos, pero el Conde determinó lo contrario, contentándose con esperarlos en aquel puesto. Los moros, satisfechos de lo que habían hecho, no tardaron en retirarse.

El Conde regresó a la ciudad, triste por lo ocurrido, pena que le alivió el considerar que pudiera haber sido mucho mayor la pérdida. Si los moros, en efecto, siguieran resueltos la fortuna, es probable que el desorden nos habría sido más costoso.

Por esto, los Generales deben poner mucha atención en los caprichos del personal. Cuando haya indicios de particularidades, deben inclinarse siempre a la opinión más segura.

Con todo, el Conde no dejó de procurar la venganza. Para ello, en Diciembre del mismo año, mandó al Adalid con ciento cincuenta y tres de a caballo a los campos de Benaulente, de los que regresó con ciento diecinueve cabezas de ganado grueso, cinco potros y ocho yeguas.

Este mes fué feliz para nuestro reino, pues en sus primeros días se levantó en Lisboa el Rey Don Juan IV, Duque de Braganza, a quien aquél pertenecía por las razones que atrás apuntamos y cuyas particulares circunstancias no corresponden a este lugar.

Todo el reino le prestó obediencia sin contradicción alguna; las fortalezas que guarnecían los castellanos se le entregaron casi sin dificultad; el mismo ejemplo siguieron las más remotas conquistas, y, en esta Provincia, la Villa de Mazagán. Sólo Ceuta y Tánger quedaron con Castilla, de lo que fué causa la próxima vecindad y la duda de lo que en adelante pudiera suceder.

Ceuta comenzó a ser presidio para los españoles, con nuevo Gobernador, pues se retiró Don Francisco de Almeida, que desempeñaba este cargo. En Tánger no hubo cambio. Se le encargó al Conde su defensa, y el de Linares, su suegro, que quedó en Castilla, lo persuadía a que continuase constante en este partido. Así lo hizo, no atreviéndose, como es de creer, a declarar nada ante el pueblo, cuya voluntad ignoraba. A esto contribuyó el pasarse a Castilla el Conde de Tarouca, a quien el Rey Don Juan mandaba de Gobernador a esta ciudad, cargo para el que se le había nombrado antes, y Don Juan Soares, que venía para Ceuta con otros hijosdalgos, que los acompañaron en esta infame resolución.

Para asegurar más los castellanos al Conde General, le mandaron el título de Marqués de Sovereira Fermoza y la llave dorada. Para celebrar esta merced, salió a la Plaza del Chorizo con los demás caballeros a hacer fiestas. Cuando se preparaba a danzar le dió un vahido, del que cayó al suelo, indicio cierto de que Dios no permite que los portugueses, despues de libres, festejen las mercedes

que por semejantes motivos les conceden los castellanos. Mientras las cosas estaban en esta suspensión, llegó una carabela del reino con cartas del Rey, que traían Antonio Martino de Lordeño, Tesorero de la Catedral, y Baltasar Vaz, para el Conde, a fin de que éste y la ciudad le prestaran la debida obediencia.

Informado el Conde del intento, se fué de paseo hasta el rio en espera de que la ciudad tomase alguna resolución, pues ya esta noticia era del dominio público.

Como no viese ningún movimiento y que persistía el mismo recelo, aumentado ahora con esta demostración, perseveró en lo que tenía resuelto de antes respecto a la obediencia a Castilla, si bien la carabela salió del puerto sin daño ni respuesta.

No tardó el pueblo en sentir la falta de alimentos y demás socorro que del reino, como de padre natural, tan largamente se remitía. Esta experiencia de que eran buenos testigos las Plazas vecinas de la Mamora y Larache, así como las noticias de la felicidad de nuestro reino, excitaron el amor natural y causaron en los ánimos diversos pensamientos, cuyos efectos veremos adelante.

Entretanto el Conde continuaba la guerra con los moros, con menos suerte de la que hasta entonces había gozado.

Como llegase a saber que el Morabito penetraba en el campo con numeroso ejército, resolvió no salir fuera, y si se acercase al Adalid, retirarlo y pelear desde la ciudad. Mudó, empero, de opinión por parecerle cobardía el quedar encerrado; en Marzo de 1641 mandó un escucha al Farol Viejo y salió al campo, e indicó al escucha el camino a seguir; los Atalayas iban delante; los moros salieron del Palmar y vinieron hasta la Forcadinha, donde los nuestros pelearon con ellos y le mataron un caballo.

Los moros iban en aumento, penetraban a escondidas, y una gran tropa de a pie, para engañar mejor, salió con una bandera por el Otero de Vintem hacia arriba, si bien otros se metieron en la Abobada, como si quisieran ocupar por todas partes los puestos y retirar los Atalayas.

Mientras esto ocurría, el Conde se informó de la acometida de Don Pedro, y vinieron a decirle que era grande el número de la gente que entraba de a pie y de a caballo. Los más prudentes le aconsejaron que retirase luego la Infantería que, a cargo del capitán Pedro Barreto, guarnecía el campamento de Forcadinha. Otros le dijeron que eso era lo que deseaban los moros; que no convenia

a su reputación demostrar recelo, que ya los moros le huían y no se atrevían a atacar.

Debido a esto se quedó quieto, no obstante haberle mandado a decir la Condesa, su mujer, que los moros estaban derribando el campamento de la Abobada, hecho que confirmaron dos Atalayas que lo vieran.

Así, suspenso en la resolución que debía tomar, se presentaron los moros por todas partes y sin reparar en el daño que les hacía la artillería atacaron a los nuestros.

El General mandó que se retirase la Infantería, pero ya era tarde. El capitán lo hizo como pudo; dejó entre los moros algunos soldados y muchos más se perdieron a no haberlos socorrido el Adalid, que la emprendió contra los moros y los obligó a detenerse. Gracias a esto llegó el capitán al Revellin, en donde el Adalid volvió a dirigirse hacia los moros. Eran éstos tantos y venían tan furiosos que nada les impedía el avance. Se acercaban y no dejaban de dar cargas a la ciudad y a los nuestros.

El Conde, que se veía en trance tan apurado, quiso retirarse, pero como la entrada por la puerta de la Traición, por donde saliera, era tan estrecha y llena de obstáculos, fué grande la confusión y el desorden. Unos impedían a otros; muchos se lanzaron a la Plaza, y cada uno quería ser el primero en entrar en la ciudad.

Vinieron los moros sobre ellos, y uno, al pie de la Torre, con un trabuco en la mano, quería encabritar algún caballo e impedir el camino, cuando una piedra de arriba lo libró de este cuidado, dejándolo muerto.

A pesar de todo, el General retiró la gente del mejor modo que le fué posible. En el campo quedaron veinticinco soldados muertos, entre ellos Isabel Vaz, que aunque mujer, desempeñaba plaza de soldado y daba a muchos ejemplo de valor.

El General hizo cerrar las puertas y pelear contra los moros desde la muralla. El enemigo estuvo la mayor parte del día en el campo tirando hacia la muralla, y de noche los nuestros retiraron a nuestros muertos, llevados a rastras hasta la Forcadinha, en donde les cortaron las cabezas que el Morabito mandó a Fez como trofeo de esta victoria.

No logró mucho tiempo los aplausos de estas y de otras victorias, porque vino contra él el Bembucar; perdió una batalla, en que murieron más de dos mil moros; retiróse deshecho y desamparado

de los más que seguían su suerte. Vino además en busca suya un Alarve, al que había ofendido, con quince de a caballo, llegó a su tienda mientras los otros quedaban ocultos y le dijo que venía a servirlo y quería comunicarle algunas cosas. Salió con él fuera de la tienda, y luego que llegaron los demás, le cortaron la cabeza, que mandaron a Salé, cercada por él muchos años y reducida a término que se quiso entregar al Rey de España, quien le había mandado algunos socorros.

Por ello se hicieron grandes fiestas al ver cortada la cabeza de su enemigo. Fué el Morabito Laxe uno de los hombres de más valor y talento que hubo en sus tiempos. De humilde nacimiento llegó a poseer grande fortuna y con los éxitos aumentó su fama. Hizo gran daño en todas las fronteras. Celoso de su secta y enemigo de los cristianos, atrajo con ello a mucha gente. Siempre en el campo, amenazaba una Plaza, para caer como rayo en otra más lejana.

En Tánger hizo lo que dejamos referido; en Ceuta causó gran daño al desbaratar en una ocasión a los nuestros, en la que muchos cayeron muertos y otros fueron hechos cautivos, calamidad que se aumentó con un incendio de pólvora ocurrido entre las puertas; en Larache deshizo un escuadrón de quinientos soldados, como atrás digimos; en la Mamora hizo lo mismo; y en Mazagán degolló a Don Francisco Mascarenha, Conde de Castello Nuevo, con toda la gente de a caballo, después de hacerle salir de la Plaza con avisos falsos de unos moros amigos que le pedían los quisiesen poner en paz. De los suyos, con quienes tuvo guerra, alcanzó otras victorias; pero, por fin, tuvo en sus últimos días el castigo que merecía.

Se enteró de este acontecimiento el Conde General por su confidente Asus, y lo celebró como debía, ya que deseaba ser instrumento de la venganza.

Continuó con menos cuidado el campo, y para tener de los moros noticia completa, mandó a los Almocádenes Diego Correa y Manuel Gómez Pinto, a Benamagras, con quince de a caballo. Cogieron a dos moros, y como quedó bien informado, al poco tiempo mandó al Adalid con ciento setenta y tres de a caballo a Guadaleón, donde sabía que era sende el botín. Salieron por el río de Benaisa, por ser allí el campo más a propósito para su intento; mataron a un moro, cogieron a otro y con cerca de doscientas cabezas de ganado grueso se retiraron por tierra.

En Febrero del año siguiente de 1642, salieron los moros de la

Atalaya Chica. Mandó el Conde atacarlos, y, como no eran más de veinticinco, dirigidos por el Almocaden Mosoba, se pusieron en fuga. Los nuestros los persiguieron hasta la Sierra, les mataron a dos y cogieron un caballo y toda la ropa que por allí encontraron. Los moros también nos hicieron en esta ocasión algún daño, pues resultó muerto Manuel de Oliveira, y herido con una bala Antonio Fernández.

El Adald, que llegó en este tiempo, se internó en la Sierra, en la que por no encontrar salida, anduvo perdido largo espacio, gracias a lo que los moros, como más prácticos, tuvieron lugar de ponerse en salvo.

Al Conde General le preocupó mucho el no aparecer su gente, y después de mandar tocar las trompetas, la esperó en el Otero de Lacras. Luego apareció el Adalid, que se retiraba por el salto a donde el acaso lo llevara. Lopo Fernández López mató en este día a uno de los moros, y el Almocaden Mosoba estuvo muy en peligro, del que le libró su industria.

De allí a pocos días mandó a los Almocádenes con veinticuatro de a caballo a Benamagras, donde cogieron a cuatro moros, y por lo que de ellos oyó, resolvió pelear contra los Almogaberes en la Loma del Otero.

El 19 de Septiembre, antes de amanecer, mandó al Adalid con cincuenta de a caballo a ocupar la Celada, y, ya de mañana, ocupar los alrededores del Otero. El General quedó con la gente restante en las cuevas de Fernan Alvares, desde donde mandó a dos hombres para que, como extraviados, saliesen al monte por debajo del Otero, a fin de obligar a los moros a que le saliesen al encuentro. Como esto no ocurrió y el tiempo pasaba, se retiraron. Volvieron a ir tres con el mismo objeto y en esta ocasión los moros apresaron al Almocaden Manuel Calvallo y lo dejaron muerto. Tocó a rebato Manuel Duarte, que estaba en el Otero, y los dos que huían, al verse cercados, pedían socorro. Salieron los nuestros de la emboscada, atacaron a los moros, a quienes pusieron en fuga, y al ir detrás de ellos, mataron a cinco, cogieron a tres, seis caballos y otros despojos.

Todos supieron cumplir con su deber. Gaspar Soares Pimentel mató al primer moro; Francisco Banha se distinguió al herir a un moro en el rostro con la espingarda y luego de dejarlo rendido, pasar adelante y matar a otro; Lopo Fernández López hizo lo que

acostumbraba y dejó imposibilitado a un moro. El Conde, que pasó al Otero, se retiró con la gente, y los moros cautivos huyeron de la casa del Almocaden Francisco Pays, después de cogerle las armas, y luego de habérselas con el centinela que está sobre la puerta del campo, se echaron de la muralla abajo.

Pocos días después mandó a los Almocadenes a Benaulente con setenta y cuatro de a caballo, de donde se retiraron con veintitrés cabezas de ganado grueso, cinco potros y ocho yeguas.

A más de estos sucesos, tuvo el Conde General dos grandes peleas con los moros, sin contar otras de menos importancia. En una de ellas llegaron los moros hasta la planicie del campo. El Adalid, que se condujo con gran valor, recibió una herida, final que en semejantes ocasiones es la mayor estima para los honrados. Como remate de esta pelea se retiraron los moros con pérdidas, lo mismo que le sucedió en la otra, que fué en los Pomares.

Por orden suya dió Asus ponzoña al Almocaden Cadime, de cuyas resultas murió. Así, por todos los caminos procuraba abatir y disminuir a los enemigos de nuestra Santa Fe. En la paz se condujo siempre con gran rectitud. Veló con celo por el bien público y a todos dió ejemplo de cristiandad y laudable desinterés.

Así las cosas, creció en los ánimos de las personas principales el deseo de restituirse a la obediencia de su Rey natural, y resolvieron entre sí ponerlo en práctica sin dar parte al Conde, quien, sin duda, hubiese favorecido tan justificado intento.

Todo preparado, el 24 de Agosto, día de San Bartolomé, del 1643, subieron al palacio al amanecer y entrando en la cámara del Conde, que aún estaba en la cama, dijeron en voz alta: ¡Viva el Rey Don Juan!, a lo que respondió: ¡Viva muchos años, y si antes me constara este deseo, hubiera sido yo el primero en dar a todos ejemplo!

Sin embargo, lo depusieron del gobierno y lo llevaron preso a unas casas de la Asacalla, a donde lo retiraron con su familia y hacienda, sin otro perjuicio, acción digna de mucho loor, porque en semejantes ocasiones cualquier exceso tiene disculpa.

Se difundió por la ciudad la misma voz de ¡Viva el Rey Don Juan!, y sin ninguna repugnancia, quedó toda ella reducida a su obediencia.

Eligieron por gobernador, hasta orden del Rey, al Alcaide mayor Andrés Díaz de la Franca. Despacharon con este aviso a Fran-



cisco Banha de Siqueira, que fué del Rey muy festejado; como que en esto se vieron mayores demostraciones de alegría que cuando se le sujetó todo el reino.

A Francisco Banha le hizo algunas mercedes, y como le constase del proceder del Conde, lo mandó ir a Lisboa. Lo recibió con mucha benevolencia y después lo hizo Presidente de la Cámara. En este cargo se condujo con gran celo y acierto. Ultimamente lo mandó de Virrey a la India, que estaba alterada. Esperaba de su prudencia grandes resultados, pero se los atajó la muerte, pues falleció en Goa con general sentimiento de aquel Estado y de todo el reino. Ya sabemos que de las naciones son columnas los individuos que tan honradamente se portan. Le sucedió, como queda dicho, el Alcaide Mayor, Andrés Díaz de la Franca, a quien le designaron como adjuntos al Contador Ruy Díaz de la Franca, Baltasar Martino de Loredello, Juez de los huérfanos, Francisco Banha de Siqueira, Escribano del Almojorifado, y al capitán Francisco López Tavares.

A su debido tiempo y ante las personas de más significación de la ciudad, así eclesiásticos como seculares, declararon de nuevo al Rey Don Juan por su Rey y señor. Andrés Díaz de la Franca, lo mismo que los adjuntos, acordaron darle cuenta de ello; recibieron en su nombre el homenaje, y con la firma de todos enviaron al Rey copia del documento. El gobernador Andrés Díaz de la Franca le escribió, prestándole obediencia en nombre de todo el pueblo.

El Rey le contestó en carta del 6 de Septiembre, en la que le agradecía la resolución y prometía socorros, que luego se enviaron desde Lisboa y el Algarve. Lo confirmó en el gobierno en la forma en que estaba hasta nueva orden y garantizaba a todos aventajadas mercedes, como por este acto, cualidad y servicios, tan justamente merecían.

Al pueblo le escribió el Rey en este mismo sentido y no se hicieron tardar los socorros que prometía.

Entretanto llegó de Castilla una remesa de ropas y otras cosas. Las recogió con disimulo el gobernador, para lo que fué en persona a la puerta de la playa. Se apoderó de las embarcaciones e hizo decir a todos ¡Viva el Rey Don Juan!, con lo que los castellanos quedaron atónitos. Dió de esto cuenta al Rey, que se lo agradeció mucho. Mandó inventariar las haciendas y embarcaciones y dar el pasaporte a los castellanos y a todos los demás que estaban en esta plaza, excepto a aquellos que de voluntad y sin que de ellos hubie-

se motivo de sospecha, quisiesen quedar en su real servicio. Los castellanos sintieron de veras el acuerdo tomado en esta ciudad y procuraron volverla a su obediencia, valiéndose de los medios que estimaron más eficaces. Fué el principal instrumento en este sentido Don Lopo da Cunha, quien, por haberse pasado con el Conde de Tarouca en Castilla, quería acreditarse de fiel a aquella corona con esta demostración.

Con semejante idea pasó a Ceuta y procuró ganar gente, y hasta entre los moros trató el asunto de su seguridad para venir por tierra hasta esta ciudad, en la que suponía habría algunas personas que deseasen otra vez el cambio. Todo fué inútil, pues Dios quiso que esta ciudad se conserve en la obediencia de sus Reyes naturales.

No dejaban entretanto de venir al campo los moros, ni el gobernador de salir a él con el cuidado que le enseñaba su mucha experiencia y convenia en tiempo de tantas revueltas.

Mandó reconocer la Sierra por dos exploradores, quienes le comunicaron que había algunas trillas, noticia con la que salió, ocupó la Atalaya Chica e hizo retirar al Atalaya de los Pomares por el peligro en que se encontraba.

Se valieron de la ocasión los moros, llegaron al río sin ser vistos, salieron por la Greda, y como le cortasen el paso los nuestros, estuvieron a punto de sucumbir. Se echó hacia ellos el Adalid, acudió a reforzarlo el General y uno y otro favorecieron la retirada de la mayor parte de la gente. No obstante no pudo evitarse del todo el daño, porque los moros pasaban de quinientos y a ellos es debido que en esta ocasión hubiese ocho bajas de caballeros entre muertos y cautivos. También los moros perdieron algunos. Antonio Correa López, luego de derribar a uno de ellos que encontró delante, le cogió el caballo. El Alcaide Mayor reforzó la gente, penetró algunas veces entre los moros y se retiró después sentido del suceso; pero los de la guerra son inciertos y no dan otros frutos.

En los Pomares anduvo Abraham Mosoba, en ocasión que estaba ausente el Adalid, y llegados a la emboscada grande, se apearon algunos de los moros. El Adalid quiso atacarlos, mas al ver que caía mal herido Francisco López, acudió a socorrerlo, por lo que se encontró en la necesidad de desistir del intento, en el que, a haberse logrado, hubieran perecido muchos moros.

Estaban los puertos cerrados por haber recelo de peste en la

Berbería, y el Alcaide Mayor tuvo algunas referencias de que los moros maquinaban algo en contra. A uno, en efecto, se le encontraron papeles al matarlo por la noche en las huertas en que se armaron, papeles en los que estaban escritos todos los Almocádenes y la gente de las aldeas. Otro llamó desde la playa a una barca para hablarle, y como recelase llegarse, le hizo señal para que abriesen los ojos; pero como no se sabía el designio, sirvió la sospecha para salir menos al campo y con mayor cautela. Tampoco el Alcaide Mayor dejó de vigilar continuamente la ciudad y dormir en ella muchas noches, hasta que, por el continuo trabajo, le sobrevino una grave enfermedad que le obligó a estar en cama con muchas sangrías y casi próximo a morir.

Con esto hubo más descuido, y los moros, gobernados por el Cherif Maximuda y otro de Tetuán, con los Almocádenes Mosoba y Benexe, con mucha gente de a pie y de a caballo, intentaron entrar de noche en la ciudad. Para conseguirlo se reunieron en la Sierra, y la noche del 6 de Noviembre de 1644, en el cuarto del alha, se armaron a la muralla por la parte de la Torre. Pusieron dos escaleras en el bahuarte del Cangrejo, junto a la puerta de la Coraza, y subieron por ellas sin ser oídos. Mosoba fué el primero, y como de la muralla al terraplén, que no está aún acabado, quedaba alto, descendieron en mantas hasta él.

Se juntaron unos sesenta, y como temiesen que los oyera un centinela que estaba cerca, se acercaron a él para atarle las manos y matarlo sin ruido; pero Francisco Soares, hijo de Felipe Soares, boticario que ocupaba este puesto, se defendió con tanto valor que después de recibir muchas heridas, de las que al fin murió, se libró de los moros y vino tocando a rebato.

Custodio Altelleiro disparó luego una bala, con lo que en la ciudad se creyó se tocaba a rebato, y entre tanto los moros venían destrozando a cuantos encontraban delante, ocuparon la Torre y bajaron hasta cerca del cuerpo de guardia y de los almacenes. Acudió Pedro de Campos, que estaba de guardia. Aunque era sólo allérez, actuaba de capitán, y reunió algunos soldados y a otra gente del Castillo, entre ellos Manuel Ravello el Viejo. Este, con una adarga y un trabuco, salió como de incógnito. Como eran pocos y los moros muchos, el capitán y algunos otros, aunque pelearon con gran valor, quedaron muertos unos y heridos otros, entre ellos Manuel Ravello en el brazo izquierdo, que le dejó imposibilitado.

Acudieron entretanto el Adalid Ruy Díaz y la demás gente, desamparando los otros puestos, cosa que no debieran haber hecho. Llegados a la puerta del Castillo la encontraron cerrada, y en cuanto no se abrió, se produjo confusión que pudiera perjudicar. Quiso levantarse el Alcaide Mayor y suplir con el ánimo el defecto de las fuerzas, pero como éstas le faltaban, cayó desmayado.

Mientras tanto el Adalid, abierta ya la puerta, reunió a la gente en la Plaza del Castillo. Apeóse del caballo y con el trabuco en la mano, se puso delante y animaba a todos para que atacasen a los moros y peleasen con valor por la defensa de la Patria, servicio de Dios y del Rey, y por la libertad de sus mujeres e hijos.

Al mismo tiempo atacaron otros por la parte de las Curujas, así como lo hacía también el Adalid con los que le seguían.

A pesar de las balas y de la resistencia de los moros, los llevaron calle arriba y los apretaron de tal suerte que tres quedaron muertos y los demás se pusieron en salvo, bajando unos por las escaleras y arrojándose otros por la muralla, con lo que se hicieron pedazos.

Los demás no pudieron socorrerlos como procuraban, no obstante que para este efecto tenían ya rota la puerta de la Coraza, e intentaban hacer lo mismo con la de la Traición a machetazos y barras, preparados de antemano.

Ganada la muralla y lanzados fuera los moros, les dieron cargas, a las que también respondieron con otras, de cuyas resultas fué muerto un caballero.

Como recibían mayor daño, se retiraron, dejando las escaleras, muchas armas y otros despojos, y al pie de la muralla un moro con las piernas quebradas.

Francisco López y Juan Fernández Caravella bajaron a informarse de él. Lo trajeron a la puerta de la Traición, y como la furia de algunos lo acabó de matar, no se pudo obtener de él ninguna noticia.

La gente que nos murió en esta ocasión fueron catorce hombres, sin contar otros que resultaron heridos.

El riesgo fué grande, pues se pudiera perder la ciudad a haber tenido los moros paciencia para esperar el aumento de su número, ya que no fueron oídos y dieron el asalto por diferentes partes. Está visto que la causa que la ciudad defiende y el favor de la Virgen Nuestra Señora de la Concepción, que algunos afirman haberla vis-

to esta noche, la libró de tan grande peligro. Todos le dieron las gracias como era justo, y el Alcaide Mayor les agradeció lo que hicieron, supliendo con su valor la falta de salud.

Así continuó hasta el fin de su gobierno, sin otro suceso digno de quedar en la memoria. Procedió a entera satisfacción de todos y con celo del servicio del Rey, acreditado en muchas ocasiones. Es digno de ser citado el caso de haberle enviado preso a su propio hijo por solas leves sospechas. Del examen de la causa resultaron padre e hijo más acreditados de lo que estaban. Fué esta acción tan aplaudida, que la refiere maravillado el Conde Mayolino en su Historia de estos tiempos, y de ella hacen mención otros autores.

Al Alcaide Mayor Andrés Dias de la Franca sucedió *Don Cayetano Continho*, a quien nombró el Rey para el gobierno de esta ciudad, después de haber desempeñado el mismo cargo en la Provincia de Entre Douro y Minho, donde obtuvo grandes victorias sobre los castellanos y gallegos.

Concurrían en él todas las cualidades necesarias para este cargo. A más de su rango, valor y prudencia, fué de los primeros que procuraron restituir el reino a su Rey y señor natural. Ganó después la Fortaleza de San Jerónimo, llave de la barra de Lisboa, y llegó a esta ciudad el 16 de Abril de 1645, con personal, dinero y otros socorros de municiones y abastecimientos, con lo que la Plaza quedó mejor provista.

La primera noche de su llegada se informó del estado de la Berbería. Por creer que los moros estarían descuidados, al día siguiente mandó seis exploradores a reconocer el campo y los pasos del río. Se retiraron sin más noticias de los moros que haber visto dos de ellos unos fuegos, dato que, para que no impidiese el intento, lo hizo disimular el Adalid y no llegó a conocimiento del General.

Al amanecer se resolvió tomar campo largo y la rueda del Otero. Como no aparecieron los moros, los nuestros penetraron de repente por sus tierras; pero al salir los Atalayas, Pedro da Costa descubrió que los moros se armaban en la Calzada Chica, por abajo de los Tres Palos. Se libró de las espingardas, y como viniesen detrás de él, lo favorecieron Lopo Fernández y los demás que llevaba consigo.

Esto era en el Cabo de las Costas, y luego que llegaron a la defensa del Verde, sostuvieron el impetu de los moros a fuerza de lan-

zadas, de las que cayeron algunos moros, resultando uno muerto. De los nuestros cayeron Francisco Tavares de Araujo y Belquior Mateo de Araujo, su hermano, hijos de Lopo Fernández, quienes, favorecidos de su padre y de los demás, se vieron libres del peligro y montaron a caballo.

Acudió el Adalid a la puerta de la Abobada, y luego que vió a los moros, los atacó. Lopo Fernández López fué uno de los primeros que llegaron a ellos. Se dirigió a uno y lo dejó muerto. Cayó encima de él con el caballo, que quedó casi enterrado en la arena. Montó de nuevo y se dirigió con los demás en seguimiento de los moros. Estos, que eran cientocincuenta de a caballo, se iban retirando poco a poco. Se acercó al Almocaden Abraham Mosoba, terror de los cristianos, y dirigiéndose a él el moro le dió en el rostro con la espingarda, en cuyo manejo era muy diestro. Sin reparar en el peligro, le hizo frente, y como el moro la tenía descargada, dió media vuelta y se fué. Acercóse entonces a él Lopo Fernández y lo atravesó de una lanzada y dió con él en tierra.

Le preguntó si era Mosoba, de quien estuviera cautivo en algún tiempo, y como le respondiese que sí, lo acabó de matar y se fué adelante. Con esto perdieron los moros todo el ánimo y, puestas en fuga, el General y los demás los fueron siguiendo hasta Benamagras. Les mataron veinte en la retirada, de los que tocaron cinco a Lopo Fernández López; cogieron once caballos, muchas armas y despojos.

Valiéndose de la ocasión, por estar derrotados los moros, pasaron los nuestros adelante. Salvó el General el río, y el Adalid siguió a Aseguedelin, donde cogió ciento ochenta cabezas de ganado grueso, algunas yeguas y potros y más de mil cabezas de ganado menudo, que por resultar molesto y no querer pasar el río, lo mandó degollar el General, con orden de que cada uno cogiese lo que quisiese. Con el resto del botín se retiró a la ciudad, sin más pérdida que la de cuatro caballeros levemente heridos. Todos hicieron lo que debían y muchos se distinguieron, en particular Lopo Fernández López, que contribuyó en mucho a reunir el indicado botín. También se distinguió Francisco Martins da Costa, quien al atacar a un moro, cayeron ambos al suelo, si bien llegó a matarlo a cuchilladas en presencia del General. Después de tan señalada victoria, lo primero que se hizo fué dar gracias a Dios en la Catedral. El Adalid y los demás caballeros fueron honrados y premiados por el General conforme a sus merecimientos.

Como la Berbería estaba infestada de la peste, luego que los moros entraron en la ciudad y muchos se aprovecharon de sus despojos, comenzaron a sentirse algunos efectos de ella, de lo que no se hizo mucho caso al principio. Después de este acontecimiento fué tan en aumento la epidemia que sobrepasó todas las conjeturas.

Aunque el General, a quien le constaba el mal por los moros, hizo quemar toda la ropa que se pudo recoger, porque alguna no apareció y bastaban los cautivos y ganados para infeccionar el aire, resultó de esto la mayor miseria en que podía verse este pueblo. Como es tan estrecho y no hay libertad en el campo para salir a respirar aire puro, perecieron los más, pues el mal se comunicaba de unos a otros irremisiblemente.

Aunque se procuró alguna separación y se convirtió el Castillo nuevo en casa de salud, extendiéndola hasta San Roque y las demás casas de Chorizo, no fué bastante y se terminó por dejarlo todo a la Naturaleza.

Sin embargo, no faltaron los regalos y medicamentos necesarios, que el Rey mandó con muchos médicos y cirujanos, en grande abundancia, todo lo que se desembarcaba en la playa y se recogía por la puerta del campo.

El General acudía a los enfermos con la caridad y largueza que exigían sus obligaciones, de las que fué siempre fiel cumplidor.

Pero no bastaban los medios humanos para evitar los azotes de la ira Divina, que muchas veces nos parecen castigos, y, en realidad, son misericordia. Duró esta calamidad seis meses, hasta que comenzó a aplacar su mayor furia con la entrada del invierno. Llevó más de mil setecientas personas, número grande para un pueblo tan pequeño. Suplió esta falta el Rey con más de doscientos soldados que mandó venir de la metrópoli.

Luego que cesó el mal, cobró nuevos alientos el pueblo y se continuaron los ejercicios del campo, que no se interrumpieron del todo, y sin acontecimiento alguno digno de memoria, se llegó hasta el fin del año.

Al principio del año siguiente, libre ya del todo la ciudad y restaurada en alguna manera la pérdida anterior y libre del mal la Berbería, se continuaba con menos recelo el ejercicio del campo. En él el General, se descubrieron moros de a pie en los Pomares. Mandó atacarlos el General, y como se pusiesen en fuga, los siguieron

los nuestros por dentro de la Sierra. Les mataron dos, les cogieron una bandera, y los demás se salvaron en las espesuras del bosque, sin que hubiese en el campo gente de a caballo para prestarles socorro. Con esta demostración resolvió el General mandar aquella misma noche al Adalid a emboscarse en el río con toda la caballería. Al recorrer, luego de amanecido, las Lomas altas, encontró tanto ganado que, dejado alguno por no poder traerlo, se retiró con más de novecientas reses. Se tocó a rebato, acudieron algunos moros de Angera y en seguida que llegó nuestra gente a Nazare, los inquietaban de lejos.

Lopo Fernández López pidió al Adalid algunos de a caballo para hacer guerra a los moros, pues como venían de lejos y con los caballos cansados, creyó que sería fácil vencerlos. Creyendo que el Adalid le mandaría más gente, se fué hacia los moros con Juan Díaz Rodríguez; pero como aquél no accedió a ello por ser ya tarde y querer asegurar la presa, los dos caballeros se metieron entre los moros, que eran quince, y los pusieron en fuga. En ella tiraron contra Lopo Fernández, al que hirieron en un brazo. Este se retiró más pesaroso de haber perdido la ocasión, que de la herida recibida. Retirado también el Adalid a la ciudad, ésta se alegró mucho con el gran botín que traía hecho por el General en el campo y del que todos participaron.

Pocos días después determinó el General ir a la Sierra con guardia y mandó de noche a los exploradores como de costumbre. Al presentarse dos de ellos para ocupar el salto, saliéronles al encuentro cuatro moros de a caballo que los siguieron largo espacio. Se salvaron en la Sierra, y luego que llegaron a San Juan les socorrieron los nuestros y los libraron del peligro, pues al mismo tiempo salieron cincuenta de a caballo y otros dos exploradores que estaban en el Otero, y pudieron verse libres.

Aunque se acercaban a los que estaban en San Juan y otros, con todo, Francisco López Borje, que estaba en la Aldeita del Cabo, quedó cautivo, y Domingo Fernández y Andrés Delgado perdieron sus caballos. Salvados en la Sierra, a pesar de tantas dificultades, vió el General que de ella se retiraban los moros de a caballo y mandó que se cogiese en el lugar la leña necesaria.

Al venirse los nuestros supo el General que en la Sierra aparecían algunos enemigos de a pie para perjudicar a algunos de los nuestros que estuviesen apartados de los demás. Dirigióse hacia



ellos y los mandó atacar. Como algunos de los nuestros se pusiesen delante con idea de impedir la marcha a los moros, dudaron sobre si hacerlo o no, pues vieron que se marchaban con las espingardas en alto. En esto llegó Lopo Fernández Lope, convaliente de sus heridas, que aun traía abiertas, y atacando a los moros, atravesó con una lanza al Almocaden. Este le disparó la espingarda al mismo tiempo y le hizo pedazos el brazo izquierdo, que era precisamente el herido.

Los nuestros se echaron sobre los moros, siguiendo el ejemplo del General, que fué de los primeros. Los persiguieron por la Sierra y les mataron tres. Los demás se internaron en la selva. El General, que llegara hasta el Rosal de la Condesa, se retiró con manifiesto peligro, pues los moros, sin ser vistos, tiraban desde las peñas a él en particular, pues se le conocía por un capote escarlata y un sombrero blanco con una cinta de diamantes. Quiso ser el último, pero Francisco Tavares de Araujo no se lo consintió, queriendo serlo él, y como le ordenase lo contrario, respondió que era de menor importancia que se matase a un caballero particular, que a un General de Tánger. Débense evitar lo más posible semejantes altercados en los que el peligro es grande y nulo el fruto positivo.

Resultó también herido Francisco Rodríguez de Figueiredo, y Luis Díaz Senda perdió el caballo, que se lo llevaron los moros sin ser vistos, pues lo había dejado por perseguirlos a pie. De regreso en la ciudad asistió a la cura de Lopo Fernández, a quien cortaron el brazo. Este estuvo a punto de morir, pero escapó de tal trance, si bien quedó imposibilitado para prestar, como antes, los servicios propios de uno de los caballeros más valientes que tuvo esta Plaza. Sin embargo, aun se encuentra en algunos casos y es de mucho provecho. El General lo condecoró y supo agradecerle una posición en la mejor forma posible.

Después de esto, vino a este puerto un navio inglés averiado. Se le mandó tirar la carga, que era de aceites y otras mercancías, y todo se recogió en los almacenes. Entraron en éstos nueve hombres que robaron aceite y uno solo se llevó un cajón de medias de seda. Al descubrirse el hurto, éste y otro de los más culpables, fueron condenados a muerte; los otros, a galeras. Al querer ejecutar la sentencia, se rompió el cordel que ataba al primero, y la Misericordia lo retiró a la ermita del Espíritu Santo. Con este ejemplo algunos clérigos retiraron al otro y lo recogieron en la misma ermita.

El General, indignado por perderse el respeto a la Justicia, bajó y atropellándolo todo, abrió las puertas de la ermita, hizo salir de ella a los delincuentes y mandó que se ejecutase la sentencia, lo que produjo algún escándalo por parecer que se excediera en el modo. El hurto se restituyó al inglés que, comprando aquí lo necesario, contribuyó mucho a los gastos que ocasionaba el campo.

En el mismo año se fugaron dos moros por la muralla de la puerta de la Traición y llevaron consigo por fuerza al centinela. Algunos días después se encontró a uno de ellos en el campo, y el General lo mandó poner en la boca de un cañón que lo hizo pedazos en pena del delito.

Cautivaron los moros a Sebastián Gómez, natural de Alenquer, cuando iba a reconocer el terreno como escucha. Preguntáronle si era bueno ser moro luego que lo cogieron; como estaba entre ellos, dijo que sí; pusieronle un gorro en la cabeza y lo llevaron a Arcila. Siempre que le decían que era moro, respondía constantemente que era cristiano.

Lo llamó ante sí Mohamed Ben Bucar, y haciéndole preguntas respondió lo que había ocurrido: Que nunca dijera que era moro ni realizara los actos y ceremonias que hacen los que dejan la Fe; que por la de Cristo en que naciera, estaba pronto a dar la vida entre los grandes tormentos.

Indignado el moro lo mandó atar a un palo y martirizar por los muchachos que le disparaban con cañas afiladas a modo de flechas. Después de invocados los Santísimos nombres de Jesús y de María, acabó su vida en este dilatado tormento con gran valor y constancia. Ya muerto, fué quemado su cuerpo y sus cenizas echadas al mar. Su alma gozará de los premios y coronas que Dios concede a los que mueren mártires y pierden la vida por su amor. Era de edad de veintiún años e hijo de Alfonso Gómez, natural de Alenquer. Se le hizo cautivo a fines de Abril de 1646.

A los comienzos del siguiente año de 1647, estando el General enfermo de una herida que le hizo una espina al comer, salió el Adalid al campo el 18 de Marzo. Ocupadas la Atalayita Seca y la Loma del Adalid, llegaron los moros con novecientos de a caballo. Hicieron cautivos a Domingo Fernández y Francisco López; mataron a Baltasar Fernández Ponce, y llevaron tres caballos. Retiró el Adalid a la gente que se le opuso. El General, todavía convaleciente, tomó las armas y acudió a rebato. Peleó contra los moros hasta

que le retiraron de la lucha y sufrimientos. En particular, debido al casco, se le agravó de tal manera la herida de la cabeza, que le sobrevino una gran erisipela. A pesar de la gravedad, fué mejorando poco a poco. Todavía en la cama, se descubrió el 8 de Mayo una grande Armada de Castilla, de 47 galeones y muchos barcos largos. En dirección de la bahía recogió tres navíos de trigo que estaban en el puerto junto a la ciudad.

Llegado que hubieron algunas naves de la Armada, de la que era capitán Don Juan de Austria, con intento de coger nuestros barcos y atemorizar al pueblo, el General se levantó de la cama, hizo preparar la Artillería, guarnecer la muralla, arbolar las banderas, tocar los instrumentos de guerra y disparar muchos proyectiles. Lo mismo hicieron los castellanos a nuestras naves, que también les tiraban.

Los castellanos hicieron demostración de echarse a tierra, y el General mandó formar la Caballería, salir a la playa cien mosqueteros y preparar todo para cualquier suceso. Después de cuatro horas de lucha los castellanos se retiraron con algún daño y sin intentar ninguna otra cosa; nuestras naves quedaron seguras.

Entretanto el campo continuaba tranquilo sin acontecimiento digno de ser referido, hasta que el 11 de Junio supo el General por dos escuchas que entraran diecisiete moros de a caballo. Mandó al Adalid que saliese contra ellos, persiguiéndolos hasta el Otero. El mismo General fué al campo, a pesar de no encontrarse del todo bien, pues aún se resentía mucho de una cadera.

Los moros persiguieron a un Atalaya que logró escaparse y llegaron a los Tanques. Los nuestros, que no pasaron del Pozo del Gilete, los atacaron y persiguiéndolos hasta el Otero cogieron a uno y a otro lo mató Vicente Fernández Atalaya.

El Adalid se excedió en la orden de seguir persiguiendo a los moros que se metieron en Benamagras; y lo que fué peor, por parecerle oportuna la ocasión, se determinó en mal hora a entrar en la Berbería. Pasó el río más de dos leguas sin encontrar presa alguna ni hacer nada de provecho, sino perder diecisiete caballos, que reventaron por el trabajo, a más de muchos que se ahogaron.

Los moros, al darse cuenta de la resolución de los nuestros, volvieron de nuevo, y como viesan en el Otero a algunos caballeros, los embistieron y mataron a Antón de Lordello, Juez de los huérfanos, y a Luis Ravello de Morais, Procurador de la ciudad, personas

ambas de las de mayor significación que en ella había. Llevaron cautivo a Gelianes y se apoderaron de todas las armas y caballos. Estos son los frutos que se cosechan de las desobediencias y de los desórdenes.

El Adalid se retiró tan poco satisfecho, como era natural, de cómo había obrado, que es lo que ocurre a los que se dan cuenta de los yerros cuando ya éstos no tienen remedio.

Quiso castigarlo el General, según el caso lo pedía, pero su arrepentimiento y la intercesión de muchos le valieron y se contentó con no verlo en muchos días, pasados los cuales y la fuerza de la pasión lo restituyó a su gracia.

Este mismo día, Asus, que continuaba en dar avisos, vino con un caballo a traer presas como antes hacia. Como esto lo realizaba con tan poco recato, llegó la noticia al Gobernador de Tetuán, que no tardó en prenderlo. Como quisiese castigarlo ofreció entregarlo a la gente de Tánger por la confianza que de él se hacía. Aceptó el partido. Vino con dos bueyes y dijo que en Tánger Viejo quedaban diecisiete de a caballo.

Arrepentido de este engaño, declaró al General que el Gobernador de Tetuán estaba con novecientos de a caballo y mucha gente de a pie. Contó también lo que había pasado y que quería quedarse con él y hacerse cristiano. Por ser día de San Agustín quiso ponerse su nombre, como lo hizo en el bautismo, llamándose en adelante Agustín Coutinho, del apellido del General, que fué su padrino. Este lo hizo Almocaden, le concedió el uso de caballo, le hizo otras mercedes y lo casó con una mujer principal.

Quedaron los moros muy pesarosos de habérsele malogrado esta ocasión y de que se hubiese quedado entre nosotros un hombre tan práctico en el campo. Para resarcirse hicieron algunas correrías, sin otro resultado digno de la historia que la pérdida de algunos Atalayas, cosa ordinaria en esta guerra, hasta que el veinticinco de Noviembre mandó el General hacer la guerra a los moros en el Tánger Viejo.

Como no se presentaron los moros, penetraron los nuestros en el campo y con toda confianza fueron las barcas a hacer leña en el Fornilho. Descuidada la gente que las ocupaba y sin armas prontas, mientras unos nadaban y otros estaban en tierra, sumando entre todos cerca de cuarenta hombres, los asaltaron dos moros de a caballo. Hirieron a uno de los nuestros con una lanzada; los demás, pre-

sa de la confusión, se pusieron en fuga, y si una barca, que ya se había alejado, no los socorre y tira a los moros algunos mosquetes, hubiera sido mucho mayor el daño, pues al fin consiguieron retirarse.

Acudió también el Adalid con el personal que tenía consigo. Los moros, a su vez, huyeron y pudieran gloriarse de esta acción, a la que dió motivo, como a otras muchas, nuestro desorden.

Al final de este año se mandaron espías, y como hubiesen visto presa, el ocho de Diciembre salió el Adalid con ciento diez de a caballo. Reco rieron los campos del Algarrobo, mataron a un moro y cogieron a cuatro, a más de doscientas cincuenta cabezas de ganado grueso. El Adalid se retiró sin tener que lamentar nada adverso. Recibido por el General en el campo, entraron todos juntos en la ciudad.

A principio del año siguiente, el 15 de Enero mandó el General que se fuese a ver los Pomares. Salieron del Farol Viejo con el Atalaya, cincuenta de a caballo, y al mismo tiempo aparecieron por la Atalayita más de ochocientos de a caballo en calidad de refuerzo. De la Sierra salieron otros tantos de a pie.

El General hizo que la gente se recogiese, lo que se hizo sin baja alguna. Los moros, como eran tantos, llegaron a la Pedrera, en donde la Infantería les dió una carga que les ocasionó grandes pérdidas.

El General sostuvo la posición del Rebellín, en la que se reforzó para pelear con más éxito con los moros, quienes en vista de esta actitud no se atrevieron a pasar adelante. Entre ellos cayó Antonio Correa de la Quebrada, a quien le mataron el caballo. Defendióse valerosamente hasta que fué socorrido y puesto en salvo.

Después de largo espacio de tiempo, se retiraron los moros con la pérdida de dieciocho, a más de varios heridos y muchos caballos. De nuestra parte murió un hombre, Diego Banha resultó herido y muertos tres caballos.

El General permaneció en el campo todo el tiempo que estimó necesario para echar de él, como lo hizo, a los moros.

Hubo después algunas escaramuzas, en una de las que se presentaron cuarenta de a caballo, procedentes de la Atalayita. Mandó los embestir el General, se les siguió algún tiempo y lograron salvarse en la Sierra. En otra escaramuza, siendo los moros más de doscientos, los hicieron retroceder los nuestros y les cogieron un caballo.

En Agosto del mismo año hubo otra escaramuza con igual número de gente, pero más reñida y con muchas lanzadas. El General quiso embestir a los moros con todas las fuerzas, pero lo detuvieron ante el temor de que pudiese haber mayor refuerzo. Los moros perdieron cinco; de los nuestros resultó sólo un herido. Se perdieron también algunos caballos. Todos los que pelearon lo hicieron con valor.

De allí a pocos días, tomado el Tercio de la Atalayita, se acercaron los moros de la emboscada de las Higueras, cogieron dos Atalayas en los puestos por descuido suyo, caso que pocas veces sucede y puede ser la ruina de la ciudad.

Al fin de Octubre del mismo año salió el Adalid al campo y descubiertas las entradas y una compañía en el Alcorán, antes de darse por seguro, se acercaron los moros de a caballo. Acudió el Adalid a favorecer a los Atalayas con la demás gente que estaba fuera, y en esto aparecen por las huertas más de dos mil de a pie, que no se habían visto, con lo que el Adalid y el personal que le acompañaba quedaron copados. Sin embargo, reuniendo a la gente y atacando a los moros, logró abrirse camino. La infantería del Alcorán se retiró con trabajo, y dos soldados que cogieron los moros, quedaron muertos.

El General acudió a recibir a la gente en la puerta del Campo. La Artillería causó grave daño a los moros. No obstante llegaron al Rebellín a enarbolar las banderas, y del mismo lugar llevaron algunos despojos. Una vez guarnecida la muralla se retiraron, dejando a un muerto y llevaron otros.

El General volvió al campo, mandó ocupar las posiciones y permaneció en ellas el tiempo que le pareció conveniente.

En adelante, antes de salir las gentes, se mandó a un hombre de a pie a reconocer las huertas, pues sería un error dejar atrás un puesto tan vecino, del que los moros en esta ocasión, si fuesen prácticos, pudieran habernos ocasionado mayor daño.

El 3 de Diciembre del mismo año hubo un alboroto en la ciudad por estar persuadidos algunos, sin el menor fundamento, de que el Almocaden, Agustín Continho, la quería entregar a los moros. Para tranquilizar al pueblo salió el General de noche a caballo y con antorchas, diciendo que era engaño, y para mayor seguridad, prendió a Agustín en una mazmorra del Castillo, si bien después lo mandó a Lisboa a tratar sus asuntos de justicia.

La misma noche supo el General por algunos comunicados que no había moros en el campo, pero sí botín en Nazare. Al amanecer, con admiración de todos, mandó al Adalid con ciento setenta y cuatro de a caballo. Dejaron muerto a un moro y se retiraron con seiscientas cabezas de ganado grueso y algunas yeguas, todo esto antes de llegar la noche. Con ello cesó el recelo causado con la iniciación de la salida. Por haberse extralimitado en la observancia de sus órdenes algunas personas, respecto a la participación del botín, las mandó prender. Apelaron éstas al Consejo de Guerra y añadiéndole otras causas las envió presas a Lisboa. Salieron libres en la causa instruida y en adelante se condujeron de tal suerte en el servicio del Rey, que purificaron las sombras del indicado recelo.

En el principio del año siguiente de 1649 no se alteró en nada la vida tranquila de la Plaza, hasta que en Marzo, tiempo que invita a los moros al campo, salieron de la boca del Frontero novecientos de a caballo. Los que trabajaban se retiraron desordenadamente. Quiso el General hacer frente a los moros, pero encontró pocos que le asistiesen. Al verse comprometido por falta de fuerzas, se retiró a la empalizada del Hambre y el Adalid lo hizo a Sylveirinha, en donde se reorganizó la gente. Los moros no se atrevieron a pasar adelante y se retiraron otra vez.

El General reprendió ásperamente a los caballeros, que propusieron la enmienda para otra ocasión. Ofrecióse ésta poco después, pues en Mayo siguiente salieron de la misma parte los moros con igual fuerza, lo que también hicieron otros de la Sierra. Los nuestros pusieron resistencia en la Rechãa. Pelearon con gran valor y hubo muchas lanzadas. El Oidor, Francisco de Fonseca, que se vió en grave peligro, fué socorrido por algunos caballeros que lo libraron. El General con la Infantería, apostado en la empalizada de la Abobada, mandó dar cargas a los moros, que se retiraron con muchas pérdidas, sin haber que lamentar ni una sola de nuestra parte.

El 4 de Junio salió el General al campo y lo recorrieron doscientos de a caballo con el Atalaya de la Vuelta de Don Pedro, y aunque lo hirieron a él y a su caballo, con todo se libró por haber sido socorrido. Pelearon los nuestros con los moros, derribaron a uno y le cogieron el caballo. Después de pelear algún tiempo los obligaron a retirarse.

Volvió al campo al día siguiente por la puerta de la Traición y mandó al Adalid que, si se viesen moros, los embistiese. Se descu-

brieron moros de a pie en la emboscada grande y resultó muerto el Atalaya. El Adalid los atacó, y los moros, que eran sesenta, después de pequeña resistencia, se pusieron en huida. Los nuestros los siguieron hasta el río y les mataron muchos, de los que se trajeron cinco al Rebellín. Cogiéronseles muchas armas y otros despojos. De nuestra parte cayeron muertos Gonzalo Barreto y Domingo Díaz.

En este tiempo salieron cerca de cien de a caballo de la Atalaya Chica. Se acercaron tres. Antonio Méndez y Manuel Fernández, el Vicario, Atalayas, sostuvieron la posición, y como acaeciese la caída del Vicario, Antonio Méndez lo defendió largo espacio, peleando él solo contra los tres moros a vista del General. Este obligó a la gente a que se retirase de la Sierra y a los moros de a caballo a que diesen vuelta. Así lo hicieron, pero no tardaron en venir a pedir sus muertos.

Al Atalaya, que tan bien defendiera a su compañero, le hizo un obsequio, y sin ningún otro suceso digno de la Historia, acabó su gobierno el 20 de Noviembre del mismo año. En la ciudad hizo algunas obras, siendo la principal la cañería que abrió y reformó toda. Reparó las murallas y en todo acudió a las obligaciones de su oficio. En su tiempo se fijó en esta ciudad la Redención de Cautivos, que estaba antes en Centa. Fué su primer Redentor el Padre Fr. Enrique Coutinho, religioso de la Santísima Trinidad, que rescató más de ochenta cautivos, sin contar otros muchos que después se sacaron de las cárceles.

Le sucedió *Don Luis Lobo*, Barón de Alvito, que llegó a esta ciudad el 20 de Noviembre de 1649. El General Don Cayetano Coutinho, como llevaba muchos días enfermo, lo mandó visitar y recibir por toda la gente según es costumbre. Permaneciendo en la cama le entregó el gobierno. Más tarde le envió dos caballos y otros obsequios y pasó a saludarlo al Castillo Nuevo, en seguida que se lo permitió la enfermedad. Como no encontró en su sucesor las atenciones que deseaba, todavía convaleciente y con mal tiempo, se embarcó. Precísado a permanecer algunos días en el puerto, salió para Lisboa, a donde llegó como a lugar seguro.

Comenzó el Barón a ejercer su gobierno y como desease significarse luego contra los moros, el 8 de Diciembre mandó al Adalid, Ruy Díaz de la Franca, a los campos de Benaisa con ciento cuarenta de a caballo. Cogieron sesenta y seis cabezas de ganado grueso, veintidós yeguas y nueve potros.



El mismo día vinieron a guerrear los moros en el Charf con cincuenta de a caballo. Habiéndoseles visto antes de retirarse el Adalid, causó esto gran confusión en la ciudad. Sin embargo, vista nuestra gente, el Adalid le mandó cincuenta de a caballo, con lo que les dió mucho ánimo. Los moros no se atrevieron a esperar el ataque, y el Adalid se retiró con la presa, convertido el recelo en alegría.

Con el General vino a visitar las fronteras de Africa el doctor Alberto Pays, lo mismo que a tomar cuentas a los que las habían gobernado. El resultado de esto fué tener con el Barón discrepancias y disgustos, retirar de esta ciudad los originales y memorias antiguas, ocasionar al Rey muchos gastos y remitirle muchos papeles y cuentas, sin ver nosotros de ello y de sus órdenes otro efecto que el quedar las cosas peor que estaban antes.

También trajo para servir de fronterizos, a Don Francisco Lobo, su hijo, y a su pariente Don Juan Lobo, quienes se condujeron en las ocasiones como se esperaba de su sangre. En Mayo del año siguiente de 1650 mandó a los Almocádencs que observasen la Mezquita. Como se diesen cuenta de la presa de ganado y moros, salieron en sus barcas con sesenta hombres. Saltaron a tierra treinta y dos, y luego que encontraron el ganado, cogieron cuarenta y cinco bueyes, con los que se retiraron por la playa, próximos a la costa, con algunos hombres que los guiaban y las consabidas barcas.

Al verse desde la ciudad la presa salió a recibirla el Adalid con la Caballería a la boca del Almarge. Los moros que estaban en la Estacadita, así como otros muchos que estaban en el campo, no se dieron cuenta de los nuestros antes de haberse retirado.

De allí a pocos días el Almocaden Agustín Coutinho fué en una barca con cuatro hombres. Hizo guerra en tierra a los moros y como encontrasen a dos en una casa los atacaron los nuestros. Defendiéronse los moros, de los que se salvó uno con muchas heridas, y al otro se le cogió prisionero. El Almocaden Domingo Fernández, resultó también herido en la cabeza. Al fin se retiraron los nuestros por tierra, trayendo consigo al moro cautivo.

Pesarosos los moros de estas pérdidas, entraron en el campo con grandes fuerzas y lo recorrieron con seguridad. Quiso el Adalid, que estaba en el Palmar, recoger a la gente diseminada y lo logró, no sin trabajo. Llegado a la Tranqueira Nueva venían ya los moros contra los nuestros que les huían desordenadamente. Como el Ada-

lid venía detrás, según es costumbre, los moros, al no encontrar oposición, apretaron de tal suerte que los siguieron hasta la Tranqueira del Hambre. Púsole uno de ellos la lanza, que no pudo pasar la coraza por ser ésta muy fuerte. Dió con él en tierra y con el alfanje quiso matarlo. No había quién luego lo socorriese ni a ello se decidió el General que estaba en el Rebellín, por no hacer mayor la confusión.

Visto esto por Juan Fernández Caravella, y al darse cuenta de que los moros que llegaron al Adalid eran sólo tres, pues los demás se quedaron en la Tranqueira Nueva y la Sylveirinha, se echó a ellos, acción en que le imitaron algunos otros llevados de su ejemplo. Ante esto se retiraron los moros y quedó libre el Adalid.

De ello se deduce que en semejantes ocasiones es más conveniente no venir detrás de todos, así por el descrédito de perderse un cabo, como porque yendo en otro lugar puede obligar más fácilmente a los caballeros a dar la vuelta y hacer frente al enemigo. El General se retiró con la gente, y los moros del cerco no dejaron de ser perjudicados.

De allí a pocos días el Almocaden Agustín Coutinho volvió por mar a la Mezquita, con veintidós de a pie, hizo guerra a los moros y trajo cautivo a uno de ellos.

Constándole al General, en Octubre del mismo año, que el campo estaba seguro y que en Greguis y Catilunde había botín, mandó al Adalid Ruy Díaz de la Franca, con cincuenta y tres de a caballo. Encargado de la delantera Don Francisco Lobo, su hijo, éste, sin ser oído, penetró en el campo, recogió quinientas reses, dejó muerto a un moro y se retiró a la ciudad sin el menor contratiempo. El General mandó pasar el botín como en triunfo por el medio de la ciudad.

Se echaron de menos más de cien reses que algunos de los habitantes se apropiaron y que no se restituyeron, con perjuicio de quienes las habían ganado.

Al principio del año siguiente el Almocaden Agustín Coutinho, con los demás, volvió a guerrear contra los moros por mar en Guadaleón. Para obligarlos a descender a la playa lanzaron en ella como cebo un cajón grande vacío, quedando el personal en acecho y escondidas las barcas. Bajaron tres moros en busca de la presa, salieron entonces los nuestros y cogieron a dos de ellos, escapándose el tercero.

Sintióse este año mucha falta de trigo por haberse perdido al-

gunos navíos con el que traían para esta ciudad. Llegó a tal extremo la carestía, que las personas se sustentaron durante la Cuaresma con solo hierbas y alguna carne. El Barón acudió a la necesidad con todo el interés que le era posible. Alimentó a los niños y socorrió a los soldados con mucho gasto de su bolsillo.

Mandó ocupar el campo el General, y al descubrir un Atalaya la emboscada de las Higueras, lo atacaron los moros y le dispararon una bala de mosquetón y lo hirieron con una lanza. Los otros Atalayas y exploradores vinieron en su auxilio y pelearon con tanto valor contra los moros, a pesar de ser éstos más de treinta, que salvaron al Atalaya, quien no tardó en curar de las heridas recibidas.

Al final de este año salió el General por la parte de arriba, y ocupado que hubo los Pomares, salieron de la Atalaya Chica cincuenta de a caballo. Como no encontraron oposición entraron por la Tranqueira Nueva, y al llegar a la de la Hambre, mataron a un criado de Jerónimo de Freitas. Salieron del Rebellin de abajo algunos caballeros y viendo en peligro al Adalid de la Tranqueira de arriba embistieron a los moros, dejaron a cuatro muertos, les cogieron un guión y al llegar a la planicie encontraron en la Ahobada el refuerzo que saliera de la embocadura del Fronteiro.

Retornaron los moros y al retirarse los nuestros a la Tranqueira Nueva, se trabó entre todos un gran combate. Como la fuerza de los moros era grande, aunque se sostuvo la posición, no fué sin pérdida de una y otra parte. De la nuestra murieron Manuel Rodriguez Alfánje, Antonio Méndez, Juan Fernández de Aguiar, Juan Antunes y dos jardineros del General, sin contar otros caballeros que resultaron heridos. La pérdida de los moros fué grande. Sólo de la primera constó con certeza, y si los nuestros se contentaran con ella y no salieran de los campamentos, hubieran tenido menos que sentir y no se expusieran a mayor riesgo.

Al Oidor, Francisco de Fonseca, le mataron el caballo. Los nuestros lo libraron del peligro y demostró en esta y en todas las ocasiones que se le presentaron, que pueden hermanarse las armas y las letras.

El General estuvo en la Pedrera para actuar según exigiesen las circunstancias, y pasado todo esto que queda referido, se retiró. Gailan, que ya era poderoso, le mandó a decir que el día había sido suyo, y quedó satisfecho de haber salido del combate con alguna ventaja.

Continuaba aún la falta del trigo que no se había podido remediar con sólo algunos socorros. Llegó conocimiento de esto a Ceuta, gobernada entonces por Don Juan Soares, y parecióle a éste ocasión oportuna para persuadir a los de Tánger que se adheriesen a su infidelidad. Mandó para ello a la bahía dos bergantines que quedaron lejos, desde los que mandaron una barca con cartas para el General y otras personas, en las que Don Juan, al par que demostraba la lástima que tenía del aprieto de esta ciudad, prometía socorros con largueza, perdón y favores del Rey de Castilla, si quisiesen volver a su obediencia. Al Barón se le decía además que si no tuviese a bien permanecer en dicha ciudad, se le facilitaba pase seguro para el reino.

Llamó el Barón algunas personas de valor y confianza, y como la barca de Ceuta no quiso acercarse a tierra, mandó otra con la respuesta. Dió orden a los que la llevaban que, acercándose con disimulo y las armas dispuestas para cuando los de Ceuta quisiesen recibir la carta, les hiciesen una descarga y los trajesen consigo. Así sucedió, pues al llegar nuestra barca a la otra, los que iban dentro le dispararon. Mataron a tres y a otros tantos los trajeron presos al Barón, quien los mandó al reino. Debido a algunos miramientos, no se les hizo justicia, y después de muchos años, recobraron la libertad.

Los bergantines de Ceuta se retiraron, y los castellanos, quejosos de tan desabrida respuesta, mandaron tres navíos de guerra y algunos bergantines que impidiesen los abastecimientos, teniendo por cierto que la falta de ellos podría reducir nuestra constancia.

Sabido esto, el Barón mandó al Alférez Tomé Tavares, en un barco capaz, a fin de que detuviese en el Algarbe, hasta nueva orden, las carabelas que venían hacia acá. Encontró cinco que estaban allí, y al regresar con esta noticia, como ya se hubiese apartado la Armada, regresó por las carabelas. Estas llegaron a puerto salvo, con lo que la ciudad quedó socorrida, confusos los enemigos y probada hasta la evidencia con tan riguroso examen la fidelidad de los tangerinos.

El Rey agradeció al Barón lo que hiciera por su causa. Poco después llegó a su conocimiento que algunos moros cautivos tenían determinado fugarse, para lo que estaban convenidos con los de fuera. Estos vendrían a esperarlos detrás del vallado de los Chafaris del Almirante, y que un domingo de verano, al medio día, hora en

que todos descansan, se echarían los cautivos de la muralla abajo por medio de cuerdas que ya tenían preparadas; que al toque de alarma los vendrían a recibir en la seguridad que podrían hacerlo tranquilamente antes de que acudiese el público.

El día señalado mandó el General guarnecer la muralla con gente oculta y poner la artillería en condiciones de asestar. Dispuso también que se lanzasen por las murallas con cuerdas tres hombres vestidos de moros y provistos de sendos hierros.

Se tocó a rebato, y al acudir los moros a recibir a los suyos, se les hizo tal descarga de artillería y mosquetería, que muchos quedaron muertos y heridos y los demás se retiraron avergonzados y confusos.

Ocupados los Pomares, al tiempo que trabajaba la gente junto al río, salieron del Otero del Vintem treinta de a caballo, quienes sin ser vistos de la emboscada grande ni del Farol Viejo, cosa que es de admirar, se vieron desde la Torre, que dieron señal de alarma. Estaban ya tan cerca de los nuestros, que éstos no tuvieron tiempo para más que montar a caballo y dirigirse hacia ellos sin esperar orden alguna al efecto. Los moros, como eran pocos, se pusieron en fuga y siguiéndolos los nuestros, les mataron dos, cuyos caballos cogieron, lo mismo que las armas, trayendo al General los cuerpos de los muertos, que los suyos vinieron a buscar con gran sentimiento.

Volvieron después los moros del Boquete a penetrar en el campo con grande fuerza. Llevaron una vaca y dos bueyes de arar. El resto del ganado estuvo a punto de perderse. Reuniéronse luego los moros en mayor número, y como le constase al General por dos exploradores que eran más de mil, estuvo con cuidado y un centinela los vió entrar de noche en el Tánger el Viejo. Mandó disparar con la artillería y la mosquetería hacia aquella parte. Los moros, al darse cuenta de que habían sido descubiertos y que se les perjudicaba tanto, se retiraron, si bien volvieron de nuevo. Estuvieron dos días sobre la ciudad, dieron y recibieron descargas, arrasaron los campamentos y talaron las huertas, dándose así por satisfechos del daño que en una y otra ocasión habían recibido.

En este tiempo comenzaban los moros a sembrar los campos más próximos del río hacia arriba, cosa que hasta entonces nunca intentarían. Influyó en esto Gailan, que deseaba aumentar su reputación y provecho. Pudiera haberse impedido esto al principio, pues

más tarde hubo dificultades para ello. Lo comprendió el Barón, y en Julio mandó a dos hombres de a pie que pusiesen fuego al trigo. Gailan, que estaba con más de dos mil de a caballo, mandó a unos que apagasen el fuego y a otros a recorrer nuestro campo y arrambalar con todo lo que encontrasen. Penetraron con este intento en las posiciones y recibieron daño desde las murallas.

Más tarde mandó fueran dos escuchas, uno al Charf y otro a la emboscada de las Higueras. Al inspeccionarse el terreno, se vió en la posición un moro, y creyendo los Atalayas que era el escucha, siguieron adelante. Al llegar el Atalaya al Palmar le salieron al encuentro los moros por la parte de abajo. El Atalaya cayó y cuando no lo veían los moros subió al caballo y se puso en salvo. Luego que llegaron los moros a la Forcadinha tuvieron con los nuestros un gran combate, en el que se les hicieron muchas bajas.

En Septiembre de este año los Almocádenes, Antonio Lorenzo, Domingo Fernández y Domingo Gómez, fueron a la Mezquita y como viesan ganado sobre el río de Guadaleón, cogieron veintidós reses, con las que se retiraron ya de noche.

Una noche tuvo aviso el General de que estaban a la puerta dos ladrones con ganado. Mandó a Antonio Diniz, intérprete, que fuese a hablar con ellos, acompañado del sargento mayor Francisco Soares con algunos soldados. Al salir Antonio Diniz por la puerta falsa se avalanzaron a él para llevárselo los moros que tenían muchos como socorro. Salió el sargento mayor y a uno de ellos le dió una estocada y haciendo huir al otro a su pesar y a dos más que vinieran, salvó y recogió a Antonio Diniz. Hizo cerrar la puerta y tocándose a rebato se retiraron los moros y libró la ciudad de evidente peligro. El General, por esta acción, le hizo merced de una renta de trescientos mil reis, de la que hoy disfruta.

Estos fueron los principales acontecimientos del gobierno de Don Luis Lobo, Barón de Alvito. Por la continua molestia que le ocasionaba la gota y que era causa de no continuar como quisiera el ejercicio del campo, además de serle muchas veces impedimento para montar a caballo, obtuvo del Rey le nombrase sucesor para así poder retirarse tranquilo a su casa.

Le sucedió *Don Rodrigo de Lencastre*, que llegó a esta ciudad con su hijo Don Lorenzo en Enero de 1653.

El Barón le entregó el gobierno con las ceremonias acostumbradas.

Habida entre ellos toda la buena correspondencia que era justo, salió el Barón para el reino, a donde llegó con toda felicidad. El Rey le hizo merced del título de Conde y de allí a poco tiempo falleció en Alvito.

Don Rodrigo, entre tanto, procuraba desempeñar con su vigilancia las obligaciones propias de su oficio. En todas sus acciones se propuso desmentir la opinión de algunos que creían que por no ser mucha su edad sería poca su prudencia. Con ella dispuso todas las cosas y en particular con su vida y buenas costumbres dió laudable ejemplo, punto en el que se descuidaran algunos de sus antecesores. Visitó las dependencias. Inspeccionó los almacenes y lo demás que había en la ciudad.

Tomado el campo trató de salir a él. Retirada la gente, luego de ponerse en medio, recorrieron el territorio algunos moros. El Adalid Ruy Díaz de la Franca los embistió y siguió largo espacio sin tener orden para ello. Se disculpó diciendo que la ocasión fuera repentina y los moros pocos para esperar tanto, y que, además, no convenía al crédito de su General, que la primera vez que salía al campo dejase de hacer frente a sus enemigos.

Admitióle el General la disculpa por tratarse del primer caso, pero lo amonestó para en adelante, por el perjuicio que podia resultar de semejante exceso; que a los superiores toca mandar y a los súbditos obedecer, y que él debía ser el primero que diese ejemplo a los demás.

Deseó también el General tener noticias de la Berbería y lo consiguió sin trabajo alguno por medio de dos moros. Vinieron éstos a la ciudad pocos días después de la llegada del General, con objeto de vender quince reses, un caballo y una mula. Hiciéronle saber que entre los moros había hambre y guerra, y que ésta la hacía a Gailan el Gobernador de Tetuán, por no querer un vecino más poderoso que él. De esto se alegró mucho, porque sabía muy bien que en la división entre ellos consiste nuestra tranquilidad. Despachados los confidentes muy satisfechos, los animó a que continuasen comunicándole las noticias de importancia.

Con todo, algunos moros no dejaban de penetrar en el campo, aunque al principio no hicieron efecto alguno las incursiones. Sin embargo, como el aprieto entre ellos era grande, unos, por verse libres, venían a nosotros; otros, más animosos, traían caballos, yeguas

y ganados por conveniencia suya y más aún del General, pues así sabía lo que pasaba en la Berbería y proveía de caballos a los caballeros y de alimentos a la ciudad.

Por estos medios llegó a saber que en Gíbaljaro había muchas Aljaimas con ganado y personal, y para cerciorarse mejor mandó a Serrata al Almocaden Manuel Duarte, con seis más de a caballo. Encontraron tres niñitos moros que cogieron los nuestros. Descubiertos poco después algunos de a caballo, dos de los niños se escaparon por negligencia de los nuestros, que se vinieron con uno solo. Por éste constó lo de las Aljaimas, y el General quiso llegar a ellas personalmente, ordenando que el Alcaide Mayor, Andrés Díaz de la Franca, quedase en la ciudad. No pudo conseguirlo, pues decía que yendo su persona, él había de acompañarlo; pero como los demás le hiciesen comprender que no era conveniente desamparar la Plaza, con gran repugnancia suya desistió del intento. Mandó, con todo, al Adalid con noventa y dos de a caballo.

Salieron el 10 de Marzo antes de anochecer con orden de que llegasen a las Aljaimas de noche. Llegados a vista de ellas persuadieron mucho al Adalid que esperase a la mañana para ver lo que debía hacerse y librarse así de la confusión. El, empero, a la voz de ¡Santiago!, mató diez moros, cogió diecinueve, ciento treinta cabezas de ganado grueso, quinientas del menudo, ocho camellos, algunas yeguas, potros y jumentos y otros muchos despojos, con lo que entró en la ciudad. Afírmase que si esperara a la mañana hubiera cogido una de las mayores presas que se trajeron de la Berbería; pero hizo lo que debía respecto a seguir la orden que recibiera, además de que constó que en el Farrobo había mucha gente de guerra contra Gailan y que si llegara la hora del rebato pudiera impedirnos.

Repartióse el botín con toda igualdad. Los camellos los mandó el General al Rey y fueron muy celebrados en la Corte.

Como la Berbería andaba tan inquieta, el General procuraba aprovechar todas las ocasiones que, si pasan, dejan sólo después el arrepentimiento. Por esto mandó el 4 de Abril al Almocaden Andrés Lorenzo, con cinco compañeros a espiar el Guadaleón. Vieron presa sin guardia alguna, dieron de ello cuenta, pidieron gente y fueron diecinueve de a caballo. Arremetieron contra los moros, de los que cogieron dos y trescientas cabezas de ganado, con lo que se retiraron a la ciudad. Se le avisó al General en la iglesia, en donde se encontraba con motivo de la festividad del Domingo de Ramos, quien



salió a recibir a su gente en extremo satisfecho de haberse obtenido tan buen éxito.

Los moros, entre tanto, no dejaban de penetrar en el campo algunas veces, sin otro objeto que el de perjudicar a los Atalayas y Escuchas, de los que se perdieron algunos, pensión esta forzosa por el peligro con que se descubren y aseguran las posiciones. Dicha pérdida se recompensaba largamente con los muchos moros que, obligados por el hambre, se ofrecían en cautiverio. En poco tiempo llegaron a veinticuatro, a más de otros ladrones que venían a vender caballos y bueyes y comunicaban lo que ocurría en la Berbería. Con todo, el General no se fiaba mucho de ellos y quería obrar con completa seguridad y prudencia. Parecíale mejor perder algunas ocasiones que, al errar en una, aventurar la gente y la reputación, máxime en aquel tiempo en que las guerras del reino hacían tan difíciles los socorros. Por otra parte, como andaban los moros divididos entre sí, juzgaba conveniente no obligarlos con las pérdidas a que se aviniesen, por lo que conservaba con ellos buenas relaciones y favorecía el comercio.

A más de obtener por los indicados medios noticias de importancia, en Junio vinieron dos moros de a caballo a darle cuenta de cómo Gailan se preparaba para penetrar en el campo con mucha gente, pues en este tiempo ya era más poderoso por haber muerto el Gobernador de Tetuán su competidor. La falta de valor y prudencia en el que le sucedió fué causa de que se unieran con Gailan las aldeas vecinas. Pareciéndole que era conocido se manifestó, y el 7 de Julio vino a prestar vasallaje, acto al que no asistió en persona, mandando a este efecto a los Almocádenes para conservar mayor autoridad y demostrarse superior a todos.

El General hizo los documentos según se estila y después de firmados por él y por los demás, los firmó Gailan. El General le mandó un presente de telas de algodón, dulces y una montura bordada. Hizo también regalos a los Almocádenes, y se fueron todos tan satisfechos.

El 6 de Septiembre los Almocádenes Agustín Coutinho y Andrés Lorenzo, fueron a Guadaleón con cuatro compañeros. Allí encontraron y trajeron después consigo setenta y cinco reses, que no fué pequeña presa para tan pocos hombres. Pasados algunos días con las ordinarias escaramuzas, el 22 de Noviembre salió Gailan de la aldea con poderoso ejército y llegó hasta la bocana del Almiarje.

Hiciéronle frente los nuestros y se trabó entre unos y otros una escaramuza. El Adalid fué de parecer que se debiera atacar a los moros, que no llegaban a doscientos de a caballo, a lo que no accedió el General por temer mayor refuerzo. Después constó que Gailan no tenía más gente, que se viera perdido y que afirmara no se pondría más en semejantes apuros.

La incertidumbre de esta guerra hace que se malogren muchas ocasiones y en esto consiste que se conserve nuestra gente, pues los moros, por ser muchos, no se deshacen con una derrota, mientras que los nuestros, si la tuvieran, no dispondrían de refuerzos a que echar mano. En este caso no hubo, de nuestra parte, más pérdidas que un caballero herido. Los moros se retiraron con algunas. El General se volvió a la ciudad cuando le pareció el momento oportuno.

En el principio del año siguiente de 1654 ocupó el General la Sierra. La gente estaba trabajando cuando la asaltaron moros de a pie, mataron a un hombre y se retiraron sin daño alguno. El General para resarcirse del sufrido, como le constase por cuatro moros que vinieron a vender seis reses y un caballo, además de saberlo también por otros conductos, que en Benamagrás había grande presa, mandó al Adalid con ciento cincuenta de a caballo que, con cuatro moros, muchos caballos y ganado, se volvió sin contratiempo alguno. Quisiéronse vengar los moros, y reunido que hubo Gailan a su gente, entró en el campo, lo recorrió el 10 de Marzo y llegó hasta la Sylverinha. Se le opusieron los nuestros que obligaron a los moros a retirarse con grandes pérdidas. Quedaron muertos en el campo algunos hombres y caballos, sin que de nuestra parte hubiese que lamentar más que la muerte de un Atalaya que fuera a descubrirlos.

Al principio de Abril se perdió en los Pomares otro Atalaya, y el 24 se pasaron los moros desde el Pareiral. Los embistieron los nuestros y los pusieron en fuga. Los fueron siguiendo por la Sierra hasta que se retiraron con pérdida de dos caballos que les mataron los moros desde una peña, pérdida que se resarció con tres que el mismo día trajeron unos ladrones.

Hubo después de esto algunas escaramuzas que no se refieren por haber sido de poca importancia, pues el General procuraba no comprometerse y tener a la gente bien recogida.

Como de esta conducta del General resultaban algunas murmuraciones, determinó, ya con desconfianza, demostrar a los caballeros

en la primera ocasión que, cuando no se comprometía, era más por sobra de prudencia que por falta de valor. Salió al campo el 16 de Diciembre, seguro de lo que hacía. Salieron de la boca del Fronteiro setenta de a caballo, lo que obligó a la gente a recogerse en la playa. Los moros procuraron tenerla esparcida y dispersa, en vista de lo que el General mandó a decir al Adalid Andrés Díaz de la Franca, sucesor de Ruy Díaz, fallecido con gran sentimiento de todos, que le mandase la gente del campo, pues se determinaba a atacar a los moros.

El Alcaide Mayor y otros ancianos le dijeron que venían fuertes y con buenas espaldas, que la gente estaba dividida y la mayor parte en la playa y que por tanto esperase mejor ocasión, que no habria de faltarle.

Como el General estaba resuelto, sacó la espada, dió la voz de ¡Santiago! y atacó a los moros. Ellos, que no querían otra cosa, se entretuvieron hasta que salió de la Atalaya Chica su refuerzo, cargaron sobre los nuestros, que eran pocos, y los pusieron en apuro. El General arengó a la gente y se metió entre los moros en la reyerta con grande peligro. Muchos de los nuestros se separaron de él, mostrándose ahora tan remisos en las obras como antes ufanos en las palabras.

Con todo, el General sostuvo el combate largo espacio, y con dificultad lo obligaron a retirarse a los campamentos. A haberlo socorrido el sargento mayor Francisco de Lacerda, que estaba con la gente en el Alcorán, como le advirtió Lopo Fernández López, hubieran recibido los moros grande pérdida. Disculpóse el sargento con no tener orden, siendo así que ésta no debe esperarse en ocasiones repentinas, sobre todo si se encuentra comprometida la persona de su General; es lo cierto que debido a ello apenas tuvieron los moros oposición alguna. En la mayor furia del combate cayó muerto de una bala el Adalid y murieron además tres caballeros, después de haber peleado con gran valor. El mismo demostraron otros, en particular Juan Carvalho Correa, quien al atacar a un moro, a pesar de su mucha edad, dió con él en el suelo; Francisco Correa, puesto frente al General, peleó con valor y resultó mal herido. El General, no obstante el número de moros, sostuvo la puerta de la Abobada hasta que aquéllos se retiraron con pérdida de caballos y gente.

Después de esto se recogieron los muertos, en particular el Ada-

lid, que fué muy sentido de todos por ser joven de grandes esperanzas. El General entró en la ciudad poco satisfecho del proceder de algunos, a quienes reprendió ásperamente, aunque dió muestras de piedad al no imponerles mayor castigo. Hizo al Adalid Diego Correa, Almocaden del Rey, cargo del que le pareció digno por su edad y buenos servicios.

Este mismo año descubrióse en el mar una carabela que se supuso capturada por los turcos. El General mandó al sargento mayor con treinta soldados que fuesen a caza de ella en un barco de transporte francés surto en el puerto. Obtenido lo propuesto obligaron a los turcos a varar la carabela en la playa de Guadaleón. Entraron dentro los nuestros y cogieron tres turcos. Los demás se salvaron, lo mismo que muchas armas y otros materiales. Como a la llamada de alarma acudieron muchos moros, los nuestros, quitadas las velas, dejaron la embareación con la carga de aceites y otras cosas que llevaba para Brasil. Alimnase que si al principio se hubiese tenido cuidado de cortarle las amarras y bajarle las velas, que fueron la causa de llegar tanto a tierra, hubiérase podido quedar con toda ella.

Al principio del año siguiente de 1655 no se alteró en nada la calma, pues el General, fundado en lo que había visto, tomó el acuerdo de no adquirir compromisos y valerse sólo de las ocasiones que le pareciesen más seguras. Así, el 17 de Febrero mandó a los Almocádenes Domingo Gómez y Domingo Fernández en cuatro barcas con diecinueve hombres para que guerreasen con los moros en la Mezquita. Cogieron dos y se retiraron a la ciudad. Pesarosos ellos de estas pérdidas reunieron un grande ejército, a cuyo frente venia como capitán Sid Algasuani Bemhucar, hermano del otro Bemhucar, señor de todo aquel territorio. Juntóseles Gailan con toda la gente de las aldeas, y con más de diez mil hombres de a caballo y de a pie, entraron los moros y ocuparon una Atalaya. Se les hizo oposición al principio, pero al ver el General que se presentaba tan gran número de gente, se retiró con orden por la puerta de la Traición, por la que había salido.

Los moros llegaron por todas partes a la muralla y recibieron con valor y constancia las cargas de artillería y mosquetería que desde ella se les daban, por lo que sufrieron mucho daño, pues estaban al descubierto. No obstante el daño que se les ocasionaba, contestaban con las escopetas, de lo que resultaba más estruendo que

perjuicio. Detuviéronse tres días en el campo y luego de calmada la furia en la destrucción de las huertas y los campamentos, se retiraron. Gasuani quedó poco satisfecho de la proximidad de una bala de cuarenta libras que cayera cerca de su tienda de campaña.

Retirados los moros salió al campo el General, y el Escucha, que se juzgaba perdido, vióse salvo y declaró que todo aquel tiempo había estado sin comer ni beber debajo de una peña con moros encima. El General lo felicitó y todos aplaudieron su constancia como era justo.

En su tiempo entró en el puerto una embarcación con banderas de Génova, cargada de azúcar y otras mercancías. Al ver que el contenido era de los castellanos, se juzgó por perdida y fué de mucha importancia para el General. Otra de gallegos que había entrado en el puerto, creyéndolo de Castilla, desembarcó en tierra dos hombres y al conocer el error se puso en salvo. Dejó un turco que traía rescatado y que después fué causa de algunos inconvenientes. Aunque como presa de enemigos quedaba cautivo del General, los moros no dejaron venir algunos cristianos, por lo que el General lo dejó salir libre.

Este año pasó a Tetuán el Padre de la Redención de Cautivos, Fr. Enrique Countinho, y rescató ciento cincuenta cautivos, que remitió al reino, procediendo en este negocio con la satisfacción y prudencia a que estaba obligado (1).

Vinieron del reino treinta caballos, con lo que se rehizo la caballería. En la ciudad realizó algunas obras públicas, de las que fué la más importante la del Mirador, que estaba arruinado. Levantó el muro desde los cimientos y reformó el muelle para las embarcacio-

(1) Unos cuantos años después, en 1671, viendo el Superior Mayor de las Misiones Franciscanas de Marruecos, P. Fr. Luis de San Agustín, que cada día iba en aumento el número de cautivos en Tetuán, estableció allí la primera Residencia de Franciscanos, con el título de *Nuestra Señora de los Dolores*, y la obligación, sólo por caridad impuesta, de atender, consolar y servir a los infelices privados de libertad.

Como Misioneros, y con los mismos fines que los de la indicada Residencia de Tetuán, respecto a los cautivos que a Tánger hicieran trasladar, desde el interior del Imperio, los Sultanes del siglo XVIII, instaláronse los Franciscanos en esta ciudad el año 1763, dándole a su Residencia la advocación de *San José*.—N. del T.

nes. Reparó las posiciones y entradas, siempre que fué necesario, y en todo se condujo con tanta prudencia que puede servir de ejemplo a todos los Generales. Trató a los súbditos con amor y benignidad, sin perjuicio del respeto que hizo le guardasen con severidad cuando convenía. Por ello Don Rodrigo de Lancastre, no sólo fué querido de sus súbditos, sino también de sus enemigos; de aquí la pena que ocasionó el haberlo disfrutado tan poco tiempo, pues estando sano y robusto cortó la muerte su existencia en la flor de la edad, luego de hacer de este gobierno motivo de risueñas esperanzas.

A Don Rodrigo de Lancastre le sucedió *Don Fernando de Meneses*, Conde de la Ericeira, que dejó escritas estas Memorias.

Aunque dudaba referir los acontecimientos de su tiempo y dejar a otros este cuidado, resolvió hacerlo, ya por no ser tan grandes que puedan compararse con las de sus antecesores, ya para que no quedara esta obra imperfecta, y animar a los que le sucediesen con la misma confianza de este ejemplo.

Salió de Lisboa el 17 de Febrero de 1656 con su familia y servidumbre, siendo el primero que con ellas pasó a Tánger después de la restauración de Portugal.

En Faro, a donde vino por tierra para asegurar mejor el viaje, lo recibió el Conde de Val de Reys, Gobernador de aquel reino, con grande ostentación y aparato. Salió a esperarlo a media legua de la ciudad con la Caballería. En aquélla dejó formada la Infantería que, al entrar, dió descargas con la artillería de la muralla. Las casas estaban preparadas con mucho aseo y abundancia de regalos, en todo lo que se veía el acierto y grandeza del Conde Gobernador.

Detúvose allí algunos días el Conde de la Ericeira en espera de las embarcaciones de Lisboa, y mientras tanto hizo salir dos carabelas de trigo para aprovisionamiento de Tánger y hacer constar con certeza su llegada.

Salió después con once carabelas, dos de Infantería y las demás de caballos, abastecimientos y municiones. Descubrióse una embarcación, y al ir a reconocerla una carabela de soldados y ver que era de castellanos, le cogió las armas y dejó libre lo demás. Sin otro impedimento llegó a Tánger el Conde el día 7 de Marzo al romper de la mañana. Mandó luego a visitarlo Don Rodrigo de Lancastre, por su hijo Don Lorenzo, con el que salió aquél y lo esperó en la playa con todo el personal, haciéndole entrega del go-

bierno con las ceremonias acostumbradas. Mandóle después un caballo moriseo enjaezado con montura y lanza, que el Conde estimó como armas de tan gran General, y le correspondió con otros regalos, sobre todo con la estimación que a su persona se debía. Para mejor acierto le pidió informes sobre el estado de las cosas y las personas de mayores méritos.

El Conde visitó luego las murallas y almacenes y procuró adquirir noticias de todo como estaba obligado (1).

El cargo de Adalid lo confió a Simón López de Mendoza, que trajera consigo, provisto por el Rey, así por su calidad y suficiencia, como por haber sido su padre, Jorge de Mendoza, Gobernador benemérito de Ceuta durante muchos años. El de Sargento Mayor se lo dió a Bernardo de Figueiredo, y por haber fallecido éste pronto, lo proveyó en Gaspar Leiton, que había servido en las Fronteras de Alentejo y a él se hacía acreedor por sus bellas cualidades y suficiencia.

Hubo desfile del personal, acto al que asistieron los dos Generales y que sirvió para que el Conde se diese cuenta de las fuerzas de que disponía, tanto de a pie como de a caballo.

Encontró apenada la ciudad por la falta de un barco de regulares dimensiones, que salido para el Algarve por orden de su antecesor, como no hubiese noticias de él, juzgábase extraviado. Constó por la Berbería que arribara a Larache.

Supo el Conde que en esta ciudad estaba un barco de Castilla, en el que venía con dinero el pagador de aquella Plaza. Lo hizo secuestrar por el Oidor con todo lo que traía. Pidió el pagador permiso para mandar el barco a Larache y traer el otro con todo lo que llevaba. El Gobernador de Larache aceptó lo propuesto y se fueron los castellanos, correspondencia que convenía a las dos plazas por estar ambas entre infieles.

Dedicóse luego el Conde al cuidado de la guerra y la primera vez que salió al campo llegó al Rebellín, y a los caballeros y solda-

---

(1) En la construcción de las murallas portuguesas de Tánger, distinguióse el vizcaino, Don Francisco de la Encina, que en ellas trabajó con trescientos paisanos suyos. Por este y otros servicios análogos, el rey Don Manuel le nombró Caballero de la Casa Real, y de él se ocupan, con el elogio que se merece, los historiadores lusitanos del glorioso período de la dominación de Portugal en el Magreb.—N. del T.



dos que allí se hallaban les habló de la siguiente manera: «S. M., que Dios guarde, se ha servido encargarme el Gobierno de esta ciudad, pudiendo haber hecho la elección entre otros sujetos más beneméritos. Cuanto mayor fué la honra y merced que en ello me hizo, tanto es mayor el compromiso de atender con fidelidad a las obligaciones de mi oficio. Me lo encargó tanto S. M., que en esto demuestra bien el amor que tiene a estos sus súbditos y el deseo de ampararlos y favorecerlos, de lo que no le aparta la distancia ni se lo impiden otras ocupaciones de mayor importancia. Por todo esto me veo precisado a hacer lo que me fuese posible, de lo que darán testimonio mis obras.

Confieso que me encuentro falto ahora al principio de la experiencia necesaria para la disposición de esta guerra, de la que antes no tuve ejercicio alguno. Aunque empleé muchos años en otras guerras, tanto dentro como fuera del reino, conozco que ésta es en todo muy diferente de aquéllas, porque las luchas son más repentinas que regulares; los enemigos encubiertos saben nuestra fuerza y nosotros nunca podemos tener de la suya noticia exacta; si lo atacamos, con la ligereza se salva y con la multitud se mejora; nosotros, por el contrario, ni una vez dispersos tenemos a quién apelar, ni deshechos, nuevas fuerzas a que recurrir; el reino dista mucho y está tan preocupado con la guerra de Castilla que con dificultad podría venir en nuestra ayuda.

Propongo a todos esta consideración y les ruego encarecidamente suplan mi defecto con el consejo y las advertencias, que las tendré en gran estima, porque mi deseo es el servicio de Dios y el del Rey con la conservación de este pueblo que tengo a mi cargo.

Aún cuando esta guerra es diferente de las otras en la forma, no lo es en cuanto a las máximas y la substancia. Lo primero en los súbditos es la obediencia. Comprenda cada uno que no le incumbe más que cumplir la orden que se le diere y que tan grave culpa en esta materia es pecar por exceso como por defecto.

Los Atalayas vigilen el campo y permanezcan en las posiciones siempre atentos a su obligación; los Almocádenes visítenlos, vean cómo cumplen y den cuenta de cualquier error que observaren; los correos no dilaten los recados de cualquier novedad; los caballeros no se desmanden en nada; los ganaderos no alejen las reses y recójánlas al primer signo de rebato.

El Adalid, sobre quien carga el mayor peso y trabajo de esta



guerra, cumpla, como de él lo espero, sus obligaciones, no comprometiéndose ni dejando comprometer a los caballeros con los moros sin órdenes expresas. Los hará proceder siempre obedientes y sumisos, que yo, por lo que me toca, no sólo mandaré y dispondré como capitán, sino que también pelearé como soldado cuando fuese necesario. No vacilaré en arriesgar mi vida por la vida y salvación de cualquier caballero. En mí encontrarán los beneméritos tanto favor y premio, como severidad y castigo los culpables.»

Después de esto el General despidió a la gente y como no había moros se ocuparon las posiciones y se cogió hierba sin el menor contratiempo. Lo mismo sucedió otras veces, sin más novedad que el hacer cautivo los moros a Juan Vieira, Escucha que los viera y al que no se atrevieron a socorrer los que iban de inspección, por no llevar orden de comprometerse, procedimiento que les alabó el General, porque antes los quería obedientes que desmandados.

En este tiempo salió para el reino Don Rodrigo de Lancastre en las embarcaciones en que viniera el Conde, del que fué siempre tratado con la estima y amistad que se debían a su persona y modo de proceder. Con él trató el Conde todos los negocios a fin de conseguir en ellos el mayor acierto.

Entregó el Conde al personal una paga que para él traía; mandó repartir monturas y armas a los que las necesitaban, y procuró arreglarlo todo de la mejor forma que le fué posible. Tenía por cierto que Gailan, cuyo poder iba en aumento, vendría a buscarlo con todas sus huestes para hacer de ello ostentación, y por esto deseaba mucho obtener gran éxito en la primera ocasión para que ante él sintiesen miedo los enemigos.

Por ello andaba el Conde con gran cuidado, mandando fuera a los exploradores para que espiasen y descubriesen el campo. El 23 de Marzo le dieron cuenta de que estaban en él los moros. Salió el Conde General fuera, tomó el Palomar, mandó echar abrojos en los caminos; en las enpalizadas de la Sylveirinha y Chafaris, que son las principales, se pusiesen cámaras de hierro cargadas de balas menudas y hombres de a pie escondidos para ponerles fuego y otros de a caballo para socorrerlos. Al Adalid le dijo que si hubiese rebato se recogiese a la puerta del Hambre con el grueso de la caballería, dejando algunos arcabuceros en la de la Sylveirinha, y a Manuel Ravello el Viejo, con veinte de a caballo, lo mandó a la puerta del Chafaris; al Sargento Mayor, que permaneciese en el Alcorán y

tuviese a la gente escondida hasta el momento de dar la carga; al capitán de la artillería que la tuviese pronta y colocada en las bocas de las puertas, y a los otros capitanes que estuviesen en sus puestos con la demás gente.

El Conde General quedó en el Rebellín con el resto de la caballería para acudir a donde fuese necesario. Poco después pasaron los moros del sector de la Atalaya Chica con quinientos caballos y los más escopeteros, quedando Gailan con dos mil, a más de mucha gente de a pie. Tocóse a rebato y los Atalayas y algunos caballeros que se proveían de hierba, se retiraron a los campamentos y ocuparon todos los puestos que se les tenían señalados.

Los moros, que venían con grande ímpetu, cayeron en las trampas de lo que se resintieron muchos caballos; pero desviándose del camino, llegaron a la Empalizada nueva en que a propósito apenas se les hizo resistencia alguna. Entraron por ella en gran número. Los siguieron los nuestros y al llegar cerca de la Sylverinha se dió fuego a una de las cámaras. Por estar los moros cerca hizo en ellos estrago. Así y todo quisieron pasar adelante y les dió carga la mosquetería del Alcorán. Como dispararon también los arcabuceros con la artillería, se retiraron atemorizados y confusos, sin atreverse a entrar por la empalizada del Chafaris, ante el temor de encontrar la misma oposición que en efecto les estaba preparada.

No obstante, algunos no dejaron de tirar hacia los nuestros y de entablar con ellos algunas escaramuzas, sin atreverse a un segundo ataque, pues ya se sabe que desisten fácilmente siempre que salen derrotados en el primero. No tardaron en retirarse del campo, siendo grande la pérdida recibida. Llevaron muchos moros y caballos muertos y otros heridos. De nuestra parte no hubo más que la de un caballo y un curandero del General, salvándose el jinete.

Ya alejados los moros, se vino el General y se dirigió a la Catedral para dar gracias a Dios por lo bien que todo le había sucedido en el primer caso.

Pasados cuatro días se vieron moros en el Palmar y en otros lugares altos. Gailan mandó visitar al General y darle la bienvenida, al mismo tiempo que decirle que si quería tener alguna conferencia, que él estaba dispuesto a corresponder (1). Contestósele con toda

---

(1) Ghailán nació en la montañosa región conocida por Yebala, en la primera veintena del siglo XVII. Está considerado como uno de los principales guerreros de su época. Su actuación bélica contra

cortesía y se arreglaron las cosas de tal suerte que se realizase en seguida lo conveniente.

A este efecto, el General, de uniforme, bajó a la puerta del campo acompañado de todos los caballeros. Mandó antes que los soldados guarneciesen la muralla y que la artillería estuviese pronta para cualquier cosa que pudiera ocurrir.

Entretanto llegaron los Almocádenes, entre ellos Abdelkader Cerón, secretario de Gailan, moro andaluz y de más aptitudes e ingenio de lo que acostumbran tener los bárbaros. Al mismo tiempo salieron el contador Duarte de la Franca y otros tantos caballeros que pasaron a Gailan para quedar en rehenes. El General esperó a los moros en la parte baja del Fuerte con las armas de guerra con pedería dorada, calzones de escarlata bordados, banda verde con los extremos de plata, botas y espuelas, pues llegó a caballo. Estaba sentado en un sillón de veludo carmesí sobre un tapete, ante una mesa con un recado para escribir. A una y otra parte colocáronse bancos para los moros y personas notables que habían de asistir a las conferencias.

Cerón, como más instruido y más práctico en la lengua castellana, volvió a manifestarle de la parte de Gailan, cuánto le agradaba su venida, y declaró cómo en su nombre y en el de todos los Almocádenes, quería celebrar aquellas conferencias, consideradas entre ellos como capitulaciones para asegurar el comercio.

El General le respondió con toda cortesía que allí se encontraba para lo mismo, y las conferencias se celebraron en las mismas condiciones que en tiempo de los otros Generales, haciendo el Conde algunas advertencias que estimó necesarias para mayor claridad de lo que se trataba.

Firmados los documentos por el Conde, las personas principales y los Almocádenes, se los llevaron a Gailan, que también los firmó. El Conde le mandó un presente y a los Almocádenes hizo obsequio de otras cosas, según se estila en el país.

---

los portugueses, primero, y, luego, contra los ingleses, poseedores de Tánger, le hicieron célebre entre los suyos, que en él tenían depositada toda su confianza, y entre los contrarios, que no dejaban de reconocer, noblemente, sus extraordinarias cualidades para la defensa de su país.

La tradición nos dice que sus restos mortales yacen en Alcazarquivir, en una Koba situada detrás del Santuario de Sidi Bu-Ghaleb, patrono de la ciudad.

Vinieron los nuestros que estaban en rehenes y se fueron los moros, satisfechos, como dijeron ellos mismos, y por parecerle al Conde General que se retirarían a sus casas después de haber permanecido varios días en el campo, siendo el tiempo muy riguroso. Sabido es que todo esto sufrieran con la esperanza de ocasionarnos algún daño si el Conde quisiese penetrar luego en sus tierras.

Pocos días después mandó el General que cuatro exploradores interceptasen los caminos, y a otros dos que viesan si había algún ganado del que le dijieran se apacentaba en lo alto, y a la Caballería la mandó estar prevenida para lo que más tarde resolviese.

Constó que el ganado estaba recogido y por esto no se efectuó la incursión.

Como deseaba inquietar a los moros por todas partes, mandó al Almocaden Andrés Lorenzo, que espionase en una barca las Aljamas de Tagadarte y Brias, con orden que si el tiempo fuese contrario, entrase en Larache, para cuyo Gobernador, con quien estaba en buena armonía, le dió una carta de recomendación. Creció tanto el viento que fué necesario arribar a aquella Plaza, en la que fué muy bien recibido. Mandó el Gobernador que, para más seguridad, fuese acompañado de un barco. Como encontrasen uno de moros que esperaba a nuestra embarcación, le dieron caza y lo cogieron, y con la presa, después de saltar los moros a tierra, entraron en la ciudad. El Conde mandó venderla para que el barco quedase en la Plaza y el resultado se lo dió a los castellanos en premio del trabajo, con lo que, junto con otros favores, los despachó muy satisfechos.

De allí a pocos días quiso el General tomar noticias de los moros y mandó a los Almocádenes en un barco largo y dos barcas a la costa de Guadaleón. Desembarcados con alguna gente cogieron a una mora y luego a un moro que el Almocaden, Domingo Fernández, sacó del mar con una pierna rota, debido a la gran distancia, y por ellos constó que la Berbería estaba tranquila y que a Gailan, poderoso, le obedecían todos, desde Alcázar hasta Tetuán. Con esto trató el Conde de aprovechar el campo y salir a él con cuidado. Para que los moros no se atreviesen a obligar a los Atalayas a que se echasen adelante, cuando eran pocos, mandó que se les arriase una celada en la huerta de la Sierra.

Como se corriesen veinte de a caballo de los de la Atalaya Chica, les salieron al encuentro los nuestros; pero a pesar de todo se les

escaparon por haberse quedado ellos un poco lejos y llevar los nuestros la orden de no pasar de la indicada Atalaya. Ello sirvió, sin embargo, para que de allí en adelante anduviesen con más recato.

Así se pasaron los primeros meses del gobierno del Conde, hasta que en Mayo apareció una poderosa Armada de Inglaterra que, con más de cuarenta navíos de guerra, venía en dirección a este puerto. Al entrar en él la Capitana saludó a la ciudad, y los Generales Roberto Blac y el Marqués de Montagu, que con igual poder la gobernaban, mandaron a tierra a su teniente y a otros oficiales, con carta para el Conde, en que le pedían licencia para proveerse de agua y regresar a la bahía de Cádiz, de donde vinieran, por tener declarada la guerra a los castellanos. De ello fué causa Cronvvell, protector de la nueva República de Inglaterra y principal autor de la muerte de su Rey.

El Conde recibió la carta y a los ingleses con la cortesía y agasajo que era justo. Dijo a los Generales que estimaba la honra que le hacían de entrar en este puerto que, como los demás del Rey su señor, encontrarían pronto para lo que les fuese necesario. Respecto al agua les dijo que podían mandar a cogerla de día en el arroyo que corre en la playa, dando orden de que no entrasen en la ciudad más que las personas que trajesen algún recado suyo.

Con esta respuesta despidió a los ingleses, y aunque las apariencias eran de paz, no quedó sin recelo de algún designio oculto, constándole que no estaba ajustada la que tenía convenida con aquella República el Conde Camarero Mayor. Debido a esto mandó el Conde General que la gente estuviese preparada, que se dispusiese la artillería, se vigilasen las murallas y se encontrase todo prevenido para cualquier suceso.

Al día siguiente mandó visitar a los Generales por el Sargento Mayor, con terneras, pavos, gallinas, dulces y otros regalos, disculpándose de no dar más de sí lo reducido de la tierra. Recibieronlo con grandes cortesías y todas las demostraciones aseguraban buena correspondencia. Con todo no eran bastantes para librar del cuidado al Conde General, que veía ocupado el puerto por una Armada tan poderosa y le constaba por avisos secretos que los ingleses estaban decididos al sitio de esta Plaza, esperando orden para molestarla si no tuviese efecto la paz con nosotros. No obstante, evitó toda demostración, pues sabía que éste era el proceder en el reino y que no

convenia dar causa o pretexto para el rompimiento. Produjo a los moros grande alarma esta vecindad, y Gailan mandó a Cerón a conferenciar con el Conde y ofrecerle lo que fuese necesario, a lo que respondió que los ingleses venían en son de paz y sólo a hacer guerra a los castellanos; que si intentasen otra cosa no le faltaba a él con qué defenderse; que con todo le agradecía su buena voluntad. Interiormente se alegraba de verlos temerosos y de que se molestasen unos a otros. Así, con disimulación, permitió que los moros viesan la confianza con que los ingleses saltaban a tierra en lugar distante de la ciudad, sin recelo de los moros ni encontrar en ellos oposición. De ello resultó que éstos les armasen una celada con gente de a caballo. Asaltaron de repente a los ingleses, mataron algunos y llevaron cautivos a tres. Gailan los restituyó después sin rescate, por temor de los ingleses, que le mandaron en sedas y otras cosas más de lo que valían conforme a lo establecido en estos casos de rescate.

Pasados algunos días se marchó la Armada en dirección a Cádiz, y el Conde General mandó en un barco aviso al Rey. Luego que le constó que estaba hecha la paz con Inglaterra, mandó publicar la noticia y con esto quedó libre de la mayor preocupación que tuvo durante su gobierno.

La Armada hizo mucho daño a Castilla. Le cogió y le quemó muchos navíos de la flota. También contribuyó en mucho a la seguridad de esta Plaza y a las provisiones que en ella entran, acompañadas con frecuencia de sus fragatas.

Desentendido el Conde General de este entretenimiento aplicóse de nuevo a la guerra de los moros como enemigos ordinarios. Tuvo con ellos algunas escaramuzas en el campo, que por ser de poca importancia no merecen ser referidas.

Llegó entre tanto el tiempo de segar el trigo, y como el Conde General supiese el gran perjuicio que recibía la ciudad de acercársele tanto los moros, cuyas mieses tenían a su vista sin haberse atrevido a cultivar hacia pocos años los campos a cuatro leguas de distancia, tuvo especial deseo de destruirlas, así por quitarles ese provecho como para librar a la ciudad de la molestia que recibe luego que llegan los moros a ellas. Para ello le pareció que el remedio más eficaz era quemarlas cuando estuviesen preparados para recogerlas. A este efecto, aunque estaba muy falto de salud, mandó a Benamagrás dos exploradores y otros a Safa para obrar conforme a las noticias que recibiere.

Dijeron los de Benamagras que vieran hasta cuarenta de a caballo que se retiraban al río, y los que iban a Safa que no pudieron entrar en ella, y que desde la altura vieron a muchos moros que les parecían gente del campo.

Sobrevino en esto una tormenta tan grande de la parte de Levante, que además de parecer que quería llevar la ciudad, produjo un daño muy grande en las casas y en las huertas. Juzgó entonces el Conde la ocasión oportuna, lo mismo para el efecto del fuego como para que no fuesen oídos los que entrasen.

Desde la cama, en que estaba, llamó a Consejo, y como la mayor parte de los votos fué de parecer que no era tiempo de penetrar en la Berbería, resolvió mandar al Adalid, quien salió el 13 de Julio. Con la mayor parte de la Caballería se emboscó en la colina del León, según se le había ordenado, y al romper la mañana despidió a los corredores en dos tropas, una a cargo del Contador Duarte de la Franca, y la otra al de Jerónimo de Freitas, constituyendo la reserva el resto del personal.

Al recorrer el campo encontraron muchos moros, de los que mataron a unos e hicieron cautivos a otros, a más de la presa corriente, de la que había en abundancia. Precisamente la demasiada ambición que su vista suscitó, fué causa de que algunos se alejaran y se detuvieran más de lo que era justo.

El Adalid, entretanto, para no estar ocioso, mandó poner fuego al trigo, que como estaba en las eras en almiares muy altos y el viento era fuerte, ardió de tal manera que, comunicándose el fuego por todo el campo, levantó un gran incendio. Después de esto juntó la gente con dificultad, porque se había excedido mucho en pasar los límites que se les señalaran, y con el botín se retiró poco a poco hacia la ciudad.

A pesar de todo, los moros acudieron al toque de rebato, y, llamados por el fuego, trataron de impedirle al Adalid la retirada. Como al principio eran pocos, los seguían de largo, procurando sólo distraerlo y deienarlo con escaramuzas hasta que se les aumentase la fuerza. El Adalid no les hizo caso y llegó a la vista de la ciudad con su gente toda en buen orden. Dióse recado al General, quien por estar enfermo, se hizo llevar en una silla a la puerta del Campo. Mandó salir algunos caballeros que, con la Infantería, se habían quedado por si acaso ocurriese algo.

Poco después aparecieron cuarenta moros de a caballo, de los vistos en Benamagras, los cuales pasaron el río Mogoga y se juntaron a otros. Como eran almogaberes escogidos y los dirigía el Almocaden de Guadares, hombre de valor, y formaban un Cuerpo de más de cien caballos, atacaron al Adalid, que les hizo frente, dándoles cargas los arcabuceros, a los que los moros respondían en la misma forma. Hubo entre unos y otros varias acometidas, en las que se jugaron muchas lanzadas. Los moros retiráronse siempre de ellas con la mayor pérdida, aunque el Adalid tenía consigo poca gente, pues la mayor parte estaba ocupada con los cautivos y el botín, y la otra con el ganado. Esta se apartó del camino para tomar otro más breve. Atemorizados ante el rumor de la pelea, los que traían el ganado, sin ver a los moros, lo dejaron y pasaron el río, cosa que también hicieron otros. Los moros, habiéndoles muerto su Almocaden y seis caballeros, a más de los heridos, se retiraron poco a poco.

El General, recibida la noticia de la lucha, mandó al Alcalde Mayor, Andrés Díaz da Franca, con la gente de a caballo que tenía consigo, y al Sargento Mayor, Gaspar Leiton, con cien mosqueteros, los cuales se encontraron con que el Adalid había pasado el río con toda la gente y que traían consigo a los cautivos y algunas yeguas, ya que el resto del botín lo llevaran los moros. El Adalid no había dicho nada hasta entonces para así continuar peleando con valor, lo que hizo con tanto denuedo, que los moros le hirieron el caballo. En cuanto al botín, habíale parecido que estaba ya en la ciudad, para lo que tuviera tiempo más que suficiente.

Penoso de lo ocurrido, quiso volver sobre los moros, pero encontró pocos que lo siguiesen, ante lo que, muy a pesar suyo, vióse precisado a desistir del intento. Llegado que hubo a la presencia del Conde General, le dió cuenta del resultado de la batalla, cuyo final disminuyó la gloria adquirida al principio.

El daño que recibimos fué la muerte de Antonio Domínguez Atalaya. Diego Gómez murió poco después de una pedrada que por descuido le dió un compañero. Resultaron heridos Baltasar Martins, Juez de los huérfanos, Mannel Paes de Sousa, Francisco Paes, Antonio Monteiro, Luis Robalo, Francisco Rodríguez Atalaya y Domingo de Almeira, jardinero del General. Todos se repusieron con el tiempo y los cuidados médicos que se les prestaron.

Los moros, a más de los siete que dijimos, entre los que fué grandemente sentido el Almocaden de Guadares, perdieron muchos



en el campo. En él, por querer defenderse, se les cogió mucha presa. Sin contar otros dos cautivos, que los nuestros mataron en la furia de la lucha, para obrar con más libertad, pasaron de veinte los que se les hicieron, trayendo también algunos heridos.

El botín que se les tomó, fueron veintinueve cautivos entre hombres, mujeres y niños, algunas yeguas, un potro, tres guiones y otras armas y despojos. Lo que más sintieron los moros fué la pérdida del trigo, pues llegó el incendio hasta el río de Portolargo, distante dos leguas. Sirvióles de consuelo la parte del botín que se les facilitó sin diligencia alguna de su parte. Los nuestros actuaron con valor y pudieran haber dispersado fácilmente al enemigo si todos hubiesen cumplido con su deber y el Adalid hubiera tenido más experiencia, de lo que lo disculpa el haber sido esta la primera vez que se encontrara en tales circunstancias.

El Conde Gobernador lamentó el desorden y mandó que por el Oidor se averiguase quiénes fueran los culpables. Como resultó ser éstos muchos y entre ellos los Almocádenes más prácticos en el campo y que prestaran los mejores servicios, contentóse con castigarlos con una reprensión pública, esperando la enmienda vista en otras ocasiones. Alabó a los que lo merecían y premió a los que se significaron, en particular a Antonio Correa de Quebrada, a quien dió una Plaza de las principales por haber matado al Almocaden. El botín se vendió en pública subasta y se repartió con igualdad.

Quejosos los moros de esta pérdida penetraron en el campo, que lo recorrieron algunas veces sin más efecto, que herir en una de ellas a Juan Rodríguez Atalaya. Los nuestros se retiraron a las empalizadas que aquéllos no se atrevieron a atacar, retirándose después de pequeñas escaramuzas.

Para que sintiesen una pérdida sobre otra, el 5 de Agosto mandó el Conde General a los Almocádenes Agustin Coutinho y Andrés Lorenzo, a la Sierra de Benamagras, en donde había muchos colmenares, de los que sacaban los moros grande utilidad. Dejaron entre ellos mecheros con las puntas inflamables, y se pusieron en salvo. Llegado el fuego a la parte inflamable, se levantó un gran incendio que, pegando en los colmenares, dejó abrasado más de cincuenta, pues había tantos que en cada uno pasaban de cincuenta las colmenas.

Irritados los moros con esta segunda pérdida, de allí a tres días penetraron en el campo con mucha fuerza. Arremetieron contra las

empalizadas, y al salir de ellas el Adalid, trotearon a un Atalaya que se libró, si bien le mataron el caballo. Viendo el Adalid que el campo estaba lleno de moros, se retiró. Poco después un moro cautivo se echó de la muralla abajo. Tocóse a rebato y el General mandó abrir la puerta de la Traición, por creer que el moro quedaría en el foso o próximo a él, dada la gran altura desde donde se echó con los hierros. Salió por ella el Sargento Mayor Gaspar Leiton, acompañado de Esteban da Costa, Alférez del Guión, con tres caballeros más.

Advirtiendo que el moro huía y, fuera ya de los vallados, llamaba a los suyos como si los viera, el Sargento Mayor y luego los otros trataron de cogerlo, a pesar del peligro, y como no encontraron a otros moros, lo volvieron a prender.

Después de esto penetró Gailan en el campo con un poderoso ejército, y creyendo que había sido oído, se manifestó en las empalizadas sin estar la gente fuera, y se fué sin resultado alguno, debido a la mucha vigilancia que había en el campo y a los exploradores y escuchas que a él salieran.

Como ya estaba muy entrado el verano y los moros habían quemado el campo y recogidos los trigos, era más fácil salir a él y proveer a la ciudad. Por ser leña lo que más se necesitaba, procuró el Conde General que se quemase la Sierra, lo que resultó de poco efecto las primeras veces. Con todo, la última, por estar la cosa mejor dispuesta, ardió de tal manera que casi quedó toda la Sierra al descubierto.

Mandó exploradores al mar, que amanecieron en la montaña de San Juan, y el 5 de Septiembre ocupó una gran parte, mandando al Contador Duarte da Franca, con veinte de a caballo, sirvientes suyos y de otras personas, que entonces no tenían trabajo, para que favoreciesen a los Atalayas en el caso de que algunos moros penetrasen en el campo. Al Sargento Mayor le ordenó que mandase que cien mosqueteros estuviesen sobre la Rocha y el Faro Vieja, a fin de favorecer a los nuestros, si llegase el caso.

Ocuparon los Atalayas los puestos del alrededor de la Aldea, y luego que entró la gente en la Sierra, salieron del Otero de Lacras quince moros de a caballo para desmolarizar el campo y echar fuera a los Atalayas. Al ver a la gente del Contador, a quien el General encomendara la descubierta, se retiraron sin conseguir nada. Los nuestros cogieron tres cargas de leña, que fueron para la ciudad un

gran socorro. Algunas otras veces, después de esto, penetraron los moros en el campo, sin dar lugar a otra cosa que a las ordinarias escaramuzas, más frecuentes en este tiempo, por el deseo que traían de que se les ofreciese alguna ocasión de venganza. Pero como el Señor no fuese servido en que lograsen su objeto, cambiaron de estilo y se retiraron del campo, a sus casas, como para demostrar que estaban en ellas recogidos con motivo de la Pascua del Carnero, que celebran con mucha solemnidad. Cada familia mata uno y más de uno si la familia es numerosa, lo que hacen a imitación del Cordero Pascual de los judíos, pues Mahoma quería que su ley se pareciese a todo.

El Conde General juzgó buena esta ocasión para intranquilizarlos. Para saber lo que pasaba en el campo, el 4 de Octubre mandó a ocho Almocádenes, cada uno con su compañero, a diferentes partes.

Andrés Lorenzo y Luis Robalo fueron a Guadaleón a inspeccionar el botín. Heitor de León y Domingo Gómez, a Safa Grande. Pedro da Costa y Antonio de Viveiros, a Benamagras. Agustín Coutinho y Manuel Borjes, a Gibelxaro. Tales eran las partes en que podían estar los moros.

Al día siguiente el Conde General mandó tener preparada la Caballería y algunos infantes, para lo que pudiese ocurrir. Aquella noche llegaron seis de los exploradores sin traer noticia alguna de los moros. No regresaron Agustín Coutinho y Manuel Borjes. Constó más tarde que en los Charcoens encontraron una cuadrilla de moros que venía para la Sierra. Agustín Coutinho murió de las muchas heridas que recibiera peleando con ellos con gran valor. Manuel Borjes quedó cautivo, también con algunas heridas. Atada su cabeza con la de Agustín, cuyo cuerpo quemaron, lo llevaron por las aldeas y después a Gailan. Este estaba en Barjamar, que cae entre el río y el Farrobo, con novecientos de a caballo y con espías en la Sierra, para que si oyesen salir a los nuestros, le hiciesen señal con fuego, a fin de venir a detenerlos en nuestro campo. Permitted Dios este caso para que no se lograra su designio. Este fin tuvo el Almocaden Agustín Coutinho, quien, siendo moro del Farrobo, como queda dicho, sirvió fielmente con avisos y presas, y dió muerte con ponzoña al Almocaden Kadime, por lo que estuvo muchas veces en gran peligro. Ya cristiano enseñó a los Almocádenes, que antes tenían poca noticia del campo, y fué autor de muchas incursio-

nes. Entre nosotros padeció calumnias y prisiones, de las que salió justificado, llegándose a saber que la facilidad con que trataba a los moros más procedía de la natural conlianza que de malicia. Ultimamente acreditó con su muerte su conducta, pues se mostró católico y a él se le debe que no hayamos tenido que lamentar más de una desgracia. Sirva este caso para advertir a los venideros que no deben fiarse de conjeturas ni suposiciones inciertas. Hay que reconocer que los moros no son tontos y que su preocupación es nuestra ruina.

Gailan, ufano con esta victoria por el grande odio que tenía a Agustín, se presentó en el campo y se retiró a Arcila, a donde hizo llevar a Manuel Borjes con la cabeza del muerto que le obligó a traerla atada, con bárbara impiedad, hasta corromperse. Constándole al Conde General del mal trato que se le daba, lo rescató luego, para lo que dió dinero, medio único para conseguirlo.

Retirados los moros, se aprovechó el campo lo mejor posible, con lo que se proveyó a la ciudad de leña y heno para lo que pudiese ocurrir en adelante.

Estimaron los Almocádenes buena la ocasión de hacer alguna presa, para lo que pidieron licencia al Conde General, que se la dió gustoso. Fueron seis por mar a Guadaleón, y se volvieron a la noche siguiente con treinta y cuatro reses, sin encontrar impedimento alguno.

Llegado el tiempo de las siembras, quisieron los moros asegurrarlas, y ante la resolución que había tomado el Conde de impedirselo, vinieron en nuevo orden, distribuidos en dulas o escuadras, cada una de más de doscientos de a caballo, a más de otras de a pie que estaban en la Sierra. Una de ellas, a cargo de su Almocaden, guardaba cada semana el campo, de noche vigilaban los puertos y de día ocupaban las posiciones en las que guerreaban con los Atalayas.

Debido a esto labraron la tierra con seguridad y nos impedían las hierbas y demás comodidades del campo, en espera de que se les ofreciese algún acuerdo para librarse de tan grande cuidado.

Tales eran los encuentros y continuas escaramuzas, de las que no resultó más que perderse en una de ellas un Atalaya, costándole también la vida a un moro.

Apoyados por los moros de las cábilas, no sólo intentaban impedir el cultivo de los campos, sino que abrigaban la esperanza de

que Gailan vendría sobre la ciudad con grande ejército. El Conde General hizo poco caso de semejantes intenciones y perseveró fiel en sus proyectos.

Con estos acontecimientos y otros que por su insignificancia no se relatan, pasó el primer año, a cuyo final el Conde mandó al Almocaden Andrés Rodríguez y Manuel Fernández, Atalaya, penetrar en la Sierra, encontrando a dos turcos de una nave que se hallaba en la costa. Por estar tan cerca de ellos, que no se les podían escapar, demostraron que eran moros, cuyo traje vestían. Andrés Rodríguez les habló en su lengua que poseía a perfección, lo que contribuyó a asegurarlos más. Viéndolos, empero, descuidados Manuel Fernández le dió a uno de ellos con una piedra en el pecho, con lo que lo dejó impedido para defenderse. Como no llevaban armas, se avalanzaron contra el otro, tendiéronlo en el suelo y lo amarraron. Hicieron lo mismo con el compañero, y así los tuvieron hasta que en vista de que no venían por tierra, los fué a buscar una barca que los trajo a todos. Causó verdadera admiración que dos hombres viejos y sin armas cogiesen a dos turcos en la Berbería, siendo éstos mozos y valientes.

Al principio del siguiente año de 1657, continuaron los moros con sus acostumbradas escaramuzas, en una de las cuales mataron a Vicente Martins, caballero de valor, echándolo de cabeza desde el paredón de los «Tres Palos». Desde la muralla y del Rebellin dió la Infantería una carga a los moros. Sucedió, como otras veces, que se acercaban a tiro y eran tan continuas las peleas y colisiones, que nunca se salía al campo sin que se encontrasen moros ya en guerra con los Atalayas o viniendo de fuera en gran cantidad para impedir nuestro paso. A pesar de estas dificultades se salía al campo y se cogía la hierba en la mejor forma posible para sustento de los caballos y ganado.

Algunas veces el Conde General les hizo guerra a los moros en las empalizadas y fuera de ellas, en particular el 13 de Enero. Muy de mañana mandó salir la Caballería y la Infantería, que treinta de a caballo se colocasen en celada en la Piedra de Don Diego, que la Infantería guarneciese el campamento del Chafaris y que, recogida la aceituna, otra fila ocupase el Monte largo, reforzada para ello con caballos escogidos, quedando el resto en el Alcorán. A la segunda jornada se tomó el Palmar, y pasaron de la Atalaya Chica 30 de a caballo, los que se fueron detenidos una vez llegados al Pozo del Gilete.

Los que estaban en la Celada no tenían orden de perseguirlos, por temor de refuerzo, sino de sólo impedirles el paso si fuese posible, y que se ocultasen hasta que saliese el refuerzo, al que la Infantería debía darle carga. Pero, como los moros aunque volvieron al campo con más arrestos no quisieron comprometerse, no pudo realizarse el proyecto. Después de algunas escaramuzas y retirados los moros, se recogieron los nuestros. Constó que en esta y en otras ocasiones análogas, perdieron los moros treinta y cuatro de los mejores Almogaberes, sin más baja de nuestra parte que dos Atalayas y un caballero.

Pocos días después llegó a esta ciudad una carabela con la triste noticia de que había fallecido el Rey Don Juan IV, nuestro señor, triste noticia que no ignoraba el Conde General. Por no constarle oficialmente guardó silencio sobre el particular y disimuló el sentimiento que ello le causaba, mas luego le fué comunicado por carta del Rey Don Alfonso, nuestro señor, su hijo, en la que le mandaba lo proclamase por Rey, según se hiciera ya en todo el Reino. También se lo comunicó la Reina, nuestra señora, que quedó por Regente y tutora del Rey, su hijo, hasta tener éste la edad debida para el gobierno, carta en que mandaba luto y se hiciesen las demostraciones correspondientes.

Llamó el Conde General a todas las personas principales, así eclesiásticas como seculares, entre las que estaban comprendidos los oficiales de Hacienda, Guerra y Justicia, que representan la ciudad, en la que no hay Cámara ni otra forma de Gobierno. Mandó leer las cartas y que se hiciesen públicas las que vinieran para la ciudad y para el Cabildo.

Hizo saber a todos la obligación que tenían de obedecer puntualmente las órdenes de su Rey, tanto en prestarle obediencia como en conmemorar la muerte del Rey, al que debían todos la libertad, obras y amor de verdadero padre. Advirtióles que si estas razones eran generales para todos sus vasallos, lo eran de un modo especial para los de este pueblo por particulares motivos, pues lo sostuvo y defendió en tiempos muy apurados e hizo de su obediencia mayor estima que de la del resto del Reino.

Respondieron todos como se esperaba de tan fieles vasallos, mandando el Conde traer un Misal sobre el que juró al Rey Don Alfonso por su Rey y Señor y le rindió pleito homenaje de esta Plaza, en la misma forma que lo hiciera al Rey Don Juan. Todos prestaron

el mismo juramento, precediendo los eclesiásticos a los seculares, entre los que se observó la preferencia de sus oficios. Cumplidos los requisitos propios del caso, en los que todos convinieron, se dió por terminado el acto.

Mandó luego el Conde General dar lutos al Cabildo y Oficiales, como lo pusieron también él y toda la familia, en la forma ordenada por la Reina, que consistía en capuchones de bayeta a las bestias. Puestos los lutos, se celebraron las exequias, para lo que dispuso se reuniesen la Caballería y la Infantería, los oficiales y personas de calidad en la Plaza del Castillo. Preparado el itinerario, salió el Adalid con la Caballería. Las bestias llevaban las armas de modo lúnebre y las trompetas tocaban en son triste. Seguía el Alférez Mayor, Diego Camello, con una bandera negra con las armas reales. Un poco más atrás venía un escudo en la misma forma llevado por el Almocaden Diego Correa. Otro escudo lo llevaba Lopo Fernández Tavares, y el último Manuel Ravello el Viejo. De una y otra parte iban los oficiales y personas nobles con capuchones, cubiertos los rostros. Detrás de todos iba el Conde General en la misma forma, acompañado de su servidumbre. Haciendo la retaguardia iba la Infantería con las armas a la funerals, arrastrando las bestias las armas, según se estila en actos semejantes.

En la Plaza del Castillo se rompió el primer escudo, con las palabras que se usan, diciendo primero el Almocaden Diego Correa que lo llevaba: «Llorad, Pueblo, Llorad, que ha muerto vuestro Rey Don Juan». El segundo se rompió en la misma forma sobre el Pelourinho. El tercero en las escaleras de la Catedral. Retiráronse luego todos al Castillo, en donde dejaron al Conde General.

Al día siguiente salió de gala el Conde General con toda la gente de a caballo. El Alférez Mayor llevaba la Bandera Real, y en los mismos lugares en que se rompieron los escudos, dijo en alta voz: «Real, Real, Real, por Don Alfonso VI, Rey de Portugal». Respondieron todos con vivas y aplausos. Dieron tres cargas los arcabuceros, la Infantería y la Artillería, como estaba ordenado, y, recorrida toda la ciudad en esta formación, se retiraron al Castillo.

Después de esto, celebró el Cabildo un Oficio lúnebre en la Catedral, con toda la solemnidad posible, como lo había mandado la Reina. Levantóse en el centro un catafalco con muchas luces, cubierto de un dosel y algunos guiones con armas reales. Asistieron el Conde General y las personas principales con los capuchones. Los

gastos del Oficio los mandó abonar el Conde por la pobreza del Cabildo. Los lutos duraron el tiempo ordenado por el Rey, y el sentimiento de haber perdido tal príncipe será eterno en la memoria de sus vasallos.

De todo lo actuado envió el Conde al Rey auténtica relación, dándole por carta el pésame y la obediencia, lo mismo que a la Reina, quedando de ello ambos muy agradecidos.

Con este motivo cobraron ánimo nuestros enemigos, porque los castellanos, creyendo que con la muerte del Rey Don Juan perderíamos el ánimo que su asistencia no influía, formaron ejércitos, sin reparar en el daño que de los ingleses recibían en sus armadas, y de los franceses y otros enemigos en sus Plazas y Provincias.

Los moros, juzgando el tiempo a propósito, llevaron adelante el intento que tenían de venir sobre esta ciudad, para lo que Gailan reunió a toda su gente de a pie y de a caballo, desde Alcázar hasta Tetuán. Formado un ejército de veinticinco mil hombres se alojó a la vista de esta ciudad, Miércoles Santo, 12 de Abril de 1657. Armáronse muchas tiendas, chozas y barracas en toda la circunferencia de la ciudad, con idea de inquietarla en los días más solemnes.

Dispuso el Conde General la defensa en la mejor forma que le fué posible, para lo que encargó los cinco Tercios de la Muralla a los cinco capitanes de Infantería, a los que correspondieron: A Antonio da Sylva, el Cuerpo de guardia; a Antonio Rodríguez, la Torre; a Rodrigo Caldeira, la Puerta del Campo; a Sebastián López, la Fortaleza del Obispo y la Ciudad Vieja, y a Gaspar Liste, la Plaza. Entre unos y otros quedó la Guarda de las Dulas de los Caballeros, y de reserva quedó el Adalid con cuatro hombres del campo para montar a caballo y acudir al interior. Al Contador con la Dula del General encomendó el Cuerpo de guardia. Al Sargento Mayor con los ayudantes le confió la Muralla, y a Bartolomé Gonçalves, capitán de la Artillería, ordenó que la tuviese pronta en todos los Tercios, porque se repartirían muchas granadas, colocándose, además, en las partes bajas y peligrosas, vigas y piedras para la defensa de un asalto. Los rellenos se cubrieron con pipas llenas de tierra y objetos análogos para que quedasen más seguros. Dióse orden que cada uno acudiese de día y de noche a su Tercio y no saliese de él en caso que en otro hubiese peligro, sin expreso mandato. El Conde General, para obtener alguna noticia acerca de los proyectos de los moros, mandó a Francisco López, intérprete, a hablar con Gailan



respecto al asunto de un moro cautivo, de que antes se tratara. Dedució de ello que más descaba un convenio a su modo que llevar adelante el intento, razón por la que volvió a mandarlo con esta propuesta, rogándole regresase pronto.

El Conde no lo permitió y le hizo escribir a Gailan, a quien dió su recado, que los Generales de Tánger, en semejantes casos, sólo respondían por las bocas de los cañones; que si pasado éste, propusiese algo, se le respondería como mejor pareciese.

Envió la carta por un moro de la cábila, que estaba detenido, y viendo Gailan que para nada le servía su sagacidad, quiso apelar a la fuerza. Comenzaron, así, los moros a combatir la ciudad por todas partes con más ruido que resultado, por no traer artillería. Como no cesaban ni de día ni de noche, eran continuos la inquietud y el trabajo, pues el personal, por ser poco, no se apartaba de sus posiciones. Desde ellas se respondía a los moros con no interrumpidas baterías de artillería y mosquetería y también a veces con catapultas cargadas de pólvora menuda, que cuando estaban juntos les ocasionaban mayor daño. También de noche cuando se encontraban en el foso se les lanzaban granadas, engañándolos primero con unos cohetes que reventaban sin perjuicio, y pareciéndoles que las granadas harían lo mismo reventando entre ellos, conocieron la diferencia muy a costa suya.

El Conde General con los demás oficiales y personas de significación, acudía de día y de noche a todas partes, en particular a donde era más viva la pelea. Animaba a todos, pues demostraba que hacía poco caso del enemigo, con lo que la gente sufría mejor el trabajo y la asistencia del muro, a lo que contribuyeron en mucho los socorros de dinero y viveres que les hacía repartir.

A pesar de las circunstancias no se dejaban de celebrar los Divinos Oficios con la solemnidad acostumbrada, siendo ésta la mejor defensa contra los enemigos de nuestra Santa Fe.

Continuaron los moros algunos días atacando a la ciudad, y acercándose a ella, para lo que ocuparon la posición del Alcorán, en la que hicieron un foso por la parte de adentro a fin de librarse mejor de la artillería.

Lo que inspiró más cuidado fué verse levantar en la Arca de la Abobada grandes barreras de tierra, derribarse éstas y traer de la Sierra mucha madera, como indicando se trataba de construir algún Fuerte, con lo que determinó el Conde General mandar de ello avi-

so al Rey, a quien ya tenia dada cuenta del intento de los moros. Para esto eligió a Lopo Fernández López, que se fué en un barco ligero, para solicitar en seguida el socorro.

También escribió al Conde de Val de Reyes, Gobernador del Algarve, que no tardó en mandar una carabela con abastecimientos y algunas municiones.

Llegó el aviso a Lisboa al tiempo que se preparaba el socorro de Olivença, que los castellanos tenían sitiada con grande ejército. La Reina, nuestra señora, acudió a todo con igual providencia y cuidado. Mandó preparar luego un navío con doscientos soldados, muchas municiones y abastecimientos para el socorro de Tánger. Por ser el tiempo contrario se detuvo algunos días.

Los moros continuaban en la misma forma, y como algunos se extralimitaban, salieron diez caballeros de los nuestros para ver lo que ocurría. Como los observaron algún tanto lejos, no pasaron adelante, y, por sobrevenir otros muchos, se retiraron sin daño, si bien no tardó en haber entre una y otra parte gran pelea.

La Puerta del Campo nos preocupaba un poco, por no levantarse la puerta ni estar acabado el Rebellín, y queriendo el Conde General poner remedio a esto, se presentó él personalmente y mandó salir a los oficiales cubiertos con sacos de tierra. Acudieron los moros en gran número al Alcorán y la empalizada del Chafaris y demás puntos vecinos; pero, aunque llovían las balas, la obra fué adelante, batiéndose entre tanto a los moros desde todas las partes de la muralla. De sus balas dieron algunas en los oficiales y en otras personas, sin más daño que pasarles los trajes. Muy a pesar suyo se levantó el puente y comenzaron a retirarse. Llegó un recado de la Torre que en el Aleorán quedara un moro caído, y como parecía que aún podría estar vivo, mandó el Conde General que saliesen algunos caballeros para reconocerlo mejor. Fueron los primeros Antonio Mansos, Merinho del Charf y Manuel Fernández Atalaya, quienes llegados al Aleorán encontraron al moro y a otros escondidos, que se pusieron en fuga hasta el campamento de Fuera.

Como éstos encontraron allí a otros, atacaron a los nuestros que estaban en descubierta. Sin embargo, y a pesar de las grandes cargas, se dieron cuenta de la posición y se retiraron sin daño alguno, favorecidos por el Sargento Mayor, que salió a pie con algunos soldados, y de la Artillería y Mosquetería de la Muralla.

Acudió Gailan con la mayor fuerza de su gente, diéronse gran-

des cargas y por toda la ciudad llovían balas sin que originasen daño alguno. A cada paso veíanse caer muertos a muchos de los moros, quienes, ya cercana la noche, se retiraron del combate. Como los caballos y demás ganado sentían la falta de hierba, mandó algunas veces el Conde General que los sacasen fuera por la puerta de la Traición, con guarda de escopeteros y mosqueteros y favorecidos también por las defensas de la muralla.

Acudían los moros a las posiciones vecinas, donde a salvo daban y recibían cargas, no obstante las cuales pastaban el ganado y los caballos, sin atreverse los moros a atacarnos decididamente.

En esta forma se pasaron algunos días, durante los que eran continuas las peleas, sobre todo en la Ciudad Vieja, por donde los moros se acercaban más seguros a la muralla. Al ver que el fruto de los ataques eran muertes y heridas entre ellos y que comenzaban a sentir la falta de víveres y municiones, determinaron retirarse.

Dióse desde la Torre aviso al Conde General que ardían los alojamientos, y dejando la Catedral, donde aquel día tenía el Cabildo expuesto el Santísimo Sacramento, para pedirle librase ésta ciudad de los enemigos de su Santa Fe, subió él mismo a la Torre y vió que los moros se retiraban. Ello fué motivo de grande alborozo por verse libertada de semejante opresión esta ciudad, que en veinte días que duró no tuvo que lamentar la pérdida de un solo hombre, ni tampoco ningún herido, dado lo expuesto que todos estuvieron, pues muchas veces se vieron bajo una lluvia de balas; esto no debe atribuirse sino a la Misericordia Divina, que siempre ampara a los que pelean por causa tan justa.

Al día siguiente salió el General al campo, y al mandar reconocer la Alobada, se encontró, como ya se lo presumía, que la obra que los moros hicieron fué cortar el agua, echando a perder la Acequia Grande e inutilizando las cañerías. Pero por otros canales ocultos corría el agua en abundancia desde la fuente de la Aflacaya, de tal suerte que así se supliría la falta que ocasionase el vacío del pozo del Castillo y de los demás del mismo origen.

Después de esto entró en la ciudad Cassime Gailan, alfaqueque de Arcila, para ver el daño que los suyos habían hecho, y, al darse cuenta de la alegría de la gente, todos sanos y salvos, y que las fuentes corrían como antes, se fué con estos datos del todo avergonzado y confuso.

En este tiempo salió de nuevo al campo el Conde General, y

cuando estaba en los Pomares, salieron de la Atalaya Chica sesenta de a caballo, quienes como no encontrasen oposición alguna, llegaron a la empalizada nueva y se retiraron sin hacer daño alguno ni ser perseguidos de los nuestros por temor de algún refuerzo. Para verse libre de este cuidado el Conde General y conocer el designio de los moros, mandó al Almocaden Domingo Fernández y a Antonio de Viveiros a Benamagras, y a Domingo Gómez y Manuel Fernández a Bujumar, con orden de que si no viesen mayor ejército, viniésen a decirlo Domingo Fernández y Domingo Gómez, y que los otros dos quedasen sobre el Tercio de la Atalaya Chica. Esto último lo dispuso para que continuando los mismos moros sin recibir mayor refuerzo, hiciesen con fuego una señal al tiempo del rebato. Para este efecto tenían prevenida mecha de cañón y pólvora en una barca en que acostumbraban salir.

Vinieron los Almocádenes y dijeron que no habían visto más gente, ni rastro de haber entrado en la Sierra, que por dentro y fuera tenían cortada.

El día siguiente, último de Abril, vispera de Santiago, mandó salir el Conde General por la puerta del Campo antes de amanecer, al Almaden del Rey, Diego Correa, con cuarenta de a caballo, para internarse en lo abrupto del Monte Largo y mandar parte de la gente a la Acequia de la Abobada. El General, con la mayor parte, salió por la puerta de la Traición, para que, pasando los moros de la Atalaya y se comprometiesen como hicieran antes, llegado el momento de llamada, los atacasen el Almocaden Diego Correa, favorecido del Adalid y del personal a sus órdenes, hasta desbaratarlos por completo.

Cuando iban los Atalayas descubriendo el campo, vió uno de ellos a los moros en la Forcadinha, y dió aviso sin rebato. Ellos, al sentir que los nuestros estaban cerca, no les hicieron frente, pero, saliendo después, se dió rebato y se vió la señal que hacían los dos de los nuestros que estaban en la Sierra. Al mismo tiempo el Adalid con la gente de que disponia los atacó auxiliado por Diego Correa, lo que obligó a los moros a ponerse en fuga. Los nuestros los siguieron hasta la Sierra, dejaron algunos muertos e hicieron cautivo a uno, vencido por Manuel de Guevara, quien se lo trajo al General, cosa que éste agradeció, pues esperaba llegar a saber por él lo que ocurría en la Berbería. Constó, en efecto, por su testimonio, que estaban en el campo doscientos cincuenta de a caballo, a más de

otros tantos que con Algazuane Benbucar, estaban en el río. Luego que comenzaron a manifestarse por todas partes, el Conde General hizo retirar la gente que entrara en la Sierra. Todos obedecieron a una descarga que mandó hacer, de la que resultaron muertos cuatro moros. Se recogieron, a más del cautivo, un caballo, muchas armas y otros despojos, sin padecer los nuestros daño alguno.

Entre tanto se acercaban moros de otras partes, echando de sus puestos a los Atalayas y peleando con los nuestros. A uno de ellos que alzó bandera blanca para pedir que les entregásemos los nuestros, le dió en la cabeza una bala de artillería, dispensándolo así del trabajo que se imponía.

Retiróse el Conde General a dar gracias a Dios en la Catedral por este suceso que la ocasión hizo más airoso, pues pareciales a los moros que los nuestros no se atreverían a atacarlos, atemorizados ante la vista de su poderoso ejército.

Por lo mal que le fué en este caso, castigó Gailan a un primo suyo, que era cabo, y que escapó con mucho trabajo; y si los nuestros, como se advirtió después, luego que descubrieron los Pomares, hubieran bajado a la Greda, ni este moro ni ninguno de los que con él estaban, le hubiesen llevado la noticia de lo ocurrido; pero en las ocasiones repentinas no todo se prevee, y así sirva esta advertencia para otras que pudieran presentarse.

El Conde General despachó luego una carabela con el aviso de que estaba levantado el asedio, así para que el Rey y la Reina se viesen libres de este cuidado, como para que no mandasen más personal en un tiempo que era tan necesario para el ejército de Alentejo. Por razón del temporal no salió el navío, viéndose precisado a desembarcar la tripulación y objetos que llevaba, todo con gran sentimiento de Lopo Fernández López, que lo procurara con mucho trabajo y diligencia.

Irritado Gailan con esta nueva pérdida y con el poco miedo que demostraban tener los nuestros a sus armas, determinó volver sobre la ciudad con mayores fuerzas. Juntósele Algazuane, que hizo venir de Tetuán a muchos moros con escopetas, y ambos se propusieron restablecer la opinión y el crédito, que juzgaban abatidos.

Para ello a principio de Mayo volvieron sobre la ciudad, desde la que se veían los batallones de Caballería, que ocupando las eminencias, resultaba una hermosa demostración. Reanudaron los combates y las baterías, y como los de Tetuán venían frescos y son hue-

nos tiradores, eran las cargas más vivas y con mejor orden. Algunas balas llegaron a los nuestros, aunque por milagro fué poco el daño que les causaron. Una acertó al capitán Sebastián López, que le llegó muy cerca de la cabeza, hasta el punto de que todos creyeron que lo matara. No recibió más que una pequeña herida. Lo mismo le sucedió a su sargento, que le dió una en la garganta. Otra le dió al canónigo Bernardo Gómez en el pecho, quedándole sólo una mancha. A otros les pasaban los sombreros y trajes sin producir otros efectos. Estando la Condesa en su habitación con la puerta abierta entró por ella una bala que quedó en una almohada.

No sólo quiso Dios librar a los nuestros de las balas de los moros, sino también de otros desastres. A Gonzalo Díaz se le disparó una pistola sobre el pecho, que le pasó dos balas hasta la camisa, sin causarle más daño, lo que se atribuye a milagro de Nuestra Señora, así por estar en su ermita de la Peña de Francia como por servir a la del Rosario y prepararle la iglesia para su fiesta, que se celebraba entonces.

A un artillero le reventó el arcabuz y, dándole los pedazos en el pecho cayó junto al Conde que se encontraba allí. Se repuso pronto y salió libre del peligro. A muchos niños les rozaban las balas sin ocasionarles daño. A uno de ellos se le hirió la mano debajo del camarín de Nuestra Señora del Rosario, que iba en procesión.

Los moros, para retirar del todo el agua, quisieron cortar la que venía por la cañería quebrada, y dieron principio a la obra con muchos albañiles. Como no se veían desde la ciudad por estar ocultos, mandó poner el Conde General en una carabela dos piezas de bronce pequeñas, que dejara aquí el Rey Don Sebastián, con algunos mosqueteros. Salieron a la bahía y comenzaron a atacar a los moros con gran daño para ellos y no sin causarles esto verdadera admiración. Para resarcirse, levantaron algunos parapetos de arena, con lo que quedaron mal cubiertos. Sin embargo, acabaron la obra, en la que trabajaban de noche, sin obtener más resultado que la pérdida de sus energías, pues ya hacía mucho tiempo que la indicada cañería no servía para nada. Como en la ciudad se comenzaba a sentir alguna falta de leña, pues de lo demás estaba bien provista, se salió a cogerla por mar en dos barcos largos y algunas barcasas. Debido a salir y regresar de noche, no fueron notadas; pero una, que sin orden de nadie salió de día, luego que la vieron los moros, la asaltaron y le mataron a uno de los hombres como castigo de su descuido.

Después de ocho días que duró este segundo sitio, se retiraron los moros poco satisfechos de Gailán, pues les aseguraba que en seguida de demostrar su fuerza, el Conde General le pediría treguas prometiéndoles no quemar los trigos ni los colmenares, que era lo que principalmente se pretendía conseguir con esta ocasión. Como no lo consiguieron y sólo encontraron balas y la muerte de más de doscientos hombres y muchos heridos, cayeron en cuenta de haber sido miserablemente engañados.

Entre los muertos hubo algunos principales. A un criado de Algaznane, que deseaba ver de cerca una ciudad de cristianos, para él desconocida, lo mató una bala de mosquetón. Cadine, Almocaden del Farrobo, resultó herido de dos, si bien logró escapar. Algazuane vió caer desde su tienda una bala de 40, y poco satisfecho de semejante visita, trató de retirarse sin pérdida de tiempo. Los nuestros salieron al campo, cosa que, con los indicados acontecimientos, no se conseguía fácilmente.

Llegó a Lisboa el segundo aviso de que los moros se retiraron del todo, y como al mismo tiempo sucedió la pérdida de Olivenza, sin que les hubiesen servido para nada tantos preparativos y socorros, fué el Conde felicitado por el Rey, la Reina y el pueblo.

El Rey, en carta particular, agradeció al Conde y a los moradores de esta ciudad, lo que habían hecho y mandó se les remitiesen municiones y otros pertrechos, a más de cierta cantidad de dinero para aliviarlos de los trabajos padecidos.

Continuábase entre tanto la guerra con los moros en la misma forma de corridas y escaramuzas, tan ordinarias y semejantes, que dejamos de reseñarlas por no extendernos demasiado y no haber sucedido caso alguno digno de especial mención. Como el Conde General perseveraba en el propósito de inquietar a los moros por todas partes, mandó al Adalid por mar con cien hombres para ir a las Aljaimas de Tagadarte o Brias, y a no ser esto posible, a unas que caen junto a las puertas de Arcila. Comenzaron a navegar con viento próspero, pero se cambió de tal manera, que fué necesario arribar, por ser aquella costa muy arriesgada. En cumplimiento de la orden que llevaba, dejó al Almocaden Domingo Fernández y a Antonio de Viveiro en tierra, quienes, penetrando en la Sierra de Benamagras, pusieron mechas de azufre en las sementeras ya maduras. Luego que las encendieron produjo esto mucho daño, que

hubiera sido mayor a no haberse calmado el viento, con lo que les fué fácil a los moros localizar el fuego, quedando, sin embargo, muy rabiosos y con deseos de venganza. Para llevarla a cabo se valieron de una nueva artimaña. Se metieron en una cueva, fuera de la puerta de la Traición, y saliendo de ella, después de darse el seguro, llevaron a Manuel Vaz y a Olona, atalayas que estaban mariscando. Mataron a un soldado e hirieron a otro, y favorecidos de gente de a caballo, que estaban en el Faro Nuevo, se retiraron sin pérdida alguna.

Acabaron los moros las sembreras con tan mala suerte y tanto trabajo, que les resultaron mucho más costosas de lo que desearan. Quemaron el campo y se retiraron por algunos días, durante los que se cogieron heno y leña en abundancia, con lo que la ciudad quedó bien proveída.

Pareció buena la oportunidad de hacer alguna incursión, y el Conde General mandó a los Almocádenes a espiar el campo. Como le constase que había botín en Guadaleón, como es lugar tan retirado y trabajoso, del que no se podía sacar nada de provecho sin gran peligro, desistió el Conde General del intento. Para aprovechar los preparativos hechos y ocupar la Sierra, el 23 de Septiembre al amanecer mandó ocupar las posiciones. Llegado que hubo el Atalaya al Otero de Vinten, vió en él moros de a pie. Retiróse sin recibir daño alguno, pero por ser necesaria la ocupación de aquel puesto, mandó el Conde General al Adalid que se presentase allí provisto de lo indispensable y que atacase a los moros si éstos se resistiesen a dejarla. Vaciló el Atalaya por el gran peligro que en ello había, pero Juan Vieira, Escucha, se ofreció a cumplir el indicado deseo. Llegado al puesto, los moros le dispararon con cuatro espingardas. Cayó muerto el caballo que de los suyos le diera el General. Quedó debajo Juan Vieira, quien gritó ¡Santiago! y supo defenderse de un moro que lo quería llevar cautivo.

Acudieron los nuestros e embistieron a los moros que confiaban mucho en lo áspero del lugar. Vista la decisión de los nuestros, se pusieron en fuga. Algunos de aquéllos se metieron por la vereda que es estrecha y otros iban por fuera, con lo que mataron a dos moros e hirieron a otros. Distinguiéronse Antonio Galván y Manuel Fernández Caravella, que fueron los que mataron a los dos moros. Los demás se salvaron en aquella escabrosidad, admirados de verse atacados en donde nunca lo habían sido. Acabada la contienda, se



cogió sin obstáculo alguno toda la leña que se estimó necesaria.

De allí a pocos días penetraron en la Berbería cinco Almocádenes, que se retiraron con cuarenta cabezas de ganado grueso. Y sin más sucesos dignos de ser recordarlos, se acabó el segundo año del gobierno del Conde.

En la entrada del año siguiente 1658 volvieron a continuar los moros las sementeras, guardándolas con lo propio al efecto y cuyo trabajo se aumentaba con la inclemencia del tiempo más excesiva que la ordinaria. De esto resultaba haber peleas y escaramuzas a cada paso, a más de aumentar los moros sus fuerzas cuando les parecía.

El 10 de Enero, descubiertas las fronteras, desde los altos dispararon con muchas espingardas a Pedro Gonçalves, Atalaya, de lo que resultó muerto. Se manifestaron más de cuatrocientos de a caballo, a quienes hizo oposición el Adalid con su gente. Acudió al rebato el Conde General con las personas restantes y peleó con los moros durante algún tiempo; el enemigo se retiró al fin, no sin recibir gran daño.

Hubo en la misma forma otras peleas que, por ser semejantes, no se relatan. Nada ocurrió digno de memoria, exceptuada la pérdida de algunos atalayas, cosa que no se puede evitar del todo, pero que no dejó de costar muchas vidas a los moros. Debido a ello sentían repugnancia a permanecer en el campo y le dejaron de sembrar si no les obligase a hacerlo Gailán, por el interés de las contribuciones y otras conveniencias de los Almocádenes y Exploradores. Estas contribuciones salían de los pobres que resultaban los más perjudicados. A sus quejas respondía Gailán que era de su honor llevar adelante lo que se había propuesto. Aun así estuvieron los moros casi resueltos a retirarse del campo, a lo que acudió Gailán, diciéndole que lo recobraría con sólo su gente. Ante esto y el temor, accedieron, a pesar de las grandes dificultades que se les presentaban.

Para darles ánimo hacía ostentaciones y manifestaba gran poder, en particular al principio y fin de las sementeras, sin que por esto haya logrado el intento de causarnos pérdida alguna; así se pasó la primavera, procurando frustrar siempre el Conde General los designios de los enemigos a quienes veía tan solícitos de ocasionarnos perjuicios.

De tan continuo trabajo le resultó una enfermedad, de la que todavía estaba convaleciente cuando le sobrevino un caso que le produjo algún disgusto.

En uno de los días de la octava de Pascua salió la gente del campo con la Bandera de Nuestra Señora, a la que seguían el Adalid con algunos Almogaveres. Subieron al Castillo, y luego de entrar por la puerta la Bandera con la mayor parte del personal, llegó por otra calle el capitán Gaspar Liste, que entraba de guarda. Pasada también con algunas hileras la puerta del Castillo, se presentó el Adalid que se había quedado atrás con algunos de sus acompañantes. Parecióle que ocupada la puerta por los suyos, nadie se lo debía impedir. Quiso que se abriese la compañía, a lo que se opuso el sargento. Creyó el Adalid que le trataba con menos respeto del que debía y quiso darle con la lanza.

Acudieron los caballeros, hicieron lo mismo el capitán y los soldados y se produjo algún revuelo. El Conde General, aunque no estaba del todo convaleciente, no tardó en presentarse con el Oidor y el Sargento Mayor. Consiguieron poner todo en sosiego, sin que haya habido perjuicio alguno. Mandó prender al Adalid y a algunos caballeros que se conceptuaron más culpables, y echó un bando prohibiendo bajo pena de la vida que no hubiese más comentarios sobre esta materia, con lo que todos se calmaron.

De una expresión de que después usó el Adalid, al mismo tiempo que demostraba el gran sentimiento que este disgusto le causara, afirmó que su intento había sido castigar sólo al sargento que le hablara con descortesía. Que los caballeros, creyendo que en ello le favorecían, se le presentaron con la opinión del Oidor, y que de una averiguación que hizo, no encontrando culpa en forma, después de muchos días de prisión, le perdonó, lo mismo que a los demás. Desde entonces todo quedó tranquilo.

Durante este tiempo sirvió el Almocaden Diego Corren. Salieron al campo el 27 de Abril por constar de la presencia de muchos moros. Estos se manifestaron en la Vuelta de Don Pedro, donde derribaron a Manuel Correa y le mataron el caballo. Salieron de la Granja más de cuatrocientos moros, y el Conde General, aunque indispuerto, acudió al rebato y estuvo en el campo mientras se peleó, que fué por largo espacio. De esta falta de precaución se le renovó la enfermedad, que le duró muchos días.

Luego de convalecido, repuso en su cargo al Adalid y continuó

la guerra en la misma forma. Como en el campo sólo se veían algunos exploradores de los moros, entendió que esto era debido a obstáculo o malicia. Para librarse de este cuidado procuró tomar informes, pero aunque mandó para eso algunas veces a los Almocádenes por mar y por tierra, no consiguió nada hasta que resolvió armar a los Exploradores, siempre que no hubiese en el campo, como no había, para ello impedimento alguno. Luego que le constó por los espías de Benamagras que no había gente, y por los Almocádenes Andrés Lorenzo y Luis Robalo, que fueran a Bujumar, que los Exploradores venían al Otero, el 4 de Junio mandó a los Almocádenes Heitor de León y Manuel Duarte, con cuarenta de a caballo, para que, entrando antes de la madrugada en la emboscada, esperasen allí a los moros.

En seguida que amaneció, salió el Conde General al campo con el resto de la gente para favorecerlos. En las primeras horas de la tarde llegaron los Exploradores al Otero y se pusieron en salvo luego que oyeron a los nuestros; sin embargo, a otros dos que estaban apensos en la Palmera, los atacaron e hicieron prisioneros con los caballos y armas.

Por ellos constó que Gailán con todo su ejército estaba más allá de Alcázar a fin de apaciguar algunas alteraciones entre los moros. Retiróse con esta noticia el Conde General y llamó a Consejo, pareciéndole a la mayor parte que la ocasión era oportuna. En vista de ello, resolvió mandar luego al Adalid con ciento cincuenta de a caballo, con orden de entrar por Nazere hasta encontrar la presa, de la que sabía andaba por aquella parte. Le dijo que aunque oyese el toque de rebato, continuase adelante, midiendo de tal suerte el tiempo que no le cogiese la noche fuera de nuestro campo.

Llegó a Nazere, vió el ganado al pie de la Safa Grande, y como oyó el indicado toque y la distancia era larga y los caballos iban cansados por haberse apresurado anticipadamente, mandó coger la presa. Se cogieron ciento cincuenta cabezas de ganado grueso y mucho del menudo, cinco moros y moras y un caballo, sin contar los dos primeros, y los Almogaveres. Acudieron algunos moros que vinieron desde lejos armando escaramuzas con los nuestros, y sin más resultado se retiraron.

Regresó el Adalid a las altas horas de la noche por el obstáculo que ocasionó el ganado menudo. Perdiéronse en este trance cuatro caballos, que murieron de cansancio, a más de uno de Gaspar de

os Reyes, a quien llevaron los moros y que se hubiera perdido, por haberse extraviado, si no se les socorre a tiempo. La presa entró en la ciudad y fué repartida en la forma acostumbrada.

Transcurridos algunos días pasó la gente al campo y luego de ver a los Atalayas cautivaron a uno de ellos en la Sierra, saliéndole al encuentro un moro de a caballo favorecido por más de treinta de a pie. Con todo se ocupó terreno y como no aparecían más moros, el Conde General mandó que quedase en medio y despidió al Adalid con la mayor parte de la Caballería para esperar en Bujamar a los moros que creyó habían de llevar luego al cautivo, por los deseos que tenían de recibir noticias, pues ya hacía muchos días que estaban los puertos cerrados. Se le ordenó que si hubiera rebato se retirase, porque o los moros no saldrían de la Sierra o si lo hiciesen sería con la confianza de mayor fuerza. Pero, que si no fuese oído, esperase hasta cerca de la noche, y al salir los moros los acometiese en el campo, donde fácilmente serían dispersados.

Llegados al Otero vieron los que iban delante a un explorador de a caballo y lo siguieron hasta Benamagras, donde se puso en salvo. Con esto propuso el Adalid en Consejo lo que se debía hacer, y a todos pareció que debía observarse la orden recibida. En los «Chapares» vieron los delanteros algunos moros de a caballo, algún tanto retirados y al parecer también descuidados. Dijeron al Adalid que los atacase, lo que hizo luego, pues le parecía ser cosa fácil coger a los moros en un terreno que no ofrecía desigualdad alguna; pero, antes de llegar junto a los moros, se encontró con un riachuelo de acceso difícil y con un paso estrecho después del que había un alto de piedra, que con dificultad se podía subir. Entre tanto los moros en número de cuarenta, casi todos con escopetas, subieron a caballo al alto de la Sierra, y al ver a los nuestros embarrancados y confusos, les dieron grandes cargas, sin dejarlas también ellos de recibir.

Dándose cuenta el Adalid de la mala condición del terreno, quiso retirarse, y entonces los moros los atacaron con más furia. Mataron a Andrés Rodríguez y cuatro caballos, quedando otros heridos. Ellos recibieron también algún daño, porque los nuestros mataron a dos moros y les hirieron algunos caballos.

Lograda la salida al campo, se pusieron en orden y esperaron a los moros, quienes arrimados a la Sierra, hacían algunas escaramuzas, sin que los nuestros pudiesen conseguir se les acercasen, pues

no cabe duda que se dieron cuenta de la intención que a ello les impelia.

Tuvo el General noticia de que el Adalid se retiraba peleando y salió a socorrerlo con el resto de la gente. Retirados los moros, se vino el Adalid y dió cuenta al General de todo lo ocurrido, de lo que éste quedó poco satisfecho, por haberse comprometido los nuestros en la Sierra. Resultando que la mayor culpa fuera de algunos Almocádenes que estaban obligados a conocer el lugar, los prendió y castigó, y como los accidentes repentinos perturbaban el discurso, el deseo de coger a los moros descuidados, hizo olvidar el conocimiento del campo. Así y todo, fué merced de Dios el no haber recibido mayor pérdida, pues fueron muchas las cargas que dieron los moros para ponerse a salvo. No cabe duda que también contribuyó mucho a nuestro favor la valentía del Adalid, la del Contador Duarte de la Franca y la de otros caballeros que en este caso se condujeron como era de esperar de ellos.

Quejosos los moros de las pérdidas recibidas, reunieron un grande ejército, penetraron en el campo y atacaron a los Atalayas, de los que, aunque se libraron, cayeron dos muertos con sus caballos y herido Luis Alvez. Sin embargo, habiendo sido socorridos, hubo con los moros grandes escaramuzas. Fué la más importante la del 8 de Julio. Salido que hubo el Conde General muy de madrugada al campo, viéronse moros que penetraban en gran número de a pie y de a caballo. Tocóse a alarma, y llegaron los moros a las posiciones del Chaferis y de la empalizada nueva.

Los nuestros se retiraron al Alcorán y otros püestos e hicieron frente a los moros que aumentaban incesantemente. Trabóse una pelea que duró más de dos horas. Al darse cuenta los moros que no podían echar a los nuestros de las posiciones que habían ocupado y que era mucho el daño que recibían de la artillería y de la mosquetería colocadas en los campamentos, se retiraron con grande pérdida, de la que quedaron señales evidentes. De nuestra parte sólo hubo que lamentar la de haber sido heridos Antonio Mouro y Manuel de Fonseca Ramiron, que no tardaron en reponerse. Lo mismo éstos que los demás procedieron con gran valor y acierto en la ocasión referida. En ella se encontró Gailán con más de dos mil caballos y mucha gente de a pie. Aunque venía dispuesto a desbaratarnos o al menos a introducirse por nuestras puertas, fué él el primero que se largó del campo, en el que continuamos nosotros por largo espacio

de tiempo. De allí a tres días volvieron a penetrar los moros y cogieron cautivo a un Atalaya por haberse imposibilitado para la huida. Acudieron los nuestros en su auxilio y recogieron el caballo. Poco después guerrearón con sesenta de a caballo en el pequeño Palmar de Diego López. Estaba en San Juan un Escucha y para no ser visto no siguió más adelante. Pasaron de allí y al llegar a la empalizada nueva se les hizo en ella resistencia. Hicieron los nuestros varias descargas y mataron a cuatro moros, de los que retiraron uno y dejaron allí los otros. A nosotros nos resultaron algunos caballos heridos.

Procuraban los moros que se fuesen los nuestros, y aunque muchos tenían este deseo, el Conde General no lo permitió, pues tenía por cierto que había cerca personal de refuerzo. Pero, como no constase por el Escucha, que vino por la noche, que no había más gente de aquella parte, tornó al campo al día siguiente antes de amanecer, creyendo que los moros, quebrantados de tanta pérdida, se habrían retirado ya.

No obstante, al llegar a descubrir el Pontal, Antonio de Ancion, Atalaya, salieron quinientos moros de a caballo. Logró huir y llegar con ánimo hasta la Huerta de la Sierra, en donde lo esperó Luis Mattheus, que estaba con algunos Almogaveres. Lo retiró a pesar de que los moros se acercaban y entró con él y los demás por la empalizada nueva. Con los otros que allí estaban se volvieron contra los moros, dándoles algunas cargas, de las que salieron perjudicados.

En este tiempo partió de la desembocadura del Fronteiro un gran batallón de gente que, penetrando por la Abobada, ocupó todo el terreno hasta la posición del Chafaris.

Al ver el Conde General que la fuerza era grande y que iba en continuo aumento, mandó al Adalid que con orden se retirase a la frontera del Hambre, dejando guarnecida la de la Sylveira Chica, y que del Alcorán se retirase la Infantería, quedando sólo en el puesto una compañía de los soldados más ligeros. Mientras tanto los moros que habían ocupado el campamento de fuera, daban a los nuestros muchas cargas, a las que éstos respondían en la misma forma favorecidos de la artillería y mosqueteros de la muralla. Así se peleó más de dos horas, y como los moros no se atreviesen a pasar adelante por las pérdidas que recibían, dejaron el campo, que no tardó en ser ocupado por los nuestros, quienes encontraron en él

muchos riegos de sangre y pedazos de armas, indicios ciertos de la derrota de los moros. Constó después que murieron algunos, entre ellos uno de los principales. Nosotros tuvimos la pérdida de un Atalaya, que por haberle dejado el caballo y no querer que lo viesen, se escondió en el río, al que luego lo echaron los moros. Resultaron heridos Manuel de Fonseca Ramiron y Antonio Mouro, que sanaron algún tiempo después. Estos y los demás pelearon con gran valor y todos a una, cosa que es muy de ser tenida en cuenta.

Al día siguiente llegó Cerón con Manuel Nogueira, cirujano de esta Plaza, que el Conde General mandara a Gailán, por haberse-lo así pedido, y dió cuenta de cómo lo trajo consigo y quiso pasar primero. Que traía dos mil quinientos de a caballo y otros tantos de a pie, y que el día anterior cuando se peleó con los setenta de a caballo, estaba con el refuerzo en la Loma del Adalid, para que si los nuestros se volviesen contra los moros, salir a favorecerlos, con lo que, sin duda, esperaba venturoso éxito. Esto demuestra el cuidado con que debe evitarse el comprometer al personal cuando lo procuran los moros, porque es siempre con desigualdad de número.

Como en guerra tan activa y tan continuas peleas se perdieran muchos caballos y, sobre la dificultad de traerlos del Reino, los que de allí vienen prestan poco servicio, determinó el Conde General traerlos de Castilla, dispuesto a vencer las dificultades que se ofrecerian al logro del intento. Después de tantear sin fruto a algunos castellanos que acostumbraban traer aquí algunos comestibles, encontró dispuesto a Francisco Domínguez, Almocaden de Tarifa, que entonces entró en la ciudad con dos hermosos potros. Fueron los primeros venidos de España desde que nos viéramos libres de su yugo, agradecióle el Conde la prontitud y le pagó con largueza el precio y la buena voluntad. Ofrecióse Francisco Domínguez a continuar este servicio, y el Conde le rogó llevase consigo un compañero de su confianza que le ayudase en el trabajo, a lo que no puso la menor dificultad. El Conde eligió al Almocaden Andrés Lorenzo, que se expuso de buen ánimo a tan evidente peligro, sobre todo por llevar la orden secreta de informarse del reclutamiento de gente y demás preparativos que se hacian para el socorro de Badajoz, sitiado en aquel tiempo por nuestro Ejército.

Con esta instrucción, que era lo que de modo especial se procuraba en este viaje, y bien provisto de dinero, mandó el Conde Gene-

ral a Andrés Lorenzo y Francisco Domínguez en una barca que los dejó ya de noche en la playa de Tarifa, y que volvería a buscarlos cuando en el mismo punto se le hiciese señal con una hoguera.

Constó por el patrón del barco que los Almocádenes quedaron en tierra. A la noche siguiente se vió una hoguera en el mismo paraje, lo que produjo cierta alarma, pues se creyó que los Almocádenes, por ser conocidos, pedían socorro. Envió luego el Conde General la embarcación, la que como no regresase al otro día, según se esperaba, aumentó el temor, a lo que ha contribuido el pasar algunos días sin recibir noticia alguna, con lo que se tuvo a todos por perdidos. Para informarse mejor salió Marcelo de Morales en un barco de Castilla, por ser práctico en la tierra y conocedor del idioma, quedando como garantía el patrón y la hacienda.

Llegaron a Tarifa, donde supieron que la barca había sido obligada a llegar allí por los moros, que la tripulación estaba presa y los Almocádenes seguros.

Agradeció el Conde el aviso y volvió a despachar el barco con orden a Andrés Lorenzo, para que se viniese en él, costase lo que costase, pues temía que los presos lo delatasen y así se perdiese persona de tanta importancia. Pero, contra lo que se esperaba, el mismo día llegaron en otro barco ambos Almocádenes que traían cuatro hermosos caballos. Se les recibió con grande regocijo, ya que se les tenía por perdidos.

Andrés Lorenzo declaró que los presos fueran conducidos al Duque de Medina Celi, que reside en el Puerto de Santa María, y que hasta entonces no manifestara el objeto de su viaje; que en todos los pueblos se reclutaba personal de Caballería e Infantería; que militarizaban la gente y que todos marchaban para el Ejército que se reunía en Mérida; y otras noticias particulares importantes para el servicio del Rey, a quien el Conde General dió cuenta de todo, diligencia que aquél le agradeció mucho.

A Andrés Lorenzo le premió el Conde con largueza, y Francisco Domínguez, por venir enfermo, no tardó en fallecer, sin que pudiesen salvarle las medicinas y demás remedios que fué posible aplicarle. El Conde lo sintió de veras, pues perdía un hombre del que se esperaban muchos servicios, en particular el de facilitar caballos, no sólo para esta ciudad, sino también para el Reino. Mandó se le hiciesen solennes honras fúnebres y que se le diese a un hijo suyo el premio designado a su trabajo.



Al Gobernador de Larache le comunicó que tenía varios hombres presos. Envió luego un barco al Puerto de Santa María, donde obtuvo del Duque su libertad y bien tratados los remitió al indicado punto. De esto se deduce cuánto importa estar en buena armonía con los vecinos, aunque sean enemigos.

Mientras esto ocurría, tenía el Conde cerrados los puertos, para que no constase a los moros, y por ellos a los castellanos, el motivo porqué enviara el mencionado personal, pues ello hubiera sido causa de su ruina. Debido a esto, no se extendió la conquista en el campo, donde pudiera perderse algún Atalaya; pero luego que hubo obtenido la libertad de sus hombres, se resarcó de lo atusado, ocupando la Sierra y larga extensión de campo, sin que haya ocurrido nada digno de mención. Los moros permanecían retraídos y no faltaban entre ellos grandes diferencias y altercados.

Estas disensiones obligaron a Gailán a enviar a esta ciudad a Cerón, acompañado de otros tres moros principales, con cartas para el Conde, en las que le decía que lo mandaba a un asunto de importancia, y que lo que acordase con los que venían, lo daría él por hecho. Propuso entonces Cerón, que Gailán deseaba buena y mutua correspondencia, y que se suspendiesen las armas por dos meses, a fin de que de una y otra parte se tomase algún descanso; pero que Gailán no garantizaba la seguridad más que en la rueda del Clair, Meimon y el campo que queda entre el río del Tánger el Viejo y el de los Judíos, excluyendo la Sierra, en la que podían penetrar algunos ladrones sin su conocimiento. Respondióle el Conde que pondría el asunto en Consejo, pues era cosa que a todos tocaba, y que luego después le daría la respuesta.

Llamó luego el Conde a las personas principales y les declaró lo que querían los moros, y todos fueron de parecer que no convenía la tregua con tan desiguales condiciones; que cuando la quisiesen, habían de asegurar el campo y la Sierra del Cabo para dentro y toda la rueda que se ocupa con guardia; que los Escuchas y Exploradores pudiesen cumplir con toda seguridad su cometido; añadiéronse cláusulas y declaraciones de las que se tomó nota para mayor garantía; y, por último, que si los moros no querían aceptar lo expuesto en la forma establecida, que no se ajustase la paz.

Dióse la respuesta a Cerón, quien declaró no traer orden para comprometerse a nada que no estuviese conforme con lo que había declarado; y que iría a dar cuenta de lo ocurrido, rogando que las

armas quedasen en suspenso mientras tanto. Así se le concedió, y durante los trámites se procuró sacar del campo el mayor provecho posible, pues se cogió mucha leña y también mucho heno en previsión de lo que adelante pudiera suceder.

Pasados ocho días volvió de nuevo Cerón y dijo que Gailán no podría reducir a los moros a la seguridad de la Sierra por el perjuicio que se seguiría si los cristianos llegasen a penetrar en los lugares ocultos y los arrasasen de tal modo que no les quedase sitio donde esconderse; y además que Gailán no confiaba en ellos para encargarles la observancia del orden, y no quería que la falta de algunos ladrones redundase en descrédito suyo. Así que, o que la tregua se fundase en las condiciones propuestas, o que las cosas quedasen como estaban antes. Que al día siguiente se podía salir al campo con toda seguridad y coger leña en Tánger el Viejo, pues él, como los demás, quedarían en rehenes. Tal era también el contenido de las cartas de Gailán.

Respondióle el Conde que la tregua se le concedía porque ellos la pidieran y se tenía gusto en concederles esta gracia; pero que a él no le convenía si no se le aseguraba la tierra y se cumplían las condiciones expuestas, pues de lo contrario, quedarían desiguales los partidos, ya que para ellos todo estaba seguro, y para nosotros nos quedaba sólo una pequeña parte del campo y ésta quemada y destruida; que no admitía el permiso para coger leña, porque cuando de ella necesitase la iría a buscar; y en resumen, que puesto que no querían la paz, se les haría dura guerra. De todo esto no es para decir lo mucho que se alegraron sus caballeros.

Lo mismo escribió a Gailán, agradeciéndole su buena voluntad y ofreciéndole su protección, siempre que de ella necesitase. Así despidió a los moros a quienes hizo algunos regalos, a pesar de lo cual manifestaron que no iban muy satisfechos de la solución dada al conflicto. Para demostrarle que no necesitaba de ellos para ocupar la Sierra, la mandó quemar y penetró en ella dos veces, con lo que se proveyó a la ciudad de suficiente leña.

Para molestar más a los moros, dió licencia a los Almocádenes para ir a Guadaleón. Salieron nueve por mar y al día siguiente regresó sólo Domingo Fernández, que se había apartado de los otros por ir a enterarse de la presa que podían obtener. Regresó al puesto en que los había dejado y, como no los encontrase allí, se vino al mar. Esto produjo a todos gran extrañeza, pues se trataba de hombres

escogidos. Como asegurase Domingo Fernández que no estaban perdidos, volvió con dos barcas la noche siguiente y, encontrado que los hubo en un agujero, los trajo a la ciudad, en la que se les recibió con grandes muestras de alegría, por tratarse de sujetos escogidos y sin duda los más prácticos en el campo.

Por no verse en él a ningún moro, mandó el General pocos días después cuatro Almocádenes a Safa y a Benamagras. Constando por éstos que ni vieran gentes ni encontraran a nadie trabajando en las eras, aquella misma noche, la del 10 de Octubre, mandó al Almocaden Manuel Duarte con veintitrés de a caballo. Tomaron las armas en el puente de Gosma e hicieron prisionero a un moro, al que trajeron con ellos al día siguiente y por el que constó que Gailán estuviera en Alcázar con toda su gente. Dijo que ello obedecía a venir contra Alcázar un capitán de Benhucar con intención de apoderarse de aquella Plaza, cosa que no se realizó por conciertos que hubo y por dinero que le dieron para que desistiese de la empresa. Dijo también que aquella noche se esperaba a Gailán en Arcila, y aunque a este regreso no se le dió mucho crédito, no pareció conveniente arriesgar el personal. Al día siguiente se fué a la Sierra a recoger lo necesario, que esto es para la ciudad lo más conveniente y seguro.

Comenzaron a verse poco después algunos moros en la Estacada Chica y en Tánger el Viejo. Quiso atacarlos el Conde porque a veces inquietaban el campo, y saliendo hacia él el 17 de Diciembre, mandó que Luis Matheus con cuarenta de a caballo se internasen en emboscada en la Loma del Adalid. Teniase ocupada la desembocadura del Fronteiro con el Tercio todo de la Atalaya Chica, para que al presentarse los moros de la Aldea o del Meimon, saliesen los nuestros de la emboscada y les impidiesen pasar adelante.

Sobrevino una cerrazón tan grande que el Conde General mandó a los Atalayas que se retirasen, lo mismo que de la emboscada, y, para no perder del todo el día, se pasó a los Pomares. Al atardecer salieron de la desembocadura del Fronteiro treinta de a caballo que llegaron a echar fuera al Atalaya de la Abobada.

Sintieron todos mucho no haberse podido realizar el primer intento; pero, presentes más de quinientos de a caballo, se vió que la cerrazón había sido permitida por la Divina Providencia, porque, entretenidos los nuestros con los primeros, al sobrevenir el refuerzo, pudlra habérsenos seguido un grave daño. Constó, además, por

confidencias que los moros estuvieron muchos días en la cueva del León para despistar a los espías, en espera de esta ocasión o de otra semejante, pero que, desengañados, terminaron por manifestarse. Aprovechese la advertencia para lo sucesivo, que no siempre se puede esperar que Dios obre milagros.

En este mismo año, ya dispuesta a salir para el Reino una carabela, de la que era capitán Antonio Manso, vinieron de noche un bergantín y un barco grande con mucha gente armada. Los atacaron y abordaron por dos partes. El capitán con los demás, que no pasaban de dieciséis, acudieron a la defensa con gran valor. Tiraron una piedra muy grande a uno de los barcos que le ocasionó importantes averías. Atacaron a los castellanos que habían penetrado en la carabela y los lanzaron fuera con la muerte y heridas de algunos, que allí dejaron las armas y otros despojos. Tocóse a rebato en el río, a lo que acudió el Conde General con la demás gente a toda prisa. Mandó en seguida un barco largo con cuarenta hombres y algunas barcas en socorro de la carabela, que ya dejaban los castellanos. Los nuestros no los siguieron por ser noche oscura y no constar de la fuerza que llevaban; así que, se dieron por satisfechos con quitarles el botín. El capitán de la carabela y un compañero suyo resultaron heridos levemente. Condujéronse todos con valor extraordinario.

Al principio del año siguiente de 1659 volvieron a atender los moros al campo con las dulas, para guarda de las sementeras, que engrosaban cuando les parecía necesario.

Con esto eran continuas las peleas y escaramuzas, porque los moros o atacaban a los Atalayas o venían dispuestos a impedirles el campo; pero muy a pesar suyo siempre se conservaba algo y los Atalayas, a quienes algunas veces disparaban, consiguieron ponerse a salvo.

A fines de Enero salieron de la embocadura del Fronteiro ciento cuarenta de a caballo que sostuvieron con los nuestros una gran escaramuza. Luego de retirados, se presentó el Conde General para atender el campo, a lo que mandó ocupar la Loma del Adalid por Francisco Rodríguez. A pesar de haberle disparado con tres espingardas, no le ocasionaron daño alguno, como tampoco se lo hicieron treinta de a caballo que lo fueron siguiendo. Regresaron la mayor parte de los que se habían ido y reanudaron la escaramuza auxiliados de otros que se habían quedado, terminando por retirarse

todos sin conseguir nada de lo que se propusieran. De allí a pocos días, estando el Atalaya en el Palmar se acercaron los de la Atalaya Chica. Opusieronseles los nuestros, y al dar una carga a los moros, derribó a uno en tierra el Almocaden Luis Robalo, a quien le mató el caballo. Lo mismo hubiera hecho al dueño, a no haber salido a socorrerlo más de cuatrocientos de los suyos. Debido a esto el Adalid hizo retirar al personal a las posiciones, y después de una grande escaramuza, se fueron los moros. Los nuestros permanecieron allí sin contratiempo alguno.

Sin embargo, para causarnos mayor molestia y conseguir los pastos del campo, se alojaron los moros, con ochocientos de caballo y gran número de ganado, junto al río de Mogoga, de donde salían a pelear luego que veían por cerca a los nuestros, que, no por esto, dejaban de salir y lograr lo que se proponían. Fué particular favor de Dios que en todo este tiempo no se haya perdido un solo hombre, siendo así que algunas veces se peleaba en todos los puntos manifiestos y en los lugares que se trataba de ocupar.

El 19 de Febrero, al salir el Adalid al campo con sola su gente, dispararon los moros del otro lado de Don Pedro al Atalaya, que logró huir. Con él penetraron hasta la Sylverinha. El Adalid mandó algunos almogaveres que fuesen a auxiliarlo. Los moros eran muchos y los atacaron con tanto denuedo, que los obligaron a salir, huyendo de los campamentos, a los que no volvieron a atreverse a acometer. El General acudió con la demás gente al toque de rebato y permaneció en el campo todo el tiempo que le pareció necesario.

A primeros de Marzo entró en el puerto una Armada de Inglaterra, que venía de Levante y constaba de ocho galeones de guerra muy poderosos. Esto puso a los moros en guardia. Se retiraron al campo y los caballos se recobraron largamente de la falta de yerba que tenían padecido. No dejaba de haber algunos rebatos y los moros asaltaron algunas veces a los nuestros sin ocasionarles nunca daño alguno de importancia.

El 24 de Marzo llegó la noticia de la gran victoria que alcanzó nuestro Ejército dirigido por el Conde de Cantanhede sobre la ciudad de Elbas, que los castellanos, auxiliados por Don Luis Mendes de Haro, valido del Rey, con grandes caudillos, mucha nobleza y más de catorce mil hombres, tenían sitiada y reducida a mucho aprieto. Embistieron los nuestros sus trincheras con desigual poder, las rompieron y abatieron a los castellanos, a los que hicieron huir,

dejando más de cuatro mil muertos, toda la artillería, muchas armas y otros ricos despojos.

Solemnizó el Conde General esta nueva con todas las demostraciones de alegría y pompa militar. Encendiéronse luminarias en toda la ciudad, dieron tres salvas la Artillería y la Mosquetería, y púsose fuego a un barril de pólvora, de lo que murieron dos artilleros y uno quedó mal herido, cuyo desastre disminuyó en mucho el contento del Conde General en día tan alegre.

Al día siguiente continuaron las fiestas, se bautizaron cuatro moras y tres moros, de los que fueron padrinos el Conde y su hija Doña Juana. Hubo Exposición Mayor de Su Divina Majestad y predicó el Padre Redentor, Fr. Enrique Coutinho, gran portugués y, por esta razón, enemigo de los castellanos. Por la tarde hubo juego de cañas y argollas con premios, que mandó dar el Conde, y otros ejercicios de a caballo. En todo esto demostró este buen pueblo la fidelidad con que sirve a su Rey y el aprecio en que tiene la felicidad del Reino. Continuábase mientras tanto la guerra en la misma forma de siempre, no faltando las ordinarias escaramuzas, por ser el tiempo de la yerba, que es cuando los moros atienden más al campo.

Para verse libres los Atalayas de los ataques, se mandaban escuchas de vez en cuando. En ocasión que a esto iba el Atalaya Manuel Fernández, a la celada de las Higueras, a fin de reconocer el horizonte, lo cogieron los moros, y después de interrogado y verse rendido de fuerzas, lo mataron cruelmente, contra el estilo de la guerra y las condiciones de los cortes. Quedó sentido el Conde General y con deseos de venganza.

Estos se le acrecentaron por haberse atrevido a asaltar el campo algunos moros de a caballo. El personal estaba en los Pomares, de donde se retiraran los Atalayas para el puesto del Gilete y otros interlores, lo que sucede con frecuencia por quedar asegurado el lugar con la fuerza del Faro Nuevo.

Los moros entraron a pie por un riachuelo con los caballos por la brida, y, sin ser vistos de nadie, asaltaron al Almocaden Luis Robalo y otros que con él estaban, quienes se hubieran perdido a no subir de prisa a caballo y ser socorridos. Con esto se retiraron los moros, que no fueron perseguidos por el temor de que que tuviesen refuerzos. Poco después, ocupado el Palmar, vino una caravana por la playa, y por ser de costumbre no andar aquel día por aquella parte, con esta confianza se alejó un poco Francisco da Costa.

Los moros, que entraran con la indicada caravana, lo persiguieron y se le pusieron delante. Al verse perdido se arrojó al mar y se salvó en una barca que vino a recogerlo, conducida por un moro que a ello se arriesgó.

El Conde General acudió a la llamada y con la gente que tenía mandó los socorriesen. Recobraron el caballo, y a no haber acudido el Adalid a tiempo con la suya, pues detuvo más de lo necesario, se perdieran los moros, que no pasaban de cuarenta. Estaban ya casi mezclados con los nuestros, pero, dándose cuenta de que no los atacaban, se pusieron en salvo.

Quedó incautada la caravana y pudieron cogerse con toda justicia, mas el Conde no quiso hacerlo, por no interrumpir el comercio y demostrar a los moros que no estimaba conveniente castigarlos por este método.

Constándole poco después que en la Mezquita había moros y ganado, mandó al capitán Sebastián López por mar con treinta hombres. Saltado que hubieron a tierra vieron seis moros a los que salieron a buscar, por una parte, los Almocádenes Andrés Lorenzo y Domingo Fernández, y por otra, Domingo Gómez. El capitán Sebastián López quedó de reserva con alguna gente.

Los Almocádenes se internaron por entre las malezas, y los otros por un riachuelo adonde huyeran los moros. Llegó primero Andrés Lorenzo, que los embistió en la creencia de que los otros tenían interceptada la salida. Cayeron dos moros, uno de ellos en pedazos y cuyas orejas se trajeron; otros dos quedaron prisioneros, por ser viejo uno y muy niño el otro; los demás escaparon, por no haber llegado todavía al punto propuesto los que iban por el riachuelo. Encontraron cuarenta bueyes de arado, de los que dejaron muertos la mayor parte y trajeron algunos divididos en secciones, y esta fué la pérdida que más sintieron los moros y el fruto que sacaron de no hacer bien la guerra.

En ocasión que estaba el Conde en los Pomares y poblado el Palmar, pasaron algunos moros de la Atalaya Chica, hicieron retirarse al Atalaya y se volvieron otra vez. Aparecieron algunos de pie en la Sierra, que al poco tiempo vinieron a asaltar a los Atalayas del Faro Viejo y de la Celada Grande.

Al verlos el Conde General, que estaba con la Infantería en la empalizada de afuera, tan preocupados en hacernos daños, deter-

minó atacarlos y dió orden al Adalid para que hiciese lo mismo. Se les embistió de una y otra parte. La Infantería avanzó hacia el Faro Viejo y la Celada Grande; la gente de a caballo se dirigió a Greda, y algunos escopeteros se fueron a la Rocha.

Los moros, que eran más de setenta, todos con escopetas, precedidos de una gran bandera, quedaron tan sobresaltados y confusos, que ya sólo pensaron en ponerse en salvo sin intentar la menor resistencia.

Los nuestros los persiguieron con grandes descargas, de las que cayeron muertos algunos. Al querer retirarlos los moros, recibieron mayor daño. Quedaron muertos siete, y ocho, mal heridos. Los demás, con la bandera, huyeron descompuestos, arrastrándose por el suelo. La aspereza de la Sierra les valió mucho para no perecer todos, pues el Conde General no permitió que la gente se comprometiese más, por las dificultades del sitio y la poca seguridad del campo. De los nuestros ninguno recibió daño, a pesar de haberse introducido algunos a caballo y con lanzas entre los moros. Ya se supone la alegría con que se retiraron a la ciudad después de acontecimiento tan venturoso.

En venganza de ello los moros mataron un Atalaya en aquella misma posición. No quiso el Conde General que esto quedase sin castigo, y el 15 de Julio mandó cuatro exploradores a Benamagras y a Bujamar. Les ordenó que si no viesen que los moros eran muchos y se preparaban para pelear en el tercio de la Atalaya, viniesen dos a comunicarlo y los otros se quedasen allí para hacer la señal con el fuego.

Constó por los Almocádenes que estaban en la Sierra veinticinco de a caballo y que sin falta atacarían al día siguiente.

Satió el Conde General al campo por la puerta de la Traición y mandó a Jerónimo de Freitas que con treinta de a caballo estuviese, se pusiese al acecho en la huerta de la Sierra y en cuanto desde allí se alcanzaba; que algunos saliesen a dar vueltas por los contornos, y que luego que apareciesen los moros, luego de hecha señal, los embistiesen.

Llegado que hubo el Atalaya a la última emboscada del Palmar, le dispararon los moros con tres espingardas, de lo que quedó tan mal herido que vino a morir poco después. Hízose la señal con el fuego, atacaron los nuestros y los moros se entretuvieron tanto en recoger a los que estaban en los barrancos, que aquéllos pudieron



alcanzarlos; los persiguieron hasta entrar en la Sierra y mataron a seis, cuyas armas cogieron, lo mismo que otros despojos. Los más se salvaron gracias a la ligereza de los caballos y a lo áspero del lugar.

De los nuestros no hubo más bajas que la del primer Atalaya, pues aunque en el Tercio del medio aparecieron más moros, les faltó valor para venir a socorrer a los suyos por ver cómo el General y el Adalid, con parte del personal en buen orden, animaban a los que segulan al alcance de los enemigos.

Quedaron con esto los moros tan quebrantados, que no sólo no se atrevieron a salir ni a guerrear, por lo reducido del personal, sino que dejaron pasar algunos días en completo sosiego.

No obstante, Gailán, con deseos de venganza, reunió un poderoso ejército y quiso hacer una nueva algarada. A este efecto, el 14 de Julio colocó él mismo seiscientos de a pie, la mayor parte con escopetas y escogidos entre los mejores, en las huertas más próximas a la ciudad. El quedó en las posiciones fuera de los campamentos con dos mil quinientos caballos para auxiliarles en lo necesario. Dió orden que si los nuestros saliesen a explorar el terreno, permaneciesen quietos y echados en tierra hasta que se diese el toque de alarma. Como a éste acudirían el Adalid o el General o a lo menos los Almocádenes y Almogaveres, según es costumbre, saliesen entonces los de a pie a cortarles e impedirles la retirada, con lo que caerían prisioneros sin remedio.

Al romper el alba se fué el Conde General al campo, sin haberse fijado en la inquietud y ruido de los perros aquella noche, pues acostumbrados a ver a los moros, como los tenían tan vecinos, los olfateaban y esto les obligaba a ladrar sobre las murallas.

Mandó el Adalid que se saliese a la descubierta, y para ello salió Manuel Luis, que era el que tenía la obligación de vigilar las huertas.

Dió Manuel Luis con los moros de a pie, quienes lo mataron con una espingarda, cortándole luego la cabeza para ponerla en alto en uno de los campamentos; se retiraron algunos Atalayas, dióse el toque de rebato y acudió el General con la demás gente que se quedara atrás. Mandó guarnecer el Rebellín nuevo con buenos mosqueteros. Los restantes quedaron en sus puestos y el Adalid en el Rebellín de afuera con la gente de fuego, obligando a retirar los caballos que no eran útiles para el servicio.

Acudieron también los moros de a caballo, que los dejaban para ampararse de los campamentos, y como estaban todos tan vecinos se libraron grandes combates, en los que actuaba de ambas partes la artillería, que hizo algunos tiros afortunados. La mosquetería era, sin embargo, de mayor efecto, en particular la del Rebellín nuevo, que en este día demostró cuán necesaria era, lo mismo para la defensa de la puerta y seguridad de la retirada, como para poder sostener lo de fuera sin temor alguno. A no ser así, hubiera sido forzoso retirarse a la ciudad y cerrar las puertas con peligro y descrédito, debido a estar ocupados por los moros los puestos que la domina.

Duró la pelea mucho tiempo, pero viendo los moros el daño que recibían, pues ya los muertos y heridos eran en gran número, y que los nuestros ocupaban los puestos de los que echaban a aquéllos. Así ganaron los campamentos y cerraron las empalizadas, y al ver que ya los moros dejaban todo aquello libre, mandó el Conde General que montase la Caballería y se ocupase la Rueda de las empalizadas. Se continuó en el campo para dar de comer al ganado y a los caballos todo el tiempo que se estimó necesario, sin que los moros se atrevieran a atacarnos de nuevo.

La pérdida que tuvieron, según constó después, fué de nueve muertos, entre ellos, algunos principales, a más de dieciocho heridos, lo que Gailán sintió en extremo, por tratarse de ejército reclutado por él mismo y haber venido él en persona a introducirlo en las huertas. Y mucho más lo sintió por no haberle sido posible obligar a los nuestros a retirarse a la ciudad como pretendía. De nuestra parte sólo murió Manuel Luis, y resultaron heridos, aunque todos levemente, Manuel de Huevara, Francisco Correa, Simón Gómez y Blas Pereira, quienes no tardaron en verse libres de peligro.

Con este desengaño se retiraron los moros, ya acabadas las sementeras y dejar quemado el campo, del que, así y todo, se aprovechó mucho, máxime en leña y heno, que siempre queda. A esto se añadió el aumento de altercados entre los moros, porque Gailán, insolente con la fortuna, se unió con Beniguider y otras cábilas levantadas, contra Benbucar, al que él y los demás estaban sujetos.

Aspiraba al territorio de Tetuán y a echar de Salé a Sidi Abdellah, hijo de Benbucar. Fomentaba estos designios Cerón, que fué por él desterrado de Salé, cuya Alcazaba gobernaba su padre.

Ante este proyecto, reunió Gailán a su gente y pasó a Alcázar

para hacer oposición a la de la Benbucar que venía contra él. Entre tanto cerró los puertos para que no constase por las caravanas su ausencia; mandó retirar los ganados y que en la Sierra se hiciese guardia por escuadras de gente de a pie, con algunos Almocádenes de a caballo, para inspeccionar el campo y traernos así inquietos y con cautela.

Con todo, el Conde General no dejó de ser informado de estas estratagemas por algunos indicios y le constó por algunos espías que por Anyera andaban algunos moros. Mandó al Almocaden Diego Correa con cuarenta de a caballo para tomar de ellos informes, pero descubierto por espías de los moros que dormían en los puertos, dió rebato y se retiró sin efecto, conforme a la orden que llevaba.

El Conde General lo recibió en el campo, al que salieron al día siguiente. En este mismo día cuatro moros del Tercio de la Atalaya Chica obligaron a retirarse a Luis Alvres. en cuyo auxilio salieron el Almocaden Domingo Fernández y otros que con él estaban, en particular Manuel de Huevara, con la gente de guardia que llevaba a su cargo. No los abandonó el Adalid y lo mismo hizo el General, por lo que pudiera suceder.

El primero que llegó a los moros fué Domingo Fernández. Uno de ellos le atravesó con una bala el pescuezo del caballo, del que cayó, y lo hubiera matado el moro a no haber llegado Francisco de Magallanes, que lo atravesó de una lanzada. A otro lo derribó Simón Gómez y lo dejó rendido con dos cuchilladas. Lo mismo sucedió a un tercero, y el último, encontrándose en la Sierra, murió de una bala. A todos se les cogieron los caballos y las armas, y ocurrió lo que no es frecuente, o sea, que no se haya escapado ninguno.

Constó por los cautivos que Gailán estaba en la guerra con toda la gente de a caballo y mucha de a pie.

Aceptóse en Consejo que la ocasión era oportuna para penetrar en la Berbería, y así, en la misma noche del 12 de Septiembre, salió el Adalid con ciento cincuenta de a caballo. Llegó al río sin ser advertido y luego de emboscarse entre el puerto de las piedras y el puente de Gosma, cerca de medio día, distribuyó a los corredores según la orden que llevaba. Divididos en dos tropas, una quedó a cargo del Contador Duarte de la Franca, y la otra, al de Luis Machado Pimentel, escribano de la Hacienda. El Adalid, con el resto de la gente, quedó en disposición de favorecerlos siempre que lo necesitaren.

Pasados los Corrales de Juan Bautista, vieron ganado junto a unas lagunas, cosa que no les sorprendió, y aunque los moros quisieron retirarlo a la Sierra de Arquelad, poco distante del Farrobo, no les valió la diligencia. Los nuestros lo echaron de esta misma Sierra, y con cerca de setecientas reses y uno de los pastores, se retiraron mucho antes de la noche, sin encontrar oposición ni recibir perjuicio alguno.

Repartida la presa, trató el Conde General de sacar provecho del campo, por tenerlo ya seguro, lo mismo que la Sierra, de la que se cogió suficiente leña. De allí a dos días se le puso fuego, de lo que también se benefició el pueblo, sin que apareciese nadie a oponerse a ello.

Volvióse a la Sierra al día siguiente con el intento de que los Almocádenes penetrasen en los lugares más secretos. Allá se fueron dichos Almocádenes con treinta de a pie, quedando en el Otero de Vinten el Adalid con la caballería.

Descubrieron los Almocádenes muchos caminos ocultos, desconocidos hasta entonces, y sobre el mar una gran casa en la concavidad de un peñasco, con paredes y maderamen forrado de cañas la puerta con refuerzos y algunos asientos, a la que pusieron fuego, destruyéndola en su casi totalidad.

Apenas manifestaron los moros haber sentido semejante desperfecto. Como andaban entre sí en continuas guerras, ya no demostraban interesarse como antes en la guarda de sus secretos.

Gailán envió de nuevo a Cerón para arreglar una entrevista con el Conde; pero como se supo que una de las propuestas de la entrevista sería algo referente a la conversión de algunos de ellos al Catolicismo, con menoscabo del prestigio de nuestra Santa Religión, no se accedió a ello.

El año 1660, último de los reseñados en esta Historia, se deslizó en la misma forma que los anteriores, sin hecho alguno digno de especial mención. En él se trata de las idas y venidas de Gailán, victorioso unas veces y vencido otras, no precisamente en sus variables relaciones con los portugueses, sino en las que sostenía con los suyos en distintos puntos y siempre con la ambición del mando sobre las cábilas limítrofes.

Se trata también de una ermita dedicada a Nuestra Señora de la Victoria, edificada en esta ciudad a expensas del Conde General.

Hácese conmemoración de la santa muerte de un moro conver-

tido, al que se le impusiera el nombre de Francisco. Era natural de Angera, de dieciocho años de edad e inclinado desde la niñez a la práctica de las virtudes morales. Recibió sepultura en el mencionado templo con rito reservado sólo a los Generales y personas semejantes. Ni los Canónigos de la Catedral, ni los Religiosos del Convento de Santo Domingo, quisieron recibir la limosna que con tal motivo les ofreció el Conde General, a cuyo cargo corriera todo lo referente al entierro.

En este tiempo se concluyó en Lisboa el Tratado con Inglaterra, en el que se ajustó el casamiento de la Infanta portuguesa, Doña Catalina, con Carlos II, Rey de la Gran Bretaña.

Antes de que se hiciese público, la Reina escribióle al Conde General, notificándole las capitulaciones, al mismo tiempo que le ordenaba permaneciese en Tánger hasta que, dispensada esta ciudad del homenaje prestado al Rey, se le entregase la Plaza a los ingleses en la forma que se declararía. Rogábale que guardase el secreto a fin de que los habitantes de este pueblo no supiesen nada hasta el momento oportuno de publicar la noticia.

El Conde, en su contestación a la Reina, pidióle que lo dispensase del sentimiento que había de tener en que una nación, aunque de intereses unidos con los de Portugal, diferente en religión, ocupase una ciudad en la que florecía la católica desde cerca de doscientos años atrás, y de la que los Meneses de su misma familia fueran los primeros conquistadores y después en el curso de los tiempos sus defensores.

Volvió a escribirle la Reina, prometiéndole el título de Marqués del Lourizal y otros honores, si se resignaba a permanecer en su puesto hasta dar cumplimiento a lo que se le ordenaba. Insinuóle su disgusto y que nombraría a otro que no pudiera hacer tal reparo, pues su cometido sería dar posesión de Tánger a los ingleses como dote de la Infanta, órdenes que llevaría en secreto, a lo que el Conde respondió, que aceptaba lo segundo y entregaría la plaza al Gobernador portugués que su Majestad nombrase para su sucesor. La reina nombró luego a D. Luis de Almeida, prometiéndole el título de Conde de Avintes y otros honores de que era muy digno por su calidad y merecimiento, quedando todo en secreto por las razones referidas.

Supo el Conde General que D. Luis de Almeida había llegado al Algarve con su familia, que fué después Gobernador de aquel

reino, y consiguió el título de Conde de Avintes, e inmediatamente despachó un criado con una carabela, notificándole en cuanto apreciaba tenerlo por sucesor y le pedía apresurase su venida; y aunque fué mayor la dilación por ser de un mes, habiendo llegado felizmente, le entregó el gobierno en la forma acostumbrada, y le asistió como exigía su amistad. En el momento de embarcar él y su familia se levantó una furiosa tempestad con viento y truenos que hubo de desembarcar hasta que calmó después de algunos días: llegó al Algarve en el mes de junio del mismo año y en la víspera de San Juan a Lisboa.

Hasta aquí la Historia de Tánger, durante la dominación portuguesa;

Sigue un pequeño resumen de cuanto sucedió en el momento de la entrega a Inglaterra, circunstancia del dominio de ésta, y abandono de la ciudad por los ingleses, en vista de las constantes acometidas de que era objeto. (1662-1684).

Esta es la relación de la conquista y gobierno de la ciudad de Tánger por las huestes lusitanas, hasta la entrega que de ella se hizo a Inglaterra. Bien quisiera el autor de estas memorias pasar en silencio esta época que trajo extraña dominación a una plaza con tan gran valor y generosa sangre conservada, sin embargo, con objeto de dar a la obra mayor unidad y para que más propiamente responda a su título, refiérese a continuación un somero relato del breve período de dominación inglesa (1662-1684).

Celebró Castilla, hacia el año 1661, cierta alianza con la vecina nación francesa, alianza de la que Portugal quedó excluida y que ponía en su frente a enemigo numeroso. Impúsose desde entonces la urgencia de hallar aliada poderosa que contribuyera a limitar el impetu del posible enemigo y ninguna mejor que Inglaterra, antigua rival de Castilla y Francia, para satisfacer semejante condición. Para ello recurrióse a uno de los modos más usuales en aquella época: los enlaces matrimoniales como base segura de alianza. En su efecto concertó la Reina Doña Luisa, entonces regente del Reino, con el Rey de Inglaterra Carlos II, el matrimonio de éste con la Infanta Doña Catalina, recibiendo en calidad de dote la ciudad de Tánger. Y en virtud de tan amistoso acuerdo, púsose en manos de Inglaterra una plaza que siendo para ella ajena, ha llevado a la Historia portuguesa una impronta indeleble de tan abnegados y patrióticos hechos de heroísmo.

Vino a tomar posesión de la plaza una poderosa escuadra inglesa a la que acompañaban cuatro carabelas cargadas de trigo del que tan necesitada se hallaba. Asombráronse los moros a la vista de tan pródigo despliegue de naves y, temiendo una inminente salida de los soldados de la ciudad, recogieron al campo con sus familias y ganados, guarnecidos por numerosa caballería. Tuvo noticia al mismo tiempo el gobernador de la plaza de Ceuta, Don Juan de Luna Marquez de Tenorio, de la próxima cesión de la plaza y mediante moros logró hacer llegar a manos del gobernador ciertas misivas en las cuales aconsejábale no permitir semejante determinación que llevaba consigo el exterminio de tantos nobles y valerosos caballeros y que ponía en manos extrañas la que había sido puerta de invasión para los árabes en España. Insinuábale al mismo tiempo el tomar posesión de la plaza en nombre del Sumo Pontífice. A todo ello respondió el general que, como vasallo del Rey Don Alfonso II, a quien rendía homenaje, obligábase a conservar la ciudad y hacer entrega de ella a quien El lo ordenase, estando prestos todos los moradores a seguir sus órdenes. No quiso el gobernador abandonar la ciudad sin hacer una última correría contra los moros e informado por una vieja mora del estacionamiento de ciertas tribus y tropas por la sierra, envió al Adalid Simón López de Mendoza que, adentrándose por tierra enemiga, hizo numerosos prisioneros y recogió abundante botín. Hostigado por tan fácil conquista, prosiguió el Adalid su incursión tierra adentro, donde se vió rodeado por multitud de moros a pie. Ya finando la lucha y cuando los caballeros portugueses emprendían la retirada, alcanzó al Adalid una bala en la cabeza, cayendo muerto, lo mismo que cincuenta otros caballeros que habían perecido en la lucha. Este fué el fin del último Adalid de la ciudad de Tánger.

Luego de tan doloroso suceso, abrió el general las puertas a los ingleses, que ocuparon los Castillos Nuevo y Viejo que defienden el desembarque, re-

cogiéndose en el Convento de Santo Domingo. Embarcó el general con toda su familia y el equipaje que le permitieron, en una de las carabelas, haciendo lo mismo los habitantes de la ciudad que ascendían a seis mil, a muchos de los cuales hicieron pagar elevado flete, dejando abandonados en las playas a otros. Sólo quedáronse los ingleses algunos almocádenes y hombres prácticos en la lucha contra los moros.

La primera obra de los ingleses fué la construcción de un muelle en la parte Poniente de la ciudad, utilizando la abundante piedra que en este lugar hay. Lo dotaron de fuertes parapetos y artillería junto a una numerosa guarnición. Terminado el puerto, dedicáronse a fortificar la ciudad, rodeándola de simples empalizadas para impedir el acceso de los caballos; construyeron dos fuertes en las proximidades de la sierra con abundante artillería y quinientos soldados de guarnición y, finalmente, después de dotar de nuevas defensas al Castillo, reformaron las trincheras dándoles una forma regular y colocando a espacios atalayas guarnecidas de infantería. Todas estas obras de fortificación fueron construidas bajo la dirección del nuevo gobernador, gran ingeniero, que de semejante modo creíase seguro a los ataques de la Berbería. Completaba toda esta exhuberancia de fuerza una poderosa escuadra que, independiente de la ciudad, tenía por objeto impedir a los turcos el paso del estrecho.

La primera salida de las tropas inglesas en campo enemigo, llevó tan funestas consecuencias (perecieron en ella más de quinientos caballeros), que decidió el gobernador no salieran sin gran acompañamiento de artillería y fuerzas a pie. Mas los moros a quienes acaudillaba el célebre Gailan, enardecidos con este triunfo, habían vuelto a ocupar los contornos de la ciudad y esperaban impacientes nueva ocasión de victoria.

Hallándose la plaza en gran carencia de leña, ordenó el general una salida a la sierra con objeto de procurársela. Componíase la expedición de novecientos infantes, seis piezas de artillería y el resto de la caballería salvada de la primera acción. Llegados a la sierra, y no hallando enemigos en sus proximidades, dióse orden a la infantería de deponer las armas y dedicarse a cortar leña en tanto que la artillería y caballería montaban la guardia. Conocedor de ello Gailan, dotó a más de tres mil infantes con ahareas de esparto que apagarán el ruido de sus pasos, y al frente de ellos sorprendió a los ingleses destruyéndolos y dando muerte al mismo general que, con algunas huestes, salió de la ciudad en ayuda de sus tropas.

Muerto Gailan poco tiempo después, sucedieron en el campo moro una serie de luchas civiles que proporcionaron a los ingleses un período de paz más tarde consolidada con la amistad del Rey Negro, nuevo caudillo de los moros. Pero destronado el Rey Negro y vuelto a ocupar el trono Bembucar, Rey de Mequinez, reanudaron los moros sus ataques a la plaza.

Réconociendo Inglaterra el excesivo gasto hecho en la ciudad de Tánger tanto en la construcción del muelle como en las fortificaciones y las pérdidas de la campaña, y no consiguiendo impedir con su escuadra la entrada y salida de los turcos en el Estrecho, decidió, en el año 1685, desmantelar la ciudad. Tuvo noticia de ello el Rey de Portugal Don Pedro y envió su embajador en Inglaterra, José de Faria, al Rey Carlos II, participándole que puesto que había tomado resolución de abandonar la ciudad, quisiera restituirla a la



Corona de Portugal, teniendo en ella siempre puerto seguro y evitando así que cayera en manos de los moros. Encontró muy justa esta petición el Rey Carlos II, pero el Duque de York, entonces Almirante de la Escudra, sustentó que atentaba al honor nacional la entrega de una plaza tantos años defendida por Inglaterra y que, desmantelada, a nadie serviría.

Tomada esta resolución, envió una escuadra de veinte navios con numerosos ingenieros que minaron las murallas, el castillo y el mismo muelle, desmantelando la ciudad. Los moros, que absortos contemplaban este extraño siseo, irrumpieron en la ciudad con gritos de victoria..

HISTORIA DE LA CIUDAD

El primer asentamiento de la población en esta zona se atribuye a los fenicios, quienes llegaron a las costas de la actual ciudad de Ceuta en el año 630 a. de J. C. Los fenicios establecieron un comercio activo con las islas de las Azores y las costas de Portugal, y fundaron una colonia que se convirtió en un importante puerto comercial. Posteriormente, en el año 429 a. de J. C., el general cartaginés Aníbal desembarcó en Ceuta con un ejército de 15.000 hombres, estableciendo un dominio que duró hasta el año 241 a. de J. C., cuando fue conquistada por los romanos. Durante la época romana, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de la provincia de Tingitana, y su nombre cambió a Iulia Caesariensis. En el año 429, los vándalos conquistaron Ceuta y la convirtieron en su capital. Posteriormente, en el año 533, los bizantinos conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. En el año 681, los árabes conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época árabe, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de la provincia de Tingitana, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1415, los portugueses conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época portuguesa, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1713, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1809, los franceses conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época francesa, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1811, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1847, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1860, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1895, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1912, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1930, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1945, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1950, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1960, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1970, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1980, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 1990, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 2000, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 2010, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta. En el año 2020, los españoles conquistaron Ceuta y la convirtieron en una de las ciudades más importantes de su imperio. Durante la época española, Ceuta fue una de las ciudades más importantes de su imperio, y su nombre cambió a Ceuta.

Aunque la índole de este libro no da base para la confección de un índice ordinario, por carecer de capítulos y otras divisiones propias de las publicaciones modernas, vamos a ofrecer a nuestros lectores un índice-resumen que sirva de guía al curioso en la búsqueda de los datos que en esta Historia se relatan.

## INDICE - RESUMEN

Ofrecimiento de la Obra .....	3
Carta-Dedicatoria a los Gobernadores y Capitanes Generales de la Ciudad de Tánger .....	4-8
Prólogo .....	9-11
Licencias del Santo Oficio .....	12-14
Licencia del Ordinario .....	15
Idem del Real Despacho .....	15-18

### HISTORIA DE TANGER

#### LIBRO PRIMERO:

Preámbulo, Pág. 10.—Descripción geográfica de Tánger, Págs. 19-22.—Divagaciones mitológicas sobre su origen: Anteo, Hércules, Tánger, Gidi, etc., Págs. 22-29.—Antecedentes históricos, Págs. 30-31.—Portugal intenta su conquista: diversas exposiciones con dicho objeto; actuación heroica de los Infantes Don Enrique y Don Fernando; resultan infructuosas sus tentativas y queda en rehenes Don Fernando; finalmente, el 28 de agosto de 1491 ríndese la ciudad a las huestes lusitanas, Págs. 33-50.

#### LIBRO SEGUNDO:

De los Gobernadores y Capitanes Generales de la plaza durante la dominación portuguesa: Don Juan, Marqués de Monte Mayor, cuyo gobierno efímero carece de accidentes dignos de mención, Pág. 51.—Sucédele Rui de Melha, Págs. 51-58. Se distinguió en la celosa administración de la plaza.—No fué menos fructífera la gestión de su hermano Manuel de Mello, sucesor en el mismo cargo, Pág. 59.—Fernando Mascarenhas no ofrece interés histórico alguno, Pág. 60.—Manuel Pessanha, cuyos hechos, al igual del anterior, apenas recuerda la Historia, Pág. 60.—El Almirante Sopo de Voz, a quien exoneró el Rey del Gobierno por tibieza en la administración de Justicia. Fué Gobernador de Arcila en su tiempo Don Juan de Meneses, que se distinguió en sus correrías en tierras moras, Págs. 60-62.—El Conde Prior Don Juan de Meneses carece de hechos notables, Pág. 62.—Don Enrique de Meneses, hijo del anterior, sin interés histórico, Pág. 62.—Don Rodrigo de Castro, Conde de Montesanto. En su época, el Rey moro de Fez intentó apoderarse de la ciudad, siendo diezmadadas sus tropas y obligado a retirarse. Prestó gran ayuda a este Gobernador el ya citado Don Juan de Meneses, que defendía Arcila, Págs. 62-65.—El Conde de Taronca, Don Juan de Meneses, destacóse en sus afortunadas expediciones contra Alcázar el Kebir, Págs. 65-68.—Don Garcia de Meneses, sin importancia histórica, Pág. 68.—Don Duarte de Meneses, hermano del anterior. En su tiempo, el Rey de Fez atacó de nuevo la ciudad de Arcila, en cuyo auxilio vino también el Rey de Portugal Don Manuel, Págs. 68-74.—Don Enrique de Meneses, que rechazó

al Alcaide de Tetuán que intentó apoderarse de la ciudad, Págs. 74-75.—Don Alvaro de Abranches sostuvo amistad con el Rey de Fez por cuyo motivo su Gobierno fué pacífico, Pág. 75.—Gonzalo Mendez Sacoto, sin interés histórico, Pág. 75-77.—Don Duarte de Meneses, al igual del anterior, fué de gobierno poco accidentado, Págs. 77-79.—Don Juan de Meneses comenzó su gobierno bajo una inusitada paz que no tardó en quebrantar el Rey de Fez enviando una declaración escrita de hostilidades, Págs. 79-80.—Francisco Botelho hizo incursiones en campo enemigo y disfrutó de apacible tranquilidad en sus últimos tiempos, Págs. 80-81.—Don Pedro de Meneses, en cuyo gobierno el Rey Don Juan III ordenó la evacuación de Arcifa, Es muerto por una saeta en una acción contra los moros, Págs. 81-84.—Juan Álvarez de Auvedo, de poca fortuna en sus hechos militares, Pág. 85.—Luis de Silva de Meneses, cuya excesiva confianza fué causa de su muerte prematura a manos del enemigo, Págs. 85-87.—Don Pedro Álvarez Corrae murió a los cinco días de gobierno, Pág. 89.—Diego López de la Franca, carece de hechos notables, Pág. 87.—Bernardino Carvalho, sostuvo una acción victoriosa contra los moros limitrofes, Págs. 87-88.—Lorenzo Pires de Tavora, durante cuyo pacífico gobierno dedicóse a restaurar las ya antiguas fortificaciones de la ciudad, Pág. 88.—Don Juan de Meneses, de gobierno excesivamente accidentado, Págs. 89-90.—Ruy de Sousa de Calvalho también carece de interés histórico, Pág. 90.—Don Duarte de Meneses, en cuyo gobierno visitó el Rey Don Sebastián la ciudad, Págs. 90-92.—Muere el Rey Don Sebastián durante el mandato de su sucesor, Don Pedro da Sylva, en la llamada batalla de Alcázar, Págs. 92-95.

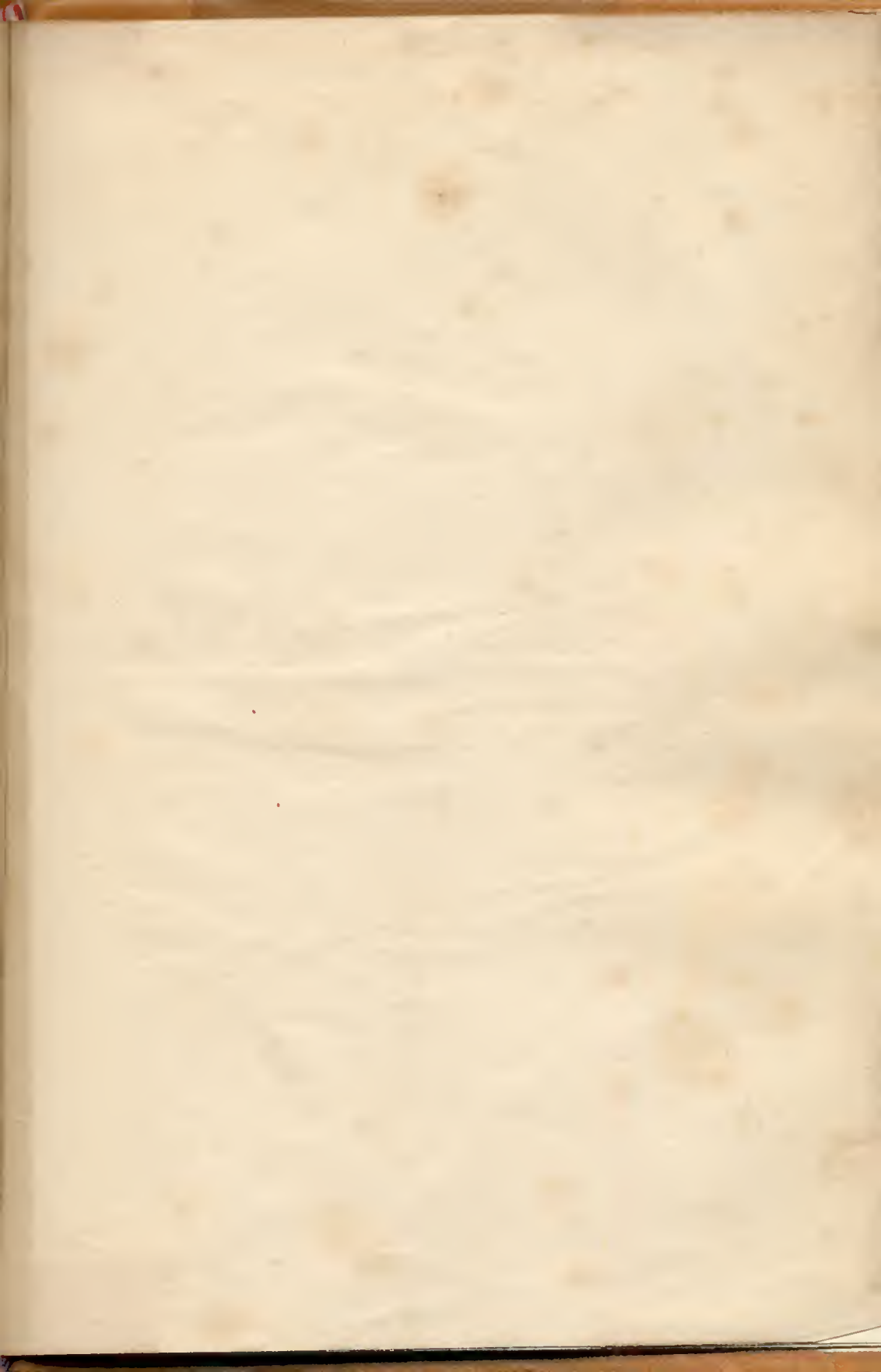
### LIBRO TERCERO

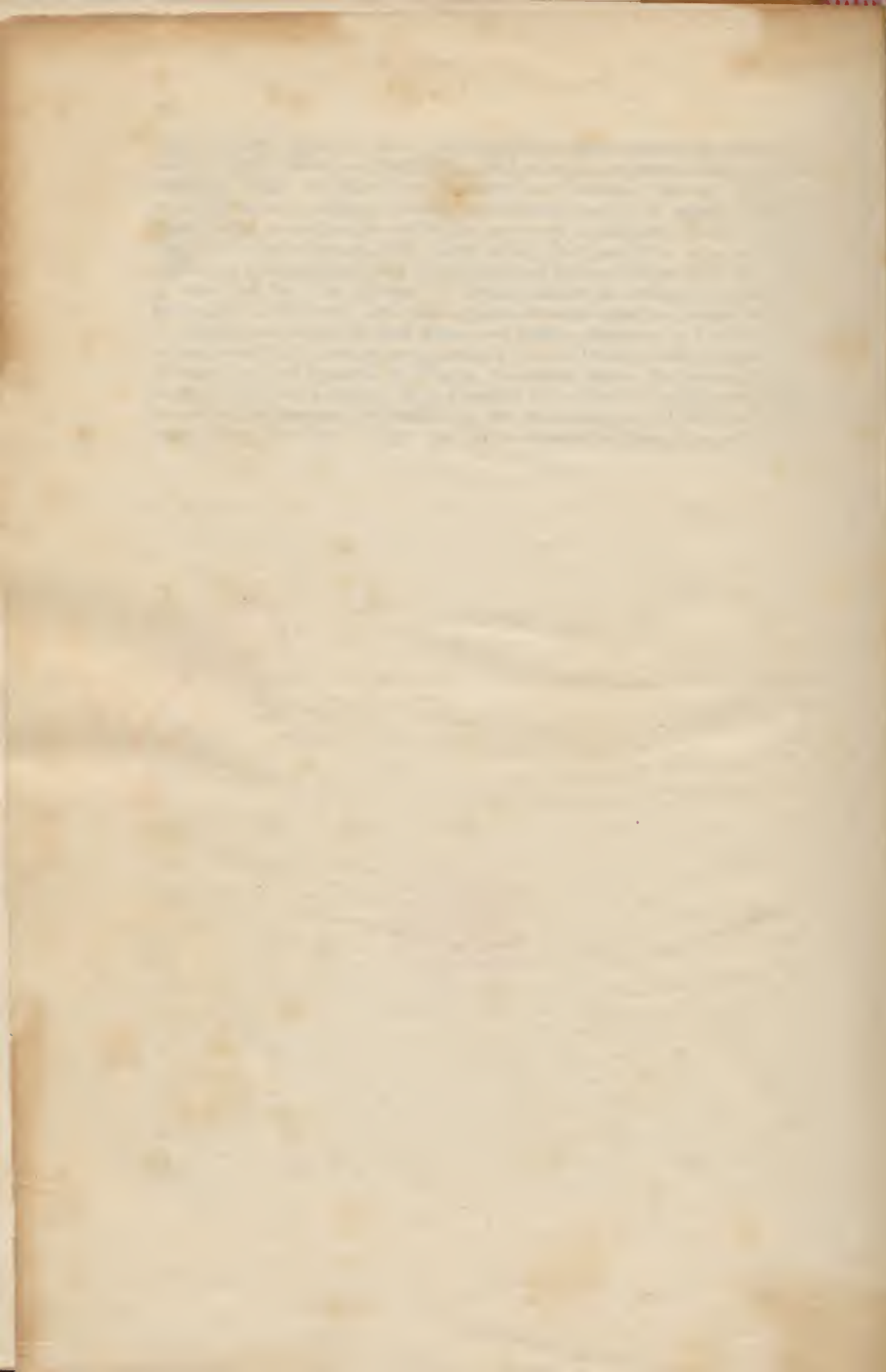
Incorporóse el Reino Lusitano a la Corona de España, Pág. 97.—En este tiempo, gobierna la ciudad Jorge de Mendoza Casón. Fué el último gobernador designado por los Reyes de Portugal, Págs. 97-98.—Don Francisco de Almeida, enviado por el Rey Don Felipe restauró el decayente poderío de la plaza, Págs. 98-100. Elehior da Franco y Simón López de Mendoza, fueron de corto gobierno. Pág. 100.—Ayres de Saldanha sostuvo prolongadas luchas con el Alcaide de Alcázar, firmando con el mismo una paz efimera, Págs. 100-109.—Antonio Pereira López de Benedo organizó una incursión marítima y varias por tierra enemiga. El Alcaide de Alcázar llegó en su tiempo hasta el muro de la ciudad, siendo rechazado, Págs. 109-124.—Nuño de Mendoza arrasó en sus incursiones los aduares fronterizos, Págs. 124-129.—Don Alfonso de Moronha, que por voluntad del Rey obtuvo de Muley Xequé la plaza de Larache, Págs. 129-132.—Don Luis de Meneses murió de natural dolencia a los pocos meses de ocupar el gobierno, Pág. 132.—Don Juan Coutinho disfrutó de cierta paz, Págs. 132-133.—Don Pedro Manuel dejó muy gratos recuerdos y grandes ejemplos de valor y de prudencia, Págs. 133-137.—De Andrés Díaz de la Franca no registra la Historia hecho alguno, Pág. 137.—Don Jorge Nascarenhas rigió la plaza, poco más de dos años con felicidad, Pág. 137-148.—Palas Fernández de Syheira, que muy pronto entregó el gobierno a Don Fernando Nascarenhas, que lo tuvo hasta 1637, Págs. 148-156.—Don Rodrigo de Syveira, depuesto por su dudoso patriotismo, Pág. 156-160.—Andrés Díaz de la Franca continuó las incursiones en campo enemigo, Págs. 160-175.—Don Cayetano Coutinho, nombrado por el mismo Rey. Reparó las murallas y estableció la Rendición de Cautivos,

Págs. 175-186.—Don Luis Lobo, cuyas gestiones fueron altamente agradables al Rey, Págs. 186-192.—Don Rodrigo de Lancastre, respetado hasta por sus enemigos, Págs. 192-200.—Don Fernando de Meneses, conde de Lericeira, autor de estas memorias. Celebró conferencias con el ya célebre Caudillo moro Gailan con objeto de establecer relaciones comerciales. Visita la bahía una poderosa escuadra inglesa. Muere el Rey Don Juan IV y en su memoria celébranse solemnes funerales. Festéjase luego con gran regocijo la elevación al trono del Rey Don Alfonso VI. Asedia Gailan la ciudad con numerosa hueste, pero a los veinte días vése obligado a emprender la retirada. De nuevo celebra una tregua de dos meses con Gailan. Ajústose en Lisboa el casamiento del Rey de Inglaterra Carlos II con la Infanta Doña Catalina, recibiendo en dote la plaza de Tánger. Muéstrase reacio el Capitán General ha hacer efectiva la entrega de la ciudad a los ingleses y la Reina al tiempo de nombrarle Marqués de Lourizar enviale como sucesor a Don Luis de Almeida, Págs. 200-248.—Tánger bajo la dominación inglesa, Págs. 248-51.

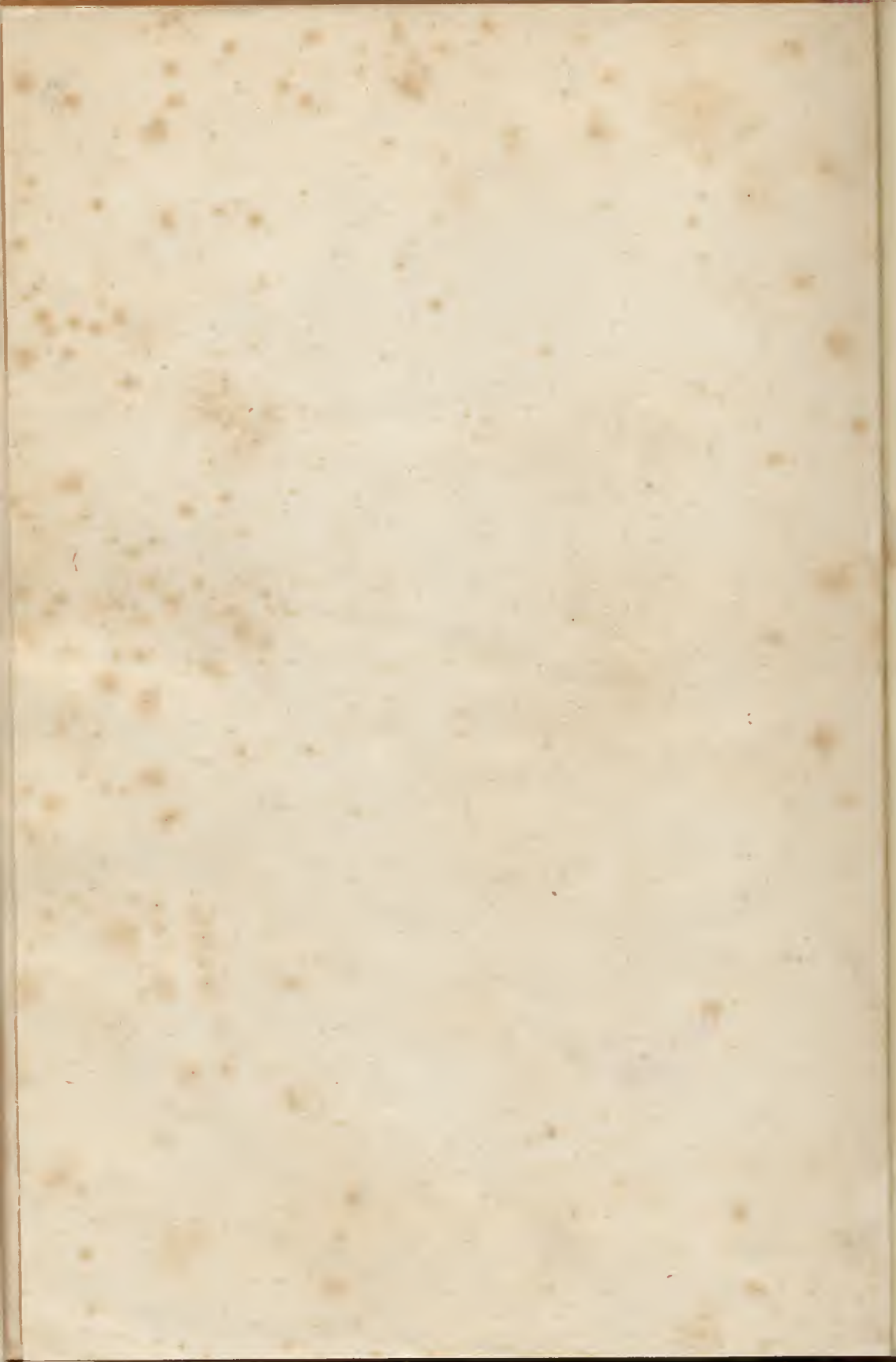
~~H 6 17~~  
~~2057~~



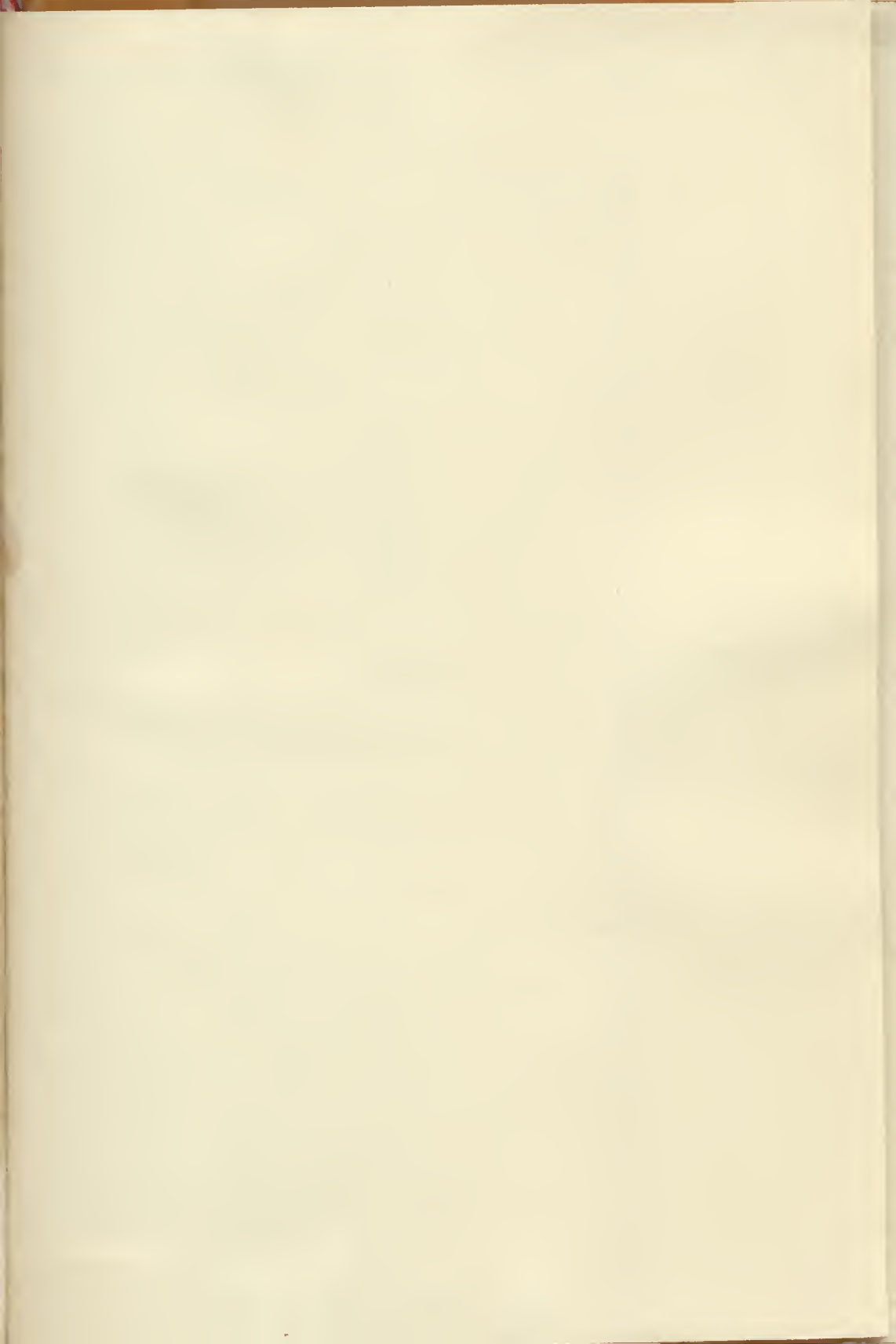


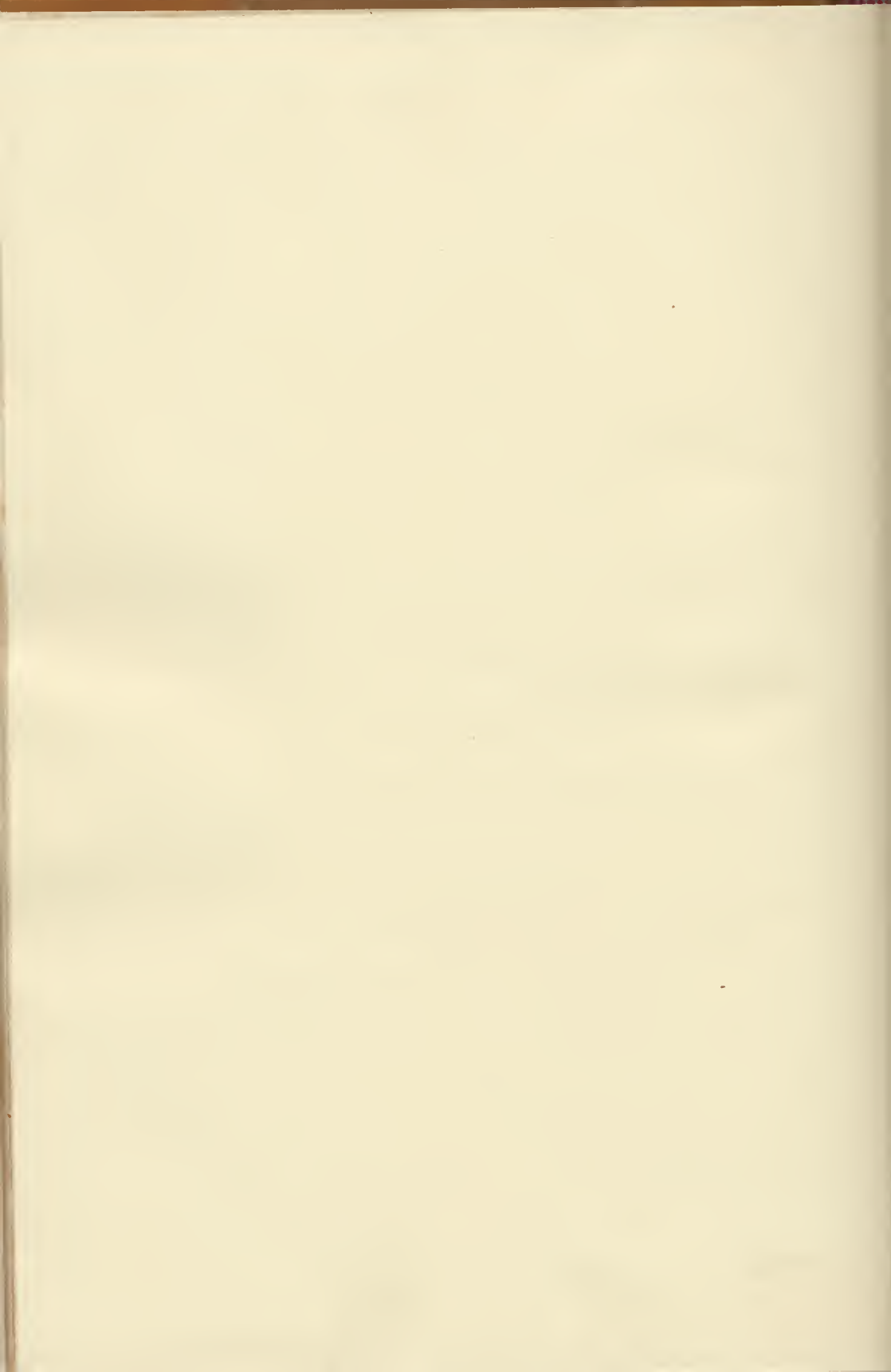


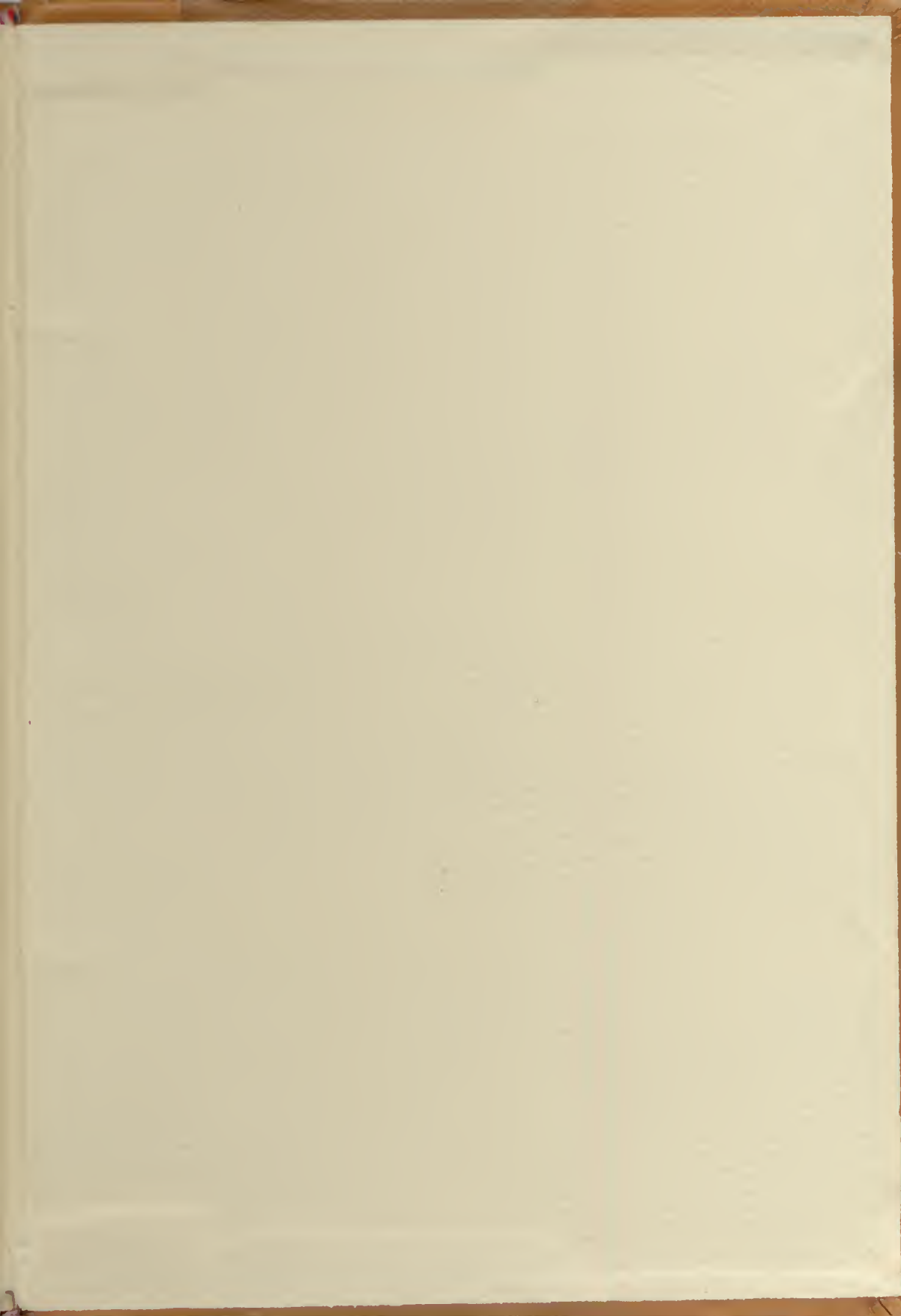












NB



\*EFG0000034147\*